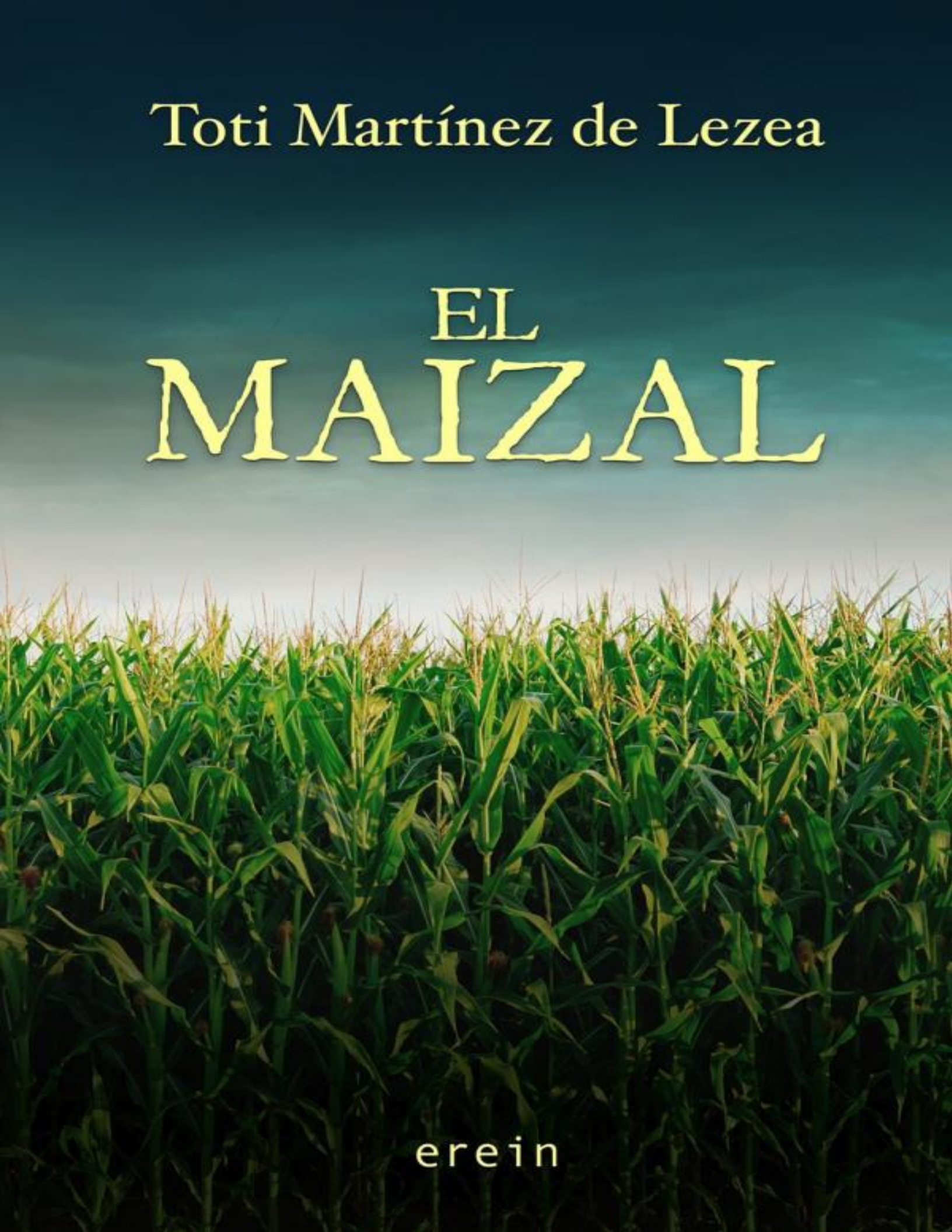
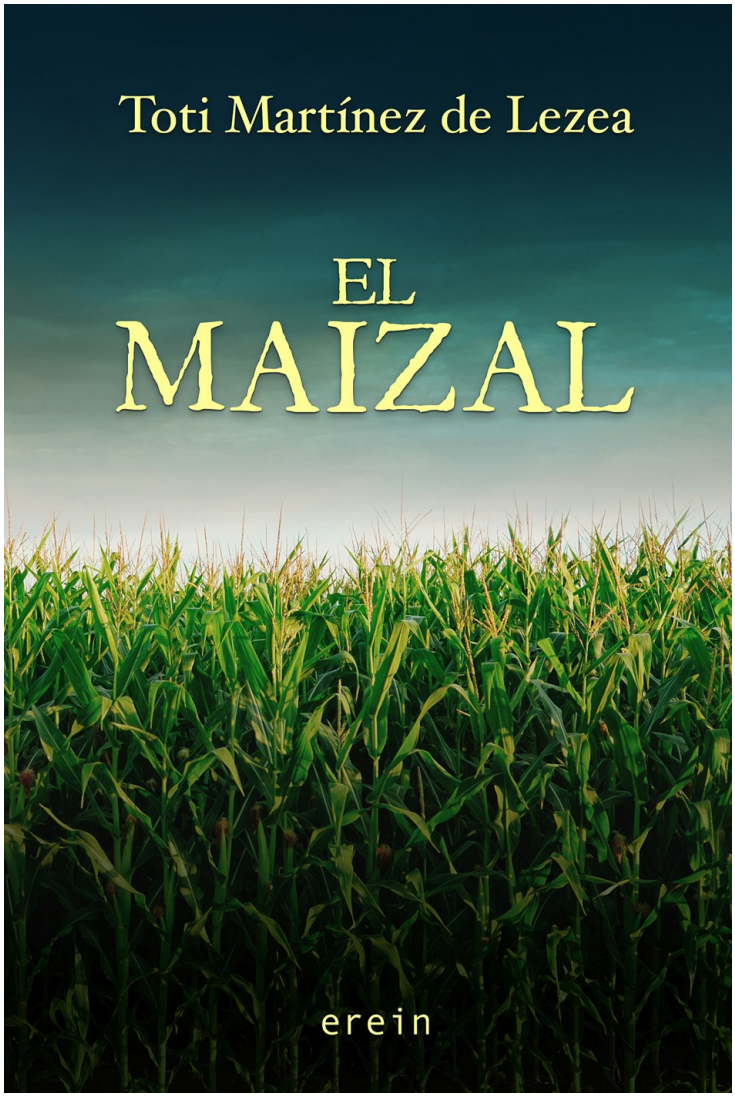
Toti Martínez de Lezea

EL MAIZAL



erein


Toti Martínez de Lezea
EL
MAIZAL
erein

EL MAIZAL

Toti Martínez de Lezea



Toti Martínez de Lezea (Vitoria-Gasteiz, 1949). Escritora. Vive en Larrabetzu, pequeña población vizcaína. En 1978, en compañía de su marido, funda el grupo de teatro Kukubiltxo. Entre los años 1983 y 1992 escribe, dirige y realiza 40 programas de vídeo para el Departamento de Educación del Gobierno Vasco y más de mil para niños y jóvenes en ETB. En 1986 recopila y escribe Euskal Herriko Leiendak / Leyendas de Euskal Herria. En 1998 publica su primera novela La Calle de la Judería. Le siguen Las Torres de Sancho, La Herbolera, Señor de la Guerra, La Abadesa, Los hijos de Ogaiz, La voz de Lug, La Comunera, El verdugo de Dios, La cadena rota, Los grafitis de mamá, el ensayo Brujas, La brecha, El Jardín de la Oca, Placeres reales, La flor de la argoma, Perlas para un collar, La Universal, Veneno para la Corona, Mareas, Itahisa, Enda, y todos callaron, Tierra de leche y miel, Los grafitis de mamá, ahora abuela e Ittun.

Autora prolífica, ha escrito literatura para jóvenes con títulos como El mensajero del rey, La hija de la Luna, Antxo III Nagusia y Muerte en el priorato. En el tramo infantil, Nur es su personaje estrella, inspirado en su propia nieta. Ha publicado además ocho cuentos para contar bajo el Titulo genérico de Érase una vez…

Ha sido traducida al euskera, francés, alemán, portugués, chino y ruso. Habitualmente colabora con diferentes medios de comunicación y da charlas en universidades, asociaciones culturales y centros educativos.
http://martinezdelezea.com/

Cualquier forma de reproducción, distribuición, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Linguüística del Gobierno Vasco.

Fecha de publicación de la edición digital: noviembre de 2022
ISBN digital (ePUB): 978-84-9109-856-0

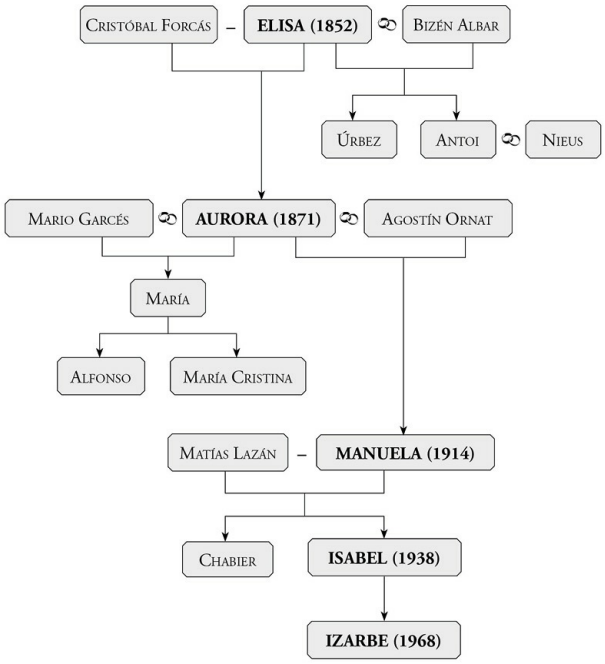
Ilustración de cubierta:
Aritz Albaizar
© Toti Martínez de Lezea
© Erein. Donostia 2022
EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300
erein@erein.eus
Digitalizado por la editorial Erein
www.erein.eus

Toti Martínez de Lezea

EL MAIZAL

erein

Personajes Principales



1852

El nacimiento de Elisa fue acogido por su madre como un milagro que Dios le concedía tras veinte años de matrimonio; cuatro abortos espontáneos y otras tantas criaturas mal formadas, muertas al nacer, habían borrado toda esperanza de dar a luz a un hijo sano, hija en este caso. La mujer no se cansaba de examinarla, comprobar que no le faltaba nada, contemplarla mientras dormía a su lado, en la cuna, vestida con los encajes que ella misma había bordado a lo largo de aquellos años a la espera de ver cumplido su sueño. Con lágrimas en los ojos, la sonrisa en los labios daba las gracias al Todopoderoso, a la Virgen y a los santos por escuchar sus preces y concederle un anhelo por el que estaba dispuesta a arriesgar la vida. El médico de la familia la advirtió de que corría peligro si insistía en ser madre, su cuerpo había sufrido ya demasiadas agresiones, incluso le insinuó que podía proporcionarle un cierto compuesto para evitar un posible embarazo, otro más. A ella, dicha sugerencia le pareció una blasfemia y le rogó no volviera a hablar del asunto; su único afán era darle un hijo a su marido costara lo que costase, era un deber convertido asimismo en una obsesión.

Sin tan siquiera pasar a verlas al saber por la partera que la recién nacida no era el varón que ansiaba, Basilio Azaba partió hacia Huesca capital. Hizo el recorrido maldiciendo a la esposa incapaz de darle un heredero pese a sus esfuerzos, pues hacía años que había dejado de desearla, si es que alguna vez la deseó. La boda fue obligada; su padre decidió casarlo con la heredera de Álvaro Escagüés a fin de hacerse con la propiedad y el próspero negocio de granos de este. Acababa de cumplir los veintidós y no tuvo más remedio que obedecer si no quería verse desheredado y sin un céntimo. A fin de cuentas, se trataba de una transacción: riqueza a cambio de un par de nietos para el irascible viejo, quien jamás había mostrado un ápice de cariño hacia su mujer y hacia su único hijo, y que amenazó con nombrar heredero a un sobrino, algo de lo que era muy capaz. Basilio cumplió con su obligación y desfloró a la joven atemorizada que encontró esperándolo en el lecho cuando por fin se decidió, tras beber más de la cuenta en compañía de los amigos invitados a la boda; la penetró sin una palabra, una caricia, y se quedó dormido de inmediato. Así durante varias semanas hasta que la preñó, luego se trasladó a otra de las habitaciones de la casona de su suegro, y la pareja no volvió a compartir dormitorio. La criatura, un niño, murió a las pocas horas de nacer. Volvió a cubrirla una y otra vez, y así durante varios años, si bien se iba a la casa de la ciudad cada vez que ella quedaba embarazada. Negocios, amigos, amantes y fiestas llenaban su tiempo, y se olvidaba de la esposa. Fallecido su padre, el joven imberbe se convirtió en un hombre atractivo además de rico, tanto, que disponía de harén propio y tenía tres hijos de distintas madres, los tres varones.

El día en que la niña nació, fue directamente al despacho de su abogado nada más llegar a la ciudad, le encargó dispusiera los documentos necesarios para reconocer oficialmente a sus vástagos ilegítimos y se olvidó de la mujer y de la recién nacida.

Elisa creció feliz en El Maizal, cuidada y mimada por su madre, el abuelo y los sirvientes. Tras ser testigo del comportamiento de su yerno, y pese a la insistencia de este, el viejo hacendado se negó en

redondo a cederle la dirección de la hacienda. Es más, hizo un nuevo testamento y nombró a la hija y a la nieta únicas herederas del patrimonio levantado a lo largo de su vida, asegurándose de que todo quedara bien atado y de que a ellas nunca les faltara nada. No pensó que podría suceder algo excepcional, pero ocurrió: su hija falleció de fiebres dos años después que él, cuando la niña tenía trece.

En su calidad de tutor, Basilio Azaba se hizo de inmediato cargo de todos sus haberes, semanas más tarde internó a su hija en una institución religiosa y, de nuevo, se olvidó de ella. La reclamó no obstante cuatro años más tarde, a punto de cumplir los diecisiete, y la casó al día siguiente de su llegada con un tipo que le triplicaba la edad y quien, según la Ley, pasó a hacerse cargo de las propiedades de su esposa tras firmar esta unos documentos que no la permitieron leer. El hombre, para más señas antiguo cochero de la finca, «vendió» a su vez dichos bienes al suegro veinte años más joven que él, recibió cincuenta mil reales y marchó a su pueblo. Meses más tarde se supo que había muerto en una reyerta de taberna. La joven perdió todo lo que poseía excepto un pequeño guardapelo de oro con el retrato pintado de su madre y la cadena, que escapó de la rapiña paterna por llevarlo colgado bajo la camisa. El padre, en un gesto de generosidad según él, la permitió permanecer en la finca como moza de cocina, ocupando un cuartucho sin ventana en las dependencias de la servidumbre. También la informó de la conveniencia de no dejarse ver en las zonas nobles de la casa.

Y así comenzó la segunda vida de la niña cuyo esperanzador futuro se hizo trizas tan pronto como se inició.

La muerte de la madre, el verse encerrada en un convento de monjas, además de convertirse en criada en su propia casa de la noche a la mañana y, más aún, el matrimonio con un hombre a quien apenas vio la cara hizo que la otrora alegre chiquilla se transformara en una joven introvertida. Con la mirada casi siempre fija en el suelo, respondía con monosílabos e intentaba pasar lo más desapercibida posible, si bien se olvidaba de su triste sino en la cocina, donde transcurría la mayor parte del día. Aprendía rápido, para gran satisfacción de Feliciana, la guisandera, una mujer mayor, testigo de lo acontecido en el caserón a lo largo de los últimos años, quien la acogió como a la hija que nunca tuvo y la enseñó a limpiar el pescado, a asar el cordero, guisar, elaborar salsas y condimentos, pasteles de riñones, sopas, dulces y mermeladas. No tardó en desenvolverse con comodidad entre pucheros y sartenes y alivió un quehacer que a la mujer mayor comenzaba a resultarle dificultoso debido a la artritis que sufría desde hacía algún tiempo. Pronto acompasaron sus tareas y la discípula se convirtió en las manos de la maestra, añadiendo, además, un toque personal a las recetas de esta última de forma que los invitados no ahorraban en alabanzas a la hora de ponderar las excelencias de la mesa del anfitrión. Basilio Azaba entraba a veces en la cocina a felicitar a la cocinera, pero en ningún momento se interesaba por su hija, quien discretamente se eclipsaba en cuanto él aparecía. Nunca le había mostrado cariño, y ella tampoco lo quería. El amor, solía decir su madre, es una planta que solo crece cuando se riega. No pensaba, no quería pensar, y se centraba en lo que más la complacía: hacer pan. Al igual que cuando era pequeña, acudía al maizal, recogía las mazorcas, las ponía a secar en el establo, las desgranaba y molía los granos para elaborar la harina en la que vertía agua y levadura y amasaba hasta lograr una masa suave a la que daba forma de panecillos que iban al horno de leña.

Acompañaba a Feliciana al mercado que se organizaba en el pueblo, a comprar pescado, sal, especias y otros productos que no se daban en la finca y que llegaban al pueblo en carretas desde la ciudad o desde Ayerbe. Entonces no miraba al suelo mientras caminaba; contemplaba los campos, los montes, el río, el cielo, las gentes que se apiñaban en los puestos, los niños que corrían por la plaza,

las mujeres que se entretenían junto a la fuente, y durante un par de horas era feliz.

Un día, la cocinera se hallaba ocupada y la mandó a ella sola, fue la primera vez en años que se sintió libre, hasta el punto de que se le pasó por la mente no volver a El Maizal, continuar camino adelante, no mirar atrás, pero no tenía un céntimo, era el administrador de su padre quien se ocupaba de abonar las facturas. Sin dinero, sin conocer a nadie ni tener dónde dormir, se imaginó perdida, desamparada; hizo la compra y regresó a la casona. Las salidas se repitieron no obstante. Demostrado su buen hacer en el trato con los vendedores no hubo razón para que fuera acompañada, y se le encargó la tarea de acudir al mercado con la lista que ella misma redactaba, para asombro de su protectora que no sabía leer ni escribir. Ella había aprendido con una institutriz antes de ser enviada al convento, pero se preparó más y mejor con las monjas, e incluso se le pasó por la cabeza la idea de estudiar y convertirse en maestra aun a sabiendas de que se trataba de un sueño, la educación era cosa de hombres. Las niñas y jóvenes de familias adineradas aprendían con profesores particulares, las demás eran analfabetas, como mucho sabían un poco de catecismo, y empezaban a trabajar cuando aquellas todavía jugaban con sus muñecas.

En el pueblo se conocía su historia, se sabía de su internado, breve matrimonio, expulsión del círculo familiar, su trabajo de cocinera, y no había quien no lamentara que una joven educada sufriera un destino tan triste. Abuelo y madre habían sido personas respetadas, no así el actual propietario, a quien raramente se le veía, excepto en la iglesia los días festivos y en ocasiones especiales, como el Domingo Rosario, en el que en su calidad de mayordomo de la cofradía dirigía el «releo», la subasta de carne de cordero para contribuir a los gastos del culto y ayudar a los pobres. En dichas ocasiones aparecía junto al alcalde y otros hacendados, no hablaba con la gente y miraba a todos desde su altura. Ahora era el dueño de la mayor empresa de granos de la comarca y de la fábrica de harina, también de la mayor extensión de terreno, y la mitad de la población de la zona trabajaba para él, por lo que no era aconsejable decir nada en su contra, al menos en voz alta. Sin embargo, en el refugio del hogar, junto a la lumbre, se comentaba el maltrato que daba a la hija a quien había robado la herencia con total impunidad, si bien era legal desde el punto de vista de la Ley, que equiparaba a las mujeres con los niños y las personas mentalmente enfermas. Por otra parte, la joven no sería mayor de edad hasta los veinticinco, y era poco lo que podía hacerse en su favor aparte de sentir simpatía por ella.

Con un pañuelo en la cabeza, vestida con falda de estameña a rayas y camisa de lino regalo de Feliciana, ya que no se le había permitido coger nada de la que había sido su habitación, llegaba a la plaza cada jueves, puntual, a las nueve de la mañana, hacía la compra y dedicaba un tiempo a curiosear los puestos de telas, cerámica y bisutería; hablaba con los vendedores y con alguna que otra mujer con la que había llegado a congeniar y estaba de regreso a las doce en punto, justo en el momento en que todos paraban para rezar el Ángelus. Tomó por costumbre desviarse del camino y atravesar el maizal que tan buenos recuerdos le traían de cuando acompañaba al abuelo a comprobar que los brotes crecían bien, rectos, en línea; de cuando jugaba a esconderse entre las plantas o ayudaba en la recogida. Disfrutaba allí sola, sintiéndose cual protagonista de los cuentos que su madre le leía de niña, esperando ver aparecer un hada madrina o una carroza de calabaza, queriendo creer que también a ella le ocurriría algo prodigioso que cambiaría su vida. Nada había variado en los dos años que llevaba de criada en su propia casa, pero aquellos minutos entre las mazorcas iluminadas por el sol del verano le daban fuerza para continuar soñando en el ansiado cambio, que llegó, pero no como ella esperaba.

Un jueves de finales de agosto no apareció a la hora acostumbrada, pero Feliciana no se preocupó demasiado; el día había amanecido radiante, el sol apretaba, y pensó que se habría entretenido con Marcela, la mujer del herrero, quien la había tomado cariño. Sabía lo mucho que la joven disfrutaba con aquellas escapadas, no había más que verla a su vuelta, los ojos brillantes, la sonrisa en los labios, pero comenzó a inquietarse al no aparecer a la hora de comer. A media tarde salió a buscarla; recorrió la distancia hasta el pueblo sin dejar de mirar a derecha e izquierda, llamándola a voces, pero los campos estaban vacíos a la espera de la siembra del otoño, y sus llamadas no obtuvieron respuesta.

Sí, Elisa había estado en el mercado, la informó su amiga; habían charlado como siempre y comido unos barquillos, se habían despedido como de costumbre, media hora antes del Ángelus cuando la joven emprendió el regreso. Alarmadas, ambas mujeres salieron en su búsqueda; la buscaron hasta la caída del sol, pero no encontraron rastro de ella. La cocinera volvió a la casona para avisar al amo, mientras la otra alertaba a los vecinos. La noche se iluminó con faroles y antorchas, y partidas de hombres con perros de caza buscaron a la desaparecida. No la encontraron.

Basilio Azaba no se movió, se limitó a enviar a varios de sus hombres, más que nada porque no quería que se hablara mal de él, pero le traía sin cuidado lo que hubiera sido de ella, era un estorbo y, peor aún, un recordatorio de su mal proceder con la única y legítima heredera de El Maizal. Con algo de suerte se habría marchado y no volvería a verla, o quizás le había dado un golpe de calor y estaba tirada por ahí. Notó algo en el pecho al pensar en esta última posibilidad, a fin de cuentas era hija de su sangre, y muy bonita, por cierto, aunque se pareciera demasiado a su madre, la joven de grandes ojos, talle fino y cabellos castaños a quien había desvirgado sin delicadeza alguna. Podría haberla casado con cualquier hombre, joven o viejo, de los muchos que conocía en la ciudad, pero en todos veía su misma ambición y no estaba por la labor de tener un yerno igual a él. Además, los nietos no llevarían su apellido. En fin, se dijo, la vida era una batalla en la que ganaba el más fuerte, el resto eran meras ovejas del rebaño destinadas a procrear más ovejas para acabar luego en el matadero; sus vástagos, en especial el mayor, le darían herederos, y su imperio no dejaría de crecer.

A media mañana del día siguiente a su desaparición, un labrador la encontró en el maizal. Le llamó la atención la bandada de cuervos que sobrevolaba en círculos y pensó que quizás habría allí una res muerta. Su sorpresa y horror fueron enormes al descubrir a la joven medio desnuda y ensangrentada; la cubrió con su chaqueta, fue a dar aviso, y al rato los sirvientes de la casona la transportaban inerte, pero con vida. Feliciana, con los ojos empañados, les ordenó llevarla a su habitación, más espaciosa e iluminada que el cuchitril en el que la joven dormía. Uno de los empleados aparejó un caballo y regresó al poco con el médico del pueblo, quien dictaminó que había sido violada repetidamente y que había perdido mucha sangre. Recetó miel y tisanas de manzanilla, romero y menta para paliar de alguna forma su debilidad y recomendó reposo. La mujer, ayudada por una de las criadas, la lavó y aplicó en su naturaleza herida una pomada de caléndula que guardaba para posibles quemaduras. La puso un camisón de franela, y con una cuchara intentó que tomara un poco de caldo de gallina sin conseguirlo. Pasó toda la noche a su cabecera maldiciendo al hombre o a los hombres que habían destrozado a aquella criatura indefensa a quien habían robado lo único que le quedaba, la honra.

Elisa se recuperó, y en un par de semanas estaba de nuevo en la cocina, aunque solo era una sombra de lo que había sido en los últimos meses; su sonrisa desapareció, y se limitaba a afirmar o negar con la cabeza, sin soltar palabra, cuando alguien se dirigía a ella. No volvió al mercado, tampoco al maizal, y dejó de hacer pan; ni siquiera se dio cuenta de que estaba embarazada, fue Feliciana quien lo descubrió. La mujer decidió compartir su cuarto con ella tras el terrible suceso,

pues pensó que el cuchitril en el que pernoctaba no era el lugar apropiado y, por otra parte, así podía vigilarla en todo momento, velar su sueño en ocasiones agitado, hablarle, aunque ella no respondiera. Advirtió que su vientre había adquirido volumen pese a alimentarse como un pajarillo, hizo cuentas y no lo dudó: su protegida estaba embarazada de unos tres meses. Se le pasó por la cabeza darle caldo de borraja o introducir apio y perejil en su naturaleza, pero luego lo pensó mejor; el aborto estaba castigado con la cárcel, incluso con la muerte, tanto para la malparida como para quien lo provocaba. Por otra parte, quizás aquella nueva vida en su interior le diera la fuerza que necesitaba. También se planteó la cuestión de cómo decírselo al señor, y de cómo reaccionaría este al saber que su hija pariría a un bastardo.

Tras darle vueltas, tomó una decisión. Antes o después tendría que marcharse; sus movimientos eran cada vez más torpes, y pronto no podría valerse de las manos al menos para cocinar; la echarían, de eso estaba segura, el amo no tenía piedad. En los años que llevaba en la casa, casi toda su vida, había visto de todo. El anterior señor se preocupaba de las viudas de sus trabajadores, de los huérfanos, de los accidentados, y creó un montepío a fin de que no les faltara techo y comida llegado el momento, pero este había eliminado las ayudas en cuanto se hizo con la propiedad. Es más, prescindía de cualquier empleada gestante, de los operarios con enfermedades largas o heridos de gravedad, y no le cabía la menor duda de que expulsaría a su hija sin preocuparse por lo que pudiera ocurrirle. Unos días más tarde, al amanecer, recogió sus pocas pertenencias y los ahorros que había ido guardando en una caja bajo su cama, asió a la joven de la mano, y ambas se marcharon de El Maizal.

La desaparición de la guisandera y de su ayudante provocó un pequeño revuelo cuando, pasado el mediodía, la criada encargada de servir las comidas encontró la cocina vacía y los fuegos sin encender y acudió con presteza a informar al amo. Basilio Azaba soltó un exabrupto y dio un puñetazo en la mesa de su escritorio, aterrorizando por igual a la moza y al secretario, quien en esos momentos se hallaba redactando un contrato con una importante empresa de exportación de granos y a cuyo dueño se esperaba aquel día, precisamente a comer. Nadie tenía idea del menú previsto y menos de los ingredientes, verduras, pescado, carne, postres, así que se envió a dos hombres con un carro a la taberna del pueblo. El empresario no llegaba solo; lo acompañaban su esposa, el responsable de ventas y el contable, y no era cuestión de servir unos huevos fritos. Los hombres regresaron con una olla de sopa de cebolla, otra de carne guisada y una fuente de manzanas cocidas, el menú previsto para la docena de comensales que a diario acudían al local. En un principio, el dueño se negó a entregarles las raciones dispuestas para aquel día, pero lo hizo ante la amenaza de ver su negocio arruinado, y otras cosas peores. No era un banquete digno de sus invitados, pero no quedaba otra. El anfitrión adujo su deseo de agasajar a los invitados con productos típicos de la tierra y respiró aliviado al comprobar que estos parecían apreciar unas viandas bien cocinadas, aunque desde luego impropias de su mesa.

Al día siguiente contrató a una nueva cocinera y dio por finalizado el asunto, incluso se alegró de no tener a su hija bajo su techo, para él había dejado de existir. Ya no tendría remordimientos de conciencia y, mejor todavía, no correría el riesgo de que pudiera emprender algún tipo de reclamación contra él una vez cumplidos los veinticinco. La tramitación de la «venta» de su herencia no había sido trigo limpio, y un buen abogado podría demostrarlo. Para celebrar la nueva situación, se trasladó a la ciudad y pasó la noche con su última amante.

Feliciana y Elisa tardaron varias jornadas en llegar a Buisán, de donde era originaria la primera, una pequeña aldea de apenas una veintena de habitantes, rodeada de bosque en las estribaciones del Pirineo oscense. Allí, en la vieja casa de piedra y pizarra de sus antepasados, que todavía seguía en pie si bien en un estado ciertamente calamitoso, las dos mujeres iniciaron una nueva andadura. Los vecinos no preguntaron, las ayudaron a instalarse y les proporcionaron mantas, leña, leche, miel, queso, alubias, carne de cerdo adobada y tocino, contentos de ver su número aumentado, en especial con la criatura que crecía en el vientre de la joven, la primera en años. Mozos y mozas se marchaban del lugar en cuanto tenían edad para trabajar con la promesa de regresar en cuanto hubieran reunido unos ahorros, pero los abuelos morían, los padres envejecían, y nadie volvía.

En un par de semanas, retejada la cubierta, limpia la chimenea y con muebles y enseres aportados también por los vecinos, de nuevo se escucharon voces en la casa, humeó la chimenea, y la luz de las velas iluminó el interior a la puesta del sol. Entre las dos desyerbaron la pequeña huerta anexa, en la que plantaron acelgas y repollos, cebollas, ajos y calabazas, y adquirieron una oveja a un pastor que iniciaba la ruta de las cabañeras en dirección a tierras del Ebro antes de que cayeran las nieves, cuya espesa capa ocultaba los caminos. No necesitaban mucho y, en previsión de los fríos por llegar, habilitaron el espacio de la cocina, cama incluida, y dejaron que la oveja viviera con ellas como un perro amaestrado. Tampoco les costó mucho conseguir lana que hilaban en la destartalada rueca encontrada en el sobrado y con la que tejían calcetines, toquillas, camisetas y, sobre todo, ropa para el bebé que nacería con la primavera.

Y lo que parecía imposible ocurrió. Elisa salió de su abstracción, recobró el peso perdido y la sonrisa volvió a su rostro para alegría de Feliciana, muy satisfecha consigo misma por haber tenido buen acierto al decidir abandonar la hacienda. En cuanto la luz del día declinaba, junto al fuego, mientras ambas tejían, la mujer recuperaba memorias de su infancia, allí en Buisán, y narraba a quien ya consideraba hija propia antiguos dichos, leyendas, costumbres de una tierra tan hermosa como dura.

Le habló de las tres hermanas, o Treserols como las llamaban, tres jóvenes que se unieron a los guerreros extranjeros que habían matado a todos los habitantes del pueblo y fueron maldecidas por el espectro de su padre transformándolas en montañas; del gigante Silbán enamorado de una zagala, quien respondió a su amor acabando con él con un cántaro de leche envenenada; de la «flor de las nieves», la más hermosa del mundo, una estrella que una noche dijo a la Luna que tenía envidia de la Tierra, de los seres humanos y de los animales, y el astro la transformó en una flor blanca y la plantó en la cima de los Pirineos, si bien la condenó a vivir siempre sola, con las rocas y el hielo como únicos acompañantes. Y también la habló de Bosnerau o Basajarau, el señor de los bosques, que silbaba para alertar a los pastores de la llegada de la tormenta o de los lobos y que enseñó a los seres humanos a trabajar la madera, a fundir el hierro y a cultivar los campos. «Al brotar la hoja, siémbrese el maíz; al caer la hoja, siémbrese el trigo», añadía sin darse cuenta del gesto compungido de la joven al escuchar el nombre de la planta testigo de su feliz infancia y de su mayor angustia.

Nunca hablaba de ello, aunque su bienhechora dejara caer de vez en cuando alguna pregunta sobre lo ocurrido; sonreía y cambiaba de tema como si la cosa no fuera con ella. Pero no había olvidado el rostro amable que la saludaba en el mercado y que en una ocasión había recogido la naranja que se le cayó del cesto; era la primera vez que tenía tan cerca a un mozo más o menos de su edad, y se ruborizó. No se dio cuenta de que él la siguió durante el trayecto de vuelta. La alcanzó en el maizal, le dijo que le gustaba desde la primera vez que la vio en el pueblo e intentó besarla. Ella le dio un empujón y salió corriendo, pero la alcanzó enseguida, y lo que siguió se convirtió en una pesadilla

que la despertaba en medio de la noche, aunque se durmiera de nuevo al sentir a su lado el generoso cuerpo de Feliciana y sus ronquidos, como ronroneos de gato. Tampoco había olvidado cómo él la tiró al suelo, le arrancó las ropas y le hizo daño mientras la manoseaba con una mano y con la otra le tapaba la boca para que no gritara, hasta que dejó de resistirse y perdió el sentido. Lo último que vio fueron las hojas del maíz mecidas por la cálida brisa del verano. Lo intentaba, pero le resultaba imposible no recordar y rogaba para que la criatura que crecía en su interior no tuviera los ojos de su violador, de un extraño color azul brillante difícil de olvidar.

La niña nació a mediados de mayo, cuando los campos reverdecían y los rebaños de ovejas retornaban a los prados altos; Elisa los veía pasar, su hija en brazos, sonriendo. Por primera vez en mucho tiempo era feliz; atrás quedaban el dolor por la muerte de la madre y el desamor del padre, la angustia, el miedo. Ya no era una pesadilla la que la despertaba en medio de la noche, sino la pequeña que reclamaba su leche. Tardó en decidirse por un nombre, tanto, que el cura que recorría las aldeas del valle a lomos de una mula, a fin de atender las necesidades espirituales de sus habitantes, la advirtió de que la ira de Dios caería sobre ella si la criatura moría sin haber sido cristianada. Finalmente, se decidió por Aurora, pues había nacido en el amanecer de un día luminoso. El sacerdote propuso Petronila, por ser la del bautizo la fecha de la santa del mismo nombre, pero no cedió. Y volvió a amasar pan de maíz con el grano que le traía el hijo de su vecina más cercana.

Pronto no fue un secreto para nadie en la aldea que Bizén Albar, en su treintena y soltero, de oficio leñador, la cortejaba, si bien lo cierto era que no había ninguna otra mujer joven a quien rondar. El hombre era parco, o más bien un gran tímido, incapaz de decir más de dos palabras seguidas. A veces dejaba un saco de grano a la puerta de la casa y se marchaba sin esperar; otras, se encontraban cara a cara, y balbuceaba un hola y adiós, que a ella le provocaba una sonrisa. Tardaron meses hasta mantener una conversación, aunque en dicha ocasión fue ella quien habló, necesitada de contar los avatares de su vida a alguien que no fuera Feliciana. Tras relatarle cómo había llegado su hija al mundo, él se despidió de forma brusca, y ella supuso que no volvería a verlo, pero regresó al día siguiente con un saco de maíz y otro de trigo. Aparecía por la casa con cualquier disculpa y nunca llegaba con las manos vacías, ora unas manzanas, ora ramitos de manzanilla, romero, árnica... En ocasiones incluso con una carreta de leña para varias semanas. Le pidió matrimonio un año después del nacimiento de Aurora, y ella aceptó.

El enlace tuvo lugar un soleado domingo de finales de septiembre. Tras la ceremonia, celebrada después de la misa de ocho de la mañana ya que el cura debía oficiar en el resto de las localidades del Ballibió, o valle de Vió, y a la espera del banquete nupcial, Bizén aupó a Elisa a la grupa de su yegua, su más preciada propiedad. Juntos cabalgaron por el bosque de la Pardina Ballarín, entre hayas, abetos quejigos y fresnos cuyas tonalidades en otoño en nada envidiaban a las de la paleta de un artista. Se cruzaron con familias de jabalíes, escucharon a lo lejos la berrea de los ciervos macho disputándose el favor de las hembras, y regresaron cuando parientes e invitados empezaban a dar muestras de nerviosismo por su tardanza. Fue la primera vez que disfrutaron de unas horas a solas, sin testigos; no hablaron, caminaron algunos trechos y se besaron, también por vez primera. Cuando los convidados, todos los vecinos y vecinas del pueblo, achispados y contentos, se despidieron ya entrada la noche, ellos se retiraron a la habitación acondicionada, contigua a la cocina donde dormían Feliciana y la niña, y se durmieron cogidos de la mano en el gran lecho fabricado para sus

propios esponsales por el difunto padre del novio, regalo de bodas de la madre al hijo y a la nuera.

Y la vida continuó su rumbo sin sobresaltos en aquel lugar oculto entre montañas y bosques, donde hombres y mujeres se levantaban al amanecer y trabajaban durante las horas de luz para reunirse junto a la lumbre en cuanto anochecía y evitar así malos encuentros con las almas en pena que, decían, recorrían los lugares en busca del perdón por sus malas obras y del descanso eterno. También hubo cambios en la vieja casa; Bizén se dedicó a transformarla en un hogar cuando no lo ocupaba la tala y el acarreo de troncos. Buen albañil y mejor carpintero, reconstruyó el interior, mejoró la habitación de matrimonio, hizo una nueva para la dueña y la niña, e instaló sendas estufas de leña en ambas a fin de sobrellevar el frío durante los largos meses del invierno. La cocina continuó siendo el lugar donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo, y un banco corrido forrado con almohadones de lana ocupó el lugar de la cama. Una vaca lechera, tres ovejas más, la yegua y un mastín del Pirineo llenaron el pequeño establo.

Feliciana daba gracias al cielo por la ventura de envejecer en la tierra de sus mayores, se notaba más torpe a cada día que pasaba, le dolían los huesos y apenas podía mover los dedos de las manos pese a bañarlas en leche fría y caliente y tomar tisanas de sauce blanco. De todos modos, todavía lograba asir una escoba y también el cucharón para revolver sopas y guisados, incluso conseguía ordeñar a la vaca, pero sabía que el tiempo se le acababa. Su único deseo era no ser una molestia, y que aquellos dos seres solitarios que se habían encontrado por azar tuvieran hijos que se ocuparan de ellos cuando les llegara el momento. Dos años después de su boda, una noche en que el viento hacía temblar la techumbre y Aurora dormía en su regazo, junto al fuego, le anunciaron que esperaban un hijo, lo hicieron con timidez, como si les diera vergüenza, y su respuesta fue un ruidoso llanto emocionado que dejó a ambos muy sorprendidos y despertó a la niña.

A Elisa le llevó algún tiempo entender que el matrimonio no consistía solo en dormir juntos. Cada noche, al acostarse, cuando Bizén intentaba acariciarla, le daba la espalda y se encogía cubriéndose con los brazos a modo de caparazón. No podía evitar recordar lo ocurrido en el maizal y sentía verdadero terror ante la idea de tener que pasar por lo mismo. Él no decía nada, ni un reproche, ni una mala palabra; suspiraba y se dormía a la espera de que por fin un día ella cediera. Conocía su terrible experiencia y por nada del mundo deseaba forzarla, pero era un hombre todavía joven necesitado de algo más que de un cuerpo a su lado al que ni siquiera podía acariciar, pues se cerraba a su contacto como algunas flores al llegar la noche.

No era mucha su relación con mujeres, pero alguna tenía, de cuando un par de uniformados llegaron a la aldea y se los llevaron a él y a otros tres a cumplir el servicio militar en la ciudadela de Jaca. Ninguno de ellos disponía de los seis mil reales para la redención, ni de medios para conseguirlos mediante un préstamo hipotecando casas y terrenos agrestes que a nadie interesaban. Tampoco tenían la posibilidad de pagar a otros para la sustitución, puesto que el resto de los veinteañeros del valle se encontraba en idéntica situación. De todos los privilegios de las clases ricas, aquel era el más sangrante, el que obligaba a ocho años de servicio obligatorio a los pobres. De los cuatro, dos murieron en la guerra de Marruecos, el otro durante la epidemia del cólera. Él tuvo suerte, fue destinado a la brigada de remodelación del fuerte gracias a su destreza en materia de carpintería. Y fue allí, en Jaca, donde a cambio de unas monedas descubrió el placer del sexo con una lavandera, y con alguna otra después. Aquellos raros momentos de asueto que le eran permitidos dejaban en él una sensación de desahogo, pero también de ansiedad por regresar a su casa, encontrar una compañera y tener hijos con ella. Creyó haberla encontrado

cuando ya había perdido toda esperanza y pensaba trasladarse a Huesca quizás, o a cualquier otra población grande. La mujer joven, embarazada, de mirada triste, lo atrajo como un imán desde el instante en que la vio, más aún al saber que no tenía hombre y todavía más al enterarse por ella misma de las circunstancias que la habían llevado a Buisán. Deseaba protegerla, amarla, cuidarlas a ella y a su hija, pero tras casi dos años de matrimonio, no estaba seguro de haber tomado la decisión acertada y tendría que resignarse a una existencia en la que al menos no estaría solo.

El motivo por el que Elisa acabó aceptándolo no fue porque hubiera olvidado su rechazo a que un hombre, cualquiera, la poseyera de nuevo. La razón fue el gran respeto que él la había mostrado desde la misma noche de bodas sin hacer valer sus derechos como marido. En una ocasión, cuando tenía diez o doce años, escuchó sin querer una conversación en la que, bastante agitada, su madre le contaba al abuelo la dura relación que mantenía con su esposo, empeñado en tener un hijo. No entendió mucho de lo que decían, pero sí le quedó claro que ella sufría por lo que llamó «un deber obligado por la fuerza». El abuelo por su parte trataba de calmarla hablando de paciencia y, sobre todo, de la necesidad de un heredero varón en la familia, si bien notó que a partir de entonces las relaciones entre ambos hombres dejaron de ser cordiales. Se preguntó entonces si ella no contaba; tuvo la respuesta cuando su padre la envió al convento, la casó con un desconocido y se apropió de su herencia. Sin embargo, Bizén adoraba a Aurora, jugaba con ella, le fabricaba juguetes de madera, la llevaba a hombros, y la niña respondía abrazándose a su cuello y llamándole *pai*. Y luego estaba la forma en la que él se desvivía para que Feliciana y ella vivieran a gusto, ocupándose de la casa y de los animales, o trayéndoles dulces y piezas de tela cuando se acercaba a Aínsa con una carga de troncos. Y también en cómo la miraba, sonriente a veces, suplicante otras.

Yació con él al siguiente día de producirse un alud en la zona boscosa en la que trabajaba y ser dado por muerto. Se le cortó la respiración al conocer la noticia y lamentó ser viuda sin haber sido esposa; no le había dado nada a cambio de sus desvelos, sus muestras de cariño, su presencia, de que le hubiera devuelto de alguna forma la honra perdida. Lloró al verlo aparecer a la mañana siguiente, cubierto de nieve, la barba escarchada, el hacha al hombro. No pudo evitarlo. Corrió hacia él, lo abrazó, lo besó sin recato delante de los vecinos, y aquella misma noche él la hizo suya y pudo, por fin, dar rienda suelta a un deseo largamente ansiado. Ella lo dejó hacer sin sentir nada, salvo el placer de saberse querida en brazos de un hombre honesto.

Aunque duró varias horas, el nacimiento del niño fue rápido y sin problemas debido a que el camino ya estaba hecho, según la suegra, quien la ayudó a parir con el apoyo de otra mujer y con Feliciana a modo de consejera. Mientras, el padre, dos de sus hermanos, la cuñada y un vecino que se apuntó a la vela se bebían una garrafilla de licor de endrinas y daban buena cuenta de la empanada de miel y nueces que ella había cocinado justo antes de empezar a sentir las contracciones. Al igual que había ocurrido con Aurora, los padres tuvieron que insistir para que la criatura fuera cristianada con el nombre de Úrbez en lugar de Urbicio como el cura pretendía. Lo lograron, pues el santo era venerado en toda la comarca con su nombre original.

Otro hijo más llegó apenas un año más tarde, si bien en este caso el sacerdote no cedió y lo bautizó Antonio. Nadie se dio por aludido, y todos en Buisán lo llamaron Antoi desde el principio. Y otro más, trece meses después, que murió a poco de nacer. Tres embarazos en tres años eran demasiados en opinión de las mujeres de la aldea. Cierto que la parida no tenía leche para amamantar a las criaturas, y ello facilitaba las preñeces, pero también lo era su endeble constitución y la falta de fuerzas incluso para sostener a sus hijos en brazos.

Sin ponerse de acuerdo, cada una por su cuenta, tanto la madre de Bizén como Feliciana hablaron con él advirtiéndolo sobre el peligro que ella corría de seguir quedándose embarazada con tanta celeridad. Por su parte, su hermano mayor le puso en la mano una vaina de intestino de cerdo estirado y lubricado con aceite, con una cinta azul en su extremo, «para que la ajustes a tu medida», lo informó en un aparte, añadiendo que debía limpiarlo con leche caliente después de usarlo y que le diría dónde encontrar más si le hacía falta. Se lo dijo en voz baja, temeroso de que alguien lo oyera; la Iglesia prohibía el uso de cualquier medio que impidiera la procreación pues iba en contra de la Ley de Dios. Quizás porque la quería y era consciente de su débil estado, no había más que ver su palidez y extrema delgadez, o porque lo asustaba la idea de quedarse viudo con tres niños pequeños, cesó en sus requerimientos, ni siquiera intentó utilizar el intestino de cerdo, y Elisa se recuperó poco a poco. Pero ya nada fue igual; dejaron de ser amantes, y su relación pasó a ser la de un par de amigos que se apreciaban y respetaban.

Así las cosas, cinco años más tarde, el valle sufrió un invierno como no se recordaba en mucho tiempo. Nevadas y celliscas se alternaban sin dar un respiro a los habitantes quienes, aunque acostumbrados al frío extremo durante meses, procuraban no aventurarse fuera de las casas más de lo necesario, e incluso los animales, vacas, ovejas, cerdos y perros, se apiñaban juntos en un rincón del establo para darse calor. Los ríos se desbordaron con la llegada de la primavera, y Bizén partió entonces para unirse a otros navateros de la sierra que transportaban los troncos talados en otoño por el Zinca hacia el Sur, un medio veloz si bien peligroso dado que las aguas bajaban revueltas, y ninguno de ellos sabía nadar. Lo hacía desde su vuelta del servicio militar, y era considerado el mejor de los barranquiadores entre sus compañeros. Besó y abrazó a su mujer, hijos, madre, hermanos, y se despidió con la promesa de regresar con regalos para todos ellos, pero no volvió. Uno de los hombres que lo acompañaban les comunicó que los troncos de su navata se habían separado en las proximidades de Barbastro, y que los cuatro hombres que la controlaban habían caído al agua; tres fueron rescatados, pero no encontraron rastro de él.

Al dolor por la pérdida del hombre bueno que le había devuelto las ganas de vivir hubo de añadirse la de Feliciana. La mujer había pasado el invierno en la cama, el cuerpo agarrotado, la cabeza desorientada, atendida en todo momento por Elisa y por Aurora, quien a punto de cumplir los once se desenvolvía con soltura en la cocina y mantenía un ojo vigilante en sus hermanos a los que regañaba y obligaba a comer como si fuera una persona mayor. Su madre sonreía divertida y la llamaba «mandona», pero le agradaba ver que su hija tenía el carácter que a ella le faltaba; de haberlo tenido tal vez todo habría sido diferente. La vida era dura para los desafortunados de cualquier clase, más todavía para las mujeres, obligadas a trabajar, obedecer, parir y servir, incluso para aquellas que gozaban de buena posición y no precisaban ganarse el sustento; su propia madre había sido un ejemplo, y ella también. Aurora era diferente, tenía temperamento y no se dejaría amilanar, aunque en ocasiones no pudiera evitar un sobresalto cuando le miraba directamente a los ojos, de un azul extrañamente brillante, y recordaba una angustia que era incapaz de borrar de su mente.

Y como las penas nunca llegan solas, dicen, meses después de la desaparición de Bizén, su mujer e hijos se vieron obligados a abandonar el hogar que los había cobijado. Un sobrino segundo de Feliciana que vivía en Fanlo reclamó la propiedad, dándoles un mes para desalojar la vivienda. Ni la intervención del cura, ni la de varios vecinos sirvió de nada; el único documento existente, un testamento del bisabuelo del demandante, estipulaba con claridad que el dominio volvería a la rama

segunda de la familia de no haber herederos en la primera, y no los había. Elisa pidió ayuda a su suegra y cuñados, pero estos habían perdido durante las nieves los cultivos de invierno, así como la mitad del ganado, y cuatro bocas más eran demasiadas. No obstante, y para que nadie en la aldea los señalara con el dedo, el hermano mayor del desaparecido consiguió para su cuñada un trabajo en «El Bucardo», un pequeño local de comidas situado en Biescas, a dos horas de distancia en carreta, a cuyo dueño conocía. La pareja propietaria tenía ya una edad, y los hijos hacía tiempo que se habían marchado a trabajar a la capital. Les vendría bien una ayuda, aseguraron, y no pusieron pegas para aceptar también a la hija, aunque dejaron claro que esta no cobraría una peseta por jornada trabajada, como la madre; techo y comida eran suficientes para una chiquilla. Úrbez y Antoi permanecieron en Buisán, con su abuela y tíos, dispuestos estos a criarlos como propios ya que solo tenían hijas. Con lágrimas en los ojos, el corazón roto, Elisa abandonó la aldea prometiendo a sus pequeños regresar en cuanto le fuera posible, a sabiendas de que era una promesa difícil de cumplir.

Lugar de paso hacia las fuentes de Panticosa, la llegada a Biescas de carruajes y carros de viajeros era continua desde la primavera hasta finales del mes de septiembre. La fonda estaba abierta todos los días de la semana, y los dueños no tardaron en acostumbrarse a que la mujer y la hija hicieran el trabajo que antes hacían ellos: cocinar, servir, fregar, limpiar... todo menos cobrar a los clientes y adquirir el género necesario, que apenas variaba de un día para otro. Sin embargo, la nueva cocinera logró lo que parecía inverosímil, que la mesa larga y las otras cuatro más pequeñas de El Bucardo se vieran ocupadas mañana y tarde. Migas, ternasco, bacalao ajoarriero, chiretas, empanada, salmorejo, borraja con patatas, cardo con almendras, además de guisos, hojaldres rellenos, natillas y otros dulces hacían la delicia de los comensales y llenaban la caja de los dueños, si bien ella seguía cobrando una peseta diaria. Aurora recibía algún que otro céntimo de propina, pues servía y retiraba los platos con presteza, siempre sonriente. Ambas se acostaban agotadas en la cama que compartían en la buhardilla de la vivienda de sus patronos situada encima del local, un cuarto con un ventanuco en el tejado, un arcón y una jofaina para el aseo, y únicamente salían a la calle los domingos y festivos a misa de ocho, volviendo al trabajo de inmediato.

En los cuatro meses que llevaban allí, no habían podido acercarse a Buisán, y solo en una ocasión recibieron la visita del cuñado y tío, quien las informó de que los niños estaban bien, poco más. Elisa esperaba conseguir unos días de descanso tras la temporada de baños y la correspondiente ausencia de clientes y, entre tanto, ahorraba lo que ganaba con el único anhelo de tener suficiente para regresar a la aldea y alquilar un lugar donde vivir con sus hijos. De hecho, su único gasto había consistido en una bata y unas alpargatas para Aurora, que compró a un vendedor ambulante que entró en la fonda a comer y de paso a ofrecer la mercancía. Sus planes se truncaron un anochecer, a mediados del otoño, con la llegada de cuatro hombres armados que entraron en el local cuando ya no quedaban clientes y pidieron de comer y de beber, sobre todo de beber. Temerosa de lo que pudiera ocurrirle a la niña, ella misma les sirvió y aguantó comentarios obscenos ante la inacción de los dueños, quienes permanecían en un rincón a la espera de verlas venir, más preocupados por la caja del dinero que por el riesgo que corría su empleada.

Los recién llegados, antiguos milicianos carlistas que sobrevivían con el contrabando eran algunos de los muchos que se movían por la zona, escondiéndose o enfrentándose a tiros con los carabineros. No era la primera vez que se les veía por allí, pero nunca tan alborotadores. En otras ocasiones habían comido y se habían marchado sin pagar, pero esta vez no parecían tener prisa y sí intención

de esperar a que amaneciera antes de proseguir hasta la frontera; además, iban poniéndose cada vez más eufóricos a medida que transcurría la noche. Los dueños se escabulleron a casa de un vecino, Elisa envió a su hija a la buhardilla e intentó desaparecer ella también, pero no hubo manera, y se encontró sola en compañía de cuatro borrachos, que no dejaban de decirle obscenidades.

Habían transcurrido casi trece años desde lo ocurrido en el maizal, e incluso había logrado no pensar en ello, pero la visión de su violación se presentó de súbito, como si hubiera tenido lugar días antes, y apretó los puños. Ya no era una jovencita asustada, era una mujer, madre de tres hijos, endurecida por el trabajo en el campo y en la fonda; se defendería y defendería a su niña. Con la disculpa de ir a la cocina en busca de una garrafa de aguardiente, cogió un cuchillo cebollero y lo ocultó en un bolsillo bajo el delantal.

Pasada la medianoche, no parecía que las cosas fueran a ir a mayores. Dos de los hombres se quedaron dormidos, uno de ellos despatarrado en pleno suelo, mientras los otros dos discutían sobre el acierto o no de haberse alistado en un bando perdedor que, por ende, había defendido los derechos de un rey que no lo era…, y aunque lo fuera. Los reyes, sus ministros y generales eran toda una caterva de sinvergüenzas que se enriquecían con la sangre del pueblo, aseguró uno, y el otro respondió soltándole un guantazo en plena cara. Instantes después se hallaban enzarzados en una pelea a puñetazo limpio que ganó el protestón, pues su adversario acabó junto al despatarrado, momento que Elisa aprovechó para intentar salir del comedor. No lo logró. Antes de llegar a la puerta, el ganador de la trifulca la había agarrado por la cintura e intentaba levantarle la falda al tiempo que farfullaba que iba a mostrarle lo que era un macho de verdad; sacó el cuchillo, se giró y se lo clavó en la garganta. Aterrorizada, contempló cómo el hombre se echaba las manos al cuello, la miraba estupefacto y se derrumbaba junto a sus compañeros. Sin pensarlo demasiado, subió a la buhardilla, cogió los ahorros, ordenó a Aurora que se abrigara bien, ella hizo otro tanto, y ambas salieron de la posada y tomaron el primer camino que encontraron.

Llegaron a una aldea no más grande que Buisán con las primeras luces del alba. Ateridas por las bajas temperaturas, presagio de un invierno duro, aunque todavía faltaran semanas antes de las nieves, permanecieron junto al lavadero sin saber qué hacer hasta que una vecina las vio y las invitó a entrar en su casa. Unos leños ardían en la chimenea, y sin casi darse cuenta se aproximaron a ella y se sentaron en un banco corrido colocado a un lado. Al poco tenían entre las manos sendos cuencos de leche caliente con miel que las hizo entrar en calor. No tardaron en quedarse dormidas, la una apoyada en la otra, y la mujer las cubrió con una gruesa frazada de lana. Elisa fue la primera en abrir los ojos y tardó unos instantes en ser consciente de dónde se encontraba; no se movió para no despertar a su hija; cuanto más descansada estuviera, más aguante tendría para proseguir el camino.

Con la mirada fija en la olla que colgaba de un gancho sobre el fuego, en la que hervía una sopa de verduras cuyo olor le recordó que llevaban horas sin probar bocado, se preguntó en qué lugar estarían, si bien esperaba encontrarse en el camino hacia casa. Durante el trayecto que las llevó a Biescas, en la carreta de su cuñado, habían pasado por cuatro o cinco pueblecitos, y probablemente aquel era el anterior; de ser así, calculó que todavía deberían de andar un par de horas más. Por un momento, imaginó lo que sería el encuentro con sus hijos; los veía correr hacia ella dando gritos de alegría, y ella los abrazaba y les juraba que jamás volverían a separarse. La ensoñación duró un suspiro. La imagen del borracho que intentaba forzarla y a quien había asestado una puñalada apareció ante ella cual espíritu de ultratumba, y soltó un grito que despertó a la niña.

Orosia, la samaritana que las había acogido y que de alguna manera le recordaba a su añorada Feliciana, las informó de que se hallaban en Piedrafita, en la vía a las fuentes de Panticosa; que recibían multitud de visitas de la primavera al otoño, pero que desconocía la existencia de un lugar

llamado Buisán. Ballibió le sonaba, pero el valle se hallaba hacia el este; tendrían que volver a Biescas a fin de coger la ruta desde allí, y se anunciaban lluvias. Al observar su gesto entristecido, la mujer le ofreció cobijo a cambio de ayuda; sus hombres, marido y dos hijos, trabajaban en el balneario y pasaba días, semanas durante la temporada de baños, sin verlos. A ella le tocaba ocuparse de la casa y del establo, demasiado trabajo para una mujer sola, por lo que agradecería un poco de compañía, aunque no podría pagarle. No tuvo que meditarlo mucho; era arriesgado echarse al camino con mal tiempo, y estaban cansadas, así que aceptó el ofrecimiento.

La sangre se le heló en las venas dos días más tarde al ver aparecer a los milicianos de la fonda. Los vio detenerse en el abrevadero situado frente a la casa a dar de beber a los caballos mientras vigilaban a su alrededor, armas en mano. Sintió una especie de alivió al descubrir entre ellos al hombre a quien creía muerto y que lucía una venda prietamente atada al cuello; al menos no tendría que vivir con remordimientos por haber asesinado a un ser humano, por muy miserable que fuera. Notó que le flaqueaban las piernas cuando él y otro se dirigieron hacia ella y le preguntaron si había por allí había alguna taberna; respondió que no con un gesto de cabeza, se apresuró a recoger el carbón que llevaba en el delantal y que se le había caído al verlos y entró en la vivienda. Ambos la siguieron, y creyó llegada su hora, pues estaba segura de que la habían reconocido. No la perdonarían, el herido la ensartaría con su sable, y rogó para que no descubrieran a Aurora, quien había ido a casa de un vecino a por unos cordeles para ensartar y colgar los pimientos en el sobrado. Se tranquilizó cuando Orosia salió a recibirlos, los oyó hablar sin escuchar lo que decían y los vio marchar a lomos de sus caballerías. La mujer le dijo luego que querían saber cuánto faltaba hasta la frontera con Francia y añadió con una sonrisa que haría mejor en lavarse, pues parecía el *buco* que se ayuntaba con las brujas. Solo entonces se dio cuenta de que tenía tiznadas manos y cara por lo que su atacante no la había reconocido, y le entró una risa floja que dejó a la otra muy sorprendida.

A excepción de los ocupantes del carro de pasajeros que hacía la ruta de Sabiñánigo a Formigal, a finales de noviembre ya no se veían foráneos por Piedrafita debido a la lluvia y a las bajas temperaturas. Cerrados los famosos baños hasta la siguiente temporada, el marido y los hijos de Orosia continuaban allí, encargados de la vigilancia y mantenimiento de las instalaciones, si bien bajaban más a menudo para contento de la mujer, que siempre les tenía preparados un morral con mudas limpias y planchadas y otro con fiambres, empanadas, tortetas y un tarro grande de miel. Ninguno de los tres era demasiado hablador, pero pareció agradarles que en su ausencia la esposa y madre estuviera acompañada, y las veladas se alargaban junto al fuego cuando ellos se hallaban en la casa. Quizás porque las llamas del hogar poseen un atractivo particular y evocan de alguna forma tiempos pretéritos, no era raro que acabaran hablando de historias viejas, sucesos, creencias, miedos y... brujas, sobre todo brujas.

Elisa había oído a Feliciana hablar de las malignas de su tierra, en las que creía a pie juntillas, pero siempre había pensado que no eran sino cuentos, como los que le leía su madre de pequeña. Sin embargo, descubrió que su añorada amiga no era la única crédula al escuchar que doscientos años atrás en el vecino pueblo de Tramacastilla, y en todo el Valle de Tena, decenas de jóvenes mujeres solteras habían sido acusadas de mantener relaciones con el demonio; reían, lloraban, sufrían espasmos y vomitaban clavos retorcidos. Una de las abuelas de la familia contaba que su tatarabuela las había visto allí mismo, en el bosque de El Betato, elaborando pócimas y adorando al Diablo con apariencia humana, la de un tal Pedro de Abuerro, y añadía que, al parecer, era un mozo guapo y muy rico a quien gustaban las faldas más que los repollos a las cabras.

La evocación provocó las risas de los tres hombres, en especial la del más joven, que aseguró

entornando los ojos y esbozando una sonrisa que por algo llamaban brujos a los tensinos, y que a él también le gustaba el repollo. Elisa se sintió incómoda; calculaba que ambos tenían más o menos la misma edad, y no era la primera vez que le miraba así. En el valle faltaban mujeres, o había muchos solteros, no lo sabía bien, pero lo que sí tenía claro es que no pensaba compartir su vida con ningún otro hombre. Tampoco deseaba permanecer en tierra de brujas, aunque no existieran y, si bien lamentaba dejar sola a Orosia después de sus atenciones, decidió partir al día siguiente, en cuanto los milicianos se hubieran marchado. No pudo ser. Aquella misma noche cayó una tromba de agua que continúo durante más de dos semanas, de tal manera que el Gállego se desbordó e inundó los caminos. Tras la lluvia llegó la nieve, lo que hacía imposible abandonar Piedrafita a menos de disponer de unas raquetas, y aun así suponía un riesgo que la madre no estaba dispuesta a que su hija corriera. Los hombres de la casa habían salido hacia las fuentes pese a la lluvia, y permanecían aislados en el balneario; las dos mujeres y la niña volvieron a quedarse solas.

Con el deshielo llegaron las cascadas, la floración de abedules, fresnos, avellanos, hayas, de madreselvas, rosales silvestres, sabucos, e incontable número de especies que transformaron el valle en un jardín. Por primera vez, Elisa tenía el sosiego suficiente para contemplar el resurgimiento de una naturaleza espléndida. Y por primera vez en los dos últimos años pensó en el «viaje de bodas» de unas horas a lomos de una yegua por el bosque de la Pardina Ballarín, aunque entonces era otoño, nada que ver con la exuberante explosión de la primavera, pero también la última ocasión en la que se sintió en paz. Su vida y la de sus hijos habría sido otra si Bizén no se hubiera ido. No es que no lo recordara, es que no quería pensar en él; le hacía daño. Tomó por costumbre caminar con Aurora por los alrededores cuando la dueña de la casa no precisaba de su ayuda; juntas subieron al ibón situado a los pies de Peña Telera cuya cima se hallaba todavía nevada y metieron las manos en el agua helada, se adentraron en los bosques, pasearon por las orillas del río, se cruzaron con partidas de gamos, contemplaron el vuelo de las águilas e, incluso, apercibieron un lince encaramado a una roca, que desapareció al verlas. Regresaban contentas, las mejillas arreboladas a la espera de la siguiente salida, pero los hombres de la casa también habían vuelto y ella notaba un apremio acuciante, no solo por parte del más joven, también de sus padres, ansiosos de que al menos uno de sus hijos les diera nietos.

Aprovechando una de las ausencias de aquellos y que Orosia se encontraba visitando a una vecina enferma, una mañana de mediados de marzo detuvo el carro de viajeros, y su hija y ella subieron con la intención de apearse en Biescas y proseguir camino a Buisán. Se fueron con la misma ropa con la que habían llegado, unas bufandas y dos mantas tejidas por ella; no llevaban equipaje, solo un atadijo con una torta grande de pan de cebada, unas manzanas y un saquito de avellanas peladas, a cambio de lo cual dejó tres pesetas encima del arcón de la harina. Lamentaba no haber sido más espléndida, pero no podía permitírselo; sus ahorros no llegaban a las doscientas e ignoraba lo que les depararía el futuro.

Inmersa en sus pensamientos no se dio cuenta de que atravesaban Biescas sin detenerse, pues allí no había nadie a la espera, y ella no le había dicho al cochero dónde querían bajarse. Hacía frío, y se envolvió en la manta. Tras una mala noche dándole vueltas a la cabeza y, pese a lo incómodo de los bancos de madera que compartían con otros pasajeros, con el traqueteo se quedó dormida. Ni siquiera se despertó cuando hicieron un alto en Sabiñánigo, se cambió el tiro de dos caballos por otro de cuatro y se continuó ruta hacia Huesca, adonde llegaron a media tarde. Su estupor fue inenarrable al oír el nombre de la ciudad y todavía lo fue mayor cuando el cochero le pidió ciento veinte pesetas por los dos pasajes. De nada valió asegurar que se trataba de un malentendido, que su intención era apearse en Biescas, el hombre se mantuvo firme e incluso amenazó con llamar a los guardias. No le

quedó más remedio que pagar y maldecir su mala suerte. Luego se encaró con Aurora por no haberla despertado, pero esta respondió que ella en ningún momento le había dicho cuál era su destino, lo cual era cierto y, además añadió, le había dado pena espabilarla porque sabía que dormía mal y que la víspera no había pegado ojo. Les quedaban algo menos de cincuenta pesetas y encontraron alojamiento en una pensión próxima a las cocheras.

1885

Pese a hallarse a poca distancia, Elisa nunca había estado en la ciudad y tampoco se imaginaba que existiera un lugar semejante; su vida había transcurrido en el campo, primero en la finca, luego en los valles. Quedó boquiabierta al descubrir una población de calles amplias, edificios de cuatro alturas y más, paseos flanqueados por árboles, palacetes con jardines propios que le trajeron a la memoria retazos de conversaciones en las que se mencionaba «la casa de la ciudad». Así que aquella debía de ser la Osca de los romanos, que decía el abuelo, gran amante de la historia de su tierra, y también el lugar en el que vivía su padre la mayor parte del año. ¿Y si se lo encontraba? ¿Qué haría? ¿Qué le diría? Hizo cálculos, él le llevaba más de cuarenta años, por lo tanto, ahora rondaría los setenta y pico, si no estaba muerto, que todo podía ser. No la reconocería, aunque quizás ella a él sí. Era difícil olvidar al hombre alto, de anchas espaldas, bigote y barba cuidada; de mirada poco amable, acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Lo que sí recordaba con claridad era la gruesa leontina sujeta a un botón del chaleco de cuyo extremo colgaba el reloj, que guardaba en el bolsillo izquierdo del mismo y lo sacaba cuando se impacientaba y quería dar por finalizada una conversación. Asimismo, se acordaba del grueso anillo de oro que brillaba en el dedo meñique de su mano derecha, y estaba segura de reconocer cualquiera de las dos joyas, aunque esperaba no se diera el caso. Si en algún momento llegó a odiar a su padre, ahora le era indiferente. De no ser por él, no habría sufrido tal cúmulo de calamidades, pero también era cierto que tampoco habría tenido a sus tres queridos hijos.

Feliciana, mujer optimista donde las hubiera, le había enseñado a ver la botella media llena, no medio vacía, pues la desesperanza, decía, es terreno abonado a los males de cuerpo y mente y, entonces, la vida resulta más ardua de lo que ya es. Tal vez porque dicho recuerdo insufló en ella el ánimo que creía perdido tras pagar la escandalosa suma de los pasajes, o porque no podía hacer otra cosa, su mirada escudriñaba con ansia anuncios en puertas y tapias a la búsqueda de una oferta de trabajo, alentando a Aurora a que hiciera otro tanto. De todos modos, si no encontraban nada, siempre podrían ir al pueblo, aunque fuera andando; con suerte, Marcela la del herrero seguiría allí, y tal vez podría echarles una mano. A punto estaba de preguntar por el camino cuando vio un cartel colgado en una puerta acristalada en el que solicitaban un maestro confitero. No lo pensó y entró seguida por su hija.

Ambas permanecieron quietas en la entrada, atónitas; jamás habían visto un local semejante. Las mesas con patas de forja, los suelos de mármol, las lámparas de velas en el techo, los cortinajes, los estantes repletos de cajas de todos los tamaños y colores, las fuentes con dulces y tartaletas sobre el mostrador indicaban que aquel lugar no era una simple taberna. Su abstracción concluyó cuando una señora elegantemente vestida les preguntó qué deseaban y miró a Elisa de arriba abajo al responder esta que venía por lo del anuncio. Con el capotillo desgastado, la falda de color incierto, los zapatos de tacones cuadrados ya desgastados y el sencillo casquete de fieltro heredado de su madrina,

mostraba un aspecto si no de pobre, sí de una campesina como muchas otras que llegaban a la ciudad en busca de trabajo. La señora sonrió, pero hizo un gesto negativo con la cabeza y la informó amablemente de que buscaban un confitero, hombre, con experiencia. Quizás porque no tenía nada que perder o porque no esperaba otra respuesta, no se amilanó y preguntó a su vez cómo sabía que ella no la tenía, la experiencia. A continuación, y de corrida, enumeró una lista de tortas, bizcochos, hojaldres, tartaletas, pasteles, dulces y mermeladas, y finalizó afirmando que una mujer cocinaba igual o mejor que un hombre; se despidió con una ligera inclinación e hizo una seña a Aurora para salir, pero la señora la detuvo y la examinó con atención.

Doña Engracia, propietaria de El Obrador, recordó la figura de su abuela paterna trajinando entre pucheros y marmitas, mientras el abuelo atendía el negocio de velas y ceras, la una y el otro ayudados por su dos hijos y nueras, ellos en la cerería, ellas en la confitería. La miel y la cera de las abejas compartían un mismo espacio entonces. Con el tiempo, se levantó un tabique entre ambos comercios; los tíos se quedaron con la cerería y los padres con el obrador, y así continuaban sus descendientes. Su difunto marido y ella transformaron el establecimiento en lo que ahora era. Además de chocolate y todo tipo de bollería y dulces, también servían café, que todavía no contaba con demasiados adeptos, pero empezaba a ponerse de moda debido a las tertulias de hombres mantenidas en torno a una taza de aquella bebida amarga, que ella no apreciaba en absoluto. Se vio amasando harina, batiendo huevos, horneando bollos y tartas, trabajando desde el amanecer hasta altas horas de la noche al tiempo que criaba a tres hijos. Su marido era un magnífico confitero, pero ella también lo era. Aquella mujer de aspecto humilde le recordaba a sí misma y le pidió que hiciera una demostración de sus habilidades reposteras.

Minutos después, Elisa se había desprendido del capotillo y del casquete, colocado un delantal y arremangado. Ante la mirada de la dueña, del maestro pastelero, un hombre ya mayor a la espera del relevo para retirarse, de dos aprendices y otros dos camareros, preparó una docena de buñuelos rellenos de crema aromatizada con canela y raspaduras de limón que colocó sobre un plato y ofreció a sus improvisados espectadores, añadiendo que una tarta de almendras o unos hojaldres con queso y miel le llevarían más tiempo. Aurora se había quedado sentada a una mesa bebiendo el chocolate que le sirvió uno de los mozos, pero apenas había transcurrido algo más de una hora cuando se asomó al obrador al escuchar las felicitaciones dirigidas a su madre, que fue contratada a prueba durante un mes.

La suerte no llegó sola. Por mediación de doña Engracia, madre e hija consiguieron alojamiento a cambio de servicio en casa de una pareja mayor, justo enfrente del establecimiento. El marido, un profesor jubilado, adoptó de inmediato a la niña como alumna al enterarse de que sabía leer y escribir; su madre se había encargado de enseñarle desde muy pequeña. Solo contaban con dos libros que Elisa había logrado conservar: *Cuentos de Mamá Oca* y *La cabaña del tío Tom*, sus más preciados tesoros, en especial el segundo. Ella no era negra, pero tal vez debido a la similitud de sus nombres, se identificaba con la esclava Eliza abusada por los Shelby al igual que ella lo había sido por su padre, quien bien podría asemejarse a un esclavista sin escrúpulos. Ambos volúmenes presentaban un aspecto deteriorado de tanto uso, las cubiertas desgastadas, las páginas oscurecidas, pero todos los días encontraba algún momento para leer unos párrafos; se lo sabía de memoria, Aurora también, aunque esta prefería los cuentos de Perrault.

Don Fidel quedó gratamente sorprendido por su capacidad lectora y buena letra, ejercitada desde

cría en cuadernos que su padre adoptivo le conseguía en Aínsa. En Biescas utilizaba retazos de papel que su madre sustraía del mostrador del dueño de la fonda, sin embargo, no había vuelto a escribir desde entonces. Los ojos se le agrandaron cuando el profesor le puso delante un cuaderno de hojas rayadas y un estuche con seis lápices nuevos, prometiéndole además que pronto le enseñaría a escribir con pluma. Pagaba su hospedaje y las clases limpiando el piso por las mañanas, además de ir al lavadero y al mercado; las tardes las dedicaba al estudio. De las comidas se encargaba Elisa; por lo general dejaba la olla puesta antes de salir, en ocasiones lo hacía por las noches. Ambas habían encontrado, sin esperarlo, el ansiado sosiego en un refugio acogedor, si bien no olvidaban en ningún momento que Úrbez y Antoi las esperaban en la aldea.

Transcurrido el mes de prueba, se hizo cargo del obrador y compró ropa y zapatos nuevos para las dos con su primera paga, noventa pesetas, a tres pesetas por día. En unos meses tendría suficiente para ir en busca de sus hijos y traerlos a la ciudad, pues de una cosa estaba segura: no encontraría mejor trabajo que aquel, y no pensaba renunciar. No solo disfrutaba elaborando guirlaches, hojaldres con almendras, pasas y nueces, almojábanas de miel, pastel ruso, dobladillos o merengues, sino que, en ocasiones, también ayudaba a su patrona en el mostrador e incluso salía chocolatera en mano cuando los camareros no daban abasto y directamente servía ella misma a los clientes el chocolate caliente. Trabajaba todos los días de la semana, excepto los lunes por la mañana, en los que dos mujeres se ocupaban de la limpieza a fondo del establecimiento, horas que aprovechaba para dormir un poco más y salir a dar una vuelta con su hija, pero no se quejaba, muy al contrario, el trabajo mantenía su mente ocupada, y nunca se había sentido tan útil.

Supo por uno de los ayudantes que la señora cerraba El Obrador en agosto, mes en el que la clientela decaía, y que ella aprovechaba para visitar a su familia en Zaragoza. No cobraban esas semanas, pero los empleados agradecían un descanso, y ella contaba los días que faltaban; para entonces habría ahorrado lo necesario para ir en busca de sus hijos, además ya le había echado el ojo a un pequeño piso de dos cuartos, cocina y retrete en la misma calle, dando por hecho que el profesor y su señora no los aceptarían en el suyo pese a haber sitio de sobra.

A la espera del ansiado día en que por fin podría abrazar a sus pequeños, gozaba con un trabajo en el que no solo se limitaba a elaborar las recetas tradicionales de la casa, también introdujo otras nuevas, en especial de frutas de la época escarchadas, cubiertas con el chocolate líquido que en ocasiones sobraba, bombones de licor o almendras y nueces asimismo bañadas en chocolate. La dueña se mostró encantada y decidió obsequiar a sus clientes con algunos de estos dulces dependiendo de las consumiciones, de forma que en poco tiempo aumentó la ya de por sí buena fama del establecimiento, que no tardó en recibir pedidos para llevar y tuvo que incrementar su demanda de bandejas y cajas de cartón al taller que les surtía.

De vez en cuando, Elisa se asomaba a la puerta del obrador y sonreía al contemplar el éxito de «sus» golosinas, pero cuando más satisfecha se sentía era al observar el deleite en el rostro de un caballero mayor que llegaba puntual a las seis de la tarde, pedía una taza de café, la bebía y después introducía el bombón en la boca y cerraba los ojos, como en un rito. El hombre pidió conocer al maestro confitero creador de aquella delicia, y alzó las cejas sorprendido al comprobar que el mismo era, en realidad, una maestra. Más tarde, su patrona la informó de que se trataba de don Casimiro Pueyo, un rico hacendado, viudo, cuyo hijo y heredero había muerto durante la tercera guerra carlista, aunque tenía otro que vivía en Madrid. Se reunía con otros caballeros, hablaban de política y

asuntos varios, pero la ceremonia del café y el bombón continuaba inalterable.

Una tarde de finales de julio, tras una calurosa jornada de cielos despejados, la población se vio sorprendida por un intenso aguacero que vació las calles. Apenas había clientes en El Obrador, pero el señor Pueyo apareció a la misma hora de siempre y pidió su consabida taza de café. Faltaban pocos días para cerrar, y doña Engracia había dado orden de acabar con las existencias y de elaborar estrictamente lo necesario, pues no era cuestión de desperdiciar el género. Con su aprobación, Elisa eligió un bombón de cereza con licor, un escarchado de melocotón y unas almendras bañadas en chocolate, los colocó en un platillo de porcelana y ella misma se los sirvió. Hablaron durante largo rato y, para su sorpresa, descubrió que el caballero había conocido a su abuelo, con quien había mantenido amistad y negocios. No fue menor la del anciano al saber que la nieta de su amigo Escagüés trabajaba a fin de ganarse la vida. No entraron en detalles, él partía para Madrid al día siguiente, pero prometió que a su vuelta hablarían largo y tendido.

Una semana más tarde, cerrado ya el obrador, madre e hija cogieron el carro de viajeros que hacía la ruta de Huesca a Sabiñánigo, otro de allí a Biescas y un tercero hasta Fanlo, el trayecto hasta Buisán lo hicieron a pie. Llegaron a la puesta del sol, cuando los últimos rayos iluminaban las cumbres de las Treserols, que nunca como entonces les parecieron tan hermosas, pero Úrbez y Antoi ya no estaban allí.

Impávida, sin que un músculo de su rostro denotara la emoción y la impotencia que sentía al mismo tiempo, Elisa escuchó hablar a su suegra y cuñados. Bizén se había presentado en la casa una noche, a comienzos del verano, dándoles un susto de muerte, pues creyeron que se trataba de una aparición. Según les contó, las aguas lo arrastraron hasta la orilla del río al caer de la navata, y unos campesinos lo cuidaron hasta que se recuperó, pero se había dado un golpe en la cabeza con uno de los troncos y perdido la memoria, así que permaneció con ellos, ya que no sabía quién era, de dónde venía ni adónde iba. Durante casi tres años había sido otra persona. De vez en cuando, la visión de unos niños jugando, una mujer junto a la lumbre, unos trozos de madera, un amanecer... se mezclaban con otras imágenes; poco a poco salió de su extravío y se apresuró a regresar. Su hermano mayor los llevó a Biescas en la carreta, a él y a los chicos, a buscarlas, pero los dueños de la fonda les dijeron que habían desaparecido tras lo ocurrido con los hombres armados y que ignoraban su paradero. Y allí se habían despedido, Bizén decidió remover tierra y cielo hasta encontrarlas y se llevó con él a sus hijos.

Permanecieron en la aldea durante todo el mes a la espera de verlos aparecer en cualquier momento, pero debían volver si Elisa no quería perder el trabajo, lo que no podía permitirse vista la situación, y dejó las señas antes de partir por la misma ruta para el caso de que tuvieran noticias de su marido. Sentía una tristeza enorme al no haber podido abrazar a sus pequeños, pero también alegría al saber que él estaba vivo y cuidaba de ellos; era un hombre tenaz, tarde o temprano, estaba convencida, volverían a reunirse. Retomó su vida donde la había dejado, un alivio, pues ocupada en el quehacer diario no pensaba en lo único que verdaderamente le importaba, su familia.

También recibió una noticia que la llenó de orgullo. A los pocos días de su regreso, el profesor le comentó un asunto al que había estado dando vueltas: Aurora acababa de cumplir los quince y era preciso pensar en su futuro. En un principio pensó que hablaba de ponerla a trabajar como criada o de dependienta en un comercio, pero notó que el corazón se le aceleraba cuando don Fidel aseguró que la joven mostraba una aptitud poco común para el aprendizaje de las letras. Cierto que él no había tenido oportunidad de instruir a mujeres, pero estaba seguro de que su alumna no tendría

problemas para aprobar el examen de entrada que tendría lugar en la primavera siguiente en la Escuela Normal para Maestras, emplazada en el Beaterio de Santa Rosa de Lima. Se exigía a las aspirantes saber leer y escribir, geografía, algo de números, la doctrina cristiana y las llamadas «labores del hogar», cocina, costura y demás materias propias de mujeres. Conocía a la directora del centro por haber sido él mismo director de la Normal para Maestros y haber mantenido con ella algunas reuniones sobre las asignaturas a impartir y, en especial, para lograr fondos del Ayuntamiento cuyos responsables se mostraban remisos a destinar dineros a una institución femenina; podría hablar con ella a fin de enterarse en qué consistiría exactamente el examen de entrada. La llenó de gozo pensar que su querida hija haría realidad su sueño, que pudiera ganarse un sueldo, ser independiente y, sobre todo, que se dedicara a enseñar a niñas destinadas a lo único que se esperaba de ellas, es decir casarse, ser amas de casa, criar hijos y trabajar sin cobrar hasta la vejez. A la joven, por su parte, también pareció gustarle el plan y prometió poner todo su empeño en lograr una plaza en una institución cuya existencia hasta entonces ignoraba.

Días después de reabrirse el local, el señor Pueyo no había acudido a su cita con la taza de café y su correspondiente golosina por lo que Elisa llegó a pensar que o bien había alargado su estancia en Madrid o que se hallaba enfermo. Confiaba en que fuera aquel el motivo de su ausencia; su única conversación la había dejado con ganas de más, puesto que, muerta Feliciana, ya no quedaba nadie con quien hablar de su abuelo y, además, tal vez el amable caballero hubiera también conocido a su madre. Nadie desaparecía hasta ser olvidado, y por desgracia era ella la única en recordarlos. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja al verlo entrar en el establecimiento, una cálida tarde de comienzos del otoño.

Vestido de negro, camisa, chaleco y guantes blancos, sombrero de copa alta, corbatín también negro y bastón con mango de plata era la imagen misma de la elegancia. No esperó a que lo atendiera uno de los camareros, empuñó la cafetera con una mano y el platillo con el bombón en la otra y acudió a servirlo. No había mucho qué hacer en el obrador habiendo ya preparado masas y arropes para el día siguiente, y se sentó a su mesa tras ser invitada por él y recibir la aprobación de la dueña. Aquel día don Casimiro no se marchó una vez tomado el café como acostumbraba, y ambos hablaron hasta la hora del cierre, aunque fue más bien ella la que se explayó mientras él y la patrona, que se les había unido, la escuchaban con atención.

Al igual que hacía de pequeña con las panojas, desgranó los recuerdos de su infancia, el dolor por el fallecimiento de las dos personas que amaba, el matrimonio forzado, la injusticia del propio padre, su violación, la huida hacia los montes, la boda con Bizén, los hijos, y de nuevo la lucha por la supervivencia en un mundo que le era hostil. Al finalizar, el anciano la acarició la mano en un gesto de ánimo; doña Engracia tenía los ojos empañados. Transcurrieron un par de semanas antes de que pudieran volver a hablar con calma. El negocio marchaba mejor que nunca, y cada vez eran más los clientes deseosos de catar las especialidades de El Obrador, entre ellos los tres o cuatro hombres que solían reunirse con el señor Pueyo. La inesperada muerte del rey Alfonso XII, víctima de la tuberculosis a la temprana edad de veintisiete, la proclamación de su hijo póstumo nada más nacer, la regencia de la reina viuda y la inestabilidad del gobierno de la nación constituían el grueso de sus conversaciones, pero no siempre. En ocasiones, Elisa atrapaba frases sueltas y no dejaba de sorprenderla que unos señores aparentemente serios y ya de una edad hicieran comentarios subidos de tono referentes a una cómica que había actuado la víspera en el Teatro Principal o en el Gran Café de la Unión, o mencionaran los chascarrillos que corrían sobre los amoríos de ciertos notables, que a ella le eran completamente desconocidos.

Una tarde los contertulios no aparecieron, probablemente debido a algún evento en el Casino o en

uno de los ateneos, y pudieron charlar un rato; en esta ocasión fue él quien habló. No había olvidado su conversación, la aseguró, en especial lo referido al modo indigno en que Basilio Azaba se había hecho con el legado de su suegro. Tras consultar con el abogado y en su nombre, si a ella le parecía bien, estaba dispuesto a presentar una demanda en el Juzgado. El hombre sonrió al constatar su azoramiento e hizo lo mismo que la vez anterior, le acarició la mano antes de informarla de que había reclamado una copia del testamento de manera a confirmar que, en efecto, era la receptora final de la herencia de su abuelo. Incluso en el caso de que la otra parte presentara el documento firmado por ella nombrando testaferro de sus propiedades al tipo con quien su padre la había matrimoniado, la venta no sería legal si no iba acompañada del contrato y el correspondiente comprobante. Asimismo, podría alegarse que ella entonces tenía diecisiete años, una edad muy joven para asumir tan importante transacción, y no faltarían personas en su pueblo prestas a testificar contra el, por ahora, dueño de la hacienda; un hombre capaz de maltratar a su propia hija también era capaz de maltratar a otros y hacerse enemigos. Pero debía de ser paciente, aseveró, pues la Justicia avanzaba despacio, muy despacio.

Decidió no pensar en el asunto, era inútil darle vueltas, no solucionaría nada y corría el riesgo de caer en un estado de ansiedad. Se centró por tanto en su trabajo, aunque hubiera momentos en que, sin quererlo, se viera a sí misma en El Maizal, junto a su marido y sus tres hijos, contemplando los atardeceres en los que el cielo se tornaba rojo.

Un domingo al mediodía, en que atendía el mostrador por hallarse doña Engracia indispuesta, tuvo que aspirar una bocanada de aire para recuperarse de la impresión al entrar en el local un hombre que era una réplica exacta del padre que recordaba, igual envergadura, mismo rostro de facciones duras, idénticos bigote y barba. Lo único que los diferenciaba era la mirada amable del cliente, quien llevaba de la mano a una niña de unos seis años de edad. Pidió una docena de castañas de mazapán y un bastón de caramelo, que alargó a la niña advirtiéndola de que no dijera nada a su madre, pues de sobra sabía que tenía prohibidos los dulces antes de las comidas. No pudo evitarlo, permaneció inmóvil, la bandeja de las castañas en las manos, la mirada turbia, al escuchar sus risas cómplices, una escena que ella nunca había vivido. No dejó de mirarles mientras seleccionaba los dulces con unas pinzas, ataba después el envoltorio con una cinta de color azul y preguntaba a la niña por su nombre al entregar los cambios. A poco se le caen las monedas al suelo cuando la escuchó decir que se llamaba Casilda Azaba; notó las rodillas flojas y tuvo que sentarse en la banqueta alta situada frente a la caja del dinero al tiempo que los veía desaparecer por la puerta de la calle.

Así pues, aquel hombre bien trajeado era uno de sus hermanastros, los tres mayores que ella, que su padre había llevado a la hacienda tras enviarla a las dependencias del servicio. Los había visto en alguna ocasión, pocas, durante sus vacaciones, cuando entraban en la cocina a coger algo para picar, también en el porche acompañando a las visitas o haciendo carreras; los había oído reír, llamarse a gritos, pero no recordaba sus caras ni sus nombres, por lo que no podría decir cuál de los tres era el padre cariñoso que acababa de comprar un dulce a su hija. A la mañana siguiente, en sus horas libres de los lunes, ascendió al Cerro de las Mártires y contempló los campos que rodeaban la ciudad. En algún lugar hacia el noroeste se hallaba la casa de sus antepasados; no sabía cómo, pero se juró que algún día volvería a ser suya.

Aurora aprobó el examen de entrada en la Escuela Normal para Maestras y, en compañía de don

Fidel y señora, se presentó en El Obrador a anunciarle la buena nueva justo antes de que cerraran. Acabaron todos, dueña y empleados incluidos, comiendo bollos y pasteles sobrantes y bebiendo vino blanco de Burdeos por invitación de doña Engracia, lo que dejó pasmados a sus empleados, conocedores de lo poco dada que era la patrona a detalles semejantes.

Por las mismas fechas, el señor Pueyo le anunció que ya se había presentado en el Juzgado la solicitud para la vista relacionada con el testamento de su abuelo y lo referente a la herencia, cesión de derechos y adquisición de la heredad por parte de Basilio Azaba. No le había dicho nada antes para no impacientarla, pero, a la espera de que la demanda fuera aceptada, había contratado a un investigador a fin de recabar todo tipo de información, tanto en la ciudad como en el pueblo. Gentes que le debían favores o trabajaban para él habían callado, pero el hombre había dejado su camino sembrado de rencores tal y como suponía, y otras personas habían testificado con pelos y señales sobre el trato recibido por su mujer e hija, así como por labradores y empleados. En cuanto al matrimonio obligado, el nombre del individuo solo aparecía en tres documentos: boda, cesión de los derechos por su parte y venta de la finca y haberes al suegro. Su hombre se había incluso trasladado al pueblo de origen del sujeto, donde lo informaron de que, en efecto, era un borracho de cuidado que volvió por allí muy ufano, con miles de reales en los bolsillos que dilapidó en el juego y la bebida. Su muerte fue precisamente debida a una pelea por una deuda durante la cual recibió un mal golpe que lo dejó seco en el suelo. Nadie sabía que se había casado y que los dineros eran el pago por la boda.

Elisa permaneció en silencio, no sabiendo qué decir, conmovida por el interés del generoso caballero. No obstante, sintió preocupación ya que no podría reembolsarle el costo de su gestión; el papeleo, el investigador, los desplazamientos, sin contar el tiempo dedicado, debían de haber supuesto una fortuna de la que ella no disponía. Como si leyera su pensamiento, don Casimiro le habló del hijo, muerto en una guerra cruel para beneficio de unos pocos, como lo eran todas, y del otro hijo, que vivía en Madrid y le había dado cuatro nietos y dos nietas que heredarían su patrimonio. Tenía mucho más de lo que necesitaba y dedicaba parte de su dinero a obras de misericordia por si le valía de algo en el «Más Allá», sonrió, pero quería dejar claro que su asunto, el de ella, nada tenía que ver con la caridad; se trataba de una cuestión de amistad, la que Escagüés y él habían mantenido durante muchos años, y también de justicia. Azaba se había apropiado de unos bienes que no le pertenecían, y era por tanto menester poner las cosas en su sitio y arrebatarle lo que tan malamente había obtenido; disponía de otras propiedades, entre ellas, un palacete allí mismo, en la ciudad, así que no necesitaba seguir ocupando la casa y las tierras de su hija. La mujer no pudo reprimir un ademán de sorpresa. Sin haberlo preguntado, el señor Pueyo acababa de proporcionarle una información inesperada: su padre estaba vivo y seguía en El Maizal.

La vida continuó sin cambios durante los siguientes dos años. Como bien había afirmado su benefactor, el asunto de la herencia iba muy lento, y Elisa intentaba no pensar en ello, pero le resultaba difícil pues el caballero continuaba acudiendo al establecimiento.

Por otra parte, el que suponía era su hermanastro tomó por costumbre acudir los domingos a El Obrador, siempre acompañado por su esposa, hija y suegra. La niña Casilda no tardó en meterse detrás del mostrador mientras los mayores saboreaban sendas tazas de chocolate con churros; fue ella quien le reveló que su abuela y doña Engracia eran amigas desde la juventud, y saberlo no hizo sino avivar su curiosidad. Tardó en atreverse a preguntar a su patrona, lo hizo como quien no quiere la cosa, una pregunta por aquí, otra por allá... En efecto, aquel era Ramiro, el primogénito de Basilio Azaba, si bien solo se parecía a su padre en el físico; lo que el uno tenía de altanero, el otro lo tenía de

afable. Al parecer, el viejo cacique no se llevaba bien con sus dos hijos mayores, a quienes reprochaba haberlos legitimado y pagado los estudios para nada, decía, ya que se negaban a seguir sus mandatos; a ambos los había desheredado. Al mayor, por casarse sin su permiso, de hecho, ni siquiera conocía a su preciosa nieta, y al segundo por marcharse a hacer las Américas, a Venezuela en concreto. De todos modos, Ramiro era un ingeniero reputado y no necesitaba su dinero en absoluto. Sin embargo, con el tercero de sus hijos parecía llevarse muy bien. Doña Engracia no lo conocía personalmente, pero su amiga le había dicho que era tan insoportable como el padre; soltero, sin ocupación conocida, aunque pasaba largas temporadas en el campo, en invierno vivía en la Casa Azaba de la ciudad y, según había oído decir a su yerno, no se privaba de asistir a toda fiesta o sarao que tuviera lugar.

Un lunes por la mañana, se dirigió a la Plaza de San Lorenzo y aledaños, zona donde tiempos atrás se hallaban la morería y la Alquibla musulmana, repleta de comercios, tabernas y animación, quizás reminiscencia inconsciente del zoco árabe que existió allí durante tres siglos. No se distrajo mirando los puestos, se dirigió directamente a la librería abierta en la misma plaza. Su hija necesitaba dos cuadernos y, de paso, ella quería encontrar una novela cuya reseña había leído en el periódico, *El señor de Bembibre*, de un escritor de nombre Enrique Gil y Carrasco, que no le sonaba de nada. Tampoco es que estuviera al corriente de los autores en boga, pero deseaba recuperar su viejo hábito de lectura, aunque fuera media hora al día, y los libros de la biblioteca del profesor eran demasiado... serios para ella. El librero la conocía de otras ocasiones y se apresuró a buscar el ejemplar solicitado, después le mostró diversos cuadernos de caligrafía; eligió tres, los más gruesos.

De vuelta al piso, Aurora le aseguró que le bastaban los dos que le había pedido y le preguntó por qué no se animaba ella a escribir una historia. Le entró la risa, pero don Fidel secundó a su alumna; una mujer capaz de enseñar a otros a leer y a escribir, también lo era para expresarse por escrito. Cierto que no bastaba con dominar la caligrafía para ser una buena escritora, de hecho, apenas había autoras publicadas dignas de ser reseñadas, sin embargo, estaba seguro, añadió, de que disfrutaría intentándolo. Ella volvió a reír y respondió con el conocido refrán «zapatero a tus zapatos».

Le gustó la novela, disfrutó con las descripciones, diálogos, personajes, pero de manera muy especial con la romántica relación de la pareja protagonista y su triste sino lo que le provocó alguna que otra lágrima. Su historia no tenía nada que ver con la de doña Beatriz, pero sí coincidía en que ambas, obligadas a casarse por imposición paterna, habían sido meras piezas en un tablero de intereses en el que no contaban los sentimientos. Cierto que en todas las capas de la sociedad era habitual que los padres decidieran el futuro de las hijas, pero también lo era que algunos, como Bizén o su medio hermano, les mostraran un cariño que ni la heroína de la novela ni ella habían recibido. Tal vez Aurora y el profesor tuvieran razón, y le vendría bien escribir su propia historia, aunque solo fuera para recordar los momentos felices y conjurar los malos. Lo intentó, pero de inmediato se dio cuenta de que, en efecto, la buena caligrafía no era suficiente para escribir algo de interés; repetía palabras, verbos, abusaba de los adverbios, ignoraba sinónimos y antónimos...; arrancó la hoja y guardó el cuaderno.

Tiempo después se le ocurrió copiar la receta publicada por el Diario de Huesca de la tarta de pisos de una conocida pastelería zaragozana y, de la misma, pensó que no sería mala idea transcribir también las de El Obrador y, ¿por qué no?, las propias. Varias semanas después había transcrito cerca de doscientas recetas, y tuvo que comprar otro cuaderno. Aurora se los arrebató y se los mostró al profesor y a su señora; los tres estuvieron de acuerdo en que era un trabajo que merecía la pena ser conocido.

Tras darle un repaso y hacer correcciones de estilo, don Fidel en persona se encargó del tema, a ella le daba vergüenza, y acudió al librero de San Lorenzo, asimismo impresor, a quien le pareció una novedad interesante. En la librería disponía de media docena de libros de cocina publicados en Barcelona y en Madrid, dos de ellos de repostería, pero ninguno escrito por un oscense, y menos por una mujer. Llegaron al acuerdo de tirar cincuenta ejemplares y verlas venir antes de arreglar cuentas. El profesor debería de abonar el costo si no se vendían los suficientes ejemplares para cubrir los gastos; en caso contrario, el librero le pagaría un cinco por ciento del precio de venta al público, y el otro cinco por ciento para la autora. Fue un éxito. Dos semanas más tarde salió la segunda edición, de cien en esta ocasión, acompañada de un anuncio en la prensa, un cartel más bien, en el que podía leerse «*Cuadernos de repostería* por Elisa Azaba y Escagüés», enmarcado en una orla. Más abajo aparecían referencias sobre el contenido, el nombre del impresor y el de la librería.

Pronto corrió la voz de que la autora del libro era la maestra confitera de El Obrador, y aumentaron los clientes, algunos por simple curiosidad, otros con ejemplares para que los firmara, si bien todos pedían una consumición o compraban dulces. La dueña y los demás empleados estaban encantados, ella no tanto; la incomodaba ser el centro de la atención y procuraba no asomar la cabeza fuera del taller.

Doña Engracia la llamó un día, a primera hora de la mañana, salió del obrador y se encontró cara a cara con Ramiro Azaba; no era domingo, estaba solo y llevaba el libro en la mano. No supo qué decir y, nerviosa, se limpió las manos en el delantal, él tampoco dijo nada, pero le dio un abrazo que la dejó desconcertada. Al rato hablaban sentados a una mesa oculta detrás de una columna. Contrariamente a lo que ella creía, su hermanastro conocía su existencia mucho antes incluso de ir a vivir a la hacienda; el padre de ambos era un bocazas, así lo definió, que no se cortaba un ápice ni en público, ni en privado. No la había reconocido, o quizás no se la imaginaba trabajando en una pastelería, pues la recordaba casi veinte años atrás en la cocina de El Maizal, tendiendo los manteles a secar, ocultándose para no ser vista, y lamentaba en lo más profundo no haber sido un hermano para ella, aunque todavía estaban a tiempo, añadió con una sonrisa. Días después, Aurora y ella cenaban en su vivienda y conocían a su familia, esposa, dos hijos y la pequeña Casilda, a quien hubo que sujetar para que no se lanzara a por la caja de bombones de frutas que habían llevado de regalo.

Elisa no solo ganó un hermano, también obtuvo una información valiosa pese a que en ningún momento le confió las gestiones emprendidas con vistas a recuperar lo que legítimamente le pertenecía. Supo así que la fortuna de su padre había disminuido de forma considerable debido a la fuerte caída de los precios agrarios agravada por la guerra de Cuba, por una parte y, por otra, a la libre competencia que permitía la entrada del grano ruso y norteamericano en detrimento de la producción nacional. Por otro lado, nunca había sido hábil en los negocios y vivía solo en la finca dejándose ver raramente fuera de ella. Su otro hermano, Braulio, el tercero y ahora único heredero con quien el mayor no se hablaba, era un baldragas de cuidado que no daba palo al agua y vivía de las rentas. Por curiosidad, en uno de sus paseos de los lunes, se acercó a la famosa «casa de la ciudad». El jardín descuidado, la puerta de la valla de entrada roñosa, la fachada desconchada, sin humo en la chimenea, su aspecto era el de una propiedad descuidada, casi de abandono, y su única reflexión fue confiar en que el hogar en el que había nacido conservara al menos la apariencia que ella recordaba.

Tres años después de iniciadas las diligencias, el juez dictó sentencia: la casa y tierras, así como la empresa de granos y la fábrica de harinas, propiedad del difunto Álvaro Escagüés y Villasegura

debían ser devueltas a su legítima heredera. El proceso fue largo. Flanqueada en todo momento por el señor Pueyo y por el abogado de este, Elisa se mantuvo firme y no bajó la vista al encontrarse con su padre en la sala del Juzgado, muy al contrario, le miró directamente a los ojos y aguantó sin parpadear su mirada enojada. No sentía rencor hacia él, tampoco ansia de revancha, nada, e incluso le daba igual si ganaba el juicio o no, le bastaba con que se supiera el tipo de individuo que era; seguía llevando el reloj en el bolsillo del chaleco y el anillo en el dedo.

Tras las declaraciones de varias personas, antiguos sirvientes, aparceros y gentes del pueblo, Elisa respondió sin titubear a las preguntas del letrado de la parte contraria y admitió haber firmado la cesión de sus derechos al hombre con quien su padre la había obligado a matrimoniar y de quien ni siquiera supo el nombre; no leyó el documento porque no se lo permitieron y tampoco lo habría entendido de haberlo leído, afirmó. En respuesta a su abogado, describió su vida en la finca, el trabajo en la cocina y el cuartucho sin ventilación en el que dormía. En cuanto a su desaparición, prueba esgrimida por la parte contraria para demostrar su desapego a la propiedad que ahora reclamaba, narró la violación sufrida en el maizal y la absoluta indiferencia mostrada por el padre, quien en ningún momento se molestó en interesarse por su salud y las secuelas que el atropello había dejado en ella. Omitió revelar que había quedado embarazada a consecuencia del mismo; nadie, excepto Bizén lo sabía, tampoco Aurora, y no pensaba decirlo. No sirvieron para nada la impugnación de la resolución judicial ni la amenaza de recurrir al gobernador, amigo personal del demandado, el juez se pronunció en favor de la demandante, dio un mes de plazo a Azaba para desalojar la finca y cerró el caso.

Al salir del Juzgado, todavía conmocionada, se encontró con su padre, a punto de subirse a su landó, y ambos se miraron sin decir palabra. Quien sí habló fue Braulio, su tercer medio hermano, en quien no se había fijado durante el juicio, pero que, así de cerca, le recordó a Ramiro. La increpó llamándola ladrona, mangarriana, pelandrusca y otras lindezas, y a poco estuvo de abofetearla si el señor Pueyo no le suelta un bastonazo en el brazo; se metió en el carruaje a toda prisa sin dejar de gritar que aquello no había acabado y que volverían a verse las caras.

El Maizal ya no era lo que había sido. Lo comprobó un mes y medio más tarde, cuando el hombre de don Casimiro informó a este de que Basilio Azaba había abandonado la propiedad desplazándose a la casa de la ciudad. Fue al pueblo acompañada por Aurora, su benefactor, el profesor y señora y doña Engracia, que no quería perderse la oportunidad y había cerrado el negocio durante toda la jornada del lunes. Hicieron el trayecto en dos landós, llevando con ellos unas cestas con emparedados de carne, tortillas y frutas como si fueran de excursión al campo.

Tras firmar los documentos correspondientes, el administrador le había hecho entrega de las llaves, y allí estaba, de vuelta al lugar donde había nacido. Durante un instante vio a su madre sentada en el porche haciendo punto, al abuelo paseando con el perro, a la buena de Feliciana llamándola para que fuera a comer; se vio a sí misma corriendo alegre de un lado para otro, pero solo fue una ilusión. La realidad eran unos muros agrietados, unos tiestos con ramas secas, un jardín descuidado, unas sillas de paja desvencijadas, unos campos abandonados. El interior estaba igual a como ella lo recordaba, aunque más oscuro, lleno de polvo, más viejo. De la extensa hacienda del abuelo solo quedaba el caserón y un terreno; su padre había dilapidado la herencia malamente obtenida, vendido las tierras, la harinera, el ganado, y el campo de maíz era un rastrojo abandonado. El señor Pueyo sugirió llevarlo de nuevo a juicio a fin de declarar nula la venta de las propiedades o, en todo caso, para que

reembolsara las ganancias obtenidas con dicha venta, pero ella rechazó la propuesta; no estaba por la labor de verse de nuevo envuelta en litigios, le bastaba con lo que quedaba, que iría recomponiendo poco a poco hasta recuperar su antigua apariencia.

Tras tres años de estudios, Aurora obtuvo el título, acontecimiento que fue celebrado con una fiesta en El Obrador organizada por Elisa y doña Engracia, una noche después de cerrar, a la que fueron invitadas las personas que ahora constituían la que podían llamar su familia: el profesor, su mujer, el señor Pueyo, los empleados del local, el librero de la Plaza de San Lorenzo y también Ramiro Azaba y los suyos. Brindaron por la nueva maestra, la primera mujer de su entorno en obtener un diploma, comieron empanadas y dulces, y bailaron después de retirar las mesas al son de la bandurria tañida por un ayudante del taller, acompañado por uno de los camareros con un molinillo de café a modo de instrumento de percusión. Transcurrido el verano, la joven, ya de dieciocho, se despidió y partió hacia su primer destino, la escuela de niñas de Ayerbe. A su madre se le encogió el corazón, pero no mostró su zozobra al verla subir al carro de viajeros; la despidió agitando la mano y regresó al obrador. A fin de cuentas, se dijo, la tendría de vuelta a finales de diciembre, y juntas celebrarían la Natividad y la llegada del nuevo año.

Todos los lunes por la mañana acudía a El Maizal, también pasó allí el mes de agosto en compañía de su hija, el profesor y su señora, limpiado la casa, y no estuvieron solos. Marcela la del herrero y otros conocidos del pueblo se ofrecieron a ayudarlos. El antiguo caserón mostró su antaño esplendor, al menos en parte; las jardineras del zaguán y las de las ventanas florecieron, el jardín recuperó su aspecto, los muebles volvieron a brillar y desaparecieron las telarañas. Ella y un viejo labriego se encargaron de limpiar los rastrojos del maizal a la espera de sembrarlo en la siguiente primavera. Ya no sentía angustia al pensar en lo ocurrido allí mismo veinte años atrás; la vida era una sucesión de buenos y malos momentos, y era necesario olvidar estos últimos si se quería sobrevivir.

No esperaba sin embargo ver un fantasma de carne y hueso, no estaba preparada, el día en que encima de una carreta tirada por un borrico llegó por el camino un hombre con plantones de árboles frutales. En un principio no lo identificó, semioculto por el sombrero de ala ancha de paja, creyó que se trataba del mismo a quien había comprado las plantas en el pueblo. Notó que se le erizaba el vello cuando él se descubrió para saludarla y se topó con una mirada azul brillante, intensa, en un rostro curtido por el sol. Marcela y su marido, que había dejado el trabajo debido a la edad, se habían instalado en la casona en calidad de guardianes; recibían unas pocas pesetas a cambio, pero preferían vivir allí más que entre humos y ruidos al lado de la herrería, amén del calor sofocante durante los meses cálidos. La mujer salió al oír hablar al recién llegado a quien conocía de toda la vida, le indicó el lugar donde descargar los plantones y le ofreció un vaso de vino antes de despedirlo. Elisa no abrió la boca, permaneció inmóvil, ausente, no queriendo pensar.

Lo vio de nuevo mientras esperaba al carro de viajeros, apoyado en el quicio de la puerta de la taberna, los ojos fijos en ella, y una vez más el siguiente lunes al bajar del transporte. Por suerte, la hermana del antiguo herrero la esperaba con un cesto de higos, e hicieron juntas el trayecto a pie hasta la hacienda, y también la acompañó a la vuelta. Él continuaba en el mismo sitio sin perderla de vista. Sabía que la había reconocido, lo cual no era difícil pues todo el mundo en el pueblo estaba al corriente de que ella era ahora la propietaria de El Maizal, y pidió a su acompañante que avisara a la cuñada para que el siguiente lunes la estuvieran esperando en la parada. La escena se repitió semana tras semana, así durante un mes.

Le costó preguntar a Marcela acerca del tipo con quien la veía hablar al descender del carro. No quería invocar al diablo, pero lo hizo; necesitaba saber quién era el padre de su hija. La mujer tenía la lengua suelta y pasó el trayecto hablándole de Cristóbal Forcás, «el Paquetero», así llamado porque durante años anduvo en el contrabando, llevando aceite a Francia y volviendo con un par de mulas en cada viaje. Aunque, añadió con una risita, el mote también podría referirse a otro asunto. De joven era el hombre más guapo del pueblo, todavía lo era, y las mozas y no tan mozas suspiraban por él, y él no se hacía de rogar, incluso se rumoreaba que había preñado a más de una. Había casado con una viuda, dueña de un buen terreno dedicado a la plantación de frutales, y vivía cómodamente sin esforzarse demasiado. Ya no tenía la galanura de otros tiempos, pero sus ojos azules seguían encandilando a las mujeres, unos ojos, por cierto, muy poco usuales, del mismo color que los de Aurora. Al llegar a este punto, Marcela se detuvo en seco y miró a su amiga; recordó su súbita desaparición e hizo cálculos. Sin dejar de caminar, la vista al frente, sereno el tono de voz, Elisa le relató lo sucedido en el maizal y añadió que así tenía que continuar, nadie debía de saber que Aurora era la hija de aquel malnacido, ni siquiera él. Desde ese día, la mujer no volvió a hablar con El Paquetero y todos los lunes la esperaba, dispuesta a defenderla costara lo que costase.

Fue como un milagro. Aprovechando que doña Engracia cerró El Obrador justo antes de las fiestas de la Natividad y marchó a Zaragoza al recibir aviso de que su hija mayor había contraído las fiebres, se desplazó al pueblo con la intención de dejar todo dispuesto para la llegada de la suya. Asimismo, invitó al profesor y a su esposa, y también al señor Pueyo, quien no tenía intención de viajar a Madrid en dicha ocasión; la edad empezaba a pasarle factura, aseguró, y su hijo y nuera estaban demasiado ocupados con sus cuatro retoños para ocuparse de un viejo achacoso, además hacía frío. Hicieron el recorrido en el landó de este último y, al llegar, encontraron encendida la gran chimenea de la sala y un guiso de cordero con patatas asadas listo para comer. Iban a sentarse a la mesa cuando llamaron a la puerta y fue a abrir; su conmoción fue tal, que se echó a llorar a lágrima viva tras la primera sorpresa; Bizén y sus añorados Úrbez y Antoi sonreían igualmente emocionados. Aurora llegó unas horas más tarde desde Ayerbe, y la felicidad de Elisa fue entonces completa.

Aquella noche, en el lecho, asida de la mano, la pareja tardó en dormirse, era mucho lo que tenían que decirse, mucho que recuperar después de casi diez años de ausencia; había transcurrido el tiempo, habían sufrido cada uno por su lado, debían de volver a conocerse. Ella le narró las vicisitudes desde su marcha de Buisán obligada por la necesidad, de su periplo y el de su hija hasta encontrar un trabajo y un lugar seguro donde vivir, del juicio que le había restituido la herencia de su abuelo, aunque solo fuera en parte. Él, a su vez, le habló de su peregrinaje en compañía de los hijos, los tres decididos a encontrarlas, trabajando de carpinteros ambulantes allá donde podían. Habían recorrido todas las comarcas de Huesca preguntando por ellas y ya estaban pensando en dirigirse hacia Navarra o Lérida cuando se detuvieron en la ciudad con intención de esperar a que transcurrieran las fiestas. Aquel mismo día, Úrbez había descubierto asombrado en una librería un cartel en el que aparecía su nombre. El mozo había salido a ella, dijo apretándole la mano, nunca había dejado de leer y había enseñado a su hermano. El librero les indicó dónde vivía la autora y, una vez allí, supieron por una vecina que había ido al pueblo a pasar las fiestas. Amanecía cuando por fin se quedaron dormidos. Nadie los despertó, no había prisa, bajaron a la hora de comer, risueños, dispuestos a recuperar sus vidas donde el destino las había separado.

Todavía tuvieron que esperar algún tiempo antes de hacer realidad su sueño. En un principio, se

les pasó por la cabeza alquilar un piso en la ciudad para continuar ella con su trabajo, y él y los hijos encontrar uno, tal vez en el ferrocarril, todo era cuestión de preguntar a Ramiro, pero rechazaron la idea. Cierto que habría labor en las obras, a fin de cuentas, las traviesas de las vías eran faena de carpinteros, pero, señaló el señor Pueyo, llegaban de las madererías ya preparadas, hacía falta fuerza para acarrearlas de un lado para otro, y Bizén renqueaba de la pierna derecha a causa de un accidente en el que se rompió la rodilla mientras colocaba una techumbre. Úrbez por su parte quería estudiar, y Antoi no lo tenía muy claro, le gustaba el campo y no le importaría, dijo, quedarse en El Maizal.

Las conversaciones duraban horas, ya no eran ellos dos solos, todos participaban y daban su opinión, inclusive el antiguo herrero, quien, haciendo un guiño al más joven, apuntó la necesidad de más brazos para sacar rendimiento a lo que quedaba de la hacienda; el labriego y él eran viejos y no se bastaban. Finalmente llegaron a un consenso. Ella y su hijo mayor se establecerían en Huesca durante la semana; ella intentaría librar sábados y domingos, aunque cobrara menos, y Úrbez estudiaría con el profesor a fin de ser admitido en el grado superior de la Escuela Normal de Maestros. Él y su hermana intercambiaron un gesto cómplice al escuchar las palabras de don Fidel. Mientras, el padre y Antoi permanecerían en la finca. A pesar del expolio de Basilio Azaba, aún quedaba terreno suficiente para dedicarlo a los frutales, cultivo alentado por la Diputación visto el exceso de cereales, difícil de vender o exportar en aquellos momentos. Fueron las mejores fiestas navideñas que recordaban.

Bizén supo de la existencia de El Paquetero por el marido de Marcela, a quien esta relató lo ocurrido en el maizal pese a haber prometido no decir nada, y un buen día, escoltado por el herrero, se presentó en la taberna, lo sacó de un empujón a la calle y le dio una paliza ante el asombro de los presentes, que no entendían a qué venía tanta furia por parte de un recién llegado al pueblo. Una vez en el suelo y magullado, lo amenazó, al oído para que nadie escuchara, con que lo mataría si se le ocurría mirar a su mujer o a su hija, y le arreó una patada en los cojones con la pierna buena que lo dejó encogido. Elisa no volvió a verlo.

Acompañada en sus idas y venidas por su hijo mayor, que había sobrepasado al padre en altura, Elisa se sentía más segura que nunca. Asimismo, llegó a un acuerdo con doña Engracia, al principio algo remisa pero más convencida cuando le prometió trabajar dos horas más el resto de los días y dejar todo dispuesto para los fines de semana. Aun así, tuvo que trabajar los sábados por la mañana, aunque colgaba el delantal a las doce menos cuarto en punto e iba a coger el carro de viajeros asida del brazo de Úrbez, quien la esperaba en la puerta de la pastelería con un paquete de libros bajo el brazo.

El joven había cumplido los quince si bien parecía mayor y, al contrario que su hermana, tendría que pasar en público el examen de entrada en la Normal de Maestros, bastante más arduo que el de Maestras, pues en su caso además se exigían conocimientos de matemáticas, ciencias, geografía e historia. El profesor había presidido infinidad de exámenes en su época de docente y aseguraba que no tendría problema alguno en aprobar, pero no obstante lo obligaba a estudiar durante toda la jornada, deberes incluidos cuando iba al pueblo.

Por su parte, Antoi, un año menor, aprendía lo relacionado con el arte del cultivo: plantación, siembra, temperatura, regadío, recolección, y lo hacía muy bien al parecer del viejo labriego, quien se había autonombrado su instructor.

Aurora llegaba cansada el sábado por la noche y se marchaba el lunes a primera hora, pero no se quejaba, muy al contrario. No había informado a sus padres, pero su intención era obtener el grado

superior de maestra, aunque todavía no sabía muy bien cómo iba a lograrlo.

Aquellas reuniones de unas horas semanales y del mes de agosto entero colmaban de felicidad a Elisa y Bizén. Atrás quedaban los malos ratos, el dolor por la ausencia de los otros, la incertidumbre, y, si bien a veces ambos echaban en falta los montes y los paseos por el Ballibió, en ningún momento se les ocurrió pensar en regresar a Buisán.

Cinco años después del reencuentro familiar de los Albar-Azaba, la dueña de El Obrador reunió a sus empleados y los informó de que había vendido el negocio, ya que deseaba retirarse y pasar lo que le quedaba de vida en Zaragoza, junto a sus hijas y nietos. Al observar sus caras de estupor, les aseguró que el nuevo propietario, don Braulio Azaba, tomaría las riendas en un par de semanas con la promesa de mantenerlos a todos en sus puestos.

Elisa se quedó helada al escuchar el nombre de su hermanastro, el mismo que la había insultado y amenazado a la salida del Juzgado. En ocasiones lo veía por allí, y él siempre le miraba con inquina; la echaría o le haría la vida imposible, aunque ella no le daría la oportunidad pues no trabajaría para él por nada en el mundo. Ese mismo día se despidió del trabajo aduciendo el cambio de dueño y dejando atónita a doña Engracia, quien no entendió su reacción, siendo como eran parientes. No se molestó en explicarle que quizás tuvieran el mismo padre, pero que ni con este ni con aquel había mantenido jamás relación alguna. La patrona conocía de sobra la historia de su triste pasado, también el tema del juicio, aunque supuso que pensaba que ella mantenía un buen entendimiento con este medio hermano al igual que con el otro, pero, aun así. Tampoco se dejó convencer por su lagrimeo cuando le rogó que permaneciera al menos hasta que ella se fuera; había decidido vender sin tan siquiera informar de antemano a las cinco personas que durante los últimos diez años habían trabajado para ella y logrado que el establecimiento alcanzara su actual reputación, pidió por tanto el finiquito, se despidió de sus compañeros y cruzó la calle con la mente puesta en regresar de manera definitiva a la casa de sus antepasados, junto a Bizén.

La vida seguía su curso, se dijo, y no había forma de detener el tiempo. La esposa de don Fidel se había ido al igual que había vivido, en silencio, siempre discreta; el señor Pueyo también se había marchado, pero a Madrid, con sus parientes; el librero de San Lorenzo había traspasado la librería-imprenta, trasladándose a Novales, de donde era originario, con la intención de abrir otra en dicha población. Incluso Ramiro vivía ahora con su familia en Sevilla, contratado por la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces. Por su parte, Úrbez estudiaba Letras en la Universidad de Zaragoza gracias a una beca obtenida al finalizar en la Normal con la más alta calificación, por lo que solo lo veían durante las vacaciones. Quedaba el profesor, el hombre que había sido para ella amigo y consejero, y un segundo padre para sus hijos. No le costó mucho convencerlo para que se fuera a vivir con ellos al pueblo; sin su querida compañera, sin descendencia ni viejos amigos con quienes charlar nada lo retenía en la ciudad. Metieron sus ropas en sendas bolsas de viaje, un montón de libros y algunos recuerdos en un baúl con ruedas, y dos días más tarde cogieron el carro de viajeros.

Antoi se había acercado al pueblo con la carreta a recoger unos aperos, y su llegada coincidió con la de ellos, por lo que no tuvieron necesidad de andar hasta la hacienda o pedir a alguien que fuera a dar aviso. Los divirtió la cara de asombro del mozo, y más aún la de su padre, al verlos aparecer en mitad de la semana, y la sorpresa dio paso a la alegría. Bizén llevaba ya un tiempo pensando en cómo decirle a su mujer que dejara el trabajo en la pastelería; la necesitaba a su lado, a la hora de las comidas, en el lecho, aunque solo fuera para sentirla cerca y escuchar su respiración, para hablar y confiarle sus dudas o, simplemente, para contemplar juntos la puesta de sol. Pese a su actual dimensión, mucho más reducida que en tiempos del abuelo, El Maizal volvía a ser una finca productiva, tanto, que habían tenido que contratar a un par de aparceros para echar una mano. No

solo cultivaban hortalizas que vendían a los mediadores, también melocotoneros y vides habían florecido por fin el año anterior, y este se preveía espléndido; asimismo Marcela y su marido habían contribuido con sus ahorros a la adquisición de media docena de vacas, cuya leche también vendían. Hora era ya de compartir sus vidas como antaño, y aquella noche se amaron como hacía mucho que no lo habían hecho.

De tarde en tarde les llegaban noticias de la ciudad, pocas, no les interesaban, pero un día apareció por allí uno de los ayudantes de El Obrador montado en un burro. Según les dijo, se dirigía a Bolea, donde tenía a sus padres y a la novia, con la intención de hacerse cargo de la panadería familiar; estaba harto de vivir en la ciudad, en un cuarto de mala muerte alquilado, y de trabajar por una miseria para un tipo que merecía le rompieran los dientes. Se quedó con ellos un par días, y supieron así que el ahora dueño del establecimiento no levantaba cabeza.

Al parecer se había endeudado para comprar el negocio, aunque en lugar de mantener su prestigio, poco a poco había acabado arruinándolo. Para empezar, había reducido el sueldo a los empleados, también la calidad de las materias primas, chocolate, café, frutas, harinas... por lo cual la clientela habitual había dejado de acudir, prefiriendo otro establecimiento abierto en la misma calle. No solo eso, también había convertido la pastelería en una taberna donde se vendía todo tipo de alcoholes, convirtiendo el antaño lugar de encuentros de grandes y pequeños en una «borrachería», la llamó, que noche sí y noche también recibía la visita de los alguaciles de la ronda alertados por los vecinos. Él mismo se emborrachaba a menudo, y no era raro verlo durmiendo encima de una mesa cuando ellos llegaban por la mañana. El gallito se había convertido en un pollo desplumado. A la pregunta de si Basilio Azaba no había intervenido a fin de atajar tan mal comportamiento de su hijo, el joven respondió que, por lo que había oído, el viejo no andaba bien de la cabeza y había fallecido en el hospital de los pobres, donde su hijo lo dejó para vender la casa que poseían en la zona rica y pagar las deudas. Asimismo, su arrendador, que debía de conocerlo, había hecho un comentario jocoso respecto al miserable final de un hombre que lo había tenido todo y que a la postre había ido a parar a una tumba sin nombre.

Elisa no se alegró, pero tampoco lamentó la desaparición del padre que nunca lo había sido. En lo único que pensó fue en la leontina, el reloj y el anillo, que con toda seguridad Braulio habría empeñado. ¿De qué le había servido hacerlas infelices a su madre y a ella? ¿Para qué tanta acumulación de bienes y dinero, dilapidados sin utilidad? ¿A qué tantas amantes si al final estaba solo? Ella al menos conservaba el guardapelo de su madre que nunca se quitaba del cuello, también el recuerdo de su cariño y el de su abuelo y, ante todo, el amor de su marido e hijos.

Se dirigió al maizal, que había vuelto a brotar, y sonrió al ver llegar a Bizén en su búsqueda; juntos pasearon por entre los altos tallos cuyas hojas mecía la brisa hasta que desapareció el último rayo de sol.

1902

Aurora llevaba ya dos años en Ayerbe, pero no acababa de sentirse a gusto. La ilusión de los primeros meses dejó paso a la rutina: horarios, oraciones, temarios, actividades y cantos reglados, siempre idénticos, sin opción al mínimo cambio. Quizás porque creció libre en los montes y luego emprendió un periplo que para ella tuvo más de aventura que de infortunio, o porque había aprendido con dos personas tan diferentes como su madre y don Fidel, necesitaba más, quería enseñar a su manera. Cierto que daba igual el método con tal de que las niñas aprendieran a leer y a escribir, o aritmética, pero le aburría la repetición una y otra vez hasta saber de memoria párrafos enteros del *Catecismo de la Doctrina Cristiana,* del Padre Astete, que a menudo no entendían, así como cantar siempre las mismas canciones, religiosas en general, aunque también hubiera alguna infantil. Deseaba leerles las fábulas de Samaniego, recitarles la *Canción del Pirata* de Espronceda, hablarles de cristianos, musulmanes y judíos en una tierra de culturas y tradiciones heredadas, y cómo no, relatarles las leyendas aprendidas con Feliciana, allí, en Buisán, pero lo tenía prohibido. En una ocasión, al principio, el director de ambas escuelas, la de niños y la de niñas, la había pillado contándoles precisamente la del gigante Silbán y la había llamado al orden: o se atenía al temario o ya podía ir pensando en dedicarse a otro oficio.

Y luego estaba la cuestión de las labores del hogar. Le parecía absurdo, una pérdida de tiempo, pasar más de media jornada diaria enseñando a coser, bordar, tejer, limpiar, a criaturas de entre tres y seis años con escasa habilidad manual, que ya tendrían tiempo de sobra para aprender. Veía a unas madres envejecidas por las preñeces y los trabajos, algunas deseosas de que sus hijas supieran lo que ellas no sabían, si bien la mayoría utilizaban la escuela a modo de guardería y comedor. Se le ocurrió hablar con varias y proponerse para enseñarlas a ellas también, un rato después de las clases, gratis por supuesto; le miraron como si estuviera loca de atar, y desistió. A veces, a través de una ventana o de una puerta, escuchaba a un maestro impartir a sus alumnos historia, geografía, naturaleza, ciencia, y se moría de envidia. ¿Por qué no podía enseñar a las niñas lo que ella misma había aprendido con don Fidel? ¿Por qué la asignatura más importante del programa era las «labores del hogar»? ¿Acaso el único futuro para una mujer era casarse y tener hijos? ¿Y si una no se casaba o no los tenía? Se hacía preguntas y no obtenía respuestas.

Una mañana, a punto de comenzar la clase, al ir a sacar el cuaderno de gramática descubrió un libro entre sus papeles. Leyó el título, «*La mujer y la sociedad,* por la señorita doña Rosa Marina, impreso en Cádiz en 1857». No tuvo tiempo de leer más, tampoco de pensar en cómo había llegado a su maletín, las niñas entraban en la clase. No pudo echarle una ojeada durante toda la jornada, pero se apresuró a regresar a su habitación en cuanto acabó; devoró el texto, preguntándose a medida que avanzaba en la lectura cómo era posible que ella no tuviera conocimiento de un libro escrito cuarenta

años atrás por una autora que revindicaba el derecho de las mujeres a igual educación y mismas oportunidades que los hombres.

Durante su estancia en Ayerbe se había hecho buena amiga de los dueños de una papelería situada en la entrada de la Plaza de Arriba, en la que además de cuadernos, lápices o tintas, también vendían prensa, revistas, libros y folletines. La librera, mujer amable y parlanchina, resultó ser una buena lectora, y ambas charlaban cuando no había clientes, mientras tomaban una infusión de hierbaluisa en la trastienda del local, asimismo almacén, entre pilas de periódicos viejos y cajas todavía sin desembalar. Gracias a ella podía conseguir libros difíciles de encontrar, en especial los escritos por mujeres y cuyas reseñas aparecían en los semanarios de tarde en tarde. En el cuarto que ocupaba en la casa de los maestros tenía una pequeña biblioteca con obras como *Dos mujeres,* de Gertrudis Gómez de Avellaneda; *Los Pazos de Ulloa,* de Emilia Pardo Bazán; un poemario de Rosalía de Castro, o una copia clandestina de la obra teatral *El Padre Juan,* de Rosario de Acuña, estrenada y prohibida casi al mismo tiempo tan solo cuatro años antes y que había causado gran escándalo, pues acusaba a la Iglesia de manipuladora y moldeadora de conciencias. También guardaba un álbum de recortes con artículos aparecidos en periódicos y revistas.

Pero aquel libro de la tal Rosa Marina era diferente. No era extenso, más bien se trataba de una obra corta, de un manifiesto que no llegaba a las cuarenta páginas en las que la autora, entre otras cuestiones, argumentaba a favor de la educación de la mujer para dedicarse a todo tipo de profesiones y participar de las ventajas civiles y políticas de las que el hombre gozaba; criticaba la prostitución regulada a la que se veían abocadas las mujeres sin recursos así como los matrimonios por interés y, algo que le llamó la atención y en lo que no había caído, el hecho de que las mujeres también pagaban impuestos destinados a universidades y colegios a los que no tenían acceso. Le vino a la mente la imagen de su madre. No es que esta se hubiera confiado plenamente a ella, pero habían estado juntas lo suficiente para descubrir por aquí, escuchar por allá, para conjeturar. No estuvo presente en el juicio que les había devuelto El Maizal, pero supo por Marcela que el padre de su madre era precisamente uno de aquellos a quienes la escritora reprochaba un comportamiento injusto y abusivo hacia la esposa y la hija, a quienes había maltratado negándoles derechos y, quizás algo más importante, el afecto y el respeto. Se imaginaba a su madre forzada a casarse con un desconocido con el único propósito de arrebatarle la hacienda y obligada a trabajar de sirvienta para su propia familia, y se alegró al saber que aquel abuelo a quien no había conocido, ni deseado conocer, se hubiera ido al infierno olvidado por todos. Por suerte, sus padres se habían conocido, y ni sus hermanos ni ella habían carecido de cariño y protección pese a los años difíciles. Dicha reflexión la llevó a pensar lo diferente que eran los tres, o más bien lo distinta que era ella de Úrbez y Antoi, al menos en lo físico; no se parecía en nada a ellos. Alguna que otra vez se preguntaba de dónde había sacado su color de ojos, tan dispar al de los demás, pero su madre reía y decía que era cosa de la naturaleza, que bastaba con que un antepasado hubiera tenido los cabellos rubios para que dos o tres generaciones más tarde naciera una criatura también rubia.

Volvió a pensar en el libro que alguien había metido en su maletín, quizás la librera había querido darle una sorpresa, se lo preguntaría la próxima vez que fuera a la papelería. No se le ocurría nadie más. Mantenía buena relación con sus dos compañeras de la escuela, pero nunca las había visto impartir nociones otras que las estipuladas en el temario, y tampoco habían hablado de algo no relacionado con el aprendizaje elemental. De hecho, no vio en ellas reacción alguna al comentarles un artículo leído en una revista acerca del acceso de las mujeres a la educación universitaria, en el que se hacía referencia a las ocho únicas mujeres que habían logrado finalizar sus carreras en España, si

bien solo una, doctora en medicina, había logrado ejercer, eso sí, atendiendo en exclusiva a mujeres y niños. El único comentario de una de sus compañeras fue que era una necedad intentar asemejarse a los hombres, y que el magisterio elemental era suficiente para cualquier mujer instruida.

La librera aseguró no ser ella quien había metido el libro en su maletín y, de paso, le pidió echarle una ojeada. A cambio, le proporcionó dos ejemplares antiguos de *El pensil de Iberia*, revista asimismo editada en Cádiz cuarenta años atrás y prohibida por las autoridades debido a la denuncia del obispo de aquella ciudad en cuanto a que sus contenidos, contrarios a la Fe y Moral cristianas, alentaban el amor impuro, eran contrarios al matrimonio y santificaban el crimen del adulterio. Pasaron un buen rato leyendo y comentando unos temas que a ambas interesaban por igual, hasta que apareció el librero y les preguntó si no tenían otra cosa que hacer que comadrear como dos viejas mal folladas. El exabrupto la dejó más sorprendida que escandalizada, pues lo tenía por una persona cordial. Su amiga no dijo nada, pero, al despedirse momentos después, le susurró al oído que su marido llevaba muy mal lo de la igualdad, que no lo entendía, vamos, y le rogó que esperara un par de semanas antes de volver por allí. De nuevo en su cuarto, releyó *La mujer y la sociedad* y transcribió en su cuaderno de notas, una especie de diario personal, los párrafos para ella más sobresalientes, en especial una frase que escribió con letra grande: «Donde la mujer es esclava, el hombre no puede ser libre».

Días más tarde, durante un recreo, observó que uno de los maestros salía de su aula. No le dio importancia; en ocasiones faltaban tizas, y no era extraño que los enseñantes las buscaran en las otras clases. Al llegar a su cuarto y vaciar el contenido del maletín a fin de poner orden y preparar el material para el día siguiente descubrió una carpeta de cartulina con unas hojas escritas a mano, que la dejaron atónita, pues era una declaración en favor del acceso de la mujer no solo a la educación, también al mundo laboral y a la política. Asimismo, había escritas unas líneas en contra de los gobernantes, a quienes llamaba sinvergüenzas, y de sus leyes segregacionistas. Acababa con «¡Viva la República!», que la dejó estupefacta. Lo único que se le ocurrió pensar fue que se trataba de un texto subversivo y que la echarían de la escuela si alguien lo descubría, incluso podrían meterla en la cárcel, así que, nerviosa, quemó las hojas en el braserillo de carbón. Luego se preparó una infusión de manzanilla, la mente en blanco. Ya más calmada, dedujo que la única persona que habría podido meter las hojas en su maletín era el maestro, a quien había visto salir de su clase aquella misma mañana. Era preciso hablar con él, decirle que no volviera a meter nada en su cartera y mucho menos pasquines revolucionarios; no tenía ni idea de política y tampoco le interesaba, pero no veía la forma de hacerlo.

En la casa vivían cinco de los siete maestros de la escuela, tres hombres, dos de ellos con sus familias, y dos mujeres, una compañera y ella; los casados disponían de un piso cada uno, los célibes de una habitación con derecho a cocina. Ellas vivían en la buhardilla con un pequeño aseo a compartir, el soltero ocupaba un cuarto en el bajo. Sabía que se llamaba Mario Garcés porque habían sido presentados y coincidían en las reuniones con el director, y en las funciones que organizaba la escuela en ocasiones especiales, como cuando los niños y niñas cantaban ante personas importantes, pero nunca habían entablado conversación; únicamente se limitaban a saludarse si se encontraban. No podía bajar a su habitación, corría el peligro de que alguien los viera y pudiera pensar que mantenían relaciones, así que escribió una nota esperando tener la oportunidad de pasársela en algún momento. Al final, le pasó la nota por debajo de la puerta.

Lo esperó el siguiente domingo en un bosquecillo, a los pies del cerro de la ermita de San Miguel. Ya no iba a El Maizal tan a menudo como al principio, quizás porque las conversaciones con sus padres siempre giraban en torno al mismo tema: su soltería. Una y otra vez le recordaban que no tenía novio, ni visos de que lo tuviera, pero no había manera por mucho que ella asegurara estar bien como estaba y no tener prisa en comprometerse. Le llamaba la atención que su madre se empecinara tanto en insistir que debía de encontrar un buen hombre que la protegiera, ella, que había pasado años creyéndose viuda, valiéndose por sí sola para encontrar trabajo y salir adelante, aunque sabía que aquel era precisamente el motivo de su preocupación: que su hija no se viera en iguales circunstancias. Siempre acababa preguntándole si pensaba pasarse la vida cuidando a las hijas de otros, y ella respondía que ya se lo pensaría más adelante; era un diálogo de sordos.

El calor comenzaba a dejarse sentir, se sentó en un tronco caído que parecía hubiera sido dejado allí a modo de banco y pensó en Mario. En la nota ponía que lo esperaría a las diez de la mañana, si bien ignoraba si él acudiría a la cita. De no hacerlo, tampoco habría perdido el tiempo. Disfrutaba enormemente paseando por los alrededores del pueblo siempre que podía, incluso había ascendido más de una vez hasta la ermita y las ruinas del antiguo castillo árabe desde donde contemplaba un paisaje increíble, e imaginaba lo que la vista no alcanzaba. Se llevaba unos bollos, algo de fruta y una cantimplora y no regresaba hasta media tarde evitando así ir a misa sin dar explicaciones a su compañera de alojamiento, mujer soltera ya entrada en años, que cuando no estaba en la escuela, estaba en la iglesia.

Lo vio llegar por el sendero y se sorprendió al encontrarlo atractivo, mucho. No es que fuera guapo en el sentido de los retratos que veía en las revistas ilustradas en las que aparecían hombres de barbas recortadas o largas patillas, en ocasiones afeitados, otras con bigote, que la hacían soñar en encuentros románticos como el de Elizabeth y el señor Darcy de *Orgullo y Prejuicio* de la autora inglesa Jan Austen, una novela que había comprado en la papelería con su primer sueldo. No, él no era de ese tipo. Alto, desgarbado, con el rostro rasurado y el cabello largo y lacio, tenía el aspecto de un poeta atormentado, aunque ella no conociera a ninguno, pero se los imaginaba. Había llegado a la escuela el curso anterior, aunque ignoraba su edad y procedencia, y tampoco había sentido nada especial hacia él, hasta ahora.

La luz se colaba por entre las ramas de los árboles en un sol y sombra, de manera que un momento lo veía con claridad, y al siguiente era solo una figura sin rostro que avanzaba hacia ella. Se levantó del tronco cuando él se encontraba a unos diez pasos de distancia, notó un hormigueo en las piernas, que achacó al tiempo pasado sentada, y sonrió pese a que su intención era hablar seriamente para pedirle que no volviera a pasarle textos que no la interesaban. Pasearon, hablaron de la naturaleza, de la salud, incluso de los cuadros y dibujos de artistas locales expuestos en los bajos del palacio de los marqueses de Urriés, pero no del tema que la había inducido a pedirle una cita. Únicamente al final, ya de regreso, antes de despedirse todavía ocultos por la maleza, le preguntó si había sido él quien había metido en su maletín el libro de Rosa Marina y la carpeta de cartulina. En efecto, había sido él, y sin esperar a que ella volviera a preguntar, le habló de la Institución Libre de Enseñanza, que propugnaba la educación en igualdad de condiciones no solo de hombres y mujeres, también de ricos y pobres, pues un pueblo sin educación nunca sería libre sino lacayo de los intereses de las clases adineradas. Su mirada brillaba entusiasmada, y ella sintió miedo de tanta vehemencia; le pidió que no le pasara más escritos y se despidió rogándole que esperara un rato antes de volver él también al pueblo.

No pensaba mantener de nuevo una conversación de aquella índole y al día siguiente se limitó a un gesto de cabeza al cruzarse con él en la escuela. El jueves de la misma semana encontró bajo su puerta una nota en la que él la citaba para el siguiente domingo, en el mismo lugar y a la misma hora, y su primera reacción fue rechazar tal posibilidad. Tras muchas dudas, acudió no obstante al encuentro, en esta ocasión con un cestillo con bocadillos y frutas, y juntos ascendieron hasta la ermita. No hablaron de educación, libertades ni opresiones, sino de ellos mismos; compartieron anhelos, proyectos, y contemplaron el ocaso cogidos de la mano. A partir de aquel día, aprovecharon cualquier ocasión para estar juntos. Mario llegó a un acuerdo con el padre de uno de sus alumnos quien, a cambio de clases particulares al mozuelo, les prestaba una vieja calesa tirada por un caballo joven en la que se iban de excursión los domingos y fiestas de guardar. Juntos recorrieron la zona, visitaron pueblos y admiraron la puesta del sol que transformaba mallos y galochos en un paisaje de fuego, extraordinariamente hermoso, tanto, que repitieron.

Aprovechando que el director de la escuela decidió adelantar el descanso veraniego a la festividad de Santiago Apóstol, que aquel año caía en jueves, fueron a Riglos a ver una vez más los mallos encendidos antes de despedirse hasta el siguiente curso, pero un eje de una de las ruedas de la calesa se salió cuando emprendían el trayecto de regreso. El herrador del lugar los informó de que tendrían que esperar al día siguiente porque él no trabajaba a oscuras, así que alquilaron uno de los dos cuartos para huéspedes de los que disponía el único local de bebidas y comida de la aldea. No fue algo concertado de antemano; la dueña los tomó por una pareja de recién casados antes de que ellos pudieran abrir la boca. Además, la otra habitación ya estaba ocupada por un francés loco a quien le gustaba trepar por las piedras, según dijo la mujer.

Un beso furtivo era lo más a lo que habían llegado y encontrarse a solas en una habitación de una cama les resultó embarazoso, así que decidieron dormir vestidos, cada uno cubierto por una manta, lo más separados posible. Pero lo que se preveía inconveniencia de una noche se trocó en aventura inesperada, y su propósito inicial se evaporó como una niebla mañanera. Inexpertos igualmente, legos en asuntos de sexo, pero impelidos por el deseo y al mismo tiempo turbados, tras unas torpes caricias, fueron despojándose de sus ropas hasta quedar desnudos, si bien en la oscuridad solo llegaron a adivinar lo que sus manos acariciaban, lo que sus labios besaban. Durante los siguientes dos días, únicamente salían de la habitación para comer algo en silencio, ante la mirada sonriente de la dueña, y volvían enseguida para seguir amándose mientras contemplaban la singular transformación en fuego de la gran mole de piedra que veían a través de la ventana. Regresaron a Ayerbe el domingo a media mañana, devolvieron la calesa y se dirigieron a la casa de los maestros asidos por la mano sin preocuparse de ser vistos; recogieron ropas y libros y subieron al carro de viajeros.

La sorpresa de los moradores de El Maizal fue pareja a la alegría de ver aparecer a Aurora con su acompañante, sobre todo la de su madre, quien ya la veía soltera sin remedio; era la primera vez que mostraba interés por alguien ajeno a la familia, y se apresuró a disponer una habitación para el joven con aspecto de poeta y sonrisa amable, aunque algo flaco para su gusto. Úrbez llegó unos días más tarde, y Elisa se sintió feliz por tener a sus tres hijos en casa. Cierto que el bueno de don Fidel había fallecido en primavera, aunque se fue sin sufrir, dormido en un sillón de mimbre bajo el porche, y también que Bizén cojeaba cada vez más y parecía haber perdido gran parte de su anterior energía. Por suerte Antoi era una réplica casi exacta de su padre y se ocupaba de las labores más arduas. Pocas cosas habían cambiado en la hacienda durante los últimos años, aparte de que el menor de sus hijos había matrimoniado con Nieus una moza del pueblo, sobrina de Marcela para más señas, y pronto la harían abuela. Ahora solo esperaba que los otros dos siguieran el ejemplo, y la vieja casona se llenara

de risas y gritos infantiles.

El mes transcurrió como un suspiro entre paseos y charlas alrededor de la mesa, y tareas en las que todos colaboraron. Úrbez partió para Zaragoza en los últimos días de agosto; le quedaba un año para finalizar la carrera de Letras y todavía tenía que hacer el doctorado, aunque esperaba encontrar un trabajo de auxiliar en la propia Universidad, o de profesor en un centro privado, que le permitiera subsistir con algo más de desahogo hasta acabar. La beca apenas le daba para vivir con estrecheces, si bien en ningún momento se le ocurrió decírselo a sus padres, convencido de que se empeñarían en ayudarlo, y él no quería; el campo no era un banco, solo los grandes terratenientes tenían dinero, y ellos no lo eran.

Aurora y Mario también se marcharon prometiendo volver para las fiestas de la Natividad. No dijeron que no regresarían a Ayerbe, que habían dejado sus cartas de dimisión sobre la mesa del director a su vuelta de Riglos y que su intención era ir a Madrid, a trabajar en la Institución de Enseñanza Libre, si es que encontraban plaza, si no, ya buscarían en otra parte. Al poco de su llegada, delante de todos, Elisa les preguntó si eran novios, y fue él quien respondió que sí, que lo eran y que pensaban casarse, pero que tendrían que esperar porque en la casa de los maestros solo había dos viviendas para matrimonios y por el momento se hallaban ocupadas. De todos modos, añadió al notar que ella le golpeaba con la pierna por debajo de la mesa, solo serían unos meses, pues uno de sus colegas tenía dicho que se marcharía en cuanto se jubilara al finalizar el curso. La noticia fue acogida con júbilo por la familia, y todos propusieron que la boda se celebrara el siguiente año, por las mismas fechas; ellos permanecieron callados, casarse no entraba en sus planes, ya lo habían hablado. Por suerte, ella no se había quedado embarazada tras sus primeros encuentros en Riglos y, desde entonces, él llevaba en el bolsillo del chaleco una goma metida en un sobre, aunque la joven no supiera dónde la había conseguido, aquella y las que guardaba en una cajita de metal, descubierta al sacar los libros de la bolsa de viaje para dejarlos en El Maizal, a fin de no cargar con demasiado peso en su nueva andadura.

Mario era un seguidor del librepensamiento, contrario a cualquier tipo de imposición dogmática ya fuera social, política o religiosa, y estaba a favor del amor libre y en contra de la institución matrimonial, que reducía a la mujer a la posición de esposa y madre. Quería una compañera con quien compartir la vida en igualdad de condiciones, no una mujer sometida al marido y encerrada entre las cuatro paredes del hogar criando a los hijos. Se encendía al hablar de una sociedad equitativa para hombres y mujeres, libres de los opulentos y de la Iglesia, que oprimían al pueblo y creaban leyes y dogmas para su propio beneficio. «La tierra para quien la trabaja, el trabajo para quien se lo gana, y cada cual, con su conciencia», repetía a modo de mantra. Aurora lo escuchaba confusa.

Por supuesto, estaba de acuerdo con él en cuanto a que todas las personas debían tener derecho a la educación y a un trabajo digno, también en lo referente a las disposiciones que vedaban a las casadas trabajar fuera del hogar, aunque esto no fuera del todo cierto. Su madre había trabajado de criada, de moza de taberna, de pastelera; Marcela había trajinado en la herrería codo a codo con su hombre; la librera lo hacía en la papelería, y eran incontables las mujeres que laboreaban en el campo, vendían en los mercados, ordeñaban vacas y transportaban pesados cántaros de leche, que tejían y cosían; las había en los hospitales, en las harineras, en los almacenes; lavanderas, planchadoras, niñeras... Estaban casadas y tenían hijos, pero también trabajaban, ganaban unos

dineros para ayudar a la economía familiar, y si bien eran muchas las que sufrían el dominio y los malos tratos, también eran muchas las que vivían en armonía con sus cónyuges, su madre por ejemplo. Cierto que había todavía mucho que cambiar, pero no acababa de entender su postura referente al matrimonio. Lo amaba, quería estar siempre a su lado, lo deseaba, pero asimismo quería formar una familia, tener hijos e hijas a quienes educar en esa libertad e igualdad que él tanto preconizaba.

Tenían intención de tomar el ferrocarril en Huesca para dirigirse a Zaragoza y de allí a Madrid, pero Bizén y Antoi se empeñaron en acompañarlos hasta el pueblo, y no les quedó otra que coger al carro de viajeros en dirección a Ayerbe, si bien de la misma se subieron a otro que hacía la ruta a Ejea de los Caballeros. A media tarde se hallaban en la antigua población cuyas calles, iglesias, casonas y el gran castillo abandonado que coronaba la cima eran testigos del paso de la historia. Para asombro de la joven, Mario parecía conocer bien la localidad ya que avanzaba con paso seguro y sin preguntar; lo siguió por una calle hasta un portal y subió tras él hasta el segundo piso cuya puerta abrió con su propia llave. No le dio tiempo a preguntar dónde estaban y a examinar el lugar, aunque advirtió que había polvo por todas partes, él la asió de la mano, la llevó a una habitación, le quitó la ropa y la tendió sobre una enorme cama que ocupaba más de la mitad del espacio, desnudándose él después. Durante las semanas transcurridas en la hacienda se habían visto obligados a disimular, a robar besos por los rincones, y solo habían podido hacer el amor en el maizal, en una ocasión en que lograron escabullirse sin ser vistos. No hubo prolegómenos, caricias, besos, declaraciones de amor; agitado, se colocó la goma y se introdujo en ella con violencia hasta alcanzar el orgasmo, derrumbándose a su lado y quedándose inmediatamente dormido.

Aurora estaba desconcertada. ¿Qué había sido aquello? Por un instante le vino a la cabeza la palabra «violación», no se le ocurría ninguna otra. Hacía calor, la vivienda se hallaba bajo el tejado, y le faltaba el aire. Se levantó y buscó por todo el piso agua con que lavarse, con que quitarse la desazón que sentía en aquellos momentos, pero no la encontró; se vistió, cogió el bolso, salió a la calle y preguntó al primer viandante con quien se cruzó si había por allí un establecimiento de baños; lo había. El local no era público y disponía de varios servicios, barbería, sala de masajes y dos baños, uno para hombres y otro para mujeres. Permaneció sumergida en la tina hasta que se enfrió el agua, y la encargada le indicó que debía de salir pues cerraban en veinte minutos. Repuesta, aunque no del todo, se vistió, pagó por el agua, el jabón y la toalla y salió sin saber adónde dirigirse; ignoraba el nombre de la calle del piso de Mario. Tenía hambre y se detuvo a comprar unos churros en un puesto ambulante, luego continuó andando hasta llegar a una iglesia que parecía más bien un castillo y entró.

Sentada en la esquina del último banco, contempló la bóveda de piedra, las capillas situadas entre los contrafuertes próximos a la cabecera, el retablo y la imagen, que supuso de Jesús; no lo apreciaba bien desde su asiento. Había gente rezando el rosario, apiñada en los primeros bancos, y a punto estuvo de quedarse dormida escuchando la cadencia monótona de las avemarías. Probablemente cerrarían el templo en cuanto acabara el rosario, y tendría que marcharse. Por suerte había llevado su cartera con ella; preguntaría por alguna fonda para pasar la noche y ya vería lo que hacer a la mañana siguiente, probablemente regresaría a El Maizal por el mismo camino.

Se sentía triste, decepcionada, cansada; se había entregado al hombre a quien amaba, había abandonado el trabajo, mentido a su familia, y él la había utilizado para descargar su necesidad o lo

que fuera que había sido aquel ataque inesperado carente de afecto. Asimismo, se dio cuenta de que apenas sabía nada de él aparte de que era maestro, tenía ideas revolucionarias, un carácter amable… Por no saber, no sabía siquiera dónde había nacido; siempre había creído que era de algún pueblo de los alrededores de Ayerbe y que no debía de tener parientes, pues cada vez que le preguntaba acerca de sus padres respondía que se habían ido, así que suponía que habían fallecido. Tampoco había tenido tiempo de inspeccionar el piso, quizás habría podido encontrar algo, una fotografía, un dibujo, algo... No obstante, él tenía las llaves, así que aquella debía ser su casa o la de sus difuntos padres. Ella, por el contrario, le había hablado de los suyos, contado lo ocurrido a su familia, de cómo habían ido de un lado para otro; de su intención de conseguir el título superior de maestra y de lo mucho que lo amaba, razón por la cual lo había llevado a la finca.

Salió la última, a una señal del sacerdote quien pretendía cerrar la puerta de la iglesia, decidida a encontrar un lugar donde dormir, pero no había dado diez pasos cuando lo vio llegar hacia ella, la preocupación en el rostro. No respondió a sus reproches, ni a la pregunta de por qué razón había abandonado la vivienda; se dejó llevar de vuelta cogida de la mano como una niña, y se metió en la cama vestida, mirando hacia la pared. Despertó a media mañana, estaba sola y permaneció en la cama, dándole vueltas a la idea de regresar con su familia, aunque ello supusiera tener que confesar lo ocurrido durante los últimos meses. Cuando por fin decidió levantarse, encontró a Mario en la cocina preparando una sopa de puerros y calabaza y un par de chuletones dispuestos para asar que, al parecer, había bajado a comprar mientras ella dormía. Los platos y cubiertos sobre la mesa, una hermosa hogaza y una jarra de vino incitaban a comer, y tenía hambre. Él le sonrió, le echó la mano por encima del hombro y le indicó una de las sillas viejas de madera, luego vertió vino en dos vasos y la invitó a beber con él; volvía a ser el hombre que ella conocía, cariñoso, cortés, y olvidó su propósito de abandonarlo.

No fueron a Zaragoza, tampoco a Madrid. El piso era pequeño, y durante los siguientes días se dedicaron a limpiarlo a fondo; tiraron pucheros descascarillados y sartenes roñosas, y compraron un juego nuevo de sábanas y toallas. Los arcones estaban vacíos, no había fotografías, cuadros o dibujos, nada que testimoniara la presencia de sus anteriores ocupantes, y ella no se atrevía a preguntar; si él no quería decirle nada, sus razones tendría.

Una noche, después de hacer el amor, él comenzó a hablar al tiempo que le acariciaba el cuerpo. Así supo que su padre también era maestro; había muerto diez años atrás, durante la última epidemia del cólera cuando él tenía catorce. Meses más tarde, su madre se casó con un turolense y se fue con su hermana pequeña a vivir a un pueblo de aquella comarca, no sabía cuál, dejándolo con su abuela paterna; el nuevo marido no quería estorbos. Acabó sus estudios y obtuvo plaza en Sádaba antes de que lo enviaran a Ayerbe. Para entonces la abuela había fallecido, y él no había tenido noticias de su madre, ni una carta, ni un telegrama, y no regresó a Ejea. Aurora sintió pena, su hombre necesitaba sentirse amado, le devolvió las caricias, y volvieron a amarse, sin prisas; tenían toda la vida por delante.

Mario encontró trabajo como preceptor de los cuatro hijos de una familia rica de la localidad; a ella le costó un poco más encontrar uno. Fue a hablar con el director de la escuela, presentó su título y le dijo que había trabajado tres años como maestra en la de Ayerbe, pero el hombre movió la cabeza dubitativo al escuchar que había dejado el puesto en dicha localidad por razones personales. Pediría informes, afirmó, aunque por el momento no había plaza, así que apuntó su dirección y le aseguró que la llamarían en caso de haber alguna vacante. No se desanimó, continuó buscando y, finalmente,

logró que la aceptaran en un colmado para llevar las cuentas y los pedidos. No pagaban mucho, pero solo tenía que ir por las mañanas, por lo que tenía las tardes libres para ocuparse del piso, las comidas, el lavado, la plancha y demás, y también para continuar estudiando. Le gustó la tienda, donde se vendían géneros de lo más variado: mercería, sedería, encajes, abalorios, porcelanas, y también café, chocolate, licor, ahumados y conservas. Y le gustaron los dueños, y su hijo, un joven deficiente que hablaba a trompicones, a quien había que repetirle las cosas varias veces para que las entendiera y que se empeñó desde el principio en llamarla «cuñada».

El tiempo transcurrió veloz, y el año llegó a su fin sin que se dieran cuenta. Pese a su deseo, no pudieron ir a El Maizal. Aunque el día de Navidad caía en jueves, el colmado abría el sábado y toda la siguiente semana. Además, el viaje era largo, de casi una jornada; tendrían que hacer varios cambios de transporte y no llegarían a tiempo para la Nochebuena. Decidieron por tanto quedarse, si bien Aurora envió una carta con suficiente antelación en la que explicaba a la familia que la habían enviado a suplir una baja en Ejea de los Caballeros. Habría preferido omitir el nombre de la localidad, pero temía que el matasellos revelara la procedencia del mensaje, y no deseaba complicar más las cosas. También prometía ir a verlos a la menor ocasión que se le presentara y les enviaba saludos de Mario para que quedaran tranquilos. Que ella recordara, era la primera vez que no celebraba las navidades con su madre, y sintió una punzada de remordimiento por mentirle, pero lo olvidó entre los brazos del hombre que también la hacía relegar sus proyectos.

No fue de repente, de hecho, al principio apenas se apercibió. Mario ya no hablaba de derechos igualitarios; su discurso giraba ahora casi íntegramente en torno a los de los trabajadores en el campo, las fábricas, los oficios, los educadores, siempre en género masculino. Había recuperado algunas de sus amistades juveniles, y no era raro que no apareciera a la hora de la cena, incluso cuando ella ya se había acostado. A veces, no siempre, se refería a este o a aquel amigo, a las reuniones que mantenían en una taberna-café donde trataban de organizar un sindicato socialista agrario al estilo de la Asociación del Arte de Imprimir, o la de los canteros, sombrereros o carpinteros, que ya estaban en marcha en Zaragoza. En dichas ocasiones, su mirada brillaba animada por las ideas que bullían en su cabeza, los argumentos brotaban sin freno como si se dirigiera a una asamblea, repetía frases y proclamas, citaba nombres que a ella no le sonaban de nada, incluso le provocaba una sensación de miedo al asegurar que la violencia era necesaria en determinadas ocasiones; le parecía que estaba ensayando una obra teatral, como la única que habían visto en el Teatro de la Villa. En una ocasión le preguntó sobre los derechos de las mujeres a los que solía referirse al inicio de su relación, y le respondió que más adelante, que todavía no era el momento, que las mujeres no estaban preparadas para trabajar ni luchar a la par que los hombres. Sus palabras la desconcertaron, y no volvió a preguntar.

La invitó a dar un paseo, una tarde de comienzos de junio, dos años y medio después de su llegada a Ejea. La propuesta la sorprendió ya que hacía tiempo que no salían, pero no se hizo de rogar; recorrieron las calles, se acercaron al río y acabaron cenando en un café y local de comidas recién abierto, que le recordó a El Obrador. Fue una cena romántica como hacía mucho no habían disfrutado. Achispados por el vino y espoleados por el deseo, regresaron al piso cogidos de la mano, riendo, haciéndose carantoñas y provocando más de una mirada recriminatoria por parte de algunas personas que no veían decente sus muestras de cariño en la vía pública. Al llegar al piso fueron directamente al dormitorio; le quitó las horquillas del moño y aspiró el olor a lavanda que desprendía

su cabello, la desnudó sin prisas, la acarició, besó su cuerpo hasta en los lugares más recónditos y le hizo el amor como nunca antes; fue la primera vez que ella gritó de placer hasta casi perder el sentido. Luego él le dijo que se marchaba a Barcelona.

Hacía meses que no trabajaba de preceptor, y vivían de lo poco que ella ganaba en el colmado; le habían ofrecido un trabajo en la redacción de un periódico, afirmó. Su reacción fue decirle que se iba ella también, que no quería quedarse allí sola, pero él aseveró que era absurdo pensar en ir los dos a una ciudad que no conocían, sin dinero ni un lugar donde parar. Se sentiría más tranquilo sabiéndola a seguro, solo sería cuestión de días, un par de semanas como mucho, antes de que regresara para llevarla con él si todo salía como esperaba y lograba un trabajo fijo. Cuando despertó, ya no estaba; encontró una nota encima de la mesa de la cocina en la que le expresaba lo mucho que la amaba y que pronto estarían juntos de nuevo. Pero transcurrieron los días, las semanas, y no volvió a saber de él; perdió el apetito, el sueño, y pasaba las horas muertas mirando por la ventana. Una mañana no fue a trabajar, metió sus cosas en una bolsa y tomó el carro de viajeros a Ayerbe; tuvo que esperar hasta el día siguiente para coger el del pueblo y pasó la noche sentada en un banco de las cocheras.

Su inesperada presencia produjo estupor en la familia. Únicamente sabían de ella por las cartas que enviaba, que no habían sido muchas, y les causó un gran impacto verla ante ellos como una aparecida, delgada por no decir flaca, la tristeza plasmada en el rostro. Incluso su inusual color de ojos había perdido el brillo. No le hicieron preguntas. Marcela preparó la tina de baños, y entre ella y Elisa la bañaron, le lavaron el pelo, la secaron y la acostaron en su antigua habitación tras obligarla a tomar un cuenco entero de caldo de gallina. Durmió durante dos jornadas seguidas, velada en todo momento por ambas y por su cuñada. Bizén y Antoi asomaban la cabeza por la habitación de vez en cuando sin saber qué hacer o qué decir. En un principio, sugirieron llamar al médico, pero las mujeres aseguraron que no era necesario, la «niña» solo se hallaba en un estado de consunción en el que unos buenos caldos y unas friegas con alcohol de romero resultaban mano de santo.

Tardó en recuperarse; tumbada en la hamaca que su hermano colgó de dos melocotoneros, contemplaba el cielo por entre las ramas y escuchaba los sonidos del campo y los gritos de alegría del pequeño Belián, el hijo de Antoi y Nieus. Apenas decía nada, y nadie preguntaba. Por fin, se decidió a hablar, una tarde, sentada bajo el porche, mientras la madre pelaba unos frutos para embotar y el padre descortezaba unas ramas a utilizar a modo de tutores para las plantas de tomate. Lo hizo con la mirada fija en el maizal cuyas panochas asomaban ya por entre las hojas. Se había enamorado, había abandonado su trabajo en la escuela, vivido en compañía de Mario haciéndose pasar por su esposa y consiguiendo unas pesetas en el colmado; él se había ido a Barcelona dejándola sola en Ejea, prometiendo que volvería a buscarla, pero... no había vuelto ni tampoco enviado noticias. Estaba cansada, muy cansada, y solo había un lugar en el que guarecerse; de todos modos, prosiguió sin que sus padres la interrumpieran, no quería ser una carga y buscaría cuanto antes un trabajo en Huesca. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, Bizén sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió la cara. Elisa la abrazó; su hogar estaba allí, en El Maizal, junto a los suyos, le susurró al oído, y todo se solucionaría.

No volvieron a hablar del tema, y la vida continuó como si nada hubiera ocurrido. Úrbez llegó con su diploma de Letras y un contrato para ejercer de profesor auxiliar en la Universidad y, de nuevo, Elisa se sintió feliz al verse rodeada de las personas que más quería en el mundo, su marido y sus tres hijos, también su nuera y el nieto. Llegado septiembre, convenció a Aurora para que permaneciera con ellos; no había prisa, le dijo, tenía todo el año para preparar el examen de entrada en el magisterio superior, aprobado por fin para las mujeres. Es más, después de las navidades podría

trasladarse al piso de su hermano y seguir allí el curso preparatorio en la Normal de Zaragoza, lo habían hablado, y él estaba de acuerdo, además su ayuda le sería muy útil. Mientras, al igual que su madre y que su abuela, se acostumbró a refugiarse en el maizal cuando su presencia no era necesaria en la casa. Allí leía, estudiaba, pensaba en Mario, en lo que estaría haciendo, en si volvería a verlo, recordando el placer experimentado en su última noche y contemplando el atardecer que la transportaba a un mundo de ensueño.

Un día cayó en la cuenta de que llevaba por lo menos tres meses sin que le bajara la regla. Dicha constatación la dejó paralizada durante unos instantes. ¿Cómo era posible que no hubiera sido consciente de ello? Luego recordó la noche de amor en la que había descubierto que el placer no era solo cosa de hombres, lo que la llevó a pensar que no se había fijado en si Mario se había colocado la goma, tal vez sí lo había hecho, pero ella no se acordaba. De todos modos, no había tenido nauseas ni el mal cuerpo que, decían, padecían las embarazadas, así que probablemente su desarreglo se debía quizás a la angustia sentida, el viaje, la debilidad. Una cosa trajo la otra, ¿se habrían dado cuenta en casa? Por pudor, cada una de ellas lavaba sus propios paños y los colgaba en un colgador colocado entre otros para sábanas, manteles y ropas en general. ¿Se habrían apercibido de que faltaban los suyos? No quiso pensar en lo que temía y contempló los campos, la mente en blanco. En efecto, esperaba un hijo. Lo supo cuando no pudo ceñirse la falda pese a no haber aumentado de peso de forma manifiesta y notó que algo estaba cambiando dentro de ella. Su primera intención fue marcharse cuanto antes aun sin saber adónde; no podía avergonzar todavía más a la familia. Contempló su perfil en el espejo de cuerpo entero que había pertenecido a su abuela, y que el maldito abuelo no había tirado como tantas otras cosas, y vio en él no solo su vientre una pizca abombado, sino también a su madre, quien la contemplaba desde el quicio de la puerta.

La niña nació en el primer día de la primavera siguiente, por sorpresa, sin avisar, pues no se la esperaba hasta la segunda semana de abril. Aurora se puso de parto mientras descansaba en su cuarto tras un paseo en compañía de su cuñada y del sobrino; le dolía la espalda y dijo que iba a echarse un rato antes de bajar a cenar. Había cerrado los ojos, pero los abrió de nuevo al sentir una contracción que le cortó la respiración. Tuvo tiempo de sonreír al recordar lo que siempre había escuchado acerca del tremendo dolor experimentado por las parturientas antes de sentir una nueva contracción, y otra más después, y otra. Sentía un dolor agudo como si le estuvieran desgarrando las entrañas, pero no gritó; cogía aire y aguantaba a que pasara. Solo era el comienzo, se dijo, y todavía le quedaban horas. Habría parido sola si su madre no llega a entrar en el cuarto, preocupada por su ausencia. Elisa llamó a gritos a Marcela, quien además de herrera había ejercido de partera cuando todavía vivía en el pueblo, y a su nuera; entre las tres la ayudaron a traer a su hija al mundo sin que un grito se escapara de su garganta. Estaba dolida y sudorosa cuando le pusieron la niña al pecho, y lloró de la emoción, también por la ausencia del hombre que debería haberse encontrado a su lado en aquel trance.

La reacción de los moradores de El Maizal al saberla embarazada sin estar matrimoniada fue de lo más dispar. Antoi juró que le rompería los morros al infame que lo había hecho tío de aquella forma, y su mujer lo apoyó. Marcela se echó a llorar, mientras que el antiguo herrero hizo solo un comentario sobre que lo importante era que madre e hijo estuvieran bien. Por su parte, Elisa y Bizén no parecieron mostrar disgusto alguno; lamentaban eso sí que su hija no hubiera tenido una boda

religiosa como era debido, rodeada por las personas que la querían, pero lo hecho, hecho estaba, y no había vuelta atrás. Ambos tenían en mente lo ocurrido años atrás en el maizal, también el nacimiento de Aurora y su propia boda, aunque no era lo mismo haber sido violada que yacer con un hombre por gusto. No juzgaban sin embargo a la joven, la querían y querrían al nieto o a la nieta por nacer. No obstante, la nueva situación presentaba ciertas complicaciones, en especial la animosidad de algunos de los vecinos alentados por el párroco, quien dedicaba a la lujuria tres de cada cinco sermones, como si aquella fuera la única preocupación de su feligresía. En los últimos años había habido un par de casos de madres solteras; a una la casaron con su amancebado, la otra tuvo que irse a la capital, a casa de unos parientes, pues el amante era hombre casado y, por supuesto, continuó su vida tan tranquilo. No se sabía de otras, pero el clérigo estaba empeñado en ver a Eva pecadora en todas las mujeres de quince a cuarenta, la edad pecaminosa por excelencia según él.

Ellos se hallaban apartados de las habladurías, pero antes o después alguien diría o preguntaría algo, ¿y cómo explicar la presencia de una criatura sin padre? Además, habría que bautizarla. Dejaron de lado el asunto de las explicaciones y se centraron en buscar un nombre para el nuevo miembro de la familia. Cada cual proponía uno, empezando por el propio, y Aurora reía; ella ya lo había decidido: Mario si era niño, María si niña, pero no decía nada, divertida y a la vez agradecida a aquella familia que le había tocado en suerte. En cuanto al otro asunto, Úrbez lo zanjó cuando llegó a celebrar la Navidad; no había más que decir que el marido de su hermana había partido a «hacer las Américas», al igual que tantos y tantos hombres, en busca de un porvenir. Si alguien se interesaba por saber cuándo y cómo se habían casado, solo había que responder que tres años atrás, en Buisán. Y para escándalo de todos, y regocijo asimismo, en la siguiente visita apareció con un certificado de boda falso firmado y sellado, y con los nombres de los supuestos contrayentes. Ignoraba el segundo apellido de su presunto cuñado, su hermana también lo ignoraba, así que puso el segundo de Elisa, Escagüés. Al preguntarle cómo lo había hecho, respondió con un «no preguntéis», que dejó a todos con las ganas.

La alegría por la llegada de María se vio de alguna forma ensombrecida por la renuncia de la madre a su deseo de continuar con los estudios. No hizo falta hablar de ello; no podía, ni quería, dejar a la niña en El Maizal y marcharse como si nada. Antoi y Nieus insinuaron la posibilidad de adoptarla, si no legalmente, sí de hecho. Se lo agradeció con un abrazo a cada uno, les aseguró que la pequeña crecería junto a Belián como una hermana, pero que no había perdido la esperanza de que Mario reapareciera algún día. A veces se le pasaba por la cabeza que había vuelto a Ejea y no la había encontrado, pero se decía que si en verdad quisiera estar con ella se habría presentado en la hacienda.

Durante algún tiempo, en el pueblo se habló de la joven recién parida, esposa de un emigrado, que quizás volviera, o no; no sería la primera vez que un hombre partía allende el mar y no regresaba. Incluso se conocía el caso de uno, casado y con hijos, que marchó y formó familia en Cuba y que, tras la independencia de aquel país, regresó años más tarde, viejo y arruinado, con la pretensión de recuperar a su primera mujer y, de paso, la casa y la tierra de esta. La encontró casada con otro; él había sido dado legalmente por muerto tras más de veinte años sin noticias. Esperaban que a Aurora no le ocurriera otro tanto, pero al cabo de un tiempo otros temas ocuparon las conversaciones, entre ellos el resultado de las elecciones a Cortes, celebradas seis días después del nacimiento de la pequeña María y ganadas por el partido liberal, tal y como correspondía en alternancia con el conservador. La noticia llegó tarde y pasó bastante desapercibida. Los «franceses», así llamados los habitantes del pueblo porque colocaron una bandera de Francia cuando lo de Napoleón, y los soldados gabachos pasaron de largo creyendo que ya habían conquistado el pueblo, estaban más ocupados en la siembra,

los frutales y el ganado que, en unas elecciones, que de antemano se sabían viciadas.

Lo que no pasó inadvertido fue el nombramiento de Cristóbal el Paquetero como nuevo mayordomo de la cofradía, lo que venía a equipararlo con el alcalde. Muerta la viuda sin hijos, el hombre había heredado sus propiedades, alardeaba como un pavo real en celo y ocupaba el primer banco de la iglesia, si bien evitaba el cara a cara con Bizén Albar, no fuera a ser que le soltara otra patada en los cojones. En sus cincuenta y tantos seguía siendo atractivo, quizás incluso más que en su juventud, pero se iba a la ciudad cuando lo apremiaba la necesidad y había dejado de rondar a las mozas del pueblo, que allí todo se sabía.

Un año después del nacimiento de su hija, Aurora se hizo cargo de los poco más de treinta niños y niñas que acudían a la escuela de la localidad, una sola aula situada en el bajo de la casa cural adyacente a la iglesia. El párroco frunció el ceño, pues no la había visto en misa desde su regreso, si bien lo desarrugó al saber que había estado enferma, según lo informó Marcela, una de sus feligresas más devotas, quien exageró lo de la enfermedad, pero con un aire tal de lástima que lo convenció. Además, hacía falta una maestra; la última se había marchado a mediados del curso anterior, y él se había visto obligado a suplir la ausencia, aunque, por supuesto, eludió las clases de labores para las niñas. Le hizo una especie de examen previo y quedó satisfecho; estaba claro que la mujer conocía bien el catecismo, así como la lectura, la escritura y los números; las labores las daba por hecho. La paga era mínima, pero a ella no le importó, necesitaba evadirse durante unas horas, recuperar de alguna forma su verdadera vocación. Por otra parte, María quedaba al cuidado de su dos abuelas; Marcela había exigido compartir el papel de Elisa, y esta la dejaba hacer, ocupada como estaba con el segundo hijo de Antoi y Nieus.

Las clases tenían lugar por la mañana en las épocas de siembra y cosecha, las tareas del campo requerían todos los brazos, así como por las tardes en invierno. Recorría a paso ligero la distancia que la separaba del pueblo, estaba a las ocho en punto en la puerta para recibir a los escolares y recogía y limpiaba la clase al acabar después del Ángelus. Llegado el invierno, se llevaba una tartera, comía allí mismo y a las cuatro emprendía el camino de vuelta. No resultaba fácil enseñar a escolares de entre cuatro y trece años, todos juntos en un mismo espacio, aunque separados por grupos según las edades, lo había hecho en Ayerbe si bien allí solo tenía niñas a su cargo y pronto se adaptó. Una vez por semana, el cura aparecía sin avisar, inspeccionaba los cuadernos, preguntaba y castigaba con una vara en las posaderas a los mayores si no respondían correctamente, a los pequeños les daba un par de azotes con la mano. Lo odiaba. Sus padres nunca les habían pegado, a ella o a sus hermanos, aparte de algún cachete suelto, y apretaba los puños con fuerza para no arrebatarle la vara y darle con ella. No aguantó su indignación el día en que volteó sobre sus rodillas a una de las mayores y le levantó la falda con intención de azotarla delante de todos por haber respondido de malas maneras. Se la arrebató y se encaró a él, solo los padres tenían el derecho de castigar a sus hijos, le dijo, y si quería que su alumna fuera corregida debía ir a hablar con ellos y no dar un espectáculo delante de los demás. Demudado, el hombre salió hecho una furia. Al día siguiente la niña tenía dificultades para sentarse; el cura había ido a hablar con su padre, y este le había propinado una buena zurra.

El asunto tuvo sus repercusiones. La primera, despedir a la maestra por no guardar la debida compostura ante el párroco y dar mal ejemplo a los escolares. La segunda, una bronca monumental entre los vecinos que estaban a favor del despido, y los que no lo estaban, que eran la mayoría, hartos de la prepotencia y los sermones de un individuo que en verdad se creía el representante de Dios en

la Tierra. Ganaron estos, y Aurora retomó su trabajo; el cura no volvió a aparecer por la escuela.

Hubo asimismo otra consecuencia. Como no podía ser menos, Cristóbal el Paquetero tuvo conocimiento de lo sucedido y fue uno de quienes reclamaron se expulsara a la insolente que había osado encararse a la máxima, y única, autoridad religiosa de la localidad. Aunque resultara difícil no conocerse en una población de algo más de doscientas almas, lo cierto era que él no la conocía. Sí sabía que la maestra era hija de los dueños de El Maizal, motivo por el que había abogado en favor del despido, pero nunca había tenido oportunidad de verla de cerca, o no lo había intentado siquiera pues conservaba viva en la memoria la amenaza de Bizén Albar.

Recordaba una tarde de verano, a una joven de mirada triste a quien desgarró la ropa y forzó varias veces al abrigo de las plantas del maíz hasta quedar saciado. No estaba orgulloso de aquella machada, él no era un hombre violento, nunca antes ni después había violentado a una mujer e ignoraba qué mal antojo se apoderó de él para actuar de aquella manera con una moza que le gustaba y a quien deseaba solicitar relaciones. Esperó a que volviera a aparecer por el mercado para pedirle perdón, pero no volvió, y Marcela le dijo que se había marchado con la vieja Feliciana, no sabía adónde. Cuando de nuevo la vio, muchos años después, ya no se parecía a la inocente que había deshonrado; su cuerpo había adquirido las formas de una mujer madura, y su rostro apenas se asemejaba al que él todavía descubría a veces, en sueños. Intentó animarse a hablar con ella en la parada del carro de viajeros, pero no se atrevió, y su marido acabó por convencerlo de que era mejor arrinconar el pasado. ¿Se parecería la maestra a su madre o tendría los rasgos como cortados con hacha del padre? Sintió curiosidad.

Ante la proximidad del primer domingo de octubre, fecha en la que se celebraba la batalla de Lepanto, que nadie tenía idea de cuándo y dónde había tenido lugar, aunque sí que en dicha batalla los buenos católicos habían vencido a los malvados turcos, de ahí la festividad instaurada por la Iglesia en honor a la Virgen del Rosario, la Cofradía preparaba el festejo: la misa por las almas de los fallecidos que habían abonado las cuotas anuales, la subasta de carne para ayudar a los necesitados y la comida de hermandad. En su calidad de mayordomo y tras darle unas vueltas, a Cristóbal se le ocurrió una excusa para conocer a la maestra, pedirle que ensayara con sus alumnos una o dos canciones para interpretar, en la iglesia o en la calle, antes de la subasta. La esperó un lunes al mediodía, la vio despedir a los niños y volver a entrar a poner orden, y entró él también. Quedó confundido, mudo, cuando ella se giró para preguntarle qué deseaba, no respondió y salió apresuradamente de la escuela. Sin saber cómo, sus piernas lo llevaron por el camino seguido años atrás, hasta llegar al maizal, a donde nunca más había vuelto. Cosechadas las mazorcas, los tronchos habían perdido su esbeltez y el sol se ocultaba tras una nube; se sentó en el suelo y se echó a llorar. Aquella mujer joven cuyo nombre ignoraba, le había mirado con sus ojos; se había visto reflejado en su propia mirada de un azul brillante, intenso, herencia de su abuelo materno. Cuando finalmente se repuso de la impresión, regresó al pueblo y pidió al cura le entregara el documento en el que constaban los datos de la maestra; no respondió a su pregunta que para qué los quería, cogió los papeles, se encerró en su casa y leyó: Aurora Albar Azaba, nacida veintiséis años atrás en Buisán, municipio de Fanlo, en Sobrarbe.

Galopó a lomos de su yegua hasta que el animal se detuvo, agotado por la cabalgada. Le llevó cuatro jornadas llegar a Buisán y, una vez allí, llamó a la primera puerta que encontró, mostró a la mujer

que le abrió una moneda de plata de cinco pesetas y pasó la noche en la casa, tan desastrada como la dueña. Por ella supo lo que quería, que Bizén Albar era natural del lugar y había matrimoniado con una joven de afuera, no podía decirle de dónde, pero sí que la había traído la Feliciana, una solterona, que volvió a la aldea para morir. La joven venía preñada, y el mozo se casó con ella un año después de nacer la criatura, una niña creía recordar.

Necesitaba estar completamente seguro y, antes de coger de nuevo la ruta, fue a visitar a la familia Albar. Solo encontró a una anciana con la cabeza ida y a su nuera; el marido de esta y los hijos se hallaban en la tala. Al igual que la anterior, la mujer tenía ganas de hablar de algo más que del tiempo y de las hortalizas que cultivaba en el huerto, y no le costó le repitiera lo ya escuchado, si bien con particularidades añadidas, como el nombre de la joven, Elisa, y la zona de la que provenía, un pueblo «allá por la Plana de Uesca», aclaró. Y sí, llegó preñada sin estar casada, el tonto de su cuñado se prendó de ella y matrimoniaron un año después de nacer la bastarda. Quiso invitarlo a comer, pero tenía prisa e hizo el recorrido de vuelta de igual forma que a la ida, deteniéndose únicamente cuando la yegua perdía el resuello.

Habló con Elisa el día de la Virgen del Rosario. Obligados como estaban, todos los habitantes acudieron a la misa, incluidos los propietarios y trabajadores de El Maizal, todos, menos Aurora que se quedó al cuidado de los niños y de Bizén. La cojera había ido a más, pero aun así él se empeñaba en seguir trabajando y se fracturó la rabadilla debido a una nueva caída, esta vez desde una escalera, intentando eliminar las ramas secas y los chupones de un melocotonero. El médico dictaminó que la avería tenía mala curación y que en todo caso necesitaría tiempo. El dolor hacía que, a veces, se le saltaran las lágrimas, y permanecía en la cama encerrado en sí mismo, respondiendo a las preguntas con monosílabos mientras su mujer y Marcela se turnaban para cuidarlo y aplicar cataplasmas de arcilla o de col a fin de bajar la hinchazón y aliviar su sufrimiento. Cristóbal aprovechó su ausencia para acercarse a ella; la pilló desprevenida mientras observaba las mesas dispuestas para el «releo» y le dijo al oído que sabía que la maestra era hija suya. No le dio tiempo a esperar una respuesta, reclamaban su presencia para comenzar la subasta, pero sí para decirle que la esperaba en el maizal al mediodía del día siguiente.

Aurora no fue a trabajar el lunes debido a que era preciso limpiar el local escolar pues la comida de hermandad había tenido lugar allí y se había alargado hasta bien entrada la noche. No había prisa, y permaneció un rato tumbada, contemplando a la niña dormida en la camita de madera, obra del abuelo carpintero; sonreía en un sueño feliz, y ella sonrió también.

Eran ya dos años sin noticias de Mario, pero no había tiempo para lamentos; su hija, la familia y la escuela llenaban su vida, aunque en ocasiones metiera la mano bajo la camisa de noche y pensara en aquella vez, la última, en la que él la había hecho gozar hasta perder el sentido. Ignoraba si los hombres hablaban de ello, las mujeres jamás, al menos las que conocía; el sexo era tema prohibido, impuro, solo necesario para procrear dentro del matrimonio. No se imaginaba a sus padres desnudos bajo las sábanas, y menos a Marcela y a su marido, le entraba la risa. Ella, sin embargo, era esposa sin estar casada, viuda sin serlo, todavía joven; la aguijoneaba el deseo, y aunque la mano no fuera suficiente al menos aliviaba su necesidad. Iba a misa, pero no se confesaba ni comulgaba a pesar de las indirectas del cura antes de su enfrentamiento, después ya no habían vuelto a hablar. En Ayerbe había acudido al confesionario una vez, la víspera de Santa Leticia, patrona de la localidad, a fin de comulgar en misa mayor, más que otra cosa para no dar lugar a habladurías. Nada más arrodillarse y decir las frases acostumbradas, el confesor le preguntó si había pecado contra el sexto mandamiento.

Quedó paralizada mientras él insistía en saber si había cometido actos contrarios a la castidad, había besado a un hombre, se había tocado o había tenido pensamientos impuros. Ocurrió antes de empezar a salir con Mario, pero dichas preguntas le parecieron el colmo de la indecencia y salió dejándolo con la palabra en la boca. No volvió a confesarse.

El otoño exhibía sus tonalidades, las horas de luz disminuían, habían refrescado las temperaturas, pero el sol del mediodía invitaba a tomar el aire; cogió a María y salió al porche. Marcela limpiaba unas vainas para la comida, Nieus pelaba patatas, los niños jugaban dentro de un corralillo construido asimismo por el abuelo, quien dormitaba sobre un catre, y vio a su madre dirigirse hacia el maizal con una cesta plana en la mano por lo que supuso que iría a recoger los restos de las panojas para alimento de las gallinas; dejó a la niña con sus primos y la siguió. La vio adentrarse entre los tronchos descabezados que comenzaban a secarse y la perdió de vista. La descubrió instantes más tarde, hacía la mitad de la plantación, y se detuvo al verla hablando con un hombre, que creyó se trataría de uno de los aparceros que ayudaban al tío Antoi. No podía escuchar lo que decían, había sin embargo algo en sus ademanes, en la forma en cómo él se dirigía a su madre, que no le gustó. No lo pensó dos veces al advertir que la asía por los hombros y la zarandeaba, corrió hacia donde estaban dándole un empujón e interponiéndose entre ambos. Quedó desconcertada; aquel era el hombre que había entrado en la escuela días atrás y había salido disparado al girarse para saludarlo. Algo en él la había llamado la atención, si bien no sabía muy bien qué, pero ahora, con el sol de frente, notó que se le erizaban los pelillos de la nuca: tenía su mismo extraño color de ojos. Él le miró y se marchó precipitadamente al igual que en la ocasión anterior.

No logró que su madre le contara lo ocurrido, dijo que ambos se conocían desde hacía mucho, farfulló algo acerca de un viejo conflicto entre familias y no quiso continuar; recogió la cesta que se le había caído al suelo y echó a andar hacia la casa. Intentó hablar con ella a lo largo de la jornada, pero no hubo manera; se escaqueaba con cualquier disculpa en cuanto la veía acercarse. Tras acostar a María, pasó a llevarle a su padre un vaso de leche templada con miel y una yema de huevo. Bizén continuaba con dolores, pero era su desánimo lo que preocupaba a todos; seguía sin hablar, ahora ni siquiera monosílabos, limitándose a mover la cabeza para afirmar o negar, y pasaba la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados, de forma que nunca sabían si estaba despierto o dormido. Lo ayudó a beber la leche y le dio un beso de buenas noches en la frente e iba a marcharse cuando él la agarró por el brazo y le dijo en un hilo de voz que los «papeles» estaban en el fondo del arcón de la ropa, que los sacara de allí para tenerlos a mano. No entendió muy bien lo que quería decir, pero fue al arcón y rebuscó hasta encontrar una carpeta de cartulina arrugada. Dentro encontró el certificado de bodas de sus padres, las actas de nacimiento de ambos, las de sus hermanos, y la de ella. Fue a preguntarle para qué los quería, pero se había quedado dormido, y les echó una ojeada a la luz del candil que desde el accidente su mujer mantenía encendido toda la noche. No recordaba haber visto el documento de la boda y se entretuvo en leerlo, nombres, apellidos, testigos, lugar y... fecha. Tardó en reaccionar, sus padres se habían casado dieciséis meses después de su nacimiento.

A la mañana siguiente, antes de dirigirse a la escuela, buscó a su madre, le puso el certificado de bodas y su acta de nacimiento ante los ojos y le exigió una explicación. Despacio, con la mirada perdida, Elisa le contó cómo fue engendrada de forma violenta por el hombre que había visto la víspera, motivo por el cual huyó con Feliciana a Buisán donde conoció a Bizén, su padre a todos los efectos, pues la quiso como a hija propia desde el primer momento. En el pueblo nadie conocía lo ocurrido, excepto Marcela y su marido, e ignoraba cómo Cristóbal Forcás había llegado a saber que ella era su hija. El caso era que la había citado en el maizal y le había echado en cara que se hubiera marchado del pueblo sin darle la oportunidad de enmendar su error, aunque ahora lo que más lo

enfurecía era saber que tenía una hija no reconocida, y una nieta, puede que porque se sentía solo y deseaba una familia. A Aurora le costó un rato reaccionar; la aclaración había sido breve, tan solo unos minutos para narrar casi una vida. Para cuando quiso darse cuenta, su madre había ido a preparar el desayuno de sus nietos. De camino al pueblo, no dejó de pensar en el asunto, tampoco dejó de hacerlo durante toda la mañana. Todavía no habían empezado las clases por la tarde, así que limpió el encerado y barrió la sala a toda prisa a fin de salir cuanto antes; necesitaba tiempo para reflexionar y lo último que deseaba era ver allí al tipo cuya existencia acababa de conocer. No apareció ni en ese, ni en los días posteriores.

1909

Bizén se fue como había vivido, sin quejarse, sin hacer ruido; simplemente cerró los ojos y dejó de respirar. Nada tenía, así que nada dejó, solo una pena inmensa en los corazones de quienes lo habían querido y conocido, que no eran muchos pues raramente abandonaba El Maizal y, además del antiguo herrero y un par de labradores, no tenía amigos en el pueblo. Todos, incluido Úrbez, llegado para las fiestas navideñas, lo velaron y rezaron por su alma. No llamaron al cura; a fin de cuentas el muerto ya no precisaba de extremaunciones ni viáticos, y se valían solos para rezar el rosario. Además, no habían vuelto a tener tratos con él desde su encontronazo con Aurora, si bien asistían a misa los domingos, que no era cuestión de que los llamaran ateos. Les habría gustado despedirlo en la intimidad, pero no quedó más remedio que celebrar el funeral. La iglesia se llenó, y no faltaron comentarios en cuanto a lo satisfecho que se sentiría el cura, pues en menos de veinticuatro horas iba a celebrar tres misas: las exequias, la del Gallo y la de Año Nuevo, circunstancia que no ocurría a menudo. De negro riguroso, con capas y pañoletas, los miembros de la familia ocuparon el primer banco llevando panes y velas para bendecir y ser repartidos entre los presentes. Tras el entierro en la tumba de los Escagüés, regresaron a la casona y celebraron la comida de los muertos compuesta de sopas de ajo, judías, carne asada y almendras tostadas, a la que no invitaron a nadie de fuera de la casa, hecho este que fue muy criticado por ir en contra de la costumbre.

Pese a que el difunto no había abonado cuota alguna a la cofradía, y todos los gastos corrían por cuenta de la familia, Cristóbal se presentó en la iglesia vestido con su traje de gala de mayordomo y acompañado de los miembros de la junta. No hubo lugar al panegírico de rigor, pero ocupó un sitio preferente a un lado del altar, de manera que podía observar con total tranquilidad a Elisa y a su hija, en especial a esta. Saberse padre a sus más de cincuenta años provocaba en él sentimientos encontrados. Por una parte, orgullo. No se le parecía en nada físicamente hablando, excepto en el color de los ojos, pero era una hembra guapa, con carácter y encima sabida, y madre. Ignoraba casi todo acerca de ella, se preguntaba dónde estaría el marido o si acaso le habría ocurrido lo mismo que a su madre. Dicho pensamiento le causaba malestar. ¿Perdonaría ella ser fruto de la violencia? Nada de lo que pudiera decirle lo eximiría de la responsabilidad, no obstante, le gustara o no, él era su padre y quería que llevara su apellido. Además, era rico. A su muerte, la heredad de su mujer pasaría a manos de unos primos de esta que vivían en Uncastillo, y con quienes ya había tenido pleitos al pretender ser ellos los beneficiarios de la herencia familiar. ¡Antes prendería fuego a la casa y a los campos! Se le había ocurrido una solución para cuando acabó la misa de funeral, si bien hubo de disimular su satisfacción y poner cara de circunstancias al ir a saludar a los hijos varones del finado.

Tras el rosario y la oración del último día de la novena a fin de asegurar el descanso eterno del difunto, el cura pidió a Elisa lo acompañara a la vicaría pues tenía algo que comunicarle e hizo un gesto con la mano a Aurora y a Marcela para que no los siguieran. Ella creyó que se trataría del pago

por los servicios religiosos o de cualquier otro asunto, pero le costó cerrar la boca al escuchar lo que tenía que decirle. Cristóbal Forcás había confesado su horrible pecado y recibido la absolución, no había por tanto motivo para no perdonar lo hecho y retomar las cosas donde habían quedado años atrás. Era deber de todo hombre cabal y buen cristiano redimir su falta contra la castidad y el honor de la mujer, así pues, una vez transcurrido el año de luto, él mismo los casaría y les daría la bendición. Perpleja, soltó un ¡mecagüen!, que dejó al clérigo atónito, y salió del lugar hecha una furia. Seguida por la hija y la amiga, no dijo palabra durante el camino y se encerró en su cuarto nada más llegar a la casa. El cura se presentó en El Maizal día más tarde, pero se negó a hablar con él, se cubrió con la toquilla, salió de la casa y no regresó hasta estar segura de que se había marchado. Tampoco volvió a la iglesia, alegando siempre sentirse mal justo antes de acudir a misa los domingos y festivos. A su vuelta, la familia siempre la encontraba trajinando en la cocina, por lo que todos suponían que algo grave había ocurrido y no preguntaban, ella tampoco decía nada.

El Paquetero estaba que se lo llevaba el Diablo. ¡Para eso se había humillado de rodillas y había recibido como penitencia acudir todos los días al rosario durante un mes, además de abonar sus buenos dineros en calidad de limosna para las misiones! ¡Maldita fuera! Tuvo la tentación de pregonar a los cuatro vientos que la maestra era su hija para que lo supieran todos los vecinos, si bien descartó la idea pues él no quedaría en buen lugar, así que decidió consultar con su abogado el modo de proceder a fin de reclamar la paternidad de su hija y se fue a Huesca. El letrado lo informó de que el recién redactado Código Civil no preveía dicha eventualidad por lo que le iba a resultar imposible; podría no obstante testar a su favor, y ella vería si aceptaba o no la herencia. Pero la cuestión no era esa, sino que Aurora llevara su apellido, pues los primos de Uncastillo volverían a la carga y se saldrían con la suya. Malhumorado, entró a comer en una taberna llena hasta los topes donde encontró un sitio en una mesa ocupada por otro comensal. Ambos comieron en silencio unas sopas de ajo durante un rato, pero, al lanzar un requiebro a la moza que los servía y recibir un exabrupto como respuesta, el otro hizo un comentario grosero, y ya eran amigos para cuando dieron buena cuenta de unos jarretes de ternasco. La conversación giró en torno a las mujeres y sus malas artes a la hora de encandilar a los hombres, robarles hasta los calzones, despreciar propuestas de matrimonio o considerarse superiores. Descubrieron sorprendidos que hablaban de la misma persona al terminar con unas manzanas asadas.

Habían transcurrido once años desde que el juez entregara a Elisa Azaba la casa y tierras y el inicio de la cuesta abajo de su medio hermano Basilio. El hombre atractivo siempre vestido a la moda que una vez fue se había convertido en un tipo gris que malvivía a base de sablazos y chanchullos. Cristóbal pagó la comida, lo invitó a beber en otro local y escuchó con atención la historia de la desagradecida que había arruinado al padre y al hermano, dejando que el primero muriera en un asilo, y que el otro se viera obligado a buscarse la vida de mala manera. Él por su parte no le contó nada de su verdadera relación, solo que quería casarse con ella y había sido rechazado. Lo dejó borracho perdido, pero no sin antes apuntar su dirección por si acaso lo necesitaba, una idea revoloteando dentro de su cabeza. No se le había escapado un comentario hecho por el inesperado informador cuando el alcohol comenzaba a hacer sus efectos: que pensaba reclamar el dominio en cuestión pues estaba seguro de que la puta de su hermanastra no pagaba los correspondientes impuestos, como tampoco lo había hecho su padre. Durmió en la ciudad y a la mañana siguiente acudió al Archivo de la Propiedad y pidió ver el registro de la hacienda. El encargado preguntó para qué lo quería, y él respondió impávido que pertenecía a su esposa y quería comprobar que todo estaba en orden. La documentación no era extensa, pero sí lo suficiente para averiguar que ni el anterior propietario ni los actuales habían pagado impuestos en años, es más, también existía una

préstamo sobre el terreno, no satisfecho por un tal Braulio Azaba.

No tuvo que meditarlo demasiado; permaneció en la ciudad el tiempo necesario para hacer efectivo el pago de las deudas y recibir los correspondientes documentos como dueño de El Maizal. Tardó bastante en decidirse, pero finalmente se presentó en la casona una tarde y entró sin llamar; encontró a Elisa remendando unas ropas junto a la chimenea, le entregó una copia del registro y le dijo que ahora era su turno de mover ficha; o se casaba con él o ya podían abandonar la casa, ella, sus hijos, nietos y empleados. Se marchó sin esperar respuesta.

Al ver que no aparecía a la hora de la cena, Aurora subió a su habitación y la encontró tumbada sobre la cama con unos papeles arrugados entre las manos; se había quedado dormida, pero podía apreciarse rastro de lágrimas en sus mejillas. Le quitó los papeles con cuidado para no despertarla y los leyó allí mismo. No podía dar crédito a lo que leía; el malnacido que la había engendrado no solo había forzado a su madre, también le quitaba su bien más preciado, y lo único que poseía, su casa. Pidió a Marcela que durmiera en su cuarto para vigilar a la niña, y ella se metió en la cama de su madre, le cogió la mano al igual que hacía el padre y le susurró palabras de cariño antes de dormirse ella también.

La reunión familiar, a la que también asistieron Marcela y su marido, tuvo lugar una semana más tarde, un domingo, después de que Úrbez hubiera recibido un telegrama de su hermana instándolo a volver a casa a la mayor brevedad posible. Reunidos en torno a la mesa, Elisa contó lo que solo su hija y ella sabían acerca del nacimiento de esta última, la pretensión de Cristóbal Forcás de reconocerla, su propuesta de matrimonio y el medio utilizado para chantajearla. La primera reacción de los tres hombres presentes fue ir a casa del cabrón y romperle los dientes, aunque desistieron ante las súplicas de las mujeres. La cuestión era si aceptar la proposición o abandonar el hogar en el que por fin habían sido felices durante los últimos años y que, por otra parte, legítimamente les pertenecía. Cada cual daba su opinión y no acababan de ponerse de acuerdo. Aceptar el chantaje era del todo inadmisible, pleitear les llevaría tiempo y el dinero que no tenían, y pegar al tipejo un tiro con la escopeta, como proponía Antoi para escándalo de su mujer y de su madre, tampoco era el remedio, pues la finca era ahora suya y podía aparecer un pariente reclamándola, eso, si no los llevaban a todos a la cárcel. La solución partió del viejo herrero, quien no había abierto la boca durante el debate y finalmente sentenció que lo mejor sería que Elisa aceptara la propuesta; debían esperar a que finalizara el luto, añadió con su flema habitual, y en un año podían pasar muchas cosas. Fue Nieus la encargada de comunicárselo al cura, era la única que todavía hablaba con él.

Las noticias tardaban en llegar, pero llegaban. En los periódicos se reseñaban protestas y huelgas en todo el país debido a la subida del precio del pan y de los cereales en general. La pérdida de las últimas colonias de ultramar sumió al país en una gran crisis económica; no había trabajo, y las jornadas laborales de quienes lo tenían, domingos incluidos, oscilaban entre diez y doce horas diarias por un salario de dos pesetas y cincuenta céntimos la jornada, una miseria. En algunos lugares los obreros iban por tahonas y comercios pidiendo para comer, mientras que sus mujeres e hijos se manifestaban por las calles causando el consabido sobresalto de la gente bien.

En el pueblo todo continuaba igual, si bien se comentaba que en la capital había estado muy concurrida la marcha obrera del primero de mayo, a la que habían asistido gentes de todos los puntos de la provincia. En el diario que cogió en el ultramarinos, asimismo expendedor de tabaco y prensa, Aurora leyó una noticia que la preocupó: la manifestación de Barcelona había acabado en trifulca entre manifestantes y policías, con resultado de heridos y detenidos. No podía evitar pensar en

Mario, pese a que intentaba no hacerlo. A fin de cuentas, la había abandonado, y pasaban ya tres años sin saber nada de él, demasiado tiempo, tanto, que tenía la impresión de que todo había sido un espejismo. No obstante, su pequeña María la recordaba cada día que su amor había sido muy real. De todos modos, no podía penar por lo que no tenía arreglo y aceptó dejarse cortejar por Agostín, uno de los sobrinos de Marcela, contable de oficio, que se ganaba la vida llevando las cuentas del consistorio, la cofradía, la iglesia y las de los vecinos que lo solicitaban. De su misma edad, ambos compartían el gusto por la lectura, y él compraba algún libro cuando se acercaba a la ciudad. Juntos leyeron los dos volúmenes de *La Regenta*, de Leopoldo Alas 'Clarín', alabada por literatos y lectores, denostada por críticos y obispos como el de Oviedo, escandalizado por el contenido de la obra. A ellos les encantó.

Y así llegó el verano. En su calidad de pretendiente oficial, El Paquetero esperaba a Elisa a la salida de misa los domingos y la acompañaba a casa, los dos seguidos por los demás miembros de la familia a modo de carabineros. Nadie le dirigía la palabra y, por supuesto, tampoco lo invitaban a quedarse a comer. Úrbez apareció como de costumbre la primera semana de agosto, y no lo hizo solo; lo acompañaba su novia, hija de uno de los colegas de la Universidad. Las comidas en el porche, la animada conversación y las risas de los niños, les hacían olvidar la muerte de Bizén, de quien hablaban como si todavía estuviera con ellos, y, lo más importante, no pensaban, no querían pensar, en que los meses transcurrían sin que hubieran hallado una solución a su problema. Un buen día, ya en la sobremesa, vieron llegar a un hombre por el camino; creyeron que se trataba de uno de los aparceros que solía acudir a jugar a las cartas, pero, a medida que se acercaba, Aurora se llevó la mano a la boca para no gritar.

Cual aparecido, con paso lento, sin equipaje, la ropa demasiado holgada, el cabello largo y descuidado y unas grandes ojeras, Mario se asemejaba a una alma en pena de las que, se decía, vagaban por los campos al no haber logrado entrar en el mundo de los muertos, por tener causas pendientes en el de los vivos. Tal era su lamentable aspecto que Marcela se santiguó invocando a la Virgen de la Peña. Había hecho el trayecto de Barcelona a Huesca en el ferrocarril, pero ya no le quedaba un céntimo y venía andando desde la ciudad. Ignoraba si ella se encontraba en El Maizal, pero le venía de paso hacia Ejea, y por si acaso... Cayó desvanecido al suelo a unos metros de la casa, y los hombres lo llevaron a una de las dos camas de la habitación de Úrbez, antaño compartida con su hermano. Las mujeres lo velaron, alimentaron y asearon durante días hasta que, finalmente, abrió los ojos y se encontró con la mirada azul que lo había enamorado.

Tal y como ella imaginaba, tres meses atrás había tomado parte en las revueltas de Barcelona, y lo habían detenido. Tuvo suerte; no lo llevaron a juicio, simplemente lo mantuvieron encerrado soltándolo al cabo de unas semanas con la advertencia de que la próxima vez no le sería tan sencillo librarse. El periódico para el que trabajaba, en realidad una editorial de panfletos subversivos, fue clausurado por orden de la autoridad; vivía en el mismo local y, sin otro lugar donde guarecerse, decidió volver a su tierra esperando que ella perdonara su deserción, obligada, se justificó, por un anhelo de justicia social. Aurora lo oía, pero no lo escuchaba, tampoco entendía que alguien fuera en pos de una quimera, pues quimera era creer que podría cambiar el mundo a base de proclamas de protesta. Los poderosos no leían sus pasquines, y la gran mayoría de los trabajadores no sabía leer. Y allí estaba después de casi cuatro años, hecho un guiñapo. Se sentía decepcionada y no sabía si seguía queriéndolo; el tipo derrotado que yacía sobre una cama prestada no se parecía en nada al hombre a quien amaba y por el que había sido capaz de contravenir las normas de la decencia y decepcionar a su familia, pero era el padre de su niña.

Mario pasó el resto del verano encamado o sentado en un sillón delante de la ventana. Sin fuerzas, ni ganas, contemplaba el cielo, aspiraba el olor del campo intentando pensar en cómo afrontar un futuro incierto y escuchaba los sonidos de la casa. Nadie lo informó de que una de las voces infantiles que oía era la de su hija. No percibió la animosidad que presuponía en los miembros de la familia la primera vez que se decidió a abandonar el cuarto y bajó a reunirse con ellos a la hora de comer. Muy al contrario, fue recibido con afecto y a poco se le saltan las lágrimas cuando Elisa puso delante de él un plato a rebosar de fritada con patatas, calabacín y pimientos rojos y verdes. Su recuperación fue muy rápida a partir de entonces, y para finales de septiembre era el hombre que Aurora había conocido. El cabello largo, la barba crecida, el aspecto soñador que la había encandilado le recordaba de alguna forma al retrato publicado en una revistas del poeta Gustavo Adolfo Béquer cuyos poemas él solía recitarle, uno en particular:

Los suspiros son aire y van al aire. Las lágrimas son agua y van al mar.
Dime, mujer, cuando el amor se olvida,
¿sabes *tú adónde va?*

Arrinconó su propósito de despedirlo en cuanto se hubiera recuperado, daban juntos largos paseos, hablaban de literatura, recordaban las hermosas jornadas transcurridas en Riglos. Y volvió a enamorarse un anochecer en el que permanecieron solos contemplando las estrellas mientras la familia se retiraba, y los niños hacía un rato que estaban dormidos. Le recitó el poema, le cogió una mano y se la llevó a los labios, le confesó su amor nunca extinguido y le rogó que volviera con él. Hicieron el amor al igual que la última vez, lentamente, desnudándose el uno a la otra, descubriéndose de nuevo entre besos y caricias antes de alcanzar un goce completo y cuyos gemidos hubieron de refrenar a fin de no alertar a los demás. Una semana más tarde, se presentaron ante el cura y le pidieron los casara dejándolo estupefacto. Todos en el pueblo creían que ya lo estaban, que él había sido enviado a luchar a las Filipinas y regresado tras la independencia de aquellas islas. De paso, solicitaron asimismo que inscribiera a la niña en el registro parroquial con su nombre completo María Garcés Albar. No le costó a Mario descubrir que su hija era la pequeña de cabellos ensortijados que se le quedaba mirando desde la puerta del cuarto que ocupaba y luego salía corriendo. Lo supo el día que bajó a comer y la oyó llamar *mai* a Aurora. No se atrevió a preguntar, pero más tarde, a la noche, las vio a las dos entrar en el cuarto de ella. No aguantó y llamó a la puerta; esta vez no pudo disimular su congoja y lloró como no recordaba haberlo hecho nunca.

Transcurrido el año de duelo, la boda tuvo lugar un sábado por la mañana, con la única asistencia de familiares y amigos cercanos, que no eran muchos. No obstante, contrayentes y asistentes se pusieron sus mejores prendas, en especial la novia que vistió falda y camisa de gorguera en raso negro y pañoleta cubriéndole la cabeza hasta la cintura, también negra. El novio por su parte portaba chaleco, calzón y un chibón de color oscuro, ribeteado con trencilla en puños y solapas, que Bizén adquirió cuando andaba con las maderas por el valle de Hecho y que nunca estrenó. La ceremonia fue breve, y el cura no se alargó en el sermón, pero a la salida los esperaban los alumnos de la maestra con un ramo de flores y un buen número de personas, que vitorearon a los recién casados y los festejaron con cantos y jotas. No solo eso, Elisa y Marcela habían hablado con los dueños y dispuesto un picoteo en la taberna para celebrar el acontecimiento con los vecinos, pues no debían de mostrarse tacaños en ocasión tan especial. Acabaron la jornada en casa, con un gran banquete, y la familia al completo acompañó a la pareja a la habitación de la madre, quien se trasladó a la de su hija. Con la pequeña María durmiendo a su lado, Elisa no pudo pegar ojo. El Paquetero había asistido al enlace y en un aparte le había recordado que ahora era su turno; en la misa del siguiente domingo se

anunciaría su próximo enlace y se colocarían las proclamas en la puerta de la iglesia.

Durante toda la semana, el carro salió de El Maizal hacia diferentes destinos repleto de enseres, baúles y recuerdos. La decisión había sido tomada por unanimidad: no habría boda. La familia al completo decidió que por nada del mundo aceptaría la presencia obligada del indeseable personaje empeñado en quedarse con lo que no era suyo, personas y propiedades. Antoi, Nieus y sus hijos se trasladaron a la casa de los padres de ella, en el pueblo, y él trabajaría para su suegro, dueño de una almazara que, sin ser espectacular, producía aceite de alta calidad muy apreciado en la comarca; Elisa, Marcela y su marido se instalaron en la vieja vivienda de la herrería; Aurora, Mario y María se fueron al piso de Ejea. Les dolía separarse, mucho, pero no podían hacer otra cosa vistas las circunstancias. Volverían a reunirse, se prometieron, aunque todos sabían que sería difícil encontrarse de nuevo sentados alrededor de la misma mesa, junto al fuego en invierno, en el porche en los atardeceres de verano.

El piso de Ejea estaba tal cual lo habían dejado, y podrían subsistir hasta encontrar un trabajo gracias a los pocos ahorros que Aurora había ido guardando tras entregar en casa la mitad de su sueldo, que tampoco era gran cosa. Su madre y su hermano pequeño se negaban a aceptar un céntimo. Pero si ellos eran tozudos como buenos aragoneses, asimismo lo era ella, aseguró, y los obligó a aceptar al menos una parte a fin de cubrir las necesidades alimentarias de su hija y de ella, y luego las de Mario también. Fueron a hablar con el director de la escuela, pero el curso se hallaba avanzado y las plazas estaban ocupadas, aun así, el hombre les aseguró amablemente que los tendrían en cuenta para el siguiente año puesto que dos de los enseñantes estaban ya en edad de retirarse. Aceptó sin embargo inscribir a María en el parvulario, de manera que se vieron libres para buscar alguna otra cosa mientras tanto. No obstante, incluso si tenían suerte y los aceptaban, faltaban seis meses para el nuevo curso, y el dinero de que disponían no sería suficiente; tenían por tanto que encontrar algo pronto. Aurora se acercó al colmado, pero el negocio había cambiado de manos, y los nuevos dueños no necesitaban a nadie más, probó en otros comercios, puso un anuncio ofreciéndose como institutriz, pero no encontró nada.

Un mediodía en que caminaba sin rumbo fijo por el barrio de la Corona, la antigua judería, observó a unos mozalbetes burlándose de una niña de unos ocho o nueve años, que lloraba arrimada a un muro y a la que llamaban «mudita»; los espantó amenazándolos con darles un par de bofetadas y llamar al alguacil de la zona. Después, se apresuró a calmar a la niña, abrazándola y secando sus lágrimas. Comprobó que, en efecto, era muda, pero no sorda pues respondía con gestos de cabeza a sus preguntas. No, no se había perdido; no, no vivía en aquel barrio; sí, quería volver a su casa, pero le daba miedo encontrarse de nuevo con los muchachos. No pudo reprimir un gesto de asombro cuando, tras una caminata en silencio, la niña se detuvo ante una casona, más bien un palacio, y llamó a la puerta. Al momento aparecieron un sirviente y dos mujeres haciendo aspavientos, la introdujeron dentro a toda prisa y cerraron la puerta.

Todavía permaneció unos minutos admirando el edificio, los aleros del tejado, las ventanas bajo el mismo, los balcones, e iba a continuar su camino cuando la puerta se abrió de nuevo, y el mismo criado que había visto antes le rogó lo acompañara. No tenía otra cosa que hacer y sí mucha curiosidad por ver el interior de una vivienda, que suponía opulenta. En efecto, lo era. Se dejó conducir hasta un salón alfombrado, con muebles elegantes, lámparas de araña de doce brazos, espléndidos cortinones de terciopelo del mismo color que sus ojos. No tuvo tiempo para admirar

tanto lujo; un caballero alto y trajeado entró en la sala y, sin siquiera darle los buenos días, le agradeció la ayuda prestada, sacó de la billetera un billete de cien pesetas y se lo tendió. Permaneció perpleja durante un instante, luego afirmó que no aceptaba recompensas por auxiliar a una persona en apuros y se dispuso a marcharse, ofendida. El hombre pareció confuso y la invitó a sentarse en un sofá de piel de tres plazas mientras él lo hacía en un sillón frente a ella. Una hora más tarde salía del palacete con la sonrisa en los labios. Beltrán de Luesia la había contratado como institutriz de su hija Alodia al saber que era maestra y que buscaba trabajo, si bien el contrato inicial sería de un mes, hasta comprobar que la prueba resultaba satisfactoria para ambos. Asimismo, se interesó por su situación familiar y aseguró que no había pega alguna en que María la acompañara si fuera necesario, pues dejó bien claro que, de ser aceptada, sus servicios serían requeridos durante todos los días del año, excepto sábados por la tarde, domingos, fiestas de guardar y navidades. Se trataba de un acuerdo exigente, pero bien lo merecía un sueldo de trescientas pesetas mensuales, al menos por el momento.

Feliz, tras recogerla en la escuela, llevó a la niña a una chocolatería de la calle Mediavilla, que le recordó a aquella otra, El Obrador, donde había pasado tantos buenos ratos. Era la primera vez que la pequeña probaba el chocolate en taza y acabó con la cara y el delantal manchados. Hacía un precioso día de finales de primavera y aprovecharon para mirar los escaparates de las tiendas de la calle y pararse a escuchar a un vendedor ambulante de jarabes, empeñado en venderle un frasco a una señora mayor asegurando que contenían el elixir de la eterna juventud. Se le borró la sonrisa provocada por la charlatanería del mercachifle al descubrir a su marido apostado a la barra de la taberna que tenían enfrente, en compañía de otros dos hombres a quienes recordaba de la vez anterior, los mismo que le habían metido en la cabeza la idea de lo que llamaban «lucha del proletariado».

Mario llegó a casa horas más tarde, oliendo a alcohol, la niña dormida y ella ya en la cama. Quiso hacer el amor, pero Aurora lo rechazó aduciendo un dolor de espalda que no sentía, y se quedó dormido casi de inmediato; ella tardó en conciliar el sueño. Le había dicho que había encontrado trabajo de pasante en una fábrica de harina a cuyo propietario conocía desde joven; su cometido era ocuparse del papeleo, contratos de venta, demandas, etcétera; le pagaban semanalmente, y todos los sábados metía treinta pesetas en la «caja de ahorros», un tarro de barro disimulado entre los recipientes de la alacena. Él se quedaba con diez para sus menudencias, algún que otro vino, algún que otro cigarro. Se preguntó qué diablos hacía él en una taberna a las cuatro de la tarde de un miércoles cuando debería de estar en la oficina. Quizás, se dijo, había salido a hacer un encargo, se había descuidado, su jefe le había dado unas horas libres... Pero por mucho que intentaba encontrar una justificación no la hallaba y tampoco le preguntó. Durante las semanas sucesivas no volvió a ocurrir; llegaba puntual a las siete de la tarde, casi al mismo tiempo que ella, a veces incluso antes y pasaba a recoger a la niña a casa de la vecina del piso de abajo quien, a cambio de unas pesetas, iba a buscarla a la escuela y le daba de merendar. Continuaba siendo el hombre risueño que la había enamorado dos veces, y olvidó su contrariedad, fruto seguro de una suspicacia imaginada.

Su cometido en el palacete resultó del agrado del señor de Luesia, también de su pupila y de ella misma. Alodia era una jovencita inteligente deseosa de aprender, pero muy introvertida; una infección de amígdalas mal curada la había dejado sin habla a los tres años, aunque era capaz de emitir palabras sueltas. Los médicos aseguraban que mejoraría con el paso del tiempo, si bien el va y viene de institutrices, su aislamiento y las ausencias de su padre por motivos de trabajo no ayudaban. Don Beltrán no escatimaba medios a fin de que su hija tuviera todas las atenciones posibles, pero

apenas se le veía en la casa. Aurora supo por una de las sirvientas que era viudo desde hacía unos años y que tenía otro hijo, ya de dieciocho, estudiante en Burdeos. Averiguó asimismo que el hombre era uno de los más ricos de Ejea, dueño de una fábrica y de dos molinos harineros, pero sobre todo de una ganadería de toros bravos que corrían en las mejores plazas del país, de ahí que raramente coincidieran. A veces encontraba una nota sobre el escritorio con alguna indicación y, todos los sábados, su secretario le entregaba un sobre con la paga de la semana, que aprovechaba para darse pequeños caprichos, un frasquito de colonia, unos guantes o ropa más acorde con el puesto que ocupaba. Nunca le había dado demasiada valor al vestuario, le importaba más la comodidad, y su atuendo habitual eran una falda y una blusa, dos de cada que alternaba, más una chaquetilla y un gabán largo en invierno, todos ya algo ajados, tanto, que incluso las sirvientas de la casa se veían más vistosas. Compró un vestido entallado de cuerpo entero en tonos ocres oscuros sin adornos que adquirió en una tienda de tejidos, asimismo taller de costura. El espejo le devolvió la imagen de una mujer de treinta y tres años, guapa y segura de sí misma. También hizo lo que llamó para sus adentros una excentricidad y adquirió unos botines y un sombrero de ala, aunque sencillo, sin plumas, velos, lazos o flores enormes como los que llevaban las señoras pudientes. Se sintió a gusto el día que se vistió «a la moda», más aún cuando se cruzó con el señor de Luesia en la puerta y percibió un gesto de aprobación en su rostro, de costumbre poco expresivo.

Llegado finales de julio, el caballero se presentó de imprevisto en la salita utilizada para las clases y le comunicó que en breve partirían hacia Alquézar, añadiendo que podía llevar a su hija con ella. No le dio tiempo a responder, salió de la habitación, dejándola con la palabra en la boca, y una semana después emprendían viaje, ella y las niñas en un carruaje y dos sirvientas, con los baúles, en un carro, ambos conducidos por hombres de confianza del patrón. Él no las acompañó, luego supo por Alodia que se había ido a Burdeos. Tardaron dos jornadas en llegar, con parada en Huesca ciudad para pasar la noche, pero el periplo mereció la pena. La población era la más bonita que había visto en toda su vida. Encaramada sobre la sierra, custodiada por la colegiata de Santa María, otrora fortificación en épocas belicosas, de edificios y soportales de piedra, ventanas floridas, calles empedradas, gente amable, tuvo la impresión de encontrarse en un mundo desconocido, en un lugar de ensueño. La vivienda, asimismo propiedad del señor de Luesia, nada tenía que ver con el palacete de Ejea. Lo que allí era, quizás, exceso de lujo, aquí era elegante sobriedad; de tener elección, sin duda optaría por aquel refugio desde cuyas ventanas la vista invitaba a la ensoñación. Acompañadas por el guardián de la casa y por el sirviente, de hecho guardaespaldas de la joven ama, recorrieron los alrededores, caminaron por los márgenes del río Vero, descubrieron los cañones de Guara y observaron el vuelo de águilas reales y buitres leonados, entre otras aves. El guardián era un experto que disfrutaba hablando del lugar de donde jamás había salido, según él porque no le había hecho falta. Aurora pensó que a ella tampoco le importaría quedarse allí a vivir.

Dos días antes de partir hacia la sierra, a media mañana, había acompañado a Alodia a despedirse de una de sus tías, hermana de su difunta madre, con quien el padre no mantenía relación, aunque permitía que su hija fuera a visitarla. La dejó allí y fue a dar una vuelta; la señora la había mirado de arriba abajo antes de ordenarle que volviera en dos horas. Le quedó claro que se trataba de una mujer difícil, prepotente, pero no le importó, prefería tomar el aire en lugar de permanecer en un rincón o en la cocina y, pensando en el viaje, compró un vestido para María, uno blanco de algodón fino y sombrero de paja a juego. Se detuvo en seco al salir del comercio y descubrir a Mario en compañía de los mismos hombres con quienes lo había visto tres meses atrás; hablaban animadamente y entraron

en un local de bebidas. Él no la vio. Al volver a casa, miró dentro del tarro de los ahorros; estaba medio lleno, y a simple vista no parecía que faltara dinero, pero al volcar el contenido sobre la mesa comprobó que debajo de algunos billetes había cartones llenando el vacío. Él la encontró allí, sentada en una silla, los ojos fijos en los cartones, y admitió lo que ella temía, que no trabajaba en la fábrica de harina ni en ningún otro sitio, si bien aseguró que seguía buscando. Al preguntarle de dónde salía el dinero que él decía ganar cada semana, confesó que lo sacaba del tarro y volvía a meter una parte. De todos modos, solo era cuestión de tiempo que las cosas cambiaran y, de hecho, iban a cambiar, pues se presentaría a las elecciones generales que tendrían lugar en unos meses; era preciso mejorar la situación de la clase obrera, disponía de buenos contactos, tenía un buen discurso, sus amigos aseguraban que saldría elegido por el partido republicano... Dejó de escucharlo en algún momento de la conversación y aquella noche durmió con la niña. La estancia en la sierra resultaba la mejor medicina para paliar su frustración.

Don Beltrán hizo acto de presencia en Alquézar la primera semana de septiembre después de un mes entero en Burdeos en compañía de su hijo y mostró su satisfacción al observar que Alodia, pálida de habitual, mostraba una tez bronceada por el aire de la sierra y el ejercicio. Y no solo eso. Se había vuelto más expresiva y alegre, había encontrado en María una amiga, su primera amiga, lo más parecido a una hermana, quien había aprendido el lenguaje de signos. Ver a las dos niñas entenderse en largas chácharas silenciosas, jugar, bailar, correr durante los paseos, henchía de placer al hombre dolido por la pérdida de la esposa y el trastorno en el habla de la hija. A su vuelta a Ejea, propuso a Aurora educarla con Alodia en el palacete. Todos los gastos, comida y ropa incluidas, correrían por su cuenta. Es más, tenía pensado enviar a su hija interna a un colegio de señoritas en Madrid, y podría acompañarla. Ofreció asimismo otorgarle una dote a fin de que pudiera matrimoniar bien o hacer con el dinero lo que mejor creyera una vez alcanzada la mayoría de edad. La oferta era generosa, una oportunidad excepcional para que su hija recibiera una educación superior y poder así acceder a la escuela de magisterio de la Institución Libre de Enseñanza sobre la cual se había informado tiempo atrás, cuando todavía tenía ilusiones.

Tuvo la impresión, al hablar del asunto con él, de que Mario sentía algo parecido al alivio; con su sueldo y los gastos de la niña satisfechos, se quitaba de encima un cierto complejo de culpabilidad por no contribuir a las necesidades familiares y podía sin remordimientos dedicar su tiempo a lo que verdaderamente le interesaba. A ella le disgustaba aquel empeño en entrar en la política, más aún cuando sus posibilidades de éxito eran mínimas, por mucho que él creyera tener alguna opción. Antes de presentarse a las elecciones generales tendría que hacerlo a las municipales o a las provinciales, hacerse un nombre, y, al igual que él, había gran número de aspirantes que buscaban lo mismo. De hecho, en las últimas generales del mes de abril, los resultados habían sido muy claros: amplia mayoría conservadora, seguida a distancia por los liberales. Unión Republicana habían obtenido dieciséis de los cuatrocientos cuatro escaños en liza, catorce menos que dos años antes y, desde luego, en las próximas, uno de ellos no sería para aquel soñador con la cabeza en las nubes. Ya solo hacían el amor de tarde en tarde, y siempre con protección, pues lo último que deseaba era quedarse nuevamente embarazada a riesgo de perder el trabajo que los mantenía a los tres. Se llevaban bien, como una buena pareja de amigos, sin discusiones ni recriminaciones; atrás quedaban las pocas ocasiones en las que ella se había sentido plena, en las que había llegado a pensar que su vida sería una continuación de momentos mágicos. La realidad era la que era. Abandonada la

ambición de lograr el mismo nivel que sus colegas masculinos, lejos de las personas que quería, convertida en institutriz de gente rica, insatisfecha en su vida amorosa, su único anhelo ahora era que María alcanzara las metas que ella no había logrado, y aceptó la propuesta de Beltrán de Luesia.

A comienzos del verano siguiente, Mario la informó de que se marchaba a Barcelona, solo sería por poco tiempo, aseguró. La situación en aquella ciudad se deterioraba día a día debido a la agitación provocada por el envío de tropas a Marruecos, entre otras, las Brigadas Mixtas de Cataluña, incluidos los reservistas, padres de familia en su mayoría y sustento de los suyos, que apenas lograban lo suficiente para sobrevivir y menos aún los seis mil reales necesarios para la exención. Una vez más los pobres pagaban la ambición sin límites de los potentados, y los ánimos se hallaban soliviantados. Quería ser testigo de primera fila, ayudar en lo que pudiera, y por otra parte la experiencia le vendría muy bien para su futuro político. Ella no dijo nada, era inútil intentar hacerlo cambiar de idea. Le preparó la bolsa incluyendo algo de comida para el viaje y un sobre con dinero, y la niña y ella fueron a despedirlo la cochera donde tomó el carro a Zaragoza para allí coger el ferrocarril a Barcelona, un trayecto largo y agotador. Prometió que escribiría nada más llegar, pero Aurora sabía que ocurriría igual que la otra vez, nada, ni cartas ni telegramas durante su ausencia. La víspera de su partida, como despedida, acudieron los tres a una chocolatería y a continuación se hicieron dos fotografías casi idénticas, una para ellas y otra para él como recuerdo, un antojo de María al pasar por delante del estudio situado bajo los soportales de la plaza.

Las noticias tardaron en llegar a Ejea. En busca de información, Aurora se lanzaba sobre la prensa sin esperar a que el señor la leyera primero, una falta grave de cortesía al parecer del resto de los servidores, aunque a ella le daba igual, necesitaba saber. Horrorizada, se enteró de que, durante una semana, la ciudad condal y otras ciudades y pueblos catalanes habían vivido lo que algunos periódicos llamaron una verdadera guerra y luego «semana trágica»; decenas de muertos, cientos de heridos, quema de edificios, iglesias y conventos. La huelga y las manifestaciones de los obreros, apoyados por jóvenes revolucionarios, se habían transformado en una insurrección contra el gobierno y la iglesia, agravada al conocerse el desastre del Barranco del Lobo, en el Rif, en el que habían perecido ciento cincuenta reservistas, la mayoría parte del contingente embarcado en Barcelona un par de semanas antes. La revuelta había sido reprimida con dureza, los sindicatos ilegalizados, cerradas las escuelas laicas y detenidas dos mil personas. No aparecían los nombres de los muertos, y rogó para que Mario no fuera uno de ellos. Dichos hechos y sus consecuencias le recordaron una novela que había leído no hacía mucho, *Los Miserables*, del autor francés Víctor Hugo, en la que se narraban los acontecimientos ocurridos en París cerca de ochenta años atrás, casi un duplicado, con menos muertos y detenidos, eso sí, pero motivos y desenlace similares: obreros y estudiantes no tenían fuerza para enfrentarse a un gobierno, y menos a un ejército.

Como si la cosa no lo preocupara pese a la importante pérdida de dinero que le había supuesto la supresión de las corridas de toros en Cataluña, don Beltrán ordenó disponer de nuevo la estancia en Alquézar acompañándolas en esta ocasión. Su hijo, un joven atractivo y afable, viajó desde Burdeos para reunirse con ellos; finalizado sus estudios, los acompañaría de vuelta para iniciarse en los negocios de su padre. Pero ni siquiera allí, en el pueblo de las águilas y los quebrantahuesos, de los paseos en la naturaleza, de los atardeceres dorados, pudo Aurora dejar de pensar en el hombre a quien quería a pesar de los pesares. De vuelta en Ejea, hojeó los diarios atrasados y los recientes. Las noticias sobre lo acontecido en Barcelona ocupaban cada vez menos espacio, en todo caso hablaban

de juicios, deportaciones, encarcelamientos, ejecuciones, pero seguía sin averiguar los nombres de los muertos, tampoco había recibido señal alguna de Mario. Así transcurrieron los siguientes dos años, y su vida volvió a dar un vuelco.

El señor de Luesia decidió que era hora de enviar a las dos adolescentes a una institución para señoritas a fin de redondear su educación. Para alegría de todos, Alodia era ya capaz de decir frases enteras, con cierta dificultad evidentemente, pero cada vez mejor, y el padre estaba convencido de que su compañera de confidencias había tenido mucho que ver en la mejora, por lo que quería que ambas continuaran juntas. Solo había un problema, su hija quería estudiar Bellas Artes. Desde pequeña pintaba muy bien a acuarela, pero deseaba dominar el óleo y no tenía intención alguna de aprender materias que no tuvieran que ver con la pintura. María, por su parte, quería estudiar Filosofía y Letras, ahora que mediante decreto real las mujeres podían acceder a los estudios universitarios sin necesidad de pedir un permiso oficial, como les había ocurrido a las pocas que habían cursado carreras que luego se les había prohibido ejercer. Los tiempos estaban cambiando, y lo tenía muy claro, su madre se había quedado en el camino; ella conseguiría la licenciatura para impartir clases de literatura, realizaría los exámenes de validación a fin de cursar la enseñanza secundaria en un instituto y después se inscribiría en una universidad.

Tras meditarlo y recabar información, don Beltrán abandonó la idea de enviarlas a Madrid y optó por Zaragoza, más aún al saber que un tío de su prohijada era profesor en la facultad de Letras y podría ocuparse de ambas. Además, estaba mucho más cerca. Viajó a la ciudad, habló largo y tendido con Úrbez Albar y regresó muy satisfecho; el hermano de la institutriz era profesor ayudante, con un sueldo justo para salir adelante sin ningún tipo de lujos, y su mujer esperaba su primer hijo. Le ofreció una generosa remuneración a cambio del alojamiento y la supervisión de ambas jóvenes, insistiendo en que Alodia, aunque no quisiera, debía de estudiar otras materias además de pintura. Tras echar un vistazo a la vivienda, un piso en el barrio del Arrabal, próximo a la estación del ferrocarril, en absoluto adecuado para su querida hija, alquiló otro de nueva construcción en el Paseo de la Independencia, la zona rica de la ciudad; pagaría el alquiler de este mientras su niña permaneciera a su cuidado.

Aurora se regocijó ante la idea de acompañar a las dos jóvenes, de estar con el hermano a quien no veía desde hacía cuatro años, y no disimuló su decepción cuando el señor de Luesia le comunicó que no entraba en sus proyectos enviarla a ella también. Alodia y María ya no la necesitaban, su preparación no estaba a la altura, para eso contarían con el profesor y su esposa, una de las pocas mujeres en haber obtenido un título universitario, aunque no ejerciera. Su primer impulso fue decirle que adiós muy buenas, que se marchaba y se llevaba a su hija, pero... la oportunidad que para esta suponía tener acceso a la educación superior no se presentaría dos veces, y lo último que deseaba es que se sintiera tan frustrada como ella. Aceptó por tanto pensando en buscarse otro empleo, ya que su presencia no sería necesaria una vez que las dos muchachas hubieran partido, pero permaneció anonadada cuando él la informó de que tenía otros planes para ella, para ambos en realidad, y le propuso matrimonio.

La había estado observando durante los años transcurridos en su casa, afirmó; había comprobado que era mujer cumplidora con su deber, bastante culta, de buenos modales, discreta y no mal parecida. Necesitaba una esposa a su altura y, si bien ella carecía de bienes y posición, no desentonaría en las reuniones sociales y eventos a los que acudía solo desde el fallecimiento de su esposa. Por otra parte, no tendría que volver a trabajar para otros, era todavía joven y podría darle más hijos. No contestó de inmediato, notaba un nudo en la garganta provocado por la rabia. ¿Qué se

había creído aquel presuntuoso que la trataba como a uno de sus toros, o más bien como a una de las vacas a las que estos cubrían? Ganas le daban de soltarle un bofetada, pero no podía poner en riesgo el futuro de María, así que cogió aire y respondió con frialdad que ya estaba casada. Lo vio dirigirse a su escritorio y rebuscar en un portafolio. Se le heló la sangre en las venas cuando él le tendió una fotografía, la misma que se habían hecho antes de la partida de Mario, al tiempo que le decía que había sido encontrada en un bolsillo de uno de los muertos durante la semana trágica de Barcelona y, asimismo, le entregaba el certificado de defunción. Cayó redonda al suelo. Al despertar se hallaba en la cama de uno de los cuartos de invitados del palacete, atendida por una de las sirvientas, la fotografía estrujada entre sus dedos.

Habían transcurrido casi tres años desde aquello, y Aurora no se había quitado el luto, vestía de negro de pies a cabeza y peinaba su cabello en un moño prieto que la hacía parecer mayor de lo que era. Permaneció unos meses en Ejea tras la marcha de su hija, los suficientes para poner sus asuntos en regla, cumplimentar el papeleo necesario y vender el piso. Dio largas a Luesia con la disculpa de que el duelo la impedía responder a su propuesta, aprovechó una de sus ausencias para escribirle una carta de agradecimiento en la que le deseaba todo lo mejor y se fue a Zaragoza. Su intención era quedarse allí, cerca de su hija, buscar un alojamiento ahora que disponía de dinero y un trabajo, pero pronto se dio cuenta de que aquel no era lugar para ella, demasiada gente, demasiado ruido.

María y Alodia eran felices en la ciudad del Ebro, la una estudiando para aprobar el examen de bachillerato, la otra con sus clases de arte; habían hecho amigos e incluso acudido a un baile por primera vez. Por otra parte, su cuñada y ella no congeniaban. Se sentía como una extraña en el hogar de su hermano con quien tampoco tenía demasiadas ocasiones para hablar; las clases, la lecciones privadas, las reuniones con colegas e intelectuales en el café «Ambos Mundos» ocupaban su tiempo. Ya casi no reconocía al mozalbete a quien había enseñado a leer y a escribir en Buisán, ahora un hombre serio que callaba cuando su mujer tenía un pronto desagradable. Aguantó hasta después de navidades y regresó al pueblo. Sabía por la exigua correspondencia mantenida con su madre que el marido de Marcela había fallecido, y que ambas continuaban en la vivienda de la herrería, una casa que se caía a cachos de puro vieja. Pocos días después de su llegada, las tres se trasladaron de alquiler a otra casi igual de vieja, pero en mucho mejor estado. Disponía del dinero obtenido por la venta del piso de Ejea, pero debía prever el futuro; la escuela tenía otra maestra, y no había en la localidad un trabajo que pudiera ejercer, a no ser como temporera en la recogida de la uva y de la almendra.

El sobrino de Marcela vino en su ayuda y le consiguió un puesto en la fábrica de harina en la que él era contable, otrora propiedad de su familia materna y de Cristóbal Forcás en la actualidad. Su cometido se centraba en pedidos, envíos, albaranes, documentos en general y, dado que el dueño nunca aparecía por el lugar, no existía peligro de encontrarse con él. El Paquetero ya no era Mayordomo de la Cofradía por lo que tampoco se le veía en lugar destacado durante las misas, de hecho, no se le veía pues, al parecer, paraba poco en el pueblo. El joven que se ganaba la vida como contrabandista de caballos, el viudo enriquecido con los dineros de su difunta, se había convertido en un hombre acaudalado al haber multiplicado su fortuna utilizando la artimaña que tan buen resultado le había dado en el asunto de El Maizal: comprar deuda y hacerse con tierras, casas, bienes ajenos. No solo eso, también se dedicaba al préstamo, negocio este extremadamente lucrativo en una época de penuria como la que vivía gran parte de la población, y había abierto despacho en la ciudad.

A veces, madre e hija se acercaban al que había sido su hogar, y se les caía el alma a los pies. Cerrada la casa, las huertas abandonadas, el porche cubierto de telarañas, tenía de nuevo el mismo aspecto de años atrás, cuando Elisa logró recuperarla. Era inútil lamentar lo que no tenía remedio, así que se sentaban un rato en silencio y luego regresaban atravesando el maizal, ahora campo de

rastrojos. Ambas echaban en falta el pasado, las reuniones familiares, las voces, las risas; los días eran todos iguales, aburridos. En ocasiones, Aurora insinuaba que quizás deberían trasladarse a la capital, pero Elisa no quería oír hablar de semejante posibilidad; estaba cansada de ir de un lado para otro, afirmaba, y no tenía fuerzas para empezar de nuevo, aunque la animaba a ella a intentarlo, pero ¿cómo dejar solas a las dos mujeres? Desde la muerte de su marido, Marcela había perdido el ánimo, además era ya anciana, y su madre solo la tenía a ella.

La familia al completo no había vuelto a reunirse en años, si bien el último verano habían recibido la visita de Úrbez y de María, aunque únicamente durante unas horas; llegaron antes del mediodía en un landó tirado por dos caballos, y se marcharon a media tarde, después de comer con ellas y con Antoi y los suyos. No podían quedarse más tiempo, dijeron añadiendo que, de todos modos, tampoco había en el pueblo un lugar apropiado donde pernoctar. Les dolió aquel «apropiado» dicho, supusieron sin mala fe, pero también sin pensar. Existía una fonda con habitaciones allí, e incluso podrían haberse quedado en su pequeña vivienda compartiendo espacio, las tres en el cuarto de la abuela, él en la de su hermana. No insistieron, estaba claro que se habían acostumbrado a la gran ciudad, y que el pueblo les venía pequeño.

La joven se presentaría al examen de bachillerato en unos meses y después había decidido olvidarse de la Facultad de Letras y estudiar en la de Farmacia, una de las pocas carreras universitarias a las que las mujeres accedían sin demasiadas trabas. Se la veía muy feliz, y ellas no deseaban otra cosa, aunque significara no verla madurar. Asimismo, les contó que don Beltrán había matrimoniado con una señorita de la alta sociedad y pasaba medio año en Zaragoza; lo llamó «padrino», y a Aurora se le encogió el corazón. Si lo hubiera aceptado, su vida habría sido diferente, habría podido ver a su hija, atender mejor a su madre... Recordó el dolor sentido al conocer la muerte de Mario y se preguntó por primera vez cómo había conseguido él el certificado de defunción, probablemente enviando a alguien a indagar si ya era viuda para hacerle la propuesta de matrimonio sin tener en cuenta su pena. También recordó su tono de superioridad al proponérselo y llegó a la conclusión de que no habría sido feliz; el señor de Luesia solo quería una mujer dócil a su lado, una sombra, y ella no lo era. Tío y sobrina se despidieron con la promesa de regresar con más tiempo, y ellas los vieron partir con tristeza intuyendo que tardarían en volver a encontrarse.

Desaparecido el landó de su vista, iban a entrar en la casa, pero se detuvieron al advertir agitación a la puerta de la tahona y se acercaron. El encargado del horno al que se llevaban a hornear las tortas había sido hallado muerto, más concretamente colgado de una viga en la cuadra de un vecino. Los interrogantes sucedieron a la estupefacción general. El hombre vivía solo, no tenía familia, no se le conocían amores, pocos amigos, tampoco se sabía que estuviera enfermo. ¿Qué lo había llevado a cometer un pecado mortal que lo enviaría directo al infierno? Nadie tenía una respuesta, pero sí otra pregunta: ¿quién iba a encargarse de hornear? Aurora miró a su madre; horas más tarde la ayudaba a preparar una hornada que sirvió para ofrecer a los asistentes al entierro, pues no hubo funeral, y el suicida fue enterrado en tierra no consagrada.

A partir de entonces, ayudada por sus hijos que se ocupaban de la leña, Elisa se encargó del horno, y más. No siempre había masa para cocer, los panes eran grandes y aguantaban varios días, así que tampoco tenía demasiada labor y empezó a elaborar bollos con harina de la fábrica que le llevaba su hija y la miel de las colmenas de Antoi. Comenzó regalándolos aquí y allá, no esperaba que alguien quisiera pagar por ellos, pero la demanda aumentó. Al cabo de unos meses, no solo horneaba las tortas de los vecinos, también les vendía los bollos y empezó a recibir encargos de otro tipo de dulces, tartas, trenzas, hojaldres, para fiestas familiares en fechas especiales. La ocupación la rejuveneció y volvió a sonreír. Ayudada por Aurora y Antoi, puso puesto en Cimillas la víspera de San Juan del

siguiente año y, entre cantos, bailes y hogueras, vendió todo el género y dio gracias a la Virgen de Cillas por su bondad, en un momento en que creía que su vida se limitaría a esperar la muerte, al igual que su protectora y amiga, que ya no se movía de la cama, y a quien había que asear y dar de comer.

1914

Todo continuó igual durante los siguientes años. Marcela falleció un amanecer velada por madre e hija, quienes sintieron que se quedaban un poco más solas. No obstante, el quehacer de la una en el horno y de la otra en la fábrica las mantenía ocupadas, vivían sin apreturas e incluso se permitían algunos pequeños lujos, como excursiones de un día a la capital, aprovechadas para visitar librerías, comprar enaguas y delantales o comer en un restaurante de a tres pesetas el menú. Fue precisamente en uno de estos, en el Petit Fornos de la calle Cuatro Reyes, donde un caballero se les acercó y preguntó a Elisa si era ella la autora del libro *Cuadernos de repostería*. Al observar su gesto de sorpresa, sonrió, se presentó y preguntó de nuevo si podía acompañarlas y, por supuesto, invitarlas a comer el menú del día: consomé de ave, un sabroso pollo al Chilindrón y flan de postre. Había sido amigo de don Fidel y, aunque ella no lo recordara, solía acudir a las tertulias de El Obrador. Le dijo, asimismo, que estuvo en la presentación de su libro y que, añadió, lo había regalado en multitud de ocasiones a reconocidos chefs de los mejores restaurantes de Aragón, especialmente de Zaragoza donde residía, aunque a veces volvía a Huesca, su ciudad natal, por asuntos de negocios. Elisa suspiró, había perdido la pista al libro del cual conservaba dos ejemplares para el recuerdo. Propiedad del impresor, una vez satisfechos los gastos de edición y recibida una cantidad reducida que compartió con el profesor, la obra dejó de ser suya, aunque su nombre apareciera en la cubierta.

Don Luis Cortillas era hombre ilustrado, y madre e hija disfrutaron con una conversación como hacía tiempo no mantenían; hablaron de novelas, de poesía, de las novedades teatrales a las que ellas no tenían oportunidad de asistir. Lamentaron tener que despedirse tras la sobremesa, debían tomar el carro de viajeros de regreso al pueblo, pero él insistió en llevarlas en su flamante automóvil, un *Ford T* de cuatro lazas que causaba la admiración de los viandantes, y cuyo chófer esperaba paciente a que su patrón decidiera emprender el viaje de vuelta a Zaragoza. Era la primera vez que subían a un automotor, y la experiencia les trajo a la memoria la única ocasión en que montaron en un carrusel allí mismo, en la ciudad, durante las fiestas en honor a San Lorenzo. Antes de despedirse, ante la expectación de grandes y pequeños, que habían salido al oír el ruido del vehículo, el caballero quiso conocer la localidad, así que pasearon un rato por la calle de La Fuente y la Plaza de Santiago, y se detuvieron ante la casa palacio de los Ballán y otras edificaciones de buena planta. Las dos mujeres no pudieron reprimir unas sonrisas divertidas al interesarse él acerca de si existía allí un hotel y de la posibilidad de organizar un banquete de bodas para unos doscientos comensales, pero no preguntaron por no mostrarse indiscretas. No hizo falta, él se encargó de explicar el motivo de su interés: su hijo mayor, médico titulado, contraería matrimonio en unos meses con una joven nacida en la localidad, si bien ausente de la misma desde muy pequeña.

A él se le había ocurrido darles una sorpresa y celebrar la boda allí, pero no sería posible dada la escasa infraestructura existente en el lugar. Sin percatarse de la súbita palidez de ambas, habló con

entusiasmo de su futura nuera, una joven brillante, recién recibida en la Facultad de Farmacia, guapa, con don de gentes, sobrina de un reconocido catedrático de Letras, que sería la esposa perfecta para su hijo. Como si quisiera cerciorarse de que no había escuchado mal, Aurora preguntó por el nombre de la futura señora de Cortillas. «María de Luesia» fue la respuesta. Tuvo que asirse al brazo de su madre para no caer al suelo y apenas respondió al saludo de despedida cuando él subió al automóvil y desapareció en medio de una polvareda.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño; la cabeza le daba vueltas, tan pronto lloraba como se apoderaba de ella una calma fría, seguida de un nuevo llanto. Llevaba casi tres años sin ver a su hija y, aunque ella le escribía todas las semanas, solo recibía una carta suya, breve, cada dos meses más o menos. Sabía que estaba contenta, que los estudios le iban bien, pero en ningún momento le había comunicado que tenía novio y menos todavía que pensara en casarse. Si bien ignoraba a qué se dedicaba el señor Cortillas, estaba claro que debía de ser hombre adinerado, dado que su hijo había estudiado la carrera de medicina, vestía elegantemente y disponía de un automotor con chófer incluido, por lo que el enlace estaría a la altura ya que no cualquiera convidaba a doscientos invitados. ¿Por qué María no le había dicho nada y tampoco su hermano? ¿Acaso se avergonzaban? Y sobre todo ¿por qué había adoptado el apellido del ganadero? Ya en la madrugada se deslizó al cuarto de su madre y se metió en su cama; se abrazó a ella como cuando era niña, allí en Biescas y en Piedrafita, en Huesca después, en busca de calor, de amparo, y lloró quedamente hasta quedarse dormida a la hora en que debía de levantarse para acudir el trabajo. Aquel día no fue a la fábrica, Elisa la dejó dormir.

Su primera intención fue viajar de inmediato a Zaragoza a pedir explicaciones a su hija y a su hermano, pero lo pensó mejor. Si ellos no le habían dicho nada era porque no querían, así de simple. Escribió una carta a cada uno reprochándoles su silencio en materia tan trascendental, echándoles en cara su desapego y el agravio que suponía la falta de respeto y de cariño, pero luego las tiró al fuego. No merecía la pena llevarse mal rato, es más, ni siquiera acudirían a la boda en caso de ser invitadas. ¿Para qué? ¿Para desentonar entre gente rica? Si querían algo de ellas, ya sabían dónde encontrarlas. Aun así, no podía dejar de pensar en su querida María, único testimonio de su amor por Mario, de una juventud en la que creyó que la vida sería un camino de rosas. Cumplidos los cuarenta, se sentía mayor, cansada, sin esperanzas. En unos años tendría que dejar el trabajo, quizás su madre ya no estuviera, y ella vería pasar los días esperando su final, sola.

Y de pronto, una noticia inesperada corrió de boca en boca por el pueblo e hizo que las dos mujeres olvidaran su pesar: El Paquetero había sido arrestado acusado de falsificación de billetes entre otros cargos, no se sabía muy bien cuáles, cada uno contaba la historia a su manera. De lo que no había duda era de que se hallaba enchironado a la espera de juicio, y de que sus propiedades habían sido incautadas. El primer pensamiento que les vino fue qué ocurriría con El Maizal. Cierto que no esperaban que él lo devolviera, pero quizás habrían podido llegar a un acuerdo en algún momento. Cualquier posible arreglo se evaporaba no obstante si el Estado o el Banco de España se hacían con la hacienda y la vendían a un tercero. El sobrino de Marcela, vino una vez más en su auxilio. En vida de su tía solía pasar por la vivienda, pero ahora solo se veían cuando él acudía a la oficina de la harinera a llevar las cuentas, aunque no hablaban mucho, justo un saludo, un qué tal está usted y poco más. Una tarde se cruzaron cerca de la fuente, ella le preguntó si podían hablar y dieron un paseo por las afueras. El hombre estaba más o menos al tanto de los tejemanejes de El Paquetero en lo

concerniente al modo utilizado para apropiarse de la hacienda, pero ella le dio más detalles y comentó el tema del que todos hablaban, el de su detención. Se decía que le habían incautado los bienes, pero... No era la primera vez que detenían a un falsificador, y las penas solían ser de dos o tres años de cárcel y una multa. Quería saber si en este caso la condena podría también entrañar la pérdida de la casa familiar, solo por saber. El contable prometió informarse y comunicarle sus pesquisas cuanto antes.

Después de diez años, Agostín Ornat seguía enamorado de Aurora. Se eclipsó tras la aparición de su marido y más tarde la ayudó a encontrar trabajo al quedarse viuda, pero no había vuelto a cortejarla, y tampoco ella le había dado pie para hacerlo, si bien, en la sombra, seguía pendiente de sus idas y venidas, la observaba con disimulo en la iglesia, acudía a la tahona con la disculpa de comprar un bollo dulce y aprovechaba para hablar con su madre y saber de ella. Últimamente la había visto algo apagada, como si tuviera alguna preocupación, deseaba preguntarle el motivo, pero no se atrevió. Fue a la ciudad decidido a averiguar todo lo referente al canalla que había dejado en la calle a las dos mujeres que tanto apreciaba, conocía a un empleado en el Juzgado a cuyos padres ayudaba sin cobrar con las cuentas de la tienda que regentaban, y este le dijo lo que quería saber. En efecto, Cristóbal Forcás estaba preso por un asunto de falsificación de billetes de mil pesetas, pero no solo por eso.

También se le acusaba de estafar a más de dos centenares de personas, en su mayoría pequeños ahorradores y propietarios. Entre él y su socio, un tal Braulio Azaba, asimismo detenido, habían montado una entidad fantasma «Inversiones CF&BA», en la que ofrecían a los clientes invertir en un supuesto negocio inmobiliario que les reportaría suculentos beneficios. En realidad, no existía tal negocio; abonaban los intereses con el dinero obtenido de nuevas víctimas hasta que ya no les quedó con qué pagar, si bien para entonces ellos habían amasado una bonita suma que guardaban a buen recaudo. Al final habían sido denunciados, y el confidente suponía que, además de la pena de prisión, les caería un multa millonaria. Nada nuevo en la viña del timo, añadió; luego citó al escritor romano Publio Sirio: «el que persigue dos liebres, no coge ninguna», dejando al contable asombrado con su erudición. De toda la información obtenida, lo que más llamó la atención de Elisa y de su hija fue el nombre de Braulio Azaba, a quien habían olvidado completamente. De hecho, la primera pensaba que a estas alturas su medio hermano ya habría muerto alcoholizado, aunque tampoco le costaba nada imaginárselo en compañía del puñetero violador, tal para cual. En cuanto al futuro de El Maizal, habría que esperar a la resolución judicial, afirmó Agostín, asegurándoles que él mismo las mantendría al tanto.

Quizás porque deseaba agradecerle su colaboración, o porque necesitaba a alguien más que su madre para hablar, Aurora aceptó dejarse acompañar por el hombre tímido que ya una vez la había pretendido y a quien dejó plantado sin mediar explicación en cuanto Mario apareció. Al igual que con este al comienzo de su relación, paseaban por los alrededores, hacían pequeñas excursiones o contemplaban las estrellas. Se casaron cinco meses más tarde, un sábado por la mañana del mes de julio, exactamente el mismo día en que María se convertía en señora del doctor Cortillas. Unas semanas atrás había recibido una carta certificada de su hija anunciándole su matrimonio; se disculpaba por no haberla avisado con mayor antelación debido a los estudios y a las múltiples obligaciones sociales que la ocupaban, además de los preparativos de la boda. Después le hablaba de su prometido, de la familia de este, lo dichosa que se sentía y lo mucho que deseaba volver a verlas, a ella y a la abuela. La misiva no venía sola, dentro del sobre había quinientas pesetas en billetes de a cien «a fin de que vistáis acorde con el evento y para los gastos del viaje en el ferrocarril y la estancia

en un hotel». Por una vez, no le dijo nada a su madre, ocultó su tristeza, y horas después, mientras paseaban por el camino de Banariés, preguntó a Agostín si quería casarse con ella. Al hombre se le empañaron los ojos de la emoción, sacó el anillo de oro que guardaba en el bolsillo del chaleco desde hacía diez años y se lo puso sin decir palabra.

Mientras en la catedral de Zaragoza se celebraba un enlace de postín, seguido de un banquete en el afamado restaurante Casa Lac, reservado en su totalidad para el acontecimiento, en el pueblo tenía lugar otro con la presencia de unos pocos familiares y amigos, que acabó con una comida en la taberna-posada donde la pareja pasó la noche. Al día siguiente, en landó alquilado, partieron de viaje de novios hacia Loarre; ambos querían conocer el pueblo, pero sobre todo su castillo, el más bello de Aragón a decir de muchos. Una semana antes, Aurora escribió a su hija comunicándole que le sería imposible asistir a su boda, puesto que ella misma se casaba, y le devolvió las quinientas pesetas a modo de regalo.

Tuvieron que pasar dos años antes de que los jueces dictaminaran en el asunto de la estafa inversionista y la falsificación de billetes. Los dos delincuentes fueron condenados a cinco de años de cárcel y a pagar una enorme multa para compensar a los estafados, a Hacienda y al Banco de España. Al no poder satisfacer esta, El Paquetero vio enajenados todos sus bienes; Azaba no tenía dónde caerse muerto. Gracias a su amigo, Agostín pudo disponer de una copia de la sentencia, regresando a toda prisa al pueblo para enseñársela a su mujer y a su suegra. El Maizal no aparecía entre las propiedades requisadas. Un mes más tarde, la pareja viajó a la ciudad acudiendo a la cárcel de Partido instalada en el antiguo convento de los carmelitas descalzos, asimismo sede de la Audiencia Provincial, donde los esperaba el amigo a fin de facilitarles la entrada.

El hombre que encontraron en nada recordaba al orgulloso tipo de antaño convencido de que podía hacer lo que bien le viniera en gana. Demacrado, sin apenas pelo en la cabeza, barba y bigotes descuidados, parecía perdido en la sala de visitas, repleta en aquellos momentos de presos y familiares. Les miraba sin verlos, sin reconocerlos, como preguntándose quiénes eran y qué hacían allí, hasta que sus ojos se encontraron con los de su hija, iguales, de una extraña tonalidad azul como la de los pétalos de algunas lobelias. No apartó la mirada de ella durante toda la visita. Al salir de la prisión, se dirigieron directamente al despacho del notario Del Valle, quien les hizo entrega de los documentos de propiedad de la finca El Maizal, inscrita desde hacía años a nombre de Aurora. No se los había hecho llegar, los informó, a petición del donador quien había solicitado se conservaran en la notaría hasta que ella fuera a buscarlos, o a que él falleciera.

Elisa no pudo reprimir el llanto al saber que la casa en la que había nacido regresaba a la familia; se quitó el guardapelo con el retrato de su madre que siempre llevaba colgado al cuello y se lo entregó a su hija, la ahora dueña de la hacienda. Semanas más tarde, ellos tres, Antoi, mujer e hijos se instalaban en el único hogar que reconocían como propio y que, al igual que la vez anterior, había que limpiar y desyerbar. De nuevo se escucharon voces y risas, algunas las mismas, y otras, ocuparon el lugar de las ausentes, entre ellas la de Agostín y las de los tres hijos de Antoi y Nieus. A estos no les costó sacrificio alguno dejar la casa de los padres de ella; la convivencia se había vuelto difícil, en especial con el hermano mayor y futuro dueño, quien los trataba como a meros aparceros contratados, pero sin paga. El Maizal era otra cosa. No importaba a quién perteneciera, todos compartían trabajos y beneficios, y también pérdidas.

Poco después, Aurora tomó una decisión y pidió a su marido consultara con el notario a fin de poner la hacienda también a nombre de su hermano; se lo merecía, era el que más trabajaba en las

huertas y con el ganado. Ella solo tenía una hija, lejana, de la que no había sabido nada desde sus respectivas bodas, y a quien probablemente le traía sin cuidado la herencia del bisabuelo. Por otra parte, Úrbez jamás se había interesado por la tierra y tampoco había vuelto al pueblo tras su última visita, si bien a veces recibían cartas interesándose por la salud de la madre, a las que ella respondía de la forma más lacónica posible. No, ninguno de los dos tenía ya que ver con la vieja casona, y era de justicia dar a cada cual lo que en verdad merecía. Dispuestos los documentos, pidió a su hermano que los acompañara a la ciudad; puso como escusa que, según nuevas normas del catastro, era preciso detallar fanegas, regadíos, producción y demás, y que ellos ignoraban todo lo concerniente a los mismos. La emoción al saberse copropietario de la hacienda dejó sin palabra al hombre curtido por el sol y tan parco en el habla como lo había sido su padre.

Elisa dejó la tahona; la tarea requería energía, amén de que la jornada comenzaba al amanecer todos los días de la semana, y la edad empezaba a hacer mella. No obstante, ayudada por su nuera, continuó elaborando dulces y postres por encargo para fechas concretas, aunque en su propia cocina. Aurora también colaboraba; la fábrica cerró a la espera de un comprador, que no aparecía, y los empleados tuvieron que buscarse la vida en otra parte. A ella no le habría importado continuar, su menguado sueldo aportaba unas pesetas a la necesitada hucha familiar, pero tenía que reconocer que prefería ayudar en la casa y en la huerta, dar largos paseos, sentirse libre de horarios y jefes.

1918

La llamada a filas de Belián, el mayor de los hijos de Antoi, empañó la alegría provocada por el anuncio de la llegada de un nuevo miembro a la familia, un hijo o hija de Aurora y Agostín. El gobierno liberal había establecido el servicio militar obligatorio y suprimido la redención en metálico, pero, hecha la Ley hecha la trampa, había introducido la figura del «soldado de cuota», que, si bien no eximía, sí reducía el tiempo de servicio a cambio de dinero. No disponían de las dos mil pesetas necesarias y fueron todos en piña a despedirlos, a él y a otros seis mozos; estarían de vuelta en tres años, con suerte.

Las noticias eran preocupantes. Lejos de allí, se libraba una guerra como nunca antes se había conocido. Los diarios mencionaban nombres de lugares que no les sonaban, hablaban de miles y miles de muertos, de gases venenosos, bombardeos, metralletas, ruinas. Y el cura pedía desde el púlpito rogar por los «buenos», aunque los vecinos no sabían muy bien a quiénes se refería y preferían rezar para que aquella calamidad no les cayera encima. La guerra de Cuba todavía estaba muy viva en la memoria, y los más ancianos de la localidad recordaban la última «carlistada» y narraban lo escuchado a padres y abuelos cuando lo de los franceses. Un conflicto bélico siempre suponía un desastre, tocara cerca o no, y únicamente salían beneficiados unos pocos, como los grandes empresarios y especuladores nacionales que se forraban exportando a los países beligerantes armas, uniformes, metal, carbón, alimentos, mientras que en el país subía el precio del pan y de los productos de primera necesidad, los salarios continuaban a la baja y muchos obreros perdían sus puestos de trabajo.

Nada parecía que fuera a cambiar, hasta que Aurora se dio cuenta de que estaba embarazada. Al principio, achacó la falta de menstruación a una posible menopausia precoz, no sería la primera vez que a una mujer en sus cuarenta le desaparecía la regla. No obstante, arcadas y mareos le recordaron los síntomas experimentados al quedar embarazada de María, y no supo si alegrarse o lamentarlo. Quería a su marido, pero más como compañero que como amante; no lo deseaba como a Mario, no sentía que el mundo desaparecía a su alrededor cuando él le hacía el amor; lo aceptaba como parte de su deber. De hecho, su acometida era rápida, en absoluto apasionada, tanto, que llegó a pensar que no había peligro de embarazo, y menos a su edad, y ni se molestaba en pedirle que se colocara una goma cuando iniciaba un avance metiéndole la mano por debajo del camisón. Luego pensó en la mujer del dulero jefe de los pastores de reses y mulas, que había parido diez hijos, el último con más de cincuenta años, y no era la única. Muchas mujeres de la localidad eran madres de hijos pequeños y abuelas al mismo tiempo por aquello de que cuanto más numerosa fuera la familia, más brazos habría para ayudar en las faenas, además de que las noches eran largas y era pecado yacer solo por placer. Tampoco sabía si quería volver a pasar por los dolores del parto, el amamantamiento, las noches en vela, para que luego la criatura creciera y se olvidara de ella, y tardó en comunicárselo a su marido. Quedó desconcertada al verlo salir corriendo como si lo persiguiera un toro enfurecido; regresó al poco con aspecto alelado y un ramo de flores silvestres en las manos, y a ella le entró la risa.

Ayudada por la partera y por su cuñada, dio a luz a una criatura que nació sin problemas a comienzos del mes de abril del siguiente año y a quien pusieron de nombre Manuela en recuerdo de la difunta madre de Agostín.

A la alentadora noticia sobre el próximo final de la contienda europea que tanto dolor y penuria provocaba, vino a sumarse otra más alarmante todavía. La prensa informaba desde antes del verano acerca de una infección que se había extendido a gran velocidad por los escenarios bélicos y traspasaba fronteras que ninguna neutralidad podía detener: una devastadora enfermedad que estaba causando más muertes que la propia guerra. Al principio no se lo tomaron demasiado en serio; la muerte era consustancial a la vida, siempre había habido contagios de todo tipo, solo era necesario tener cuidado, evitar las aglomeraciones, lavarse bien las manos... La alarma cundió al conocerse por la prensa las cifras de fallecidos en Aragón, y más todavía cuando en la localidad enfermaron gentes de todas las edades, muy especialmente jóvenes y niños, y hubo que enterrar a dos de ellos en una misma semana.

Siguiendo las consignas de los obispos, el cura se apresuró a reunir a la feligresía para pedir a Dios, a la Virgen y a Santiago por la pronta desaparición del mal, «venganza de la eterna justicia debida a los pecados y a la falta de gratitud». Dos días más tarde había aumentado el número de infectados, todos ellos presentes en los rezos, la iglesia se vació en la siguiente convocatoria, y se prohibió el repique de campanas de muerte a fin de no alarmar a la población. El médico no daba abasto, de hecho, ignoraba cómo afrontar una epidemia de semejantes proporciones, así que los vecinos echaron mano de remedios caseros, ajos, costillas y sobre todo alcohol. Vinos, ponches, coñac, ron, sustituyeron al agua, que no era saludable en opinión de algunos; curar no curarían, aseguraban, pero al menos levantaban la moral. A causa del miedo, o más bien del pánico generalizado, aquel año se suprimieron fiestas y ferias en toda la comarca, también la misa, subasta y comida de la festividad de la Virgen del Rosario; se cerró la escuela, se colgaron cruces en las puertas y ramas de olivera bendecidas el Domingo de Ramos, y los vecinos procuraron salir lo menos posible de casa. Pero el campo no esperaba; era preciso acabar de vendimiar, sembrar legumbres y granos, recoger almendras, melocotones y manzanas. Los más optimistas confiaban en que los malos vientos desaparecerían en cualquier momento al igual que habían llegado, y que todo habría pasado antes de la *matacía* del cerdo, básica para la economía y el sustento familiares. Los pesimistas preparaban sus mortajas.

En El Maizal la situación se vivía con relativa calma, todos estaban sanos por el momento y disponían de provisiones que, bien administradas, aguantarían hasta pasado el invierno. Debido al cierre de las empresas a las que acudía, así como su creencia de que no era el viento sino las personas quienes transmitían la enfermedad, Agostín permaneció en casa siguiendo la máxima de que «si un problema tiene solución, no hace falta preocuparse; si no lo tiene, preocuparse no sirve de nada». Cerrada la escuela, los hijos de Antoi tampoco iban al pueblo, pero fue precisamente su padre, el más fuerte de todos, el que cayó enfermo, quizás por ser el único que trataba con labradores y vendedores de semillas y plantas o por haber ido a visitar a su suegro, quien se hallaba encamado debido a un mal de huesos. No pudo abandonar el lecho durante días, siendo atendido por su madre en todo momento; los demás no debían de arriesgarse, afirmó esta sin darles opción. Nieus debía de ocuparse de sus hijos, Aurora de la niña, y ambas de la casa y las comidas, y el yerno no tenía idea de cuidar a

un enfermo. Ella ya había vivido y no le temía a la muerte, lo había parido, amamantado, y él era el sostén de la casa.

No murió como tantos miles de otros, si bien tardó semanas en recuperarse; el tiempo de la siembra pasó y su campo quedó en barbecho al igual que los de sus vecinos. No obstante, la familia se felicitó de que el susto hubiera sido eso, un susto, porque ocho de sus conocidos ya no podían contarlo, y transcurrieron meses antes de que la situación se normalizara. Aparentemente, Elisa no se había contagiado, sin embargo, no volvió a ser la mujer activa que era antes; se cansaba con extrema facilidad, respiraba con dificultad, dormía mal y pasaba el tiempo sentada en el sillón de mimbre que había sido de Bizén, la mirada perdida.

La situación se normalizó poco a poco, muy poco a poco; el miedo seguía presente dos años después de iniciarse la pesadilla que había acabado con la vida de incontable número de personas, provocado el cierre de fábricas y explotaciones agrícolas, arruinado el comercio exterior y empobrecido todavía más a las clases menos favorecidas. Agostín retomó el trabajo, aunque con unos cuantos clientes de menos, y su amigo del Juzgado de Huesca lo informó de que El Paquetero y su socio habían muerto, aunque no supo decirle si por la enfermedad o debido a otras causas; ambos presentaban un aspecto ciertamente deplorable al entrar en la cárcel. Al conocer la noticia, Aurora no sintió nada por el hombre que la había engendrado de forma violenta y tampoco se lo dijo a su madre. ¿Para qué? Solo reviviría en ella recuerdos que era mejor olvidar. No esperaba recibir una notificación de un bufete de abogados reclamando la devolución de El Maizal a su legítimo propietario, hijo de un primo y único pariente vivo de la difunta esposa del ahora fallecido, a quien debería ir lo que todavía le quedara a este, y en la relación de los bienes incautados no aparecía la hacienda. Al día siguiente, ella y su marido acudieron al notario, quien los tranquilizó asegurándoles que el pariente no tenía nada que hacer; los documentos de cesión firmados por Cristóbal Forcás y él mismo, se hallaban debidamente sellados e identificados por la autoridad competente.

Manuela tenía diez años cuando vio apearse de un automóvil a una mujer joven, con un abrigo de cuello y puños de piel, un casquete ajustado a la cabeza que permitía ver un cabello peinado en ondas, zapatos de tacón anchos de la misma tonalidad que el abrigo, las cejas depiladas, sombra de ojos oscura y los labios perfilados con carmín, tan guapa y elegante, que creyó estar viendo a una de aquellas actrices que aparecían en la pantalla instalada por Benito el de la Engracia en su antigua cuadra, ahora sala de cine una vez al mes. Acompañada por un caballero, un niño mayor que ella y una niña más o menos de su edad, se los quedó mirando como una reina a sus vasallos. Supo que se trataba de María, su hermana de madre, porque se lo escuchó decir a los tíos en voz baja e intentó encontrar algún parecido, pero la distrajo la llegada de otro vehículo del que descendió una pareja de mediana edad, que luego supo eran el tío Úrbez y su esposa.

De pronto, su limitado universo se transformaba en una función similar a las que acudían cuando una compañía de titiriteros ambulantes actuaba en la plaza para delicia de grandes y pequeños. Los recién llegados no tenían aspecto de comediantes, pero le causaron la misma expectación, si no más, oírlos hablar, verlos moverse, abrazar a la abuela y a su madre aparentemente emocionados. Poco después se hallaban todos sentados a la mesa larga de las celebraciones, que hacía tiempo no se utilizaba, cubierta con un mantel de lino bordado que ella no había visto antes. Situada en un extremo, intentaba escuchar lo que se decía al tiempo que no perdía bocado; no todos los días comía cardo con salsa de almendras, fritada, ternasco asado, buñuelos rellenos... La víspera, la abuela, su

madre y la tía no habían salido de la cocina durante todo el día, limitándose a decirle que esperaban invitados sin mayores explicaciones, y allí estaban todos. No recordaba hubiera habido nunca tanta gente junta en El Maizal y se preguntó por qué de pronto aparecían por allí aquellos parientes a quienes no conocía y de quienes no se hablaba en la casa. Se dijo que a buen seguro vivían muy, muy lejos, quizás en América, y por eso no sabía nada de ellos.

Acabada la comida, mientras los mayores tomaban café, bebían licores y hablaban, los jóvenes abandonaron la mesa. A ella no le apetecía levantarse de su sitio, quería seguir escuchando las conversaciones, pero una seña de su padre le indicó que se fuera. No le quedó más remedio que obedecer y se adentró en el maizal, su escondite favorito. Allí se sentía feliz, entre las plantas, sin ver a nadie y sin que nadie la viera, dueña de un mundo encantado en el que cualquier cosa podía suceder. Molesta, chasqueó la lengua al constatar que la seguía uno de los forasteros, su primo... no, su sobrino, puesto que era el hijo de aquella hermana a quien acababa de conocer. Echó a correr a fin de perderlo de vista, se sentó en su «trono», una piedra grande en forma de asiento en medio del campo de maíces, y aguantó la respiración para que el intruso no la descubriera, pero lo hizo. Unos instantes después estaba sentado a su lado, en el suelo.

Al principio no hablaron, no tenían nada que decirse, luego él le preguntó por el nombre de aquellas plantas raras que veía por primera vez, *panizo*, respondió, y él volvió a preguntar para qué servían, «para hacer tortas, aunque también pueden cocerse las panochas y comer los granos directamente», contestó. Era cuatro años mayor que ella y se llamaba Alfonso, «igual que el rey» afirmó muy serio, si bien añadió que familia y amigos lo llamaban Sito. A ella le entró la risa porque en la escuela el maestro les hacía rezar por aquel rey de quien en casa nunca se hablaba; había llegado a creer que estaba muerto como los santos a quienes también rezaban. Su hermana se llamaba María Cristina, también nombre de reina. Le enseñó las huertas, el establo, incluso se acercaron al carrascal, y regresaron justo cuando la familia iniciaba su búsqueda pues los visitantes tenían intención de pasar la noche en la ciudad. Despeinados, las mejillas encendidas, los ojos brillantes, se habían manchado la ropa y llevaban los zapatos cubiertos de barro para disgusto de aquella hermana salida del cinematógrafo, que le miró enfadada apretando sus labios pintados de rojo.

Tuvo que ayudar a recoger la mesa, secar cacharros y platos, guardar todo en su sitio, pero también escuchó a su madre y a la abuela hablar de aquellos parientes cuya existencia ignoraba. Se alegraban de haberlos vuelto a ver y, a la vez, lamentaban su desafecto y el aire de superioridad al dirigirse a ellas, como si trataran con aldeanas iletradas. El tío Úrbez se había interesado por su salud y poco más, su esposa ni eso. En cuanto a su hermana María... Notó que a su madre se le quebraba la voz. Cierto, había conseguido lo que ninguna de ellas: estudiar una carrera hasta el final, un logro notable, si bien nunca había ejercido. El diploma luciría enmarcado en una de las paredes de su casa, lujosa sin duda, a fin de que lo vieran las visitas. Según los informó, su marido era un cirujano renombrado con clínica propia, además de dueño de un importante laboratorio. Al preguntarle por qué no trabajaba en este en su calidad de farmacéutica titulada, ambos habían sonreído con condescendencia respondiendo el médico que a su esposa no le hacía falta trabajar, que para eso estaba él. La mujer debía permanecer en el hogar, añadió, criar a los hijos, ocuparse del servicio, las recepciones que ofrecían, de su aspecto; en una palabra, encargarse de que él lo encontrara todo en su lugar cuando regresaba a casa. No pudo enterarse de más porque se le cayó al suelo una jarra que se hizo añicos, y la mandaron a la tina de baños que ya estaba preparada. Aun así, tuvo tiempo de oír a la abuela Elisa decir algo sobre que ellas también habían trabajado y criado a los hijos, incluso a aquella que renegaba de la madre que lo había dado todo para sacarla adelante. Días más tarde

escuchó una conversación entre sus padres de la cual no entendió nada, salvo que su medio hermana los instó a vender El Maizal a una empresa para instalar la mayor granja de pollos de la comarca. Por supuesto que se negaron a hacerlo.

Unos meses más tarde, coincidiendo con la fiesta del Rosario, que volvía a tener lugar, Belián, el mayor de los hijos de Antoi y Nieus, se casó con Angelita, la enfermera que lo había atendido en el hospital de Málaga tras el llamado «desastre de Annual», en la guerra del Rif. Con la pierna derecha destrozada por los disparos de los rifeños y los pisotones de la asustada mula que guiaba transportando armamento, cayó contra una roca y perdió el conocimiento. Lo dieron por muerto, y eso lo salvó de ser ejecutado por los vencedores, aunque nunca supo cómo había llegado a Melilla, y de allí a la Península. El servicio militar que debía durar tres años se había alargado casi tres más, y lo que debía de ser una experiencia que haría de él un hombre se había convertido en una pesadilla de la que llegó a creer nunca saldría. Sus familiares se enteraron de lo sucedido por la prensa; aterrorizados, pensaron que él podía ser uno de los más de nueve mil soldados españoles aniquilados en una guerra lejana que ni les iba ni les venía. La falta de noticias no hizo sino acrecentar su temor y, finalmente, lo dieron por muerto y celebraron un funeral en su memoria y en la de otro de los jóvenes del pueblo de quien tampoco se sabía nada.

Creyeron ver un espectro el día en que apareció en El Maizal acompañado por una mujer de su misma edad y ayudándose de un bastón para caminar. Nunca podría recuperar la movilidad de la pierna, tampoco podría ayudar en las labores del campo, pero estaba vivo, y eso era lo único que importaba aseguró su padre, quien añadió con una sonrisa que tenían la intención de comprar más vacas y que para ordeñar solo hacían falta dos manos y una banqueta. La novia, por otra parte, no tardó en emplearse con el médico, ya mayor, quien agradeció la presencia a su lado de una enfermera diplomada lo mismo que el campesino la lluvia en época de sequía.

Debido a la necesidad de que los recién casados contaran con habitación propia, Manuela tuvo que volver a dormir con su abuela como antes de la maldita epidemia que le había robado las fuerzas, y no solo las fuerzas. A Elisa le temblaban las manos, tenía dificultades al andar, hablaba poco, y había que acercar la oreja para escuchar lo que decía. Angelita los informó de que sufría la enfermedad que llamaban «de Parkinson», que se iría agravando a medida que transcurriera el tiempo, si bien por el momento podía llevar una vida casi, casi normal, pero tenía mal sueño, y la niña pasaba la mayor parte de la noche en vela. Al cabo de unas semanas, Aurora pensó que sería más acertado durmiera sola, pero los cinco cuartos disponibles se hallaban ocupados, y tampoco sería apropiado compartiera espacio con dos jóvenes adolescentes. Entre todos construyeron un habitáculo en el sobrado, debajo del tejado, donde secaban legumbres y granos, cerraron una esquina del mismo, lo aislaron, encalaron y pintaron de azul claro; una cama, un arcón y una mesa para la jofaina y la jarra de aseo remataron la obra. Al contemplar los campos desde la ventana que Agostín se empeñó en abrir en el muro a fin de que entraran por ella los rayos del sol de la tarde, aunque su cabello no fuera rubio sino del color de las castañas maduras, la niña se sintió como la Rapunzel de los cuentos de los hermanos Grimm que le leía su madre, y que ahora ella leía a su abuela.

La vida continuaba su ritmo en el pueblo, tan era así, que no parecía que los efectos de la terrible enfermedad y el descalabro económico causado por el conflicto europeo hubieran hecho mella en sus habitantes, quienes continuaban ocupándose de campos y animales, reuniéndose a la salida de misa,

recogiéndose en los hogares al anochecer.

Afuera, el mundo bullía ansioso por disfrutar de la vida, pues nunca se sabía cuánto duraría esta. Había incluso quienes aseguraban que el fin del mundo estaba próximo, y era por tanto apremiante gozar mientras se pudiera. Allí, sin embargo, algunas cosas sí habían cambiado. Unos cuantos vecinos, dos familias enteras entre ellos, habían emigrado a la búsqueda del vellocino de oro que transformaría su destino ignorando las penurias que encontrarían en una aventura de la que probablemente no regresarían, en especial los que habían emprendido ruta a Barcelona para tomar desde allí un barco hacia las Américas. No reconocerían a nadie, y nadie los reconocería si algún día retornaban a su terruño natal. También se veía a menudo pasar ruidosos automóviles que levantaban el polvo, asustaban a personas y animales, y nunca se detenían en la localidad.

A falta de entretenimientos, los jóvenes iban a la ciudad siempre que podían, decían que a dar una vuelta pero, en realidad, acudían a los bares donde bebían, fumaban y... bailaban el *fox-trot*, una indecencia en opinión del cura y de algunas comadres. Hasta el día en que Benito el de la Engracia montó su propio negocio en el establo y compró un gramófono y media docena de discos, pues, según él, era una lástima disponer del local solo para ver una película al mes. Ni las diatribas lanzadas desde el púlpito, ni las malas caras de algunos, lograron que se retractara, y aún fue peor el día en que se paseó del brazo con una mujer con un vestido justo a la altura de las rodillas y el pelo a lo *garçonne*, un escándalo. Y más cuando los bien pensantes supieron que la mujer, encima, cantaba acompañada por tres músicos que puntualmente aparecían los sábados por la tarde. Ni que decir que el éxito fue total. El local se llenaba, no solo de jóvenes de ambos sexos deseosos de bailar y olvidar las duras tareas del resto de la semana, sino también de gente de más edad de la localidad y de los alrededores.

Manuela oyó hablar en la escuela del «garito de perdición», como lo denominaba el cura, y tuvo curiosidad por saber qué era exactamente lo que se hacía en aquel lugar. Convenció a sus primos para que la llevaran un sábado, «solo para ver», dijo, tenía doce años, ya no era una cría, insistió. Con la disculpa de visitar a los abuelos paternos de ellos, los tres se acercaron a El Benito, al dueño no se le había ocurrido un nombre más original, y la niña abrió los ojos asombrada al contemplar a hombres y mujeres girando alrededor de la pista al compás de una música que nunca había escuchado. Momentos después ella también bailaba dando vueltas, con los ojos cerrados, llevando el ritmo, encantada. Los abrió al finalizar la pieza y se encontró cara a cara con su madre; su padre se hallaba unos pasos más atrás junto a los tíos. Aquella noche se fue a la cama sin cenar y con el trasero caliente, no por bailar, sino por mentir. A sus primos les cayó una bronca descomunal por haberla llevado y la prohibición de volver al tugurio durante al menos tres meses. Pero si algo sacó ella de la aventura fue descubrir que quería ser bailarina, o cantante, cualquier cosa que tuviera que ver con la música. En cuanto sus padres volvieron a dirigirle la palabra, les dijo que quería aprender a tocar un instrumento dejándolos sin saber qué responder. Le faltaban dos años para acabar la escuela, y todavía no habían pensado en su futuro, si bien Aurora tenía claro que la prepararía para entrar en la Normal de Maestras de Huesca con la esperanza de que hiciera realidad su propio sueño frustrado. No le dio mayor importancia, pero su hija insistió, y finalmente claudicó; nunca se sabía, y tampoco le vendrían mal para sus estudios de maestra unas nociones de cultura musical.

La niña acudió a la casa de Lorién el dulero, quien además de jefe de pastores era el alma mater del grupo que amenizaba fiestas y celebraciones. El hombre, en sus sesenta, era un músico autodidacta que había aprendido a tocar el chiflo y la chirimía con su padre y enseñaba a algunos jóvenes con la esperanza de que siguieran sus pasos. Ella era su única alumna y, pese al escepticismo de todos,

pronto demostró que podía tocar igual o mejor que los demás. La primera vez que lo hizo en público, durante la romería al santuario de Loreto, las sonrisas condescendientes al ver a la niña menuda en el grupo de músicos se trocaron en otras de sorpresa y luego de admiración al interpretar ella sola una melodía tradicional con el chiflo y el salterio que fue muy aplaudida. En unos meses dominaba ambos instrumentos, pero quería más. El maestro estaba atónito, su alumna tenía un oído absoluto, era capaz de identificar cualquier nota musical y de reproducir a la perfección una melodía escuchada por vez primera, y él no podía enseñarle más de lo que sabía. Incluso aprendió a tocar el guitarrico que colgaba desde siempre en una pared de su casa a modo de adorno, y que nadie recordaba si había pertenecido al abuelo o quizás al bisabuelo. Y empezó a cantar jotas acompañándose de dicho instrumento, coplas conocidas y nuevas escritas por ella, que pronto fueron demandadas en toda la zona para amenizar fiestas y celebraciones.

Aurora estaba orgullosa, todos en casa lo estaban y la acompañaban a las actuaciones, pero le preocupaba que su hija descuidara su preparación para el examen de entrada en la escuela de Magisterio el siguiente año; solo ponía interés en tocar y cantar, sobre todo cantar, algo que no la llevaría muy lejos y que, por otra parte, tampoco era un medio de vida. Los músicos del grupo cobraban normalmente unas pocas pesetas que se repartían entre todo, así como en especies, jamón, tocino, almendras. Incluso si llegaba a ser famosa, cosa que dudaba, aquella no era vida para una joven decente, y lo último que quería era ver a Manuela convertida en una tonadillera de tres al cuarto como la de El Benito, cantando en tugurios de mala muerte. Claro que también podría llegar a tener el éxito de la aragonesa Raquel Meller, cantante y actriz del cinematógrafo que aparecía a menudo en las revistas que le traía Agostín de la ciudad. O dedicarse a la ópera o a la zarzuela, música seria, pero para ello sería preciso que estudiara canto debiendo desplazarse a Zaragoza o a Madrid y pagar estancia y clases, una fortuna de la que no disponían. No, definitivamente, su hija no sería cupletista, las actuaciones en el pueblo y alrededores eran suficiente para entretenerse. Tuvo que amenazarla con devolver a Lorién los instrumentos que este le había prestado, regalado en realidad, amén de prohibirle actuar si no se centraba en los estudios, amenaza que aparentemente surtió efecto, pues a partir de entonces solo se la escuchaba cantar para su abuela un rato todas las tardes. Elisa recuperaba entonces la sonrisa y el brillo en sus ojos, si bien ambos desaparecían cuando su nieta callaba. Lo que Aurora ignoraba era que Manuela continuaba ejercitándose en su cuarto bajo el alero cuando la creía estudiando. No la oía porque no pulsaba las cuerdas del guitarrico, no soplaba el chiflo ni tañía el salterio; escuchaba las notas en su cabeza mientras sus dedos se movían en silencio. Asimismo, componía canciones, jotas, coplas, romanzas, y se escapaba siempre que podía a cantar en el carrascal donde aves, mamíferos e insectos detenían su actividad para escucharla, o eso quería creer ella.

Cumplidos los quince, y para gran contento de su madre, aprobó el examen de entrada en la Escuela Normal para Maestras y acudía todas las mañanas a la ciudad acompañada por su primo más joven, quien a su vez aprendía carpintería con un ebanista que tenía taller para aprendices. Ambos partían a pie de buena hora, y regresaban a media tarde. También compartían la comida que llevaban de casa, encontrándose al mediodía en la Plaza de San Lorenzo si hacía bueno y bajo los soportales de la del Mercado si llovía o hacía frío.

A comienzos del tercer y último curso, una jornada en que el cierzo soplaba fuerte, el primo no apareció, y ella se quedó sin comer; el pan relleno con ternasco en migas y queso de cabra preparado por la tía Nieus lo guardaba él en la talega. Disponía de dos pesetas por si se presentaba una

necesidad, decidió que aquella lo era y compró en un puesto un paquete de churros que se dispuso a comer refugiándose en el quicio de una puerta bajo el soportal. No le dio tiempo a probar ni uno. Un mozo salió, le dio un empujón, y los churros volaron por los aires. A poco se le saltan las lágrimas, y fue tal la cara de pena que puso que, tras disculparse, el joven la asió por la mano y la introdujo en el edificio.

Momentos más tarde se hallaba sentada a una mesa, y una doncella le servía un plato de sopas de ajo, seguido de un filete de carne y una manzana asada espolvoreada con canela. A su lado una señora mayor la observaba con una sonrisa; el mozo atolondrado era su nieto, le dijo, que llegaba tarde a sus clases, de ahí las prisas. Se estaba bien allí, a resguardo del viento, en un gran salón comedor amueblado elegantemente, con alfombras, cuadros, figurillas, decenas de objetos que nunca había visto, y fotografías enmarcadas en muchas de las cuales se veía a una mujer joven y atractiva, sola o acompañada. No eran como una que tenía su madre, la única, en la que aparecía ella, su primer marido y su medio hermana. En estas, la mujer posaba de frente, ladeada, con tocados antiguos, a veces con el cabello recogido, otras suelto, otras vestida de modo extraño, como una actriz de teatro de las que aparecían en las revistas que su padre llevaba a casa. Asimismo, la llamó la atención un cuadro de grandes proporciones en el que estaba pintada la misma mujer de las fotografías, de cuerpo entero, con un vestido blanco hasta los pies y la mano derecha apoyada en la esquina de un piano. Miró el retrato, miró a la señora, de nuevo el retrato y después a la señora, y esta rio con una risa alegre, juvenil, impropia de su aparente edad.

Aquella tarde, Manuela no fue a clase. Las horas transcurrieron en un suspiro escuchando a doña Pilar hablar de sus años como intérprete de *bel canto* en los más importantes escenarios operísticos de Francia e Italia, de sus actuaciones ante reyes y príncipes, de noches gloriosas en las que los aplausos se eternizaban. Tenía un brillante futuro ante ella, incluso una propuesta para actuar en Nueva York, pero... «me enamoré, querida». Conoció a su marido en París, en una gala organizada con motivo de la Exposición Universal en la que ella interpretó el *Aria de Norina*, de Donizetti. Él se presentó, «dos aragoneses en París», rio, y la invitó a comer, a cenar, a ver la puesta del sol desde lo alto de la torre Eiffel, a la que por cierto ascendieron por las escaleras pues los ascensores no se hallaban todavía en servicio. Le pidió matrimonio, y por él abandonó su carrera. Al llegar a este punto, la joven creyó notar un deje de nostalgia; no podía ser esposa, madre y al mismo tiempo cantante, dijo, así que optó por olvidarse de esto último, si bien continuó aprendiendo nuevas piezas, pero siempre en la intimidad del hogar. Ninguno de sus seis hijos e hijas habían mostrado predisposición alguna por la música, excepto su nieto, Matías, el atolondrado que había tropezado con ella, quien preparaba la entrada en el Conservatorio de Música de Zaragoza a fin de seguir sus estudios superiores de piano. Con cierto reparo al principio, también ella le contó que su mayor deseo era ser cantante, aunque estudiaba para maestra por deseo de sus padres. Acabaron entonando a duo un bolero conocido y, antes de salir corriendo, prometió volver a visitarla. Su primo la esperaba en el camino, había surgido un problema en el taller y no había podido reunirse con ella, se disculpó. Sonrió, pero no le confió el extraordinario encuentro que su ausencia había propiciado.

A partir de entonces, cada jueves esgrimía como pretexto que las clases de costura la ocupaban toda la jornada y, llegado el mediodía, acudía al piso de la Plaza del Mercado, comía con doña Pilar, hablaban, cantaban. Un buen día, la señora le propuso darle clases de canto y tuvo que repetírselo pues ella creyó haber oído mal. Ya no fueron solo los jueves, también los martes, y tampoco fueron solo coplas y jotas, sino romanzas y arias cortas de compositores de quienes nunca había oído hablar. Su sorprendente buen oído, la memoria musical, el timbre de voz hacían de ella una cantante fuera

de serie, una *rara avis*, que decía su maestra. Hasta que ocurrió lo que no debería de haber ocurrido.

Un jueves, tan ensimismada se hallaba, no se dio cuenta del paso de las horas. Su primo la esperó en el camino pensando que su retraso se debía a las clases, fue a buscarla, pero el edificio de la Normal estaba cerrado; volvió al camino y se la encontró esperando, si bien no logró le dijera dónde diablos se había metido. Llegaron ya de de noche a El Maizal, pero tampoco en casa lograron sonsacarle el motivo del retraso. Su madre la acompañó al día siguiente a la escuela y pidió hablar con la directora. Supo así que desde hacía meses su hija faltaba a las clases dos tardes por semana, precisamente las dedicadas a las labores del hogar, y que probablemente no podría presentarse al examen final de dicha materia, imprescindible, recalcó la directora, para obtener el título. Bajo la amenaza de usar la vara, pese a que ya tenía casi dieciocho años, Aurora logró confesara que tomaba clases de canto. No solo le prohibió continuar con ello, sino que también le guardó los instrumentos y ni siquiera le permitió acudir a los ensayos en casa del dulero. Además, la obligó a estudiar en la cocina para no perderla de vista y creó una red a su alrededor a fin de controlar sus viajes a la ciudad. Pero si ella era tozuda, su hija lo era aún más y dejó de hablar; la niña alegre y parlanchina trocó en una adolescente enfurruñada con la familia, que se escabullía a su pequeña atalaya en cuanto podía y entonaba en un susurro las tonadas aprendidas con su profesora, sin dejar asimismo de tañer un guitarrico imaginario y jurando que se escaparía en cuanto consiguiera el título de maestra, un oficio que no pensaba ejercer.

Un domingo al mediodía, los moradores de El Maizal se vieron sorprendidos al ver aparecer un automóvil. Lo primero que les vino a la cabeza fue que se trataría de Úrbez o de María, a quienes no habían vuelto a ver desde la famosa visita, más de siete años atrás. Sin embargo, la señora y el joven que conducía les eran completamente desconocidos; saludaron con exquisita educación y preguntaron por Manuela. Poco después se hallaban todos reunidos en torno a la mesa del porche: los recién llegados, la abuela Elisa, los padres, tíos y primos de la joven, todos menos ella, que seguía encerrada en su cuarto, y a quien nadie avisó de la sorprendente presencia de la viuda del empresario Lazán y de su nieto de igual nombre y apellido. Doña Pilar les aclaró que había decidido visitarlos preocupada por la ausencia de su alumna de canto durante el último mes. Su entusiasmo al hablar de ella y de su asombroso talento musical no era simulado; pocas veces había tenido oportunidad de tropezar con una cantante con similares aptitudes naturales, afirmó; oído, voz, memoria, retención, ritmo..., un diamante en bruto que solo era preciso pulir para que brillara. Aurora y Agostín, también el resto de la familia, la escuchaban atónitos. Era de sobra conocido en toda la comarca el apellido del difunto marido de la señora, rico hombre de negocios, mecenas de artistas y hombre caritativo, que había abierto un comedor para pobres durante la crisis provocada por la pérdida de las colonias. De ella ignoraban que hubiera sido cantante de renombre por haber actuado más que nada en el extranjero, pero, por si tenían alguna duda, entonó la romanza *Yo quiero a un hombre*, de la zarzuela *El Cabo Primero*, que dejó a todos maravillados.

Al escuchar las primeras notas a través de la ventana abierta de su refugio, Manuela bajó las escaleras de tres en tres a riesgo de descalabrarse y se detuvo en el umbral, paralizada por la emoción. Sus padres y doña Pilar llegaron a un acuerdo, la joven viviría en casa de la primera a modo de pupila, continuaría con sus lecciones de canto, pero acudiría a la Normal sin faltar un día, y volvería al pueblo el sábado por la tarde hasta el lunes a la mañana. La señora se negó a recibir pago alguno por el hospedaje y las clases de canto. La idea de educarla musicalmente la hacía sentirse útil ahora

que solo vivía con ella su nieto y por poco tiempo; aseguró, además, que una cama y un plato de guisado no suponían gasto. Por un instante, Aurora recordó a su hija mayor, a quien permitió estudiar lejos de ella y que ya no reconocía. De todos modos, se dijo, Huesca no era Zaragoza, estaban a poca distancia y podría ver a su pequeña siempre que quisiera, además de los fines de semana. Dicho y hecho, aquel mismo domingo, y como excepción, la joven partió a la aventura con ansias de cumplir un sueño, mientras su madre esperaba que solo fuera un pronto, acabara los estudios, empezara a trabajar en una escuela y se olvidara del capricho de ser cupletista.

No solo canto y las materias de la Escuela de Magisterio, también aprendió de arte, literatura, teatro, de gentes, y a menudo acompañaba a su mentora a conciertos y recitales en el Teatro Olimpia, y a fiestas y bailes de sociedad en el Círculo oscense, casino hasta que se prohibieron los juegos de azar. En dichas ocasiones vestía con antiguos modelos de doña Pilar, que esta hacía reformar a su costurera para que no desentonaran con la moda en boga, aunque sin excentricidades al uso como escotes pronunciados, largos por encima de las rodillas, collares y plumas. A veces, pocas, Matías iba con ellas a los conciertos, lo cual no dejaba de llamar su atención, pues su abuela aseguraba que era un músico excepcional, aunque ella no había tenido oportunidad de escuchar otra cosa que algunas melodías al piano acompañando a la antigua soprano, cuya voz se aproximaba ahora a la de una contralto sin grandes recursos.

El joven disponía de su propio apartamento en el mismo edificio, dos pisos más arriba, y nunca la había invitado a verlo. Sí las acompañaba a los bailes de El Círculo, pero se alejaba de ellas al cabo de unos minutos para encontrarse con amigos y, en especial, con amigas con quienes bailaba el baile del momento, el charlestón. Lo veía disfrutar, reír, rodear las cinturas de guapas mujeres con escotes y faldas cortas, y se moría de la envidia. Luego recapacitaba, a fin de cuentas, ella era solo una muchacha campesina prohijada por una dama, quien, al igual que su difunto, gustaba de hacer caridad, y bastante suerte tenía de poder alternar con la gente rica. Un miércoles de enero, con motivo de la fiesta de San Vicente, la señora los animó a ambos a acudir a ver la hoguera y luego al baile que se celebraría en la sociedad. El corazón comenzó a latirle con fuerza ante la idea de estar a solas con él durante unas horas; eligió uno de los vestidos retocados, el más entallado, unos zapatos nuevos y el único abrigo que tenía, también heredado; se peinó con ondas, e incluso se atrevió a sombrearse los ojos y a pintarse los labios. Así dispuesta, salió del brazo de su acompañante con la ilusión de una novia para acudir al encendido de la hoguera, pero al llegar a El Círculo, él le presentó a unos compañeros y desapareció de su vista. Un par de horas más tarde regresó sola a casa. Por suerte doña Pilar ya se había retirado, y no tuvo que dar explicaciones. Se encontraron al día siguiente durante el desayuno, pero no le preguntó cómo había vuelto, ni ella se lo dijo; a partir de entonces no volvió a dirigirle más palabras que las de cortesía, y él no pareció enterarse.

Acabó la carrera con buena nota, no con sobresaliente como esperaba su madre, pero suficiente para enviar una solicitud a la Junta de Educación a fin de lograr un puesto de maestra, y la suerte la acompañó de nuevo. Su mentora no estaba por la labor de verla partir a un pueblo de la provincia donde no podría continuar con su preparación musical; hizo un par de gestiones, y la joven recibió una oferta para trabajar unas horas a la semana en calidad de maestra en prácticas de música y canto en el Colegio de Señoritas Nuestra Señora del Carmen. El sueldo no era gran cosa, pero la señora afirmó que eso era lo de menos, que lo importante era que pudiera continuar estudiando con ella pues, aseguró, su futuro no estaba en la enseñanza. Además, Matías se iba ya a Zaragoza, y ella no quería estar sola, así que le pagaría por hacer las veces de señorita de compañía; ella aceptó encantada y se fue a casa a pasar el mes de agosto.

El ambiente en El Maizal no era todo lo grato que cabía desearse. La abuela Elisa ya no reaccionaba a los estímulos, tampoco respondía a las preguntas y pasaba la jornada sentada en el sillón de mimbre bajo el porche con una manta sobre las rodillas; siempre tenía frío, pese al calor reinante. Por otra parte, una vaca había coceado la pierna buena de Belián, el mayor de los primos, dejándolo irremisiblemente inválido lo que tuvo como consecuencia una depresión de la que ni siquiera su mujer lograba sacarlo y permanecía, al igual que la abuela, sentado con la mirada perdida en el horizonte. El segundo de los primos se fue a trabajar a la azucarera de Alagón, una de las más grandes levantadas por capitalistas beneficiados por el gobierno, tras la pérdida de Cuba, debido a la necesidad de azúcar, si bien, en este caso, no se elaboraba con caña sino con remolacha. El trabajo era agotador, pero aseguraba un sueldo a los más de mil operarios empleados, algo que el joven, mecánico de oficio, no podía conseguir en el pueblo, si bien prometió regresar en cuanto tuviera algunos dineros ahorrados. El tercero, el carpintero, permaneció junto a la familia, no porque no quisiera buscar fortuna en otra parte, sino porque era preciso echar una mano a sus padres.

La crisis también había llegado a la localidad; ya no pasaban los carros de los intermediarios, frutas y verduras se pudrían sin tan siquiera ser recogidas y, se les murieron tres de las cinco vacas lecheras a causa de una infección intestinal. Aun así, en la finca sobrevivían sin demasiados apuros teniendo en cuenta que ahora solo eran nueve, la abuela Elisa y el mutilado apenas comían, la mujer de este ganaba unas pesetas ayudando al médico y atendiendo por su cuenta a algunos vecinos, y Agostín también aportaba lo que obtenía como contable. Sin embargo, no podían evitar una sensación de desaliento, recogiéndose en sus alcobas en cuanto acababan de cenar. La presencia de Manuela durante cuatro semanas logró alegrar un poco los ánimos; el primo salió de su abstracción y la abuela volvió a hablar, aunque únicamente del pasado, el presente no existía para ella. Recordó sus años en Buisán y lo que vino después, pero sobre todo su mayor placer, otro que haber parido a los hijos, la publicación del libro de las recetas de dulces. Para animarla, la nieta alentó a su madre y a la tía a elaborar algunos de ellos, aquellos para los que disponían de género: frutas confitadas, trenzas, mazapanes, tortas, galletas, almendrados, almojábanas... Y Elisa sonrió de nuevo.

De regreso a la ciudad, Manuela comenzó a trabajar en el Colegio para Señoritas, aunque con lo que verdaderamente disfrutaba era estudiando canto. El día en que logró interpretar sin equivocarse de principio a fin la romanza *Me llaman la primorosa*, de la zarzuela *El barbero de Sevilla* acompañada al piano por quien había sido el profesor de Matías, doña Pilar se echó a llorar como una Magdalena y la forzó a ofrecer un recital en El Círculo. Se moría de la vergüenza, temblaba de los nervios, pero olvidó que se hallaba en un escenario en cuanto sonaron los primeros acordes, y el pianista le sonrió y le hizo una seña con la cabeza. Interpretó media docena de arias finalizando con la romanza, con una perfección tal, que el público se levantó de los asientos para aplaudir. Sus padres, a quienes la señora había invitado y enviado su coche a buscarlas, se miraban sorprendidos, y preocupados. Ciertamente su hija cantaba bien, muy bien, pero el de las bambalinas era un mundo con mala fama, y temían por ella.

Dos semanas después del recital y diez días antes de las fiestas navideñas ocurrió un hecho que causó una gran conmoción en los aragoneses, en especial en los habitantes de la provincia de Huesca. En Jaca tuvo lugar una sublevación de la guarnición, y dos columnas de soldados, una por ferrocarril y otra por carretera, se dirigieron hacia la capital siendo interceptados por tropas gubernamentales en las lomas de Cillas. El enfrentamiento no duró mucho, pero hubo muertos, y los sublevados huyeron en desbandada; los responsables fueron hechos presos, juzgados y fusilados dos días más tarde. Según

se comentaba en los corrillos, todo había sido obra de unos locos. Sin embargo, cuatro meses más tarde, tuvieron lugar las elecciones municipales, y el rey y su familia abandonaron el país. Algunas gentes de edad recordaban que cerca de sesenta años atrás, durante dos, no había habido rey ni reina, pero aquello había sido una simple anécdota, afirmaban. Ahora, no obstante, la cosa parecía más seria, y eran multitud los que opinaban que un rey no servía para nada, que no fuera llenarse los bolsillos con el hambre de los súbditos, así que celebraron la llegada de una nueva era que traería trabajo y prosperidad para todos.

En el pueblo, el cura celebró una misa de reparación pues el monarca lo era por la gracia de Dios, y era pecado mortal rechazar la voluntad celestial. La mayoría de los vecinos acudió a la iglesia, más que nada porque era domingo, pero, en honor a la verdad, el rey les resultaba una figura lejana, y solo algunos pocos rezaron con devoción por una pronta vuelta a la situación anterior.

Ajenas a la situación política del momento, Manuela y doña Pilar seguían a lo suyo, esta última decidida a que su pupila actuara en Milán, el sueño de toda cantante. Ella había tenido esa oportunidad en una ocasión, justo antes de la Exposición de París en la que conoció a su marido y renunció a su esperanzadora carrera, pero mantenía correspondencia con gentes del mundo de la ópera y estaba convencida de que la joven tenía posibilidades, si bien todavía debería esforzarse mucho antes de ser admitida a una audición, no en La Scala, sino en cualquier teatro del ámbito nacional pequeño o grande. Ambas continuaban asistiendo a todo tipo de conciertos y recitales de música «seria», es decir clásica, con excepciones en caso de compositores o intérpretes merecedores de la aprobación de la señora. Hasta que ocurrió aquello.

El desgraciado accidente tuvo lugar en una de dichas ocasiones, por distracción de ambos implicados. Ella giró la cabeza para apremiar a Manuela y cruzó la calle sin mirar; el conductor del flamante *Lancia Lambda* rojo no la vio, más ocupado en su acompañante femenina que en el volante. Se oyó un golpe, el chirrido de un freno, una exclamación unánime. En un instante, la asieron por sobacos, cintura y piernas y la llevaron al hospital pidiendo paso a gritos, también gritaban quienes corrían a la par y, por supuesto, la accidentada, quien demostró que no era falacia su fama de soprano potente. El resultado fueron varias contusiones por todo el cuerpo y, algo más grave: la cadera rota. Los hijos hablaron con los médicos, escucharon la propuesta de llevar a cabo una inmovilización «a la inglesa», es decir una sujeción completa de cintura abajo durante dos meses, aunque también proponían el sistema alemán: enyesar las pelvis durante seis meses o más. Decidieron alquilar una ambulancia y enviar a su madre a Zaragoza, a la clínica propiedad del mayor y cabeza de familia, el padre de Matías.

Manuela no entraba en el plan. Ni siquiera pudo despedirse de ella; el administrador le comunicó que el personal acompañaba a la señora, pero que ella no entraba en la lista pues, a fin de cuentas, lo de «señorita de compañía» no era sino un pretexto de la caritativa dama para ayudarla económicamente. También le pidió abandonara el piso cuanto antes. No respondió, recogió su ropa, la que había llevado con ella, dejando el resto en el armario, así como libros y unos pendientes, regalo de su bienhechora, y lo que más pena le dio: un buen número de partituras de canto, y salió de la casa. Pensó en que tendría que buscar una pensión, pero la directora del Colegio la informó ese mismo día de que habían contratado a una profesora de música diplomada por lo que sus servicios ya no serían necesarios. Aquella tarde, cogió el carro de viajeros y se fue al pueblo.

No habían transcurrido dos meses cuando el administrador de la familia Lazán, el mismo que la había literalmente echado de la vivienda, se presentó en El Maizal para rogarle que fuera a Zaragoza;

la señora insistía en ello. Su primera reacción fue negarse al recordar sus palabras, aquello de que ella era una simple obra de caridad de doña Pilar, sin embargo, se lo pensó. Había enviado solicitud para incorporarse al cuerpo de maestras, pero estaban a mediados del curso y todo lo más conseguiría alguna sustitución vete tú a saber dónde. Por otra parte, el ambiente en casa resultaba bastante deprimente teniendo en cuenta de que ella era la más joven allí. No parecía que su primo «el cojo» y la enfermera fueran a tener descendencia, y el otro, el carpintero, dos años mayor que ella, ni siquiera tenía novia. Echaba en falta la ciudad, sus gentes, tiendas, cafés y tabernas, teatros, nunca había ido más allá de Huesca, y no era cuestión de perder la oportunidad de conocer la gran urbe. Así que, muy en contra de la opinión de su madre, aceptó y partió con el administrador hacia la capital aragonesa adonde llegaron a la hora de la cena.

La alegría de su protectora era real. Había estado internada en la clínica de su hijo durante más de un mes y seguía estándolo, aunque ahora en su propia vivienda, controlada, vigilada, sin poder salir, pues hijo y nuera la trataban como a una anciana frágil, buena para nada. Le confesó que se aburría como una ostra y que había echado mucho de menos su compañía y, en especial, las clases de canto, de las que disfrutaba tanto o más que ella, si bien se consolaba escuchando música en el gramófono a falta de poder asistir a conciertos y bailes. El piso era más grande y elegante que el de Huesca, pero, como afirmó la dueña, de nada le servía; la hastiaba terriblemente. Solo se movía de su habitación al salón en una silla de ruedas pues su hijo, que vivía en la otra mano de la planta, le había prohibido andar hasta estar seguros de la buena recuperación de la cadera rota.

En lugar de en el desván con el personal de servicio, a Manuela la instalaron en un cuarto enorme, con un ventanal al Paseo de la Independencia, una gran cama, armario y tocador, alfombras, cortinones y su propio gabinete de aseo, un lujo jamás imaginado. Y no solo eso. El armario se hallaba repleto de vestidos, faldas, jerséis, una capa, dos abrigos, zapatos y sombreros, todo nuevo. «No vas a vestir siempre de prestado», le dijo doña Pilar con una sonrisa divertida al observar su cara de sorpresa. Luego le aclaró que en esta ocasión no estaba allí como señorita de compañía, sino como ahijada y amiga. De hecho, la informó de que la había inscrito en el curso de canto, más concretamente de la técnica italiana de *bel canto*, en el recién inaugurado Conservatorio Profesional de Música. Asimismo, había abierto en el Banco Zaragozano una cuenta a su nombre con dos mil pesetas para gastos. No supo qué responder, se le humedecieron los ojos, ella, tan poco dada a expresar sus emociones. A partir de entonces, acudió todos los días a clases de canto. Pese a que el curso se encontraba ya avanzado, la intermediación de su protectora había dado sus frutos una vez más. El profesor, un hombre que nunca sonreía, mostraba su aprobación con un gesto afirmativo de cabeza y un fruncimiento de cejas en caso contrario. Lo único halagador que le dijo fue que venía bien aprendida, lo cual hizo reír a doña Pilar cuando ella se lo contó; tiempo atrás ambos habían interpretado los papeles principales de *La Traviata* en el Teatro Real de Madrid.

Otra novedad no menos importante que le aportó su nueva vida fue verse rodeada de jóvenes de ambos sexos que compartían el amor por la música, y no tardó en tener un grupo de amigos con quienes acudía a cafés y locales de baile los sábados. Los había para todos los gustos, pero su favorito era el Goya, en el que una orquestina de «morenitos», los llamaban, interpretaba todo tipo de ritmos de jazz. Era un llegar y no parar de bailar, aunque a ella lo que más le gustaba era escuchar a Dalia, una mujer madura, negra también, que tocaba el piano y cantaba, a veces acompañada por un contrabajo y una batería. No entendía la letra en inglés, pero tampoco le hacía falta; le fascinaba sobre todo la voz, el ritmo, el vibrato, la improvisación, pues la misma melodía sonaba diferente cada vez que la escuchaba.

Un viernes a media tarde se atrevió a acudir sola al local, algo impensable para una mujer; se coló por la entrada trasera a fin de que nadie la viera y se adentró por un pasillo oscuro hasta una puerta a través de la cual creyó apercibir la voz femenina que tan bien conocía. Se asomó procurando no hacer ruido y permaneció atónita al descubrir a la cantante sola en un cuartucho de mala muerte ensayando *a capella* con tal dominio, que cerró los ojos para escucharla. Los abrió cuando la voz de pronto calló, y ambas permanecieron en silencio, mirándose. Si la primera reacción de la mujer fue echarla de allí, enfadada por la intromisión, la admiración que revelaba la mirada embelesada de la joven debió de hacerla cambiar de opinión, y le hizo una seña para que entrara y cerrara la puerta; permaneció sentada en un rincón mientras la otra retomaba su ensayo.

Durante las semanas siguientes, los viernes a media tarde, con la excusa de ir a estudiar con una compañera de clase, Manuela se reunía con Dalia; la escuchaba repetir una y otra vez las mismas melodías, si bien nunca sonaban igual. «Interpretar no es repetir, es sentir, y en cada momento siento diferente», aseguraba la cantante en su mal castellano cuando se atrevía a hacer un comentario al respecto. No solo escuchaba, comenzó a cantar ella también en una lengua que desconocía, a dúo, sola, y descubrió que eran ciertas las palabras de su ahora amiga. En el Conservatorio y con doña Pilar se ceñía a las partituras, sin atreverse a alterar una nota, un espacio, una cadencia, pero allí, en el cuartucho, era ella misma, y la sonrisa de la intérprete de jazz no hacía sino afirmar que su talento era libre para expresarse. Y en eso apareció Matías.

No podía negar que sentía cosquillas en las palmas de las manos cada vez que se encontraban, si bien él se limitaba a saludarla con un gesto de cabeza cuando acudía a visitar a su abuela, o coincidían en los pasillos del Conservatorio. Lo había visto en el Goya en alguna ocasión, siempre en compañía de compañeros y, en especial, amigas con quienes bailaba el *fox-trot*, tan pegados los cuerpos que hasta resultaba indecoroso, aunque a ella no le habría importado intentarlo. Se imaginaba en la pista con él, ciñendo su cintura, apretándola contra su cuerpo, y tenía que pensar en otra cosa debido al súbito sofoco que sentía en esos momentos. Tuvo un sobresalto al descubrirlo apoyado en el muro, frente a la entrada trasera, fumando un cigarrillo, con la sonrisa burlona que empleaba con ella. No respondió a la pregunta sobre qué hacía en aquel lugar y echó a andar, pero la asió por el brazo, la atrajo hacia él y volvió a preguntar qué llevaba a una joven decente a un lugar de mala fama a una hora en la que ya debía de estar en casa. Le temblaban las piernas, no supo si por el miedo de verse descubierta o por sentirlo tan cerca. Era bastante más alto, pero acercó su rostro al de ella, casi lo rozaba; no podía apartar la mirada de su boca y cerró los ojos. Lo siguiente fue un beso, una caricia, unos labios que abrían los suyos, unos brazos que la estrechaban. Se desprendió con brusquedad y salió corriendo. Aquella noche tardó en dormirse, veía el rostro de Matías, sentía su beso, su abrazo, su corazón palpitaba, y su cuerpo se estremecía de deseo.

Al día siguiente, acompañó a doña Pilar a una exposición en el Museo de Zaragoza del que la familia era miembro en su calidad de patrocinadora, después comieron con dos amigas en El Café de Levante, siendo el principal tema de la conversación las elecciones generales en las que por primera vez habían votado las mujeres, eso sí, solo las mayores de cuarenta y cinco. Ella no podía votar, así que apenas prestó atención a la charla de las señoras, las tres ya de edad. No es que no le interesara el progreso social de la mujer, todo lo contrario; conocía algunas de las tribulaciones de la abuela Elisa a lo largo de su vida, así como las de su madre. Ambas habían padecido momentos más malos que buenos, pero habían luchado con la esperanza en un futuro mejor, y ella podía beneficiarse de sus esfuerzos. Sin embargo, las cosas cambiaban muy poco a poco, tres pasos hacia adelante y dos hacía atrás, que decía la tía Nieus. Ahora las maestras tenían acceso al grado superior, pero únicamente

para enseñar a las niñas, mientras que los maestros enseñaban a ambos sexos; las mujeres tenían entrada en la Universidad, pero no a todas las carreras, seguían siendo mal vistas por profesores y compañeros, y solo unas pocas llegaban a ejercer. Leyó en el periódico el debate sobre el voto femenino en el que se había discutido la capacidad mental de las mujeres, su ineptitud para la reflexión, el espíritu crítico y la ponderación, asociados a la masculinidad, además de considerar que el histerismo era parte de la propia estructura femenina. Demasiadas polémicas, demasiados conceptos para los que no se hallaba preparada. Su única inquietud en aquellos momentos era saber cómo reaccionaría al encontrarse de nuevo con Matías.

Se cruzaron en el portal, a la vuelta del paseo; besó a su abuela, a ella le dirigió un gesto de saludo, displicente, y marchó calle abajo sin girar la cabeza. No volvió a verlo hasta dos semanas más tarde, al presentarse en compañía de un amigo para llevarla a casa para las fiestas navideñas, y no supo qué decir. Doña Pilar le había pedido que lo hiciera a fin de que no tuviera que tomar el ferrocarril hasta Huesca y de allí continuar hasta su casa; en el automóvil iría más cómoda, y el viaje sería más rápido. Además, ambos jóvenes deseaban pasar unos días en la capital oscense donde su nieto tenía buenas amistades. Hizo el viaje sentada en la parte de atrás, escuchándolos hablar sin que en ningún momento se dirigieran a ella, como si no existiera, y se sintió invisible. Al llegar a El Maizal, descubrió que el amigo de Matías era en realidad su sobrino Alfonso, Sito, el hijo de su hermana María, aquel que había conocido años atrás durante unas horas, el que había presumido de tener el mismo nombre que el rey. No le había dicho nada para darle una sorpresa y rio al descubrir su identidad y observar su cara de pasmo.

La emoción de Aurora fue indescriptible al ver a su nieto por segunda vez, incluso se le saltaron las lágrimas al constatar que era la viva imagen de Mario, alto, desgarbado, el cabello largo y lacio, los mismos ojos. Quería a Agostín, pero nunca lo había deseado como al hombre con quien perdió la inocencia y vivió momentos de pasión que no habían vuelto a repetirse, el soñador, el romántico, el iluso, el amor de su vida. Se enorgulleció al saber que había finalizado los estudios de medicina general y se preparaba para ser cirujano, una materia que obligaba a tener la cabeza en su sitio, lejos de las utopías inalcanzables de su abuelo. También le alegró que María estuviera bien, aunque con la edad su carácter se hubiera vuelto todavía más autoritario y controlador. Se ocupaba de la administración de la clínica de su marido, asimismo del padre de Matías, socios en la aventura, motivo por el que los dos jóvenes se conocían y eran amigos. Le habló igualmente de Úrbez, quien había sido nombrado decano de la Facultad de Letras y gozaba de gran prestigio en el ámbito intelectual zaragozano. Ninguno de los dos, madre y tío, estaban al corriente de su viaje a Huesca, razón por la cual no le traía ninguna carta, aunque, aseguró, les llevaría las suyas si así lo quería. Era ya mucho tiempo sin noticias, y no sería ella quien diera el paso; ambos deberían haberse preocupado por sus respectivas madres y no lo habían hecho, por lo tanto, no había razón para comunicarse con quienes no deseaban saber nada de ellas. Aprovechó, sin embargo, para solicitar su opinión respecto al estado de la bisabuela y pidió a Angelita se lo explicara en términos que ambos entendían y que a ella le venían grandes.

Mientras tanto, Matías pidió a Manuela que lo llevara al lugar donde su amigo recordaba haberse puesto de barro hasta la coronilla cuando era un crío, y ella lo llevó al maizal, que presentaba un aspecto triste, las panochas recogidas, las hojas mustias, los tallos marchitos, nada que ver con la frondosidad que lucía en los meses cálidos. La temperatura era fresca en una tarde despejada que

auguraba una helada y allí, al abrigo de miradas indiscretas, volvió a besarla y, esta vez, ella no lo rechazó; respondió a sus besos y deseó que aquel momento no acabara, que se eternizara. No fue así. Él y Sito se despidieron al cabo de unas horas con la intención de pasar la noche en la ciudad; prometieron volver, pero no lo hicieron.

Transcurridas las festividades, dispuso su bolsa de viaje pensando en coger el tren de Huesca a Zaragoza, pero él apareció la víspera de la partida al volante de su automóvil, a buscarla por orden de doña Pilar, la informó. Pasó la noche en El Maizal, cenó con la familia, contó anécdotas, hizo reír a todos con sus bromas y tocó el guitarrico instándola a cantar algunas de aquellas tonadas populares cuasi olvidadas, de cuando actuaba con Lorién el dulero. Fue una velada memorable, incluso Elisa pareció salir de su ensimismamiento llevando el ritmo con el pie. Para finalizar, le pidió entonara una de las canciones de la «morenita» del Goya. No tuvo tiempo de preguntarle cómo sabía que ella practicaba con Dalia, su familia quería escucharla, y por vez primera cantó en público una melodía en una lengua que desconocía, con un sonido que a sus oyentes les era extraño, los ojos entornados, acompañada por el sonido acompasado de los dedos de Matías golpeando la caja del instrumento. Al finalizar, abrió los ojos, sorprendida, al no percibir ninguna reacción por parte de sus familiares, y se echó a reír; todos la miraban atónitos.

Partieron a primera hora de la mañana a fin de llegar a Zaragoza para la hora de comer, sin embargo, él se detuvo en una posada en las proximidades de Zuera a descansar, dijo, y a tomar un tentempié. Apenas habían intercambiado unas frases durante el viaje; era preciso mantener la atención pues eran muchos los vehículos motorizados que transitaban por una carretera que unía la capital de Aragón con Francia, incluso se cruzaron con un autobús de gasolina, lo que añadido a los carros tirados por animales y a un rebaño de ovejas que atravesó sin prisas la calzada convertían el recorrido en una aventura arriesgada. A Manuela la desconcertó aquella parada a menos de una hora de distancia de su destino, aunque tenía sed, y un refresco no vendría mal. Matías propuso que comieran allí; tenía ganas de pasar un rato a solas con ella, aseveró, podrían hablar, conocerse mejor... Y ella aceptó una vez más, deseosa de disfrutar de su compañía. Supo así que él conocía lo de sus ensayos secretos en el Goya por haberla seguido, preocupado porque los viernes no llegara a casa a la hora prevista. También le confesó que la escuchaba cantar en el cuartucho y que le gustaba mucho su manera de interpretar las nuevas melodías que hacían furor desde la intervención de los norteamericanos en la «gran guerra», como la gente denominaba el conflicto que había enfrentado a las naciones europeas. Averiguó asimismo que él no tenía intención alguna de convertirse en un intérprete repetitivo de obras ya compuestas, compondría las suyas propias, aseguró entusiasmado, ritmos nuevos; sería un Stravinski, o un Duke Ellington en todo caso.

Lo escuchaba cautivada, se imaginaba a ambos compartiendo escenarios por el mundo en un periplo repleto de peripecias, pero el sol iniciaba su declive, pronto sería de noche, y era peligroso conducir en la oscuridad; insinuó la conveniencia de ponerse en marcha, pero él aseguró que no había prisa, nunca se había sentido tan a gusto y, total, podían pernoctar en la posada y emprender ruta por la mañana. Y ella volvió a aceptar. Dieron un paseo por los alrededores, se acercaron al Gállego, contemplaron las estrellas, cenaron a la luz de la velas, le confesó que la amaba desde hacía mucho, desde la primera vez que se encontraron, aquella en la que le tiró los churros, y ella creyó vivir un sueño. Despertó del mismo cuando, con un guiño, el encargado les entregó la llave de la habitación: una llave, una habitación, una cama. Salió corriendo de la posada mientras él subía con las bolsas y no se detuvo hasta llegar al centro de Zuera donde preguntó por la cochera a un sereno que hacía la ronda. Por suerte llevaba su bolso con ella; pasó allí la noche, sentada en un banco muerta de frío y tomó el primer carro a Zaragoza. Contempló su bolsa de viaje en la habitación y por

un momento se le pasó por la cabeza la idea de cogerla y marcharse de vuelta al pueblo, pero quería continuar aprendiendo hasta lograr una voz propia. Solo rogaba que él no estuviera esperándola. No estaba, y se le escapó un suspiro de alivio, o quizás de pesar.

Aquel fue un año extraño. Manuela acabó el curso en el Conservatorio, pero no regresó a El Maizal en el mes de agosto. Desde mediados de junio y hasta finales del verano estuvo junto a su mentora en Alhama, un paraíso de aguas termales afamado desde las épocas de romanos y árabes al que se trasladaron en ferrocarril acompañadas de una doncella y se instalaron en el Gran Hotel Cascada, lujoso edificio que contaba con un ascensor para los huéspedes. Doña Pilar no se sentía bien últimamente, tenía problemas en las articulaciones y respiraba con dificultad al menor esfuerzo. Su hijo el médico le prescribió la estancia en el balneario, y ella aceptó de buena gana; había pasado allí su luna de miel, y el lugar le evocaba tiempos en los que era joven y feliz, y que ya no volverían.

No salía mucho de la habitación, en realidad un apartamento con dos dormitorios, sala de estar y sala de baño en cuya bañera se introducía con la ayuda de la joven y de la doncella a fin de sentir los beneficios de las aguas medicinales que surgían del grifo. En ocasiones bajaba al salón a escuchar al pianista que le recordaba la última vez en la que cantó en público a petición de su marido, y animaba a su discípula a interpretar alguna canción, pero esta sonreía y cambiaba de tema; lo último que quería era hacer el ridículo ante un auditorio acomodado, más entretenido en conversar sobre avatares políticos y sociales que en la interpretación del pianista. Aprovechaba para dar un paseo durante los momentos en los que la señora dormitaba o permanecía escuchando óperas en la gramola que se había hecho traer; bajaba al lago de aguas calientes durante todo el año, contemplaba los manantiales, la torre en lo alto de la peña resto de la antigua fortificación o caminaba por las estrechas calles de la población imaginando que regresaba a tiempos pretéritos.

Una mañana, doña Pilar no despertó. Creyéndola dormida, ella y la doncella decidieron no despertarla a la hora acostumbrada; la habían visto inquieta, desosegada la víspera durante toda la jornada, y era bueno que descansara tranquila. A eso del mediodía, entró a despertarla pues había dejado dicho que deseaba comer en el restaurante del hotel en lugar de en la habitación; corrió las cortinas, la llamó con suavidad, le tocó la mano y la encontró fría. El médico del establecimiento certificó su defunción y, horas más tarde, la familia al completo, hijos, hijas, yernos, nueras y nietos, se hallaba reunida en torno al lecho en donde la matriarca yacía debidamente peinada, maquillada y vestida con su mejor traje. Llevar el cadáver a Huesca a fin de enterrarla junto a su esposo resultaba complicado, y costoso, por lo que decidieron pagar el funeral y la tumba en el cementerio del pueblo. Después, cada cual volvió a su casa con la mente puesta en el papeleo y el correspondiente reparto de la herencia.

El país se agitaba, no cesaba el enfrentamiento entre los diversos partidos que habían logrado escaños en el Parlamento, los precios volvían a subir, también el paro; los periódicos de uno u otro signo publicaban noticias de huelgas, manifestaciones, protestas, proclamas, peleas en calles y tabernas; el caos era general, y no parecía que nadie pudiera poner remedio a la situación.

Una vez más, tras el segundo funeral por la fallecida celebrado en la basílica de El Pilar, el administrador de los Lazán comunicó a Manuela que no había ya motivo para que permaneciera en la vivienda de su protectora y que los herederos continuaran abonando la factura del conservatorio y demás gastos. Conocedor de su situación por Matías, Sito habló con su madre, y la joven se trasladó

al hogar de su hermana y continuó con los estudios de canto pagando ella misma el último trimestre gracias a los dineros que disponía en el banco y que apenas había utilizado excepto para algún capricho que otro. Pudo de esta manera finalizar el curso y obtener el título, si bien la relación con sus allegados era todo menos satisfactoria. María la trataba como a una pariente pobre; le hablaba en un tono condescendiente, hacía comentarios cargados de ironía sobre su futuro de cupletista y la mandaba a comer en la cocina con el servicio cuando tenían invitados. En cuanto al tío Úrbez, solo lo había visto en una ocasión y ni siquiera la invitó a su casa. Debía pensar en lo que haría una vez obtenido el diploma, y no lo tenía fácil. En Huesca no había conservatorio donde impartir clases, y aunque lo hubiera; no tenía experiencia en la enseñanza para solicitar plaza en alguna escuela o colegio, si bien le quedaban mil doscientas pesetas de las dos mil que doña Pilar le había ingresado en el banco, suficientes para vivir durante un tiempo y buscar algo antes de rendirse.

1936

Finalizado el curso y aprovechando que la familia se encontraba ausente, Manuela escribió una carta de agradecimiento, metió en el sobre un billete de quinientas pesetas por el alojamiento y la manutención, cogió su bolsa y se marchó con la intención de tomar el tren, pero antes pasó por el Goya a despedirse de Dalia. No la encontró. Ella y los músicos se habían marchado según la informó el encargado del local, ignoraba adónde. Al observar su gesto de decepción, el hombre le preguntó si era ella la joven que solía ir por allí a ensayar con la «morenita» y, al escuchar su respuesta afirmativa, le ofreció ocupar el lugar de esta pues, dijo, no había encontrado una suplente suficientemente capaz. La propuesta la dejó confusa durante unos instantes, pero un rato más tarde se hallaba en el salón ensayando con los músicos que habían ocupado el lugar de los anteriores. No conocía algunas de las canciones, sin embargo, no hubo problema en variar el repertorio. Temía no obstante no hacerlo bien cuando el local se hallase repleto, pero recordó las palabras de su amiga: «cierra los ojos, piensa que estás solas, no eres un papagayo, canta como te salga de dentro y olvida todo lo demás. El jazz no tiene reglas, es el alma de sus intérpretes». A partir de entonces cantó cinco noches por semana arropada por un público que guardaba silencio cuando aparecía en el estrado con el nombre de Ela. El cambio fue idea del encargado, Manuela era... demasiado corriente, aseguró, poco artístico, y a ella estuvo de acuerdo. Solo temía ver aparecer a Matías. No estaba segura de si había aceptado el trabajo por no tener otra cosa, o porque esperaba encontrárselo allí. Desde su escapada de Zuera, se habían cruzado en contadas ocasiones en las que no habían intercambiado palabra. Estaba decepcionada, habría querido explicarle su reacción en la posada, pero él no le había dado oportunidad, lo cual venía a confirmar lo que sospechaba: que su declaración de amor no había sido sino una treta. Lo quería, lo amaba, incluso había llegado a imaginar que serían novios y que más tarde se casarían, pero, a la vista estaba, los sueños eran quimeras, nada más.

Encontró alojamiento en casa de una viuda, otrora acomodada y ahora sin demasiados recursos, que alquilaba habitaciones a mujeres solteras y educadas. La residencia, un palacete a orillas del Ebro, presentaba un aspecto anticuado, más si cabe al compararla con las nuevas construcciones que iban surgiendo por los alrededores, pero el interior conservaba parte de su antiguo esplendor, si bien muebles, alfombras y cortinas no ocultaban su decadencia. En un principio, la dueña mostró cierta reticencia en aceptar a una joven que se ganaba la vida cantando en un local de bailes, que ya se sabía lo que ocurría en dichos lugares. Sin embargo, mostró curiosidad y le propuso cantara una melodía vieja de cincuenta años; ella la acompañaría al piano. Accedió, más que nada porque aquel era el bolero que su añorada protectora y ella habían interpretado juntas el día que se conocieron. La mujer la aceptó de pupila, si bien puso como condición que cantara para ella y sus huéspedes los días que libraba, domingos y lunes. Le hizo gracia la propuesta y aquella misma tarde se instaló en una habitación compartida con mujer de mediana edad, procedente de la Hoya de Huesca al igual que

ella, que trabajaba en el Servicio Público Telefónico. Si bien ya existía la posibilidad de comunicarse de forma automática con Huesca capital no ocurría igual con los pueblos, por lo que eran necesarios los servicios manuales de las telefonistas. Gracias a su nueva amiga, todos los domingos hablaba unos minutos con sus padres, quienes esperaban puntuales en la centralita del pueblo su llamada tras la misa de doce. Supo así que la abuela se apagaba sin remedio.

Sin abandonar el lecho ni reconocer a hijos y nietos, la mirada perdida, en efecto, Elisa se apagaba. A veces decía palabras incoherentes; otras, repetía los nombres de su marido y de sus hijos, y sonreía feliz, despidiéndose de una vida repleta de momentos amargos, pero también dichosos. Al igual que el náufrago se aferra a una tabla de salvación, en su mente revivía estos últimos, trazos desdibujados, instantes que su memoria evocaba de forma desordenada. Hasta que dejó de respirar, una tarde, a finales del estío, en que los rayos del sol iluminaban el maizal de sus alegrías, también de su desgracia.

Agostín envió un telegrama a su hija, y esta llamó a Sito para preguntarle si podía llevarla, a fin de cuentas, era asimismo bisnieto de la fallecida. No podía. Aquel mismo día estaba prevista en la clínica una operación a la que por primera vez asistiría como ayudante de su padre, una gran oportunidad para su futuro que le era imposible eludir. De todos modos, tampoco tenía mayor relación con aquella bisabuela a la que había visto un par de veces, si bien esto no lo dijo. Prometió, sin embargo, enviarle un chófer de su confianza que la trasladaría al pueblo sin problema. A la hora fijada, se hallaba en la puerta de la verja del palacete esperando la llegada del automóvil, y no disimuló su sorpresa al constatar que el supuesto chófer era Matías Lazán en persona. Él apenas respondió con un gesto a su saludo, metió su bolsa en el maletero y le abrió la puerta, todo sin decir palabra. Continuó callado durante el trayecto, la vista al frente oculta por unas gafas con cristales ahumados que no permitían descubrir la expresión de su mirada. A su lado, encogida en el asiento del *Ford Modelo A* descapotable, un lujo al alcance de muy pocos, ella también mantenía la vista al frente, la mente en blanco. No pudo, sin embargo, evitar mirarle de reojo al pasar por delante de la posada de Zuera, el lugar del que había escapado una noche, iba ya para dos años, pero no observó en él ningún tipo de reacción. Era la primera vez desde entonces que se encontraban a solas, y se preguntó cuál habría sido su postura de haber sabido que el «chófer» enviado por su pariente era precisamente el hombre que se le declaró una noche a la luz de las velas en un hostal de carretera, el que le robó su primer beso, el que le contó su sueño de llegar a ser compositor de melodías nuevas.

No se detuvieron ni para beber un vaso de agua y llegaron a la puesta de sol a El Maizal, donde encontraron a la familia y a algunos labriegos de la finca reunidos en torno al féretro abierto de Elisa. La anciana yacía con un semblante tranquilo, incluso con una medio sonrisa esbozada, un rosario y su libro de recetas entre las manos. El cura apareció por la casa para rezar unas oraciones a la espera del funeral previsto para la mañana siguiente, los trabajadores se fueron y quedaron solo los familiares. Matías se había marchado a la ciudad tras dar el pésame y prometer que en unos días regresaría para llevarla de vuelta a Zaragoza. No hacía falta que permanecieran todos despiertos, aseguró Aurora, y más teniendo en cuenta que no habían dormido desde el día anterior; reiteró que su madre y abuela no iba a enterarse y que bastaba con una persona que permaneciera a su lado, ella. Antoi, Nieus y sus hijos no se hicieron de rogar, estaban agotados. A Agostín hubo que insistirle varias veces; cabeceaba en su sillón de mimbre y apenas podía mantener los ojos abiertos, pero sentía que era su deber permanecer junto a su mujer en un momento cuya pena él era el único en conocer a fondo. Finalmente, su hija lo asió por un brazo, lo acompañó a la habitación y regresó junto a la madre. A esta solo le bastó mirarle a los ojos para saber que nada la haría cambiar de opinión, que se

quedaría a su lado dijera lo que dijese, y sonrió; era tan tozuda como ella misma.

Ninguna de las dos tenía sueño pese a lo extenuante de la jornada y hablaron durante toda la noche, aunque más bien fue Aurora quien lo hizo. Necesitada de alargar su adiós, o quizás más bien deseosa de que la mujer que tanto había luchado y a quien tanto había querido permaneciera de alguna manera viva, escarbó en sus recuerdos y, al igual que los antiguos transmitían la memoria junto al fuego, le contó a Manuela la historia de su abuela, al menos la que ella conocía, convencida de que su madre había guardado para sí sus más íntimas evocaciones, buenas y malas. Se quitó el guardapelo y se lo entregó a modo de rito esperando, dijo, que algún día ella también pudiera transmitir el testimonio no escrito de unas vidas sin las cuales ellas no estarían allí. La familia las encontró temprano por la mañana, lavadas, peinadas y vestidas de negro, ocupadas en disponer el desayuno antes de meter el ataúd en el carro y emprender el cortejo fúnebre hacia el pueblo. Pese a que la difunta llevaba años sin aparecer por la iglesia, y parte de sus deudos tampoco, el cura se mostró amable si bien el sermón fue breve, apenas una referencia a su trabajo para sacar adelante a la familia y otra a su buena mano con los dulces. La enterraron junto a Bizén y regresaron a El Maizal sin invitar a nadie a tomar algo en la taberna con la disculpa de que el calor empezaba a pegar fuerte, y de que Belián lo aguantaba mal sentado en su silla de ruedas. Ni que decir tiene que hubo comentarios para todos los gustos, en los que no faltaron alusiones a la impiedad y tacañería de la familia.

Tal y como había prometido, Matías apareció cuatro jornadas más tarde, temprano por la mañana; aceptó un café de achicoria, aseguró tener prisa, y poco después Marcela y él emprendían viaje a Zaragoza. Al igual que a la ida, se mantuvo en silencio, y ella tampoco dijo nada, absorta en lo escuchado acerca de la vida de la abuela Elisa. Algo sabía, pero ignoraba muchos detalles, el maltrato recibido por parte de su padre, la huida a Buisán, las penurias antes de encontrar trabajo en un obrador de Huesca o cómo llegó a publicar el libro de recetas de dulces, del cual la familia solo disponía de un ejemplar, que guardaba su madre como oro en paño; el otro ejemplar se había ido con ella a la tumba. Quizás deberían haber hablado más, saber lo que pensaba, en qué creía, en qué soñaba... De hecho, sabía más de la vida de doña Pilar que de la de su propia abuela. Tampoco conocía bien la historia de su madre, al menos no la de antes de nacer ella, aunque sí que era viuda de un primer marido con el que tuvo a aquella hermana lejana con quien apenas trató durante los meses que pasó en su casa, y que dejó bien claro que la había acogido por caridad. La próxima vez que estuvieran juntas, hablaría con su madre largo y tendido para no tener que arrepentirse luego por no haberlo hecho.

Tan ensimismada se hallaba, que tardó en darse cuenta de que la carretera por la que transcurrían no era la misma de siempre, esa la conocía al dedillo. El paisaje no le resultaba familiar, y tampoco reconocía las localidades que atravesaban. Tal vez habían tomado otra ruta, pensó, pero no se atrevió a inquirir y se quedó amodorrada con el runrún del motor y la brisa caliente que acariciaba su rostro. Despertó con un brusco frenazo, escuchó un «ya hemos llegado» y miró por la ventanilla; se hallaban delante de un caserón, en una calle estrecha. No supo cómo reaccionar al preguntar dónde estaban y recibir un lacónico «en Ejea» como respuesta. Matías hizo sonar el claxon y se bajó del coche al tiempo que dos sirvientes aparecían por la puerta y recogían las bolsas. Manuela observaba el trajín como si no fuera con ella, como si se tratara de una película, estaba atónita. ¿Qué diablos hacían en Ejea de los Caballeros? Continuaba sentada en el asiento del copiloto, intentando pensar, pero él la asió por un brazo y la metió en la casa. Una vez dentro, la llevó a una elegante habitación que disponía de cuarto de baño, tina de cuatro patas y grifo incluida. Horas más tarde, no supo calcular,

se encontraba ante el espejo contemplando la imagen de una mujer joven no mal parecida, vestida con un traje largo de fiesta, zapatos de tacón alto, el cabello recogido, maquillada, y estupefacta. Aquella persona que le miraba desde el otro lado del espejo no era ella.

Cuatro mujeres habían entrado en la habitación, la habían desnudado, bañado, lavado el cabello, aplicado cremas, masajeado, depilado... Todo sin que ella hubiera sido capaz de oponer resistencia, quizás porque estaba aterrorizada o, más bien, porque sentía curiosidad por ver adónde llevaba todo aquello. Envuelta en un albornoz, la peinaron, maquillaron y le pasaron un vestido escotado de raso dorado con una abertura que dejaba ver su pierna derecha hasta medio muslo. Cuando por fin reaccionó, solo se le ocurrió pensar que su aspecto era el de una... no se atrevió a decirlo en voz alta. Permaneció anonadada hasta que Matías volvió a entrar, la examinó de arriba abajo aparentemente satisfecho, y le dijo que esperara allí sin moverse. La espera se le hizo eterna; se sentía incómoda vestida con aquel costoso traje que a ella nunca se le habría ocurrido ponerse, y maquillada al igual que las actrices del cinematógrafo. Recordó haber visto en una revista de su madre un retrato de La Bella Otero, una cantante y actriz de comienzos del siglo, que había logrado mucho éxito y dinero como cantante y actriz prostituyéndose con hombres muy ricos, que pagaban lo que fuera con tal de acostarse con ella, y amante de varios reyes, incluido el exiliado español. Le entró la risa imaginándose en la cama con aquel a quien su padre llamaba «tipejo coronado», pero la risa se le cortó de golpe cuando una doncella entró en la habitación y le pidió que la siguiera.

A medida que descendía las escaleras, notó que la invadía el desasosiego al descubrir en el salón a unos cuantos hombres trajeados, algunos uniformados, que hablaban mientras fumaban y sostenían en las manos copas de cristal o tazas de café. Y mayor fue su desazón cuando callaron y se vio examinada entre sonrisas y comentarios subidos de tono. La aventura había llegado muy lejos, no tenía ya curiosidad por saber lo que Matías se traía entre manos y estaba dispuesta a salir de allí, aunque tuviera que hacer a pie el trayecto de vuelta al pueblo. Su mirada se dirigió hacia la puerta de la calle con la intención de ir hacia la salida, pero él se interpuso y le alargó la mano derecha invitándola a seguirlo. Nunca lo había visto tan elegante, atractivo, tanto, que le recordó al protagonista de la primera película sonora que había tenido oportunidad de ver un mes antes en compañía de su compañera de cuarto; alto, delgado, peinado hacia atrás, lo único diferente era su mirada, la de aquel clara, la de este oscura como una noche sin luna. Casi sin darse cuenta se hallaban junto al piano de cola situado junto a los ventanales; él le susurró el título de una de las canciones que interpretaba en el Goya e inició los primeros compases. Olvidó su propósito de marcharse rápidamente de aquella casa y a los hombres que ahora permanecían en silencio, cerró los ojos y comenzó a cantar *Blue Moon*, de Ella Fitzgerald, la cantante a quien de alguna manera había copiado el nombre, aunque en su momento no supiera de su existencia. A esta siguieron otras melodías de su repertorio, jazz, blues, soul... si bien no cayó en la cuenta hasta más tarde de que su acompañante las conocía tan bien como ella.

Los asistentes a la velada parecían satisfechos, mucho; aplaudieron cada una de sus interpretaciones y, al finalizar, algunos se le acercaron para felicitarla, invitándola a acompañarlos en lo que quedaba de la velada con un guiño cómplice, una mano en su cintura, una insinuación al oído. Desaparecido el estado de embeleso que la embriagaba siempre que cantaba, notó que se le ponía la carne de gallina y miró a su alrededor en busca de ayuda. Matías le sonrió, le echó el brazo por encima de los hombros, dijo algo sobre que la artista estaba cansada del viaje y necesitaba descansar y se dirigieron

hacia las escaleras. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir a Sito apoyado en la barandilla. ¿Qué hacía él allí? ¿Y por qué vestía una camisa azul y una corbata negra, inapropiadas para una velada social?

La doncella que había ido en su búsqueda la ayudó a desvestirse y dejó sobre el tocador una bandeja con una taza de té y unas tapas que devoró una tras otra; no había comido nada desde el desayuno en El Maizal. Le costó conciliar el sueño, acostada en un lecho enorme de sábanas finas y almohada de plumas, y volvió a preguntarse qué hacía allí su sobrino, y por qué Matías no le había dicho que la había llevado a Ejea para cantar ante unos hombres a todas luces pudientes y unos militares cuyas pecheras lucían un buen número de medallas. Cuando despertó era ya mediodía; se vistió la ropa del día anterior y bajó las escaleras con la intención de abandonar el lugar cuanto antes. La misma doncella la esperaba en el pasillo y la acompañó al comedor donde los dos jóvenes se hallaban sentados a la mesa, el uno trajeado de la manera informal que acostumbraba, el otro, con la misma camisa y corbata de la víspera. Tenía hambre y apenas respondió a sus saludos y a la pregunta de si había descansado, comió de una tacada el plato de cardo en salsa de almendras, seguido de trucha al horno rellena de jamón y solo se tomó un respiro cuando finalmente les sirvieron unos melocotones con vino. Después de comer, fija en su idea y aprovechando que ellos habían salido, cogió su bolso y se dirigió a la puerta. No pudo pisar la calle, se lo impidió un hombre alto y fuerte, no mucho mayor que ella, vestido de negro y con cara de póker, quien se limitó a mirar por encima de su cabeza al preguntarle ella si acaso estaba presa.

Aquella noche se repitió la misma escena: la maquillaron, peinaron, le pusieron un precioso vestido de color verde musgo de cola con un provocativo escote, que dejaba a la vista casi toda su espalda. Mientras esperaba a que la llamaran, volvió a contemplarse en el espejo. Sus padres se habrían escandalizado, pero tenía que reconocer que se veía muy atractiva. De hecho, Matías no disimuló su admiración, ni tampoco la ocultaron los invitados, algunos de los cuales volvieron a dirigirse a ella en tono insinuante, aunque en esta ocasión no hubo manoseos; él y Sito la escoltaron en todo momento a modo de guardaespaldas. Tras el recital, permaneció en el salón, una copa de champán en las manos, y tuvo oportunidad de captar algunas frases sueltas que no entendió, pero que la dejaron sumamente inquieta.

Achispada por el champán, turbada y al mismo tiempo fascinada por ser centro de atención y más todavía al leer el deseo en la mirada del hombre que amaba, creyó vivir un sueño cuando él la acompañó a la habitación y cerró la puerta. La desnudó sin prisas, acariciando su cuerpo, confesándole el amor que sentía por ella desde el momento en que sus caminos se habían cruzado y la penetró despacio acallando con besos sus quejidos. Despertó en sus brazos, y volvieron a amarse. Durante dos semanas se sintió la mujer más feliz del mundo, tanto, que apenas se apercibió de la ausencia de Sito y de que siempre estaba acompañada. A veces Matías la llevaba a dar una vuelta por los alrededores en su automóvil, aunque raramente se detenían a contemplar el paisaje o a visitar un pueblo. Otras, se sentaban en la terraza, y él hablaba del futuro que esperaba a ambos; haría de ella la más sobresaliente intérprete de las nuevas tendencias musicales, y juntos actuarían en los mejores teatros de Europa. Después, volvían a amarse. Cuando él salía, el hombre de negro con cara de póker la seguía por la casa, si bien siempre a distancia y sin decir una palabra.

Una mañana despertó sola en la cama, pensó que él habría salido como hacía a menudo, no sabía adónde ni a qué, pero los días transcurrieron, y no hubo señales. Manuela llegó a la conclusión de que, en efecto, se hallaba retenida contra su voluntad. Podía moverse por la casa, acceder a la terraza, sentarse en la galería a leer uno de los cientos de libros que ocupaban las estanterías de la biblioteca,

escuchar música en el gramófono, pero no salir a la calle, siempre vigilada por el hombretón, a quién decidió llamar «Póker», que la seguía a todas partes sin quitarle el ojo de encima. Pasadas otras dos semanas, el ánimo por los suelos, sin ganas ni para vestirse, ya no abandonaba la habitación, permanecía en la cama o sentada junto a la ventana contemplando los tejados que veía más allá, pensando en sus padres y también en su trabajo. Había prometido volver tras el funeral de la abuela, pero a estas alturas, transcurridos casi dos meses, el dueño se habría buscado otra cantante.

La doncella que la atendía, intentaba animarla, le llevaba la comida y la instaba a arreglarse, aunque solo fuera para sentirse mejor consigo misma, en ocasiones incluso le hacía compañía mientras cosía. Así supo que la casona pertenecía a la madre del señorito Alfonso, quien la había recibido en herencia de su padre, don Beltrán de Luesia, un ganadero muy rico de la localidad fallecido años atrás. Dicha revelación la dejó estupefacta. ¿Desde cuándo el padre de su medio hermana era un ganadero? Desconocía los detalles, pero sí sabía que María era hija del primer marido de su madre, de apellido Garcés, que era maestro. No quiso mostrar demasiado interés, pero el deseo por saber más la animó a salir de la habitación en busca de alguna pista. La encontró en el escritorio de la biblioteca, sobre el cual había depositadas varias cartas sin abrir. Con la disculpa de copiar unos versos de Gustavo Adolfo Bécquer, uno de sus poetas favoritos, y bajo la siempre atenta mirada de Póker, quien se mantenía junto a la puerta tieso como un poste, se sentó al escritorio, cogió de una pila un folio en blanco y un lápiz de una bandeja y comenzó a escribir al tiempo que recitaba en voz alta:

Por una mirada, un mundo, por una sonrisa, un cielo, por un beso... yo no sé
qué te diera por un beso.

Llevaba copiadas y recitadas seis rimas cuando su guardián se movió hacia la ventana, y ella aprovechó para deslizar una de las cartas entre los folios. Todavía continuó un rato más aparentemente concentrada en su labor; después, recogió las hojas, devolvió el libro a la estantería y salió de la biblioteca sin dirigir la mirada al hombre. De vuelta en su cuarto, leyó el membrete que aparecía en el sobre: *Don Alfonso Cortillas Luesia*, y permaneció unos instantes con la mente en blanco. Así que era cierto, María había renegado de su familia. ¿Cómo no se enteró durante la estancia en su piso de Zaragoza? Quizás porque todos la trataban de doña o de señora de, o porque a ella ni se le ocurrió imaginar que hubiera adoptado el nombre de aquel ganadero del cual le había hablado la doncella. ¿Y Sito? ¿Lo sabría también? Se lo preguntaría en cuanto volviera a verlo y se juró no decir nada a su madre pese a la nula relación existente entre ella y su hija mayor; saberlo le haría daño. Pero si albergaba algún tipo de sentimiento fraterno hacia su media hermana, desapareció en aquel mismo instante.

Tendría que volver a la biblioteca, a seguir copiando versos, para dejar la carta en su sitio, pero... Ya que en ello estaba, y con cierto resquemor, se dijo que no pensaba molestarse en devolverla y rasgó el sobre. Dentro encontró un tarjetón con tres bandas en rojo, negro y rojo, y una frase que la dejó perpleja: «Si hace falta morir para vencer, moriremos», y una firma ilegible. Por muchas vueltas que le dio, no logró descifrar el significado de semejante mensaje. ¿Morir? ¿Vencer? ¿De qué iba todo aquello? Notó un hormigueo en las manos, algo que le ocurría cuando estaba nerviosa, y decidió deshacerse del tarjetón y del sobre; los cortó con unas tijeras en trocitos minúsculos, los echó al retrete y tiró de la cadena. No volvió a salir de la habitación durante las siguientes jornadas.

Una noche la despertó un sonido similar a los cohetes de fiestas y se asomó a la ventana. El calor se dejaba sentir tras una bochornosa jornada de mediados del mes de julio, y la luna se hallaba en cuarto menguante. No se veían luces ni bengalas, solo lo que ella creyó eran petardos; se oían de manera intermitente, hasta que pararon, y el silencio fue total. A la mañana siguiente no apareció la doncella que la atendía, no le sirvieron el desayuno, y tampoco se escuchaba el ajetreo habitual en la casa. A eso del mediodía decidió bajar a averiguar lo que ocurría y no encontró a nadie, incluso su guardián había desaparecido. Encontró por fin a los siete miembros del servicio, Póker incluido, alrededor de la radio de galena instalada en el salón de fumar para uso exclusivo de los dueños, y se unió al grupo. Una voz en tono nasal repetía proclamas y consignas para la población. En un principio, pensó que se trataría de un aviso de incendios, comunes en la zona durante el verano, pero la exclamación «*¡Es la guerra!*» de la cocinera le erizó el vello, y corrió a encerrarse en su habitación.

Lo primero que le vino a la mente fueron aquellos comentarios, ininteligibles para ella, escuchados en lo que creía se trataba de una reunión de hombres de negocios. Recordó también el tarjetón con la frase, que tampoco había entendido, y la extraña indumentaria de su sobrino durante los dos días que había permanecido en la casa, que ahora sabía era propiedad de María y, por tanto, también de él. Y se preguntó, sin poder responderse, la razón por la cual decía la cocinera que había una guerra. No sabía de políticas, no le interesaban; eran asuntos de los que no se hablaba en El Maizal, aunque su padre solía hacer comentarios jocosos acerca de los gobernantes, los terratenientes, banqueros, «ricachones» los llamaba, que engordaban sus fortunas explotando a obreros y campesinos, y a quienes habría que guillotinar como habían hecho los franceses más de un siglo antes. Notó un escalofrío. Tenía que volver cuanto antes al pueblo; cogió el bolso y bajó las escaleras rogando para que su guardián continuara escuchando la radio. No encontró impedimento alguno, salió a la calle y se dirigió a paso rápido hacia la iglesia de San Salvador, el único lugar de la localidad que conocía y en cuyos alrededores podría preguntar por las cocheras. Matías la había llevado a misa los tres domingos que habían permanecido juntos, algo que la dejó muy asombrada pues no lo creía creyente practicante,
y menos a sabiendas de que ambos mantenían una relación prohibida. Desde su súbita desaparición no se había molestado en acudir pese a que las sirvientas de Casa Luesia se habían ofrecido a acompañarla.

No tuvo tiempo de preguntar; se vio arrastrada hacia la plaza por cientos de personas. Era lunes, el lugar estaba repleto de hombres y mujeres de todas las edades, también uniformados, y otros con camisas azules y corbatas negras, y su asombro no tuvo límite al descubrir a Sito arengando a los presentes desde un balcón. El joven culto y educado que conocía parecía otra persona; hablaba por un micrófono contra los enemigos que destruían el orden y la moral, se apropiaban de tierras que no les pertenecían, intentaban sojuzgar el bienestar de la nación, prostituían a sus mujeres y querían hacer lo mismo con las buenas católicas, era por tanto preciso acabar con ellos, eliminarlos de la faz de la Tierra. Lo único que le vino a la cabeza en ese momento fue un relato, leído precisamente en la biblioteca de su sobrino. No recordaba el nombre del autor, pero sí el título, *La marca de la bestia*, en el que el personaje principal se convertía en lobo, y eso parecía él: un lobo atemorizando a un rebaño de ovejas. La mayoría de la gente lo escuchaba intimidada; algunos, los menos, vitoreaban a grito pelado sus palabras. Reculó con disimulo intentando marcharse de allí, vano intento. Sito había abandonado el balcón escoltado por hombres pistola en mano, y pasó por su lado sin verla, adentrándose por la calle Herrerías en dirección a la iglesia de Santa María de la Corona, donde tendría lugar un servicio religioso a fin de pedir al santo patrón, San Juan Bautista, por el éxito de la

empresa que acabaría con los males que amenazaban a la patria. No lo siguió como hicieron casi todos por militancia, miedo o curiosidad, y tomó la dirección opuesta, pero descubrió a Póker, cuya cabeza sobresalía entre el gentío y volvió sobre sus pasos, si bien echó a correr por la primera calle que encontró, y luego por otra, y por otra, hasta estar segura de que el hombre no la seguía. Perdida y tras muchas vueltas, una callejuela la llevó por fin a una carretera rodeada de huertas por la que se puso a andar sin saber adónde.

El sol iniciaba su puesta cuando, asida sin miramientos por un brazo, Matías la empujó dentro de su habitación y cerró la puerta con llave.

En el pueblo seguían las noticias por la radio recién instalada en el local de Benito el de la Engracia, donde había sillas para ver las películas y barra para los bailes. La víspera, en misa, el cura había comunicado a sus feligreses lo que estaba ocurriendo, exhortándolos a mantener la calma y a no hacer locuras, que allí todos se conocían. No obstante, aquel mismo día, unos cuantos vecinos del pueblo partieron a luchar, incluido el hijo carpintero de Antoi. Su marcha sumió a los moradores de El Maizal en la más profunda de las tristezas. El padre cogió la azada y no regresó hasta la noche, mientras que su mujer no paraba de llorar, ella, que siempre había sido una mujer vital, pero era demasiado pesar tener un hijo inválido, no saber nada del segundo, el mecánico, y que el tercero se hubiera ido a una guerra que ni les iba ni les venía. Belián no salía de la depresión que lo mantenía abstraído hasta tal punto, que había que darle de comer a la boca, y Angelita salió a atender en un parto. Por su parte Aurora y Agostín se preguntaban angustiados dónde estaría Manuela, de la cual llevaban meses sin tener noticia. Después de cenar, los seis se sentaron en el porche, pero apenas tenían qué decirse, y cualquier mención a la situación provocaba el llanto de Nieus y la preocupación en el resto, por lo que era mejor permanecer en silencio. Todos, no obstante, esperaban, rezaban, para que las cosas volvieran a la normalidad, a fin de cuentas, no parecía que nada fuera a ocurrir en un lugar tranquilo como era aquel. Se equivocaban.

Dos días más tarde, un estruendo los sacó de la casa y contemplaron, estupefactos, media docena de aviones que se dirigían a la capital, y la sangre se heló en sus venas al escuchar poco después el fragor de las bombas.

Como siempre ocurre, la guerra dejó un país roto, ciudades y pueblos en escombros, cárceles abarrotadas al igual que los campos de prisioneros, tierras yermas, establos vacíos, ultramarinos desprovistos de géneros de primera necesidad, dolor y miedo, mucho miedo. A los desmanes cometidos por ambos bandos vinieron a sumarse las represalias de los vencedores. Familiares, amigos, simpatizantes de los vencidos eran detenidos y llevados ante el juez en el mejor de los casos, ejecutados sin juicio en el peor, y sus cuerpos enterrados en cunetas, fosas comunes o, simplemente, tirados en las calles para dar ejemplo. Vecinos delataban a otros debido a viejos resentimientos o para saldar cuentas que nada tenían que ver con las ideas, especuladores se apropiaban de campos y propiedades, y podían verse por los caminos gentes que huían en busca de sustento o de un lugar donde vivir, Aurora, Agostín, Antoi y Nieus entre otros.

En los inicios de los enfrentamiento, al pánico provocado por los bombardeos y los combates que tenían lugar en la población y alrededores, se añadió el saqueo, confiscación la llamaron, de graneros, huertos, cuadras, corrales y cochiqueras para alimentar a los combatientes. Los habitantes del pueblo,

personas mayores, mujeres y niños, vieron desaparecer su medio de vida, sobreviviendo a base de hierbas, hortalizas que escapaban de la requisa y bellotas de la carrasca, así como algún conejo e incluso topillos y palomas que lograban atrapar a base de trampas, pues las escopetas de caza también habían sido incautadas al comienzo de la contienda. Tras casi dos años de terror, como si de un espectáculo circense se tratara, contemplaron atónitos un combate aéreo en el que participaron un centenar de aviones cuyo estruendo provocó más de un ataque de corazón y los obligó a refugiarse en lugares inverosímiles. Cuatro días más tarde se escuchó un silencio de muerte, y los más osados se atrevieron a salir de sus escondites. Nunca olvidarían la visión de cadáveres ensangrentados que se pudrían al sol, heridos reclamando auxilio, casas destruidas, restos de aviones esparcidos por los campos...

La campana de la iglesia repicó a eso del mediodía, y no hubo un solo habitante que no acudiera a la llamada. Apesadumbrados, todavía aterrorizados, escucharon al cura hablar de la victoria de Dios Todopoderoso sobre las fuerzas del Mal, de los crímenes perpetrados por los enemigos de la Iglesia, de la penitencia para obtener el perdón divino, y al decir esto último dirigió la mirada hacia aquellos hombres y mujeres que no acostumbraban a asistir a misa, en especial los cuatro dueños de El Maizal. Sentados en el último banco, Aurora y Agostín sostuvieron su mirada, no así Antoi y Nieus, quienes no levantaban los ojos del suelo.

Se dice que las penas nunca llegan solas, y así fue en su caso. Seguían sin noticias de Manuela y de sus dos primos, el mecánico y el carpintero, y por si esto fuera poco, a Angelita la habían detenido por prestar ayuda a los heridos enemigos, e ignoraban su paradero. A Belián lo encontraron muerto una tarde, días atrás, en que durante unas horas no se escucharon los ruidos de la guerra, y los mayores aprovecharon para dar con algo que echarse a la boca, alguna hortaliza, alguna fruta. Al volver, él ya no estaba en el porche donde lo habían dejado, tampoco en el interior de la casa, y lo buscaron pensando que no andaría lejos. Lo encontraron flotando boca abajo en una acequia, la silla de ruedas medio sumergida a su lado. Se había quedado en los huesos en los últimos meses y, aunque parecía no enterarse de nada, sí debió darse cuenta de la ausencia de la mujer que había estado a su lado durante los últimos diecisiete años, quizás el motivo para desaparecer él también de una existencia atormentada en la que ella era su único consuelo. Nunca lo sabrían. No dieron parte; los bombardeos recomenzaron a la mañana siguiente y, a fin de cuentas, un suicida no tenía derecho a sepultura en tierra consagrada. Lo enterraron bajo el melocotonero que él mismo había plantado cuando era niño.

Cuatro días después de la homilía, a primera hora de la mañana, vieron llegar en un furgón a un grupo de hombres, la mayoría desconocidos, si bien reconocieron entre ellos a varios de sus vecinos. El que iba al mando se presentó como responsable de la «Comisión de incautación de bienes» creada por el nuevo gobierno y les comunicó que la finca había sido expropiada por orden de la autoridad. A fin de corroborar sus palabras, les tendió un papel escrito a máquina, lleno de faltas y tachones, en los que se acusaba a los propietarios, Aurora Albar, maestra, y Antoi Albar, labrador, de falta de patriotismo. Más abajo, y con otra letra, aparecía tachada una lista de posibles cargos como incitación a la rebelión, apoyo a los revolucionarios, obtención de prebendas o militancia en partidos y sindicatos, y otros más que no lograron descifrar. No era el caso, ninguno había participado en mítines, huelgas o protestas, ni se había posicionado, pero tampoco había apoyado a la jerarquía establecida antes de que aquellos malnacidos se hicieran con el poder y, además, no acudían a misa, no se confesaban ni comulgaban. Vigilados en todo momento, solo pudieron coger algunas ropas; los pocos objetos de valor que tenían, pulseras, aretes, cadenas, relojes, quedaron en los cajones.

No podían permanecer en el pueblo; el cabecilla de la partida lo dejó bien claro: allí no hacían

falta gentes indeseables. Por otra parte, tampoco habrían tenido dónde. Los vecinos con los que mantenían relaciones se encontraban en su misma situación, los había que lo habían perdido todo, y en el párroco y en otros, mejor no pensar. Echaron a andar con sus atadijos al hombro, seguidos por los hombres en el furgón, que querían asegurarse de que abandonaban el lugar. El camión dio media vuelta en cuanto las cuatro figuras desaparecieron por el otro lado de la carretera en dirección norte.

Tardaron casi tres semanas en llegar al único lugar que a Aurora le vino a la cabeza: Buisán. Era una locura, pero no se le ocurrió ningún otro, y Antoi estuvo de acuerdo. Ambos recordaban su infancia entre montes y bosques, libres como las aves que anidaban en los árboles y partían al llegar las nieves. Quizás todavía quedara uno de sus primos, o alguien conocido. Cierto que sus hijos no sabrían dónde estaban, pero también lo era que de todos modos tampoco sabrían dónde buscarlos, aunque lograran encontrar cobijo en los alrededores, imagen de la desolación más completa. Tanto la una como el otro les habían hablado de la remota aldea en la que habían nacido, idealizada con el paso del tiempo. Con un poco de suerte, a Manuela o uno de sus dos primos se le pasaría por la cabeza que pudieran encontrarse allí y fueran a comprobarlo. Cuando las cosas se calmasen, cuando ya no quedaran ecos de guerra, entonces, quizás, volverían al pueblo si todavía seguían vivos.

Fue un viaje penoso durmiendo a la intemperie, en ocasiones en algún establo o casa abandonada, mendigando pan y agua, lavándose la cara y las manos en fuentes y ríos, las ropas mugrientas. En ocasiones, caminaban en compañía de personas, incluso familias, que partían hacia Francia, hacia el exilio, a través de los Pirineos, pero apenas hablaban, nadie quería hablar, el miedo en el cuerpo, la desconfianza en la mirada. Antes de llegar a Sabiñánigo tomaron el camino a La Ballibasa, donde permanecieron una noche en una cabaña, propiedad de un anciano de mirada triste a quien apenas entendían lo poco que decía, pero donde al menos pudieron descansar y llenar el estómago con algo parecido a unas migas, si bien no se atrevieron a preguntar por su contenido. Al despertar, el hombre había desaparecido. Les habría gustado agradecer su hospitalidad, dejar algo a cambio, pero nada tenían y reemprendieron la marcha. Dos días más tarde, tras pasar por un Fanlo arrasado, a Aurora se le saltaron las lágrimas al divisar la decena de tejados de la aldea que recordaba con tanto cariño, encima de una loma, rodeada de árboles, protegida por los montes cuyas cumbres ocultaba la niebla, ajena al conflictivo mundo que bullía a su alrededor.

Solo encontraron a uno de los primos, Zilio, de la misma edad que Antoi con quien había compartido juegos y más de una azotaina, y la emoción de ambos hombres al reconocerse fue para todos el primer momento feliz en mucho tiempo. Según les dijo, no quedaba allí nadie más, él era soltero, y sus dos hermanos se habían mudado a Fanlo con sus familias, pero no sabía nada; los habitantes de la localidad habían huido en desbandada en cuanto empezaron los combates. Esperaba que aparecieran por Buisán, ¿adónde iban a ir si no?, pero no tenía noticia alguna de ellos. Continuaba en el oficio de padre y abuelos, pero ya no era lo mismo; no quedaban almadieros, la gente prefería el carbón para fogones y estufas, cuando no la electricidad, como en Aínsa y otras localidades, y las empresas madereras se habían hecho con el control de los bosques, por lo que no quedaba más remedio que trabajar para ellas cobrando una miseria en la época de la tala. Aun así, no tenía intención de marcharse de allí, añadió con una sonrisa; no necesitaba mucho para vivir, tampoco lo atraía la vida en una localidad grande y, por supuesto, esperaba que ellos permanecieran con él cuanto quisieran, había lugar de sobra para todos. A los bandos combatientes no les interesaba aquel minúsculo enclave, y menos ahora, en que parecía que la guerra por fin acababa.

A falta de una presencia femenina, la casa mostraba un aspecto destartalado, sucio y desordenado,

y las dos cuñadas se pusieron a adecentarla a la mañana siguiente, no sin antes exigir a los hombres que echaran una mano, entre otras cosas, pintar las paredes desconchadas del interior con una mezcla de harina, agua y sal. No era una maravilla, pero sí lo suficiente para cubrir humedades y mugres. Días más tarde, los muebles encerados, lavadas sábanas y mantas, restregados cristales y cacharros, la vivienda era otra, y los cuatro recién llegados encontraron el sosiego que anhelaban. Allí esperarían a la hija de unos, a los hijos de los otros, o morirían sin verlos, que todo podía ser pues era inútil luchar contra el destino.

Manuela quedó paralizada al distinguir el descapotable rojo que venía en dirección contraria; lo habría reconocido en cualquier parte, no había visto ninguno igual. Para cuando espabiló era ya tarde; corrió de vuelta a la ciudad, pero él se cruzó, bajó del automóvil, la agarró por el brazo, la metió en el vehículo y la encerró en su habitación al llegar a Casa Luesia. No le dijo ni media palabra, pero poco después entraron dos doncellas y se llevaron ropa y zapatos, así como el bolso con la célula de identificación, las quinientas pesetas que tenía y la libreta de direcciones; la dejaron con una bata y unas zapatillas de fieltro. Durante los dos días siguientes, las mismas doncellas le llevaron la comida; el resto del tiempo lo pasó sola. Al atardecer del tercero, se vio de nuevo maquillada y con el vestido de raso dorado dispuesta para entretener a los invitados como en las dos ocasiones anteriores. Matías y Sito la esperaban sonrientes al pie de la escalera, ambos con trajes de chaqueta, chalecos y corbatas incluidas, y le ofrecieron el brazo para acompañarla hasta el piano. Esta vez, no había allí solo hombres, también mujeres elegantemente vestidas, que la contemplaban con curiosidad. Notaba un cosquilleo en las piernas y en las palmas de las manos, tenía la impresión de ser la protagonista de una obra de teatro y tuvo un sobresalto al descubrir a Póker y a otros tres tipos de parecida complexión, los cuatro de negro, vigilando la puerta del salón.

No obstante, la música la trasformaba, era otra persona cuando cantaba y olvidó su reclusión forzada, la preocupación por su familia, la guerra, en cuanto escuchó los primeros compases de *El día que me quieras*, del afamado Carlos Gardel, que habían ensayado juntos durante aquellas escasas jornadas en las que se sintió amada. A esta canción la siguieron otra media docena, pero no escuchó los aplausos, ni los comentarios complacidos de los oyentes; solo cantaba para él. Al finalizar, la acompañó a la habitación, le besó en la mejilla y salió cerrando de nuevo la puerta con llave. Pasada la medianoche, la despertaron unos besos en el cuello, en la boca, unas manos que la desnudaban, un cuerpo que la envolvía y la hacía suyo, y respondió en un duermevela sin ser del todo consciente de lo que ocurría. Cuando las doncellas entraron con el desayuno, tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba desnuda, al hacerlo soltó un gritó y les ordenó salieran de inmediato. Después arrastró el tocador hasta la puerta a fin de asegurarse de que nadie entrara y no respondió cuando, algo más tarde, volvieron e intentaron abrirla. Estaba presa, pues bien, lo estaría de verdad y moriría de hambre antes de convertirse en un objeto de usar y tirar. Al rato, dos de los guardianes entraban por la ventana y retiraban el tocador.

Quizás porque pensó que ya la había castigado suficiente, o por temor a que hiciera algo descabellado, Matías no volvió a cerrar la habitación con llave y le permitió moverse por la casa como antes de la escapada, eso sí, siempre vigilada. Por otra parte, todas las mañanas le llevaban la ropa que debía ponerse y también unos zapatos planos pues no sería adecuado que apareciera una visita y la encontrara en pantuflas. No hubo más recepciones, pero ensayaban juntos siempre que él se hallaba en la casa, si bien ya no eran blues o melodías de jazz, sino canciones de Concha Piquer, Celia

Gámez o Imperio Argentina, interpretes que suscitaban el fervor de los nuevos gobernantes. Ella se esforzaba en disimular su nulo aprecio por un tipo de música tan alejada de la que le gustaba, aunque, en el fondo, le daba igual, la cuestión era cantar lo que fuera, y estar con el hombre que amaba a pesar de su trato, ora cariñoso, ora desabrido. Sin embargo, a solas en su cuarto, repetía una y otra vez las melodías aprendidas con sus dos maestras, doña Pilar y Dalia la del Goya, sin olvidar el consejo de ambas: «canta siempre con el corazón».

Y una vez más, Matías se marchó sin despedirse, Sito también, y ella volvió a deambular vigilada por Póker en todo momento. A veces se sentaba en la salita a escuchar la radio, otras, leía algún libro de la biblioteca y en una ocasión se metió en la cocina a charlar con la cocinera. La mujer era habladora, y así supo que habían despedido a la doncella que la atendía al principio; su padre y su hermano habían sido fusilados en la tapia del cementerio, por traidores. También supo que en Ejea se estaba haciendo una limpia, fue su expresión, con los rebeldes, quienes se habían manifestado en contra del orden, los inmorales que vivían amancebados, los que no iban a la iglesia... No paró de enumerar las fechorías e infracciones que llevaban al paredón, la cárcel, el exilio para expiar los pecados, y al decirlo, se santiguó con devoción y le recordó que debía de acudir a misa incluso en ausencia de los señores. No le dijo que era una pecadora amancebada, pero lo intuyó por el tono de su voz.

Y fue precisamente un domingo en que acudió a misa para no dar que hablar cuando sintió el estómago revuelto y ganas de vomitar, tanto, que tuvo que salir, regresar a la casa escoltada por su guardián y meterse en la cama. El médico que la visitó dictaminó que estaba embarazada de unos tres meses, expresando su extrañeza al descubrir que la joven ignoraba su estado. Ella también estaba sorprendida; los días, las semanas, habían transcurrido a tal velocidad, habían ocurrido tantas cosas, que no se había percatado de su falta de menstruación pues, aparte de aquella súbita indisposición, no había notado nada raro, excepto la dificultad para abrocharse faldas y blusas, que achacó a los kilos de más por falta de ejercicio. Luego recordó algún comentario escuchado a su madre sobre la carencia de indicios en sus tres preñeces, algo que al parecer había heredado. No sabía si alegrarse o, todo lo contrario. ¿Cómo reaccionaría él al saberlo?

Matías apareció dos días más tarde con un ramo de flores y una pulsera de eslabones de oro, la misma que doña Pilar no se quitaba ni para dormir por haber sido el regalo de su marido al proponerle matrimonio en París. No la dejó sola en ningún momento, ni de día ni de noche; paseaban, cenaban en la galería a la luz de las velas, interpretaban melodías, y se amaban. Volvía a ser el amante atento de meses atrás y se le veía muy feliz al saber que iba a ser padre, hacía planes para la criatura, un niño por supuesto, en su familia los varones eran mayoría. Ella calló que, en la suya, lo eran las hembras. Su hijo se llamaría Santiago y acudiría al mejor colegio, lo enviaría a estudiar a Inglaterra o a Francia, y él mismo le enseñaría a tocar el piano. Hablando de esto, le contó entusiasmado que, pese a la situación todavía incierta, tenía intención de montar un estudio de grabaciones y se hallaba en negociaciones con el sello «La voz de su amo», el más importante del país, con licencia norteamericana, añadiendo que ambos grabarían un disco que de seguro sería un éxito. Ella solo esperaba que le pidiera casarse y fijara la fecha de la boda, pero se marchó transcurrida una semana sin haberlo hecho. «Tengo que trabajar para asegurar el futuro de mi hijo», le dijo con un guiño antes de darle un beso. Regresó cada mes durante el resto de su embarazo, siempre con regalos, si bien pasó sola las navidades y lloró al recordar otras en El Maizal, tan cercanas y lejanas al mismo tiempo. En ocasiones él aparecía acompañado de Sito a quien no dejaba de llamar «tío Alfonso», cuando en realidad debería llamarlo «sobrino» como ella apuntó la primera vez que lo oyó, pues ella

era su tía, aunque él le llevara tres años de diferencia; los dos amigos se miraron y soltaron una carcajada. Ambos se hallaban en Ejea un frío amanecer de finales de marzo cuando dio a luz tras un parto en el que creyó llegado su fin, tal fue el dolor y la mucha sangre perdida. Exhausta, pidió ver a su hijo, pero se desvaneció sin tan siquiera oír sus llanto.

Tardó tiempo en recuperarse no solo debido a la tremenda debilidad que la mantenía postrada en el lecho, sino también a la congoja porque su bebé, una niña, había nacido muerta. Pidió verla al volver en sí, y su llanto desgarrado pudo escucharse en toda la casa cuando la informaron de que no podría ser, el angelito se había ido al cielo y lo habían enterrado en el panteón familiar pese a no haber sido bautizado, añadieron. Un sacerdote, amigo de la familia, fue a visitarla a fin de consolarla y rezar con ella; no respondió a las preces, los ojos cerrados, la mente en blanco. Las doncellas la lavaban y vestían, y se dejaba hacer; la cocinera preparaba las comidas indicadas por el médico, y apenas comía; Póker la bajaba en brazos a la galería y la dejaba en una *chaise longue* desde donde contemplaba sin ver el exterior a través del ventanal. El hombretón parecía haber cambiado de actitud, ya no le miraba desde arriba con el ceño fruncido, estaba atento a su menor ademán, incluso le hablaba, si bien ella no contestaba, no lo oía.

A comienzos del otoño se encontraba recuperada del todo, o casi; la pena por la pérdida de su hija la atenazaba cada vez que pensaba en ella, si bien procuraba no hacerlo recordando las palabras de la abuela Elisa sobre lo inútil de lamentar lo que no tenía solución. No obstante, todavía le flojeaban las piernas si permanecía demasiado tiempo de pie. Atento en todo momento, no como un guardián, sino más bien como un acompañante solícito, Póker la llevaba de paseo por las inmediaciones y le hablaba de su lugar de origen, allá por la zona de Jaca, y de su familia de la que nada sabía desde hace mucho, también de cómo, tras una bronca con su padre, se marchó del pueblo y trabajó en varios oficios hasta que el señor de Luesia lo contrató de guardaespaldas y, más tarde, doña María le encargó proteger al señorito Alfonso, si bien este pronto prescindió de sus servicios y lo dejó al cargo de la vigilancia de la casa. Incluso le dijo su nombre, Hilario. La mención a María la hizo pensar por un instante que su medio hermana tenía que saber que ella se hallaba en Ejea, su hijo la habría informado, seguro.

Al regreso de una de sus caminatas, el cabello suelto, las mejillas sonrojadas, encontró a Matías y a Sito en el salón y a punto estuvo de soltar un grito. No solo su presencia era inesperada, su sobrino se hallaba sentado en una silla de ruedas, sin piernas, el aspecto demacrado, por no decir cadavérico. Ninguno de los dos respondió a su saludo, así que subió a toda prisa y aquel día no bajó a cenar, ni nadie se acordó de llevarle una bandeja. Las siguientes jornadas fueron muy extrañas. No volvió a ver a Sito, quien permanecía en las habitaciones del ala derecha, recibía la visita diaria del médico y de un sacerdote y era atendido por dos enfermeras y dos sirvientes. Tampoco vio a Matías y comía sola, a veces en la cocina con el servicio. No se escuchaban movimientos en la casa, en todo caso susurros y oraciones, por lo que procuraba no salir de su cuarto y si se le ocurría cantar, lo hacía en silencio. Un mediodía en que se hallaba enfrascada en la novela *Fortunata y Jacinta*, de Pérez Galdós, una de las varias cogidas de la biblioteca a fin de aliviar el tedio, escuchó voces y ruidos inusuales y se asomó al pasillo, pero su habitación era la última del ala izquierda, así que se acercó a la barandilla de la escalera para conocer el motivo del ajetreo. Lo único que logró atisbar fue a una dama vestida con un traje de chaqueta y una pamela que impedía verle la cara desde arriba y que no cesaba de dar órdenes. Reconoció la voz de su medio hermana y corrió a encerrarse presa de una mala corazonada al verla

iniciar el ascenso. Algo más tarde, una de las doncellas le llevó la comida y, al salir, cerró la puerta con llave; estaba presa de nuevo, e ignoraba el motivo.

Aquella noche, se despertó al igual que la última vez que habían yacido juntos año y medio atrás; lo echaba en falta y se dejó llevar, necesitada como estaba de sentirse querida, deseada. Y lo mismo ocurrió la noche siguiente, y la otra. Sin embargo, permanecía encerrada y no acababa de entender por qué el hombre que le declaraba su amor con palabras tiernas, besaba su cuerpo hasta el último recoveco y se adentraba en ella sin prisas, haciéndola gozar a ella también, desaparecía de su vista durante el día, al igual que uno de los seres de los que le hablaba la abuela Elisa cuando les contaba a sus primos y a ella cuentos o les narraba leyendas que tenían lugar en los bosques del norte. Volvió a escuchar un cierto ajetreo en la tercera mañana después de que la doncella hubo salido con la bandeja del desayuno, y se acercó a la puerta suponiendo que estaría cerrada. No lo estaba; la joven sirvienta había olvidado girar la llave, quizás por estar más atenta al trajín que a las órdenes recibidas. Abrió con cautela y esperó hasta estar segura de que no había nadie en el pasillo. Oculta, en lo alto de la escalera, descubrió que María, al igual que una reina, se marchaba con su séquito; escuchó su habitual tono imperioso y la vio asimismo hacer un aparte con Matías, justo debajo de donde ella se encontraba. Aguzó el oído, si bien solo pudo distinguir alguna que otra frase suelta, pero sí le llegó muy clara una orden que la extrañó: «Esta vez quiero un varón. ¿Está claro? Nos lo debes a María Cristina y a mí». Él no respondió, pero observó que movía la cabeza en gesto afirmativo de manera repetida.

Durante las siguientes jornadas, su vida fue como la de antes de saberse embarazada; era libre para moverse por la casa, él la acompañaba en sus paseos, escuchaban música, leían poesía...; en una ocasión la llevó a un concierto de la Banda Municipal y en otra, a comer a un restaurante. Pero sobre todo se amaban, y no solo de noche. La cogía de la mano en el momento menos pensado y la llevaba a la habitación sin importarle lo que pensara el servicio, incluso ordenaba los sirvieran la comida allí mismo, pero nunca hablaba de casarse y cambiaba de tema en cuanto ella le insinuaba la posibilidad de afianzar su relación. Y ocurrió de nuevo. Una mañana él se despidió asegurando que no podía ausentarse de su trabajo, pues la suya era una empresa todavía joven que precisaba de mucha atención; la guerra estaba a punto de finalizar, lo sabía bien, y todos tendrían que arrimar el hombro a fin de apagar la hoguera encendida por los enemigos del orden y de la moral. Dicha declaración la dejó consternada. ¿A qué se refería con aquello de la moral? ¿No eran ellos mismos transgresores de la moral al dormir juntos sin estar casados? Quiso preguntárselo, pero él no le dio tiempo; le dio un beso en la mejilla y se fue.

Esa tarde salió a caminar por la orilla del Arba en compañía de Hilario. No parecía que fuera a llover, y ya llevaban más de una hora andando cuando el cielo se cubrió de negros nubarrones, y comenzó a caer una tromba de agua; tuvieron que guarecerse en el pajar de una granja a la espera de que amainara. Tal vez para no pensar en Matías, en sus palabras, en su hermanastra, en el herido a quien no había vuelto a ver, aunque seguía en la casa, en sus padres, preguntó a su acompañante sí le ocurría algo. Al contrario que en sus últimas salidas, el hombre no había soltado palabra durante todo el trayecto, pero lo encontraba más taciturno de lo acostumbrado, y la intuición le decía que algo no iba bien. La pregunta provocó el mismo efecto que el estallido de una válvula a presión. Sin apartar los ojos de la lluvia, él le confesó que aquel sería uno de sus últimos paseos juntos; doña María lo había desterrado a otra de sus propiedades, según ella, por no proteger a su hijo en el

momento del atentado que lo había dejado inválido sin remedio. De nada valió que jurara por sus muertos que el señorito Alfonso se había negado a ser escoltado por él aduciendo que para eso estaban sus camaradas, la señora se mantuvo en sus trece y le anunció la próxima llegada de un guardaespaldas de su entera confianza, un ex- legionario condecorado por su valentía en el frente, no como otros, añadió con desprecio, que vivían tan ricamente mientras los verdaderos patriotas se jugaban la piel. Asimismo, le dijo que no cobraría un sueldo que no merecía y lo aconsejó no protestar ni intentar encontrar otro empleo si no quería ser denunciado por «desafecto» al nuevo gobierno, que ya sabía él a dónde iban a parar los así acusados.

El hombre calló durante unos instantes, pero continuó hablando, la voz rota, de los años al servicio de los Luesia. Su lealtad no había servido para nada, concluyó; sin casa, familia ni ahorros, lo mandaban a un pueblo de mala muerte donde probablemente se quedaría el resto de su vida. Durante largo rato, ambos permanecieron en silencio escuchando el sonido de la lluvia golpeando el tejado del pajar. Finalmente, Manuela le hizo una pregunta: ¿su patrona era en verdad hija del señor de Luesia? No, no lo era. La única hija del ganadero se llamaba Alodia, fallecida debido a las fiebres antes de cumplir los veinte. Ambas se habían criado juntas, y don Beltrán la prohijó y nombró su heredera al no tener a quién dejar dineros y propiedades; durante la gran guerra había asimismo perdido a su hijo, un joven brillante que estudiaba en Francia y se había alistado en el ejército de dicho país. Y de nuevo el silencio antes de que ella se atreviera a preguntar por la hija de su medio hermana, María Cristina, cuyo nombre le venía a la cabeza tras lo escuchado a hurtadillas, oculta en lo alto de la escalera. La respuesta le provocó un temblor que no supo si achacar al frío y a sus ropas mojadas, o al inmenso dolor que sintió al saber que era la esposa de Matías. Hilario se percató de que, sin quererlo, había hablado demasiado y le echó un brazo al hombro en un gesto de protección, que solo sirvió para que ella rompiera a llorar a lágrima viva.

El nuevo guardián llegó, en efecto, un par de días después. Póker cogió el viejo sedán que ya nadie utilizaba para dirigirse a su nuevo destino, pero se detuvo al cabo de varios kilómetros, ayudó a Manuela a salir del maletero, y prosiguieron viaje. Lo habían hablado, hicieron planes, programaron la huida pensando en los pros y contras, las dificultades que encontrarían, la alerta que suscitaría la desaparición de ella, pero el hombre era bueno en su oficio de vigilante y conocía al dedillo los movimientos del servicio. Él mismo se encargó de ir a buscarla y llevarla al garaje sin que nadie los viera, de paso cerró la puerta del cuarto y guardó la llave en el bolsillo; se tomó su tiempo en enseñar la casa al recién llegado y en despedirse de todos y cada uno de sus, hasta entonces, compañeros de trabajo, incluso prometió volver a visitarlos en cuanto tuviera oportunidad. Escondida en el maletero, ella temblaba esperando ser sorprendida en cualquier momento; respiró aliviada en cuanto escuchó el arranque del motor y el vehículo se puso en marcha.

Descubrir que Matías estaba casado con su sobrina le supuso una conmoción de la cual todavía no se había recuperado. Sin embargo, y a pesar de ello, comenzó a atar cabos, a intentar encontrar una explicación a sus largas ausencias o a la negativa a hablar de casamientos. Hilario ignoraba la fecha exacta de su boda, pero sí recordaba que un año antes del comienzo de la guerra, él y la señorita habían pasado el mes de agosto en Ejea, una especie de luna de miel, añadió. Se dijo que tal vez su matrimonio le había sido impuesto, a fin de cuentas, los padres de ambos eran socios, y no era raro que las familias adineradas decidieran la unión de sus vástagos. Quiso creer que, en realidad, era a ella a quien amaba, de ahí la pasión que le había demostrado últimamente, pero algo no encajaba. María sabía, tenía que saber, que ella se hallaba en la casa desde hacía ya más de dos años y conociéndola ¿cómo iba a permitir que el yerno le pusiera los cuernos a su hija? «Esta vez quiero un varón...». No dejaba de pensar en ello, ¿se refería a la niña malograda que ni siquiera había podido tener en los

brazos? ¿Acaso María Cristina era estéril, y la estaban utilizando para lograr un heredero? Todo era posible, no había otra explicación y menos ahora, que Sito se hallaba impedido de cintura para abajo. Las lágrimas rodaron sin freno por sus mejillas, luego se quedó dormida, llevaba dos noches sin pegar ojo.

Despertó bruscamente cuando el automóvil se detuvo y abrió la boca sorprendida. El sol desaparecía en el horizonte, los campos se hallaban desiertos, pero reconoció el paisaje y buscó ansiosa su hogar. A lo lejos, entre sombras, se divisaba la vieja casona, y su primer ademán fue asir la manilla para salir corriendo, pero Hilario la detuvo; no sabían lo que podrían encontrar, la zona había sido escenario de enfrentamientos, y al decir esto señaló hacia los restos destrozados de una hélice de avión. No obstante, El Maizal estaba igual que siempre, insistió ella intentando abrir la portezuela; él la detuvo de nuevo y le miró preocupado. Solo entonces se percató de que no la había informado sobre su destino al no imaginar ni por lo más remoto que su nuevo puesto fuera a ser precisamente el de capataz de la hacienda de la familia de Manuela, ahora propiedad de doña María. Le costó que entendiera que las cosas habían cambiado, que muchas propiedades habían pasado a otras manos, y el sorprendido fue él al saber que la patrona era la hermana de madre de su protegida. Nunca había oído hablar de ello a los señores, y ella tampoco se lo había comentado. Desde el principio, su idea había sido buscarle un alojamiento en el pueblo hasta que encontrara un trabajo, quizás de sirvienta, ya que tampoco podía llevarla a la finca, puesto que antes o después la dueña aparecería por allí. Se lo explicó de la mejor manera que supo y la convenció para que esperara en el coche mientras él averiguaba si su familia continuaba viviendo en el lugar.

La espera se le hizo eterna, tapada con una manta y mordisqueando uno de los panes con longaniza que él había sustraído de la cocina para el viaje, intentaba no dejarse llevar por el ansia de acercarse a la casa oculta en las sombras del anochecer. Aguantó, no obstante. Hilario tenía razón, era peligroso aventurarse sin estar seguros, pero no dejaba de pensar en los suyos y en su preocupación al no tener noticias de ella desde hacía tanto. Se había quedado adormilada cuando él volvió, pero espabiló al instante y escuchó lo que temía sin querer aceptarlo: sus padres y tíos ya no vivían en El Maizal; la propiedad había sido requisada, y doña María tenía la intención de montar una granja de pollos o, en todo caso, convertirla en un coto de caza. Acusados de subversivos, los anteriores propietarios se habían visto obligados a abandonar el pueblo y habían partido por el camino de Chimillas, según lo dicho por uno de los empleados, asimismo vecino de la zona. Permaneció en silencio durante un buen rato. No podía quedarse en el pueblo o alrededores; alguien la reconocería, y quizás la inculparan por algo que ignoraba, o peor aún, su hermana se enteraría de su presencia, y volverían a atraparla en caso de que fuera cierto el disparate de estar siendo utilizada para parir un varón por la razón que fuera. Finalmente, le pidió que la llevara hasta Chimillas a fin de averiguar si sus padres se encontraban allí. Después, ya se las apañaría ella sola.

1939

No solo a Chimillas; la llevó asimismo a Banastás, y de allí tomaron la carretera a Yéqueda, Igriés, Nueno... Se detuvieron en cada pueblo, aldea, caserío, preguntaron a los labradores que trataban de recomponer su tierra herida, a una anciana con un borrico cargado con dos garrafas de leche igual de viejas que ella, a unos niños que jugaban a la guerra. Y toparon con varias patrullas de uniformados que les pidieron las células de identidad, les preguntaron adónde se dirigían y los dejaron continuar al decir él que iban a visitar a la familia de su «novia» en Buisán. Además, les mostró un carné a su nombre sellado debidamente, que Alfonso le había facilitado a fin de que pudiera moverse sin trabas, y que no dejaba dudas en cuanto a su filiación. Tan fue así, que los hombres al mando se cuadraron ante él, saludo que recibió con cara de póker e hizo pensar a Manuela lo acertado del apodo que le había puesto.

La idea de ir a la aldea se les ocurrió antes de topar con la primera de las patrullas, cuando ella hizo un comentario sobre la posibilidad de que los suyos se hubieran encaminado hacia el lugar de nacimiento e infancia de su madre, del cual esta y la abuela hablaban a menudo con cariño, recordando una época feliz repleta de aventuras y leyendas en las estribaciones de Las Treserols. Ignoraban dónde se encontraba exactamente, tampoco tenían un mapa, pero todo era cuestión de continuar adelante y preguntar. Al anochecer se detuvieron en las inmediaciones de Sabiñánigo, a orillas del Gállego, en una venta que tenía más aspecto de chabola de pastores que de local de comidas, pero les daba igual; estaban agotados debido al viaje y, sobre todo, a la tensión de las últimas jornadas.

Para sorpresa de la joven, Hilario había decidido acompañarla hasta dar con su familia. No pensaba seguir trabajando de criado para una gente que lo menospreciaba, aseguró, y menos todavía para una señora que lo había insultado de malas maneras por algo de lo que él no tenía culpa alguna, además de amenazarlo si no se avenía a cumplir sus órdenes. Él no era esclavo de nadie, solo un trabajador que se ganaba la vida y decidía cómo hacerlo. Cierto que sabía mucho, quizás demasiado, ventajas de ser invisible para sus patronos, pero era un profesional y, al igual que un confesor, no revelaría sus secretos, aunque él no era sacerdote, y nunca se sabía si la necesidad lo obligaría a cambiar de decisión. Por otra parte, era la primera vez que se sentía libre de hacer lo que le viniera en gana, y siempre tendría oportunidad de encontrar un trabajo en alguna parte.

Los dueños del chamizo, una pareja entrada en años, con quienes compartieron una caldereta de ternasco con más patatas que carne, no conocían la aldea que buscaban, pero sí sabían cómo llegar a Las Treserols, aunque les iba a ser difícil acercarse a aquellos parajes, añadieron. De alguna manera la guerra continuaba, el viento traía sonidos de disparos, si bien nada parecido a lo de meses atrás. Según se decía, las rutas se hallaban muy vigiladas, incluso cerradas en algunos tramos, no solo debido a las escaramuzas que todavía tenían lugar, también a la huida masiva de las poblaciones que habían perdido sus hogares, y al intento de muchos de llegar a Francia atravesando los montes.

Durmieron allí aquella noche, en el suelo, sobre unas frazadas de hierba seca, bajo unas mantas, junto a la lumbre cuyas brasas paliaron un tanto el frío que anunciaba un invierno tan duro o más que el anterior, y partieron a la mañana siguiente en dirección a Biescas. Los venteros tenían razón, les fue imposible seguir adelante pese al carné de Hilario, además se quedaron sin gasolina y no hubo manera de repostar; los carburantes estaban controlados por los vencedores y únicamente se suministraba a los vehículos militares. Pero la suerte vino en su ayuda.

En un local de comidas abierto en dicha localidad, en uno de los pocos edificios que aún quedaban en pie, conocieron a un antiguo contrabandista que ahora se dedicaba a pasar gente al otro lado. El hombre tenía buen ojo a la hora de buscar clientela y se sentó a su mesa sin pedir permiso, proponiendo llevarlos donde quisieran por cuatrocientas pesetas. Manuela permaneció callada mientras Póker negociaba con él como si ambos fueran gallos de pelea, si bien en este caso el enfrentamiento era visual, escaso en palabras, copioso en gestos. Al final, el hombre aceptó llevarlos por la mitad del precio solicitado, más la zamarra de piel de su interlocutor. El trayecto a través de bosques y barrancos duró cuatro jornadas. Cada mañana se despertaban creyendo que su guía los habría abandonado en medio de la nada, pero no. A veces desaparecía y regresaba con una liebre, una ardilla, una trucha, que asaba atravesadas en vástagos de pino salvaje, y agua, en el boto que llevaba colgado y del que no se desprendía ni para dormir. Se despidió al llegar a poca distancia de Buisán; Manuela pagó lo estipulado, Hilario le dio el chaquetón, y lo vieron marchar por donde habían llegado.

No les costó averiguar cuál era la Casa Albar, se la indicó una mujer que daba de comer a tres gallinas y que no los perdió de vista hasta verlos entrar en la vivienda cuya puerta permanecía siempre abierta durante las horas de luz. El reencuentro fue una explosión de llantos, risas y más llantos. Aurora a poco se desmaya de la emoción al rencontrarse con su hija de forma tan inesperada; la abrazó, la besó, la tocó a fin de asegurarse de que no se trataba de una alucinación, mientras su padre y los tíos lloraban emocionados. Tardaron en tranquilizarse y permanecieron despiertos hasta casi el amanecer, tan necesitados estaban de saber los unos de la otra, y esta de ellos; Hilario llevaba horas dormido tras llenar el estómago y beberse él solo media garrafilla de licor de endrinas.

La contienda no había llegado a Buisán, aunque de vez en cuando aparecían por allí partidas de guerrilleros o vehículos de uniformados que arramplaban con las provisiones de los aldeanos, quienes, a su vez, se habían apresurado a esconder sacos de legumbres y cereales en cuevas y barrancos, así como garrafas de vino y aceite, desde el momento en que se supo que había una guerra, ignoraban entre quiénes y el por qué. Cada cual tenía sus víveres a buen recaudo, y no era extraño ver a un vecino adentrarse en el monte antes de despuntar el día. Los hombres de Casa Albar se encargaban de ir a por las vituallas, también a cazar, pero Hilario decidió permanecer en la vivienda, más que nada porque no era hombre de campo y porque era preciso que alguien se ocupara de vigilar el lugar, además no quería dejar a su protegida ni un momento sola por lo que pudiera pasar. Ella no lo sabía, pero guardaba una *Ruby* automática con un cargador de nueve cartuchos, más una caja de estos, que no dudaría en utilizar si se presentaba el caso. Había además otra razón: Manuela estaba embarazada.

Habían transcurrido dos meses desde su llegada y, por primera vez desde que era un niño, había disfrutado de unas fiestas navideñas sintiéndose parte de una familia, en un hogar donde había sido acogido como uno más. Incluso recibió un jersey de lana tejido por Aurora. No recordaba haber

recibido un regalo en toda su vida y salió afuera con la disculpa de fumarse un cigarro a fin de disimular la emoción. Mientras fumaba, no dejaba de pensar en su protegida y en la criatura que esperaba, a quien defendería a toda costa. No olvidaba la noche en que la otra nació y se la llevaron; vio a los dos señoritos y a un ama de cría con la recién nacida en los brazos subir a un automóvil y partir por la carretera a Zaragoza. En ocasiones, al observar la desesperación en el rostro de la joven, su mirada dolorida, los ojos húmedos, sentía el deseo de contárselo, pero no tenía valor para hacerlo; cuanto menos supiera, mejor para ella, además todavía tenía toda la vida por delante. Su alegría fue pareja a la del resto de la familia cuando, al finalizar la cena de Nochebuena, les comunicó que estaba encinta; se sintió como un tío y se juró velar por ella como por una hermana querida.

En esta ocasión y casi desde el principio, Manuela sí supo que estaba embarazada pese a no tener nauseas ni notar malestar alguno, lo temía tras aquella semana en que Matías, presa de una pasión desenfrenada, le había hecho el amor, o lo que fuera, mañana, tarde y noche. De hecho, la sospecha de que fuera posible había sido el motivo para pedirle a Hilario que le permitiera acompañarlo, abandonar Ejea de los Caballeros cuanto antes, ahora que sabía que él estaba casado con su sobrina. Si en efecto estuviera preñada, ¿qué sería de su hijo una vez nacido? La sociedad no perdonaba a los bastardos, asimismo veía el adulterio con malos ojos, si bien olvidaba con facilidad en el caso de los ricos, y más de los hombres ricos. Cuantas más vueltas le daba, más se convencía de que la habían utilizado para dar a luz a un heredero, y no sería la primera vez que a una mujer le robaban el hijo. ¿Y ella? ¿Qué sería de ella? Cabía la posibilidad de que la mantuvieran en la misma situación en caso de que la criatura muriera en el parto al igual que su hermana, pero también de que la echaran al considerarla incapaz de parir un hijo sano. Una madre soltera sin medios era una pecadora, una transgresora de la moral, una escoria cuyo destino era la mendicidad, la prostitución o la cárcel. Tenía que marcharse cuanto antes, ya se las apañaría luego para llegar a El Maizal, junto a los suyos. Y allí estaba, a seguro, gracias a Póker; el ogro era en realidad un gigante bueno.

Días después de su llegada a Buisán, habló largo y tendido con su madre, le contó lo ocurrido desde la última vez que se habían visto, tras las navidades del año anterior al comienzo de la guerra, de cómo había sido literalmente raptada por el hombre a quien amaba y de quien creía ser amada; del parto malogrado de una niña a quien ni siquiera pudo ver, su encierro, las extrañas palabras de María, su huida..., y lloraron juntas, la una por su indefensión y sus esperanzas rotas, la otra por el dolor de la persona a quien más quería en el mundo. Después fue el turno de Aurora. Ella también era ilegítima, la abuela Elisa había sido violada; escapó y le dio a luz en aquel paraje aislado de bosques y montes donde conoció a quien para ella fue su único padre, el abuelo Bizén. No tenía por tanto nada que temer en caso de estar embarazada; a nadie en la aldea le preocupaba si las criaturas eran legítimas o no, la vida allí no era cuestión de normas, solo de supervivencia. Ambas esperaron a estar seguras de que, en efecto, la más joven se hallaba encinta, y la sonrisa volvió de nuevo a sus rostros.

A comienzos de la primavera llegó la noticia de que el bando vencedor declaraba finalizada la guerra, si bien en los pasos de montaña no cesaba el trajín de uniformados, guerrilleros, espías, fugitivos y, por supuesto, contrabandistas que aprovechaban la situación para hacer el agosto. Por suerte, la aldea quedaba a desmano, no había nada que robar, y era raro ver aparecer por allí a hombres armados, aunque sus habitantes continuaban ocultando víveres, por si acaso. Tres meses más tarde nacía Chabier, a quien apadrinaron todos los miembros de la familia, incluido Hilario. Solo este y la tía Nieus contaron en el registro parroquial, pero les daba igual, el niño era de todos, y lo bautizaron por

su cuenta antes de ir a la iglesia a celebrar el bautizo oficial. La vida en Casa Albar era un remanso de paz, tanta, que ni se enteraron de que, a poco de finalizar el conflicto nacional, se había iniciado una confrontación de tales proporciones, que iba a aniquilar a millones de personas y a cambiar el panorama político y económico mundial. En Buisán no había teléfono, tampoco radio, por lo que las escasas noticias que les llegaban, lo hacían a través del cura del valle, quien hacía las veces de cartero y tampoco estaba muy al tanto de lo que ocurría al otro lado de las montañas. En una ocasión apareció por allí un hombre que no podía sostenerse en pie y que murió a poco de llegar; no supieron por dónde había atravesado Las Treserols, no entendieron una palabra de lo poco que dijo, así que lo enterraron en un rincón del pequeño cementerio.

Un mediodía frío de finales de octubre, seis años después del nacimiento de Chabier, apagados los fuegos de las guerras, se escuchó el ruido de un motor por el camino de Fanlo, y los vecinos salieron a ver de qué se trataba, temiendo que fuera un partida de uniformados de los que hacía tiempo no asomaban por el lugar. El vehículo se detuvo a la entrada, y de él descendieron cuatro hombres, tres de ellos armados. El que parecía el jefe se dirigió a los moradores de la primera casa y preguntó por la familia Ornat. Ante la reacción de total desconocimiento por parte de los interpelados, hizo una seña a sus acompañantes y entraron a registrar la vivienda. A continuación, hicieron lo mismo en el resto hasta llegar a la última, algo apartada de las demás. El estupor de las dos mujeres y de los tres hombres que esperaban afuera al reconocer al recién llegado fue similar al de este; permanecieron en silencio durante unos instantes, mirándose, midiéndose. Zilio, ajeno por completo a la situación, rompió el momento de tirantez al preguntar qué o a quién buscaban. «A Manuela», fue la respuesta. El odio que leyó en los ojos de Aurora fue suficiente para que Matías Lazán supiera que ella estaba allí; no dijo nada, se abrió paso con un ademán brusco y penetró en la casa seguido por sus guardaespaldas.

No la encontraron pese a mirar bajo las camas, en los arcones, desplazar muebles e inspeccionar hasta el último rincón, incluidos el granero, la cuadra y el gallinero. Los cinco mayores no se habían movido de su sitio, y se plantó delante amenazándolos con matarlos allí mismo y prender fuego a la casa si no salía de donde quiera que estuviera escondida, lo dijo alzando la voz para ser escuchado en toda la vecindad y repitió la amenaza varias veces. Ella apareció momentos después por la vereda que llevaba a un bosquecillo cercano. Vestida de aldeana, el cabello oculto por una pañoleta, en alpargatas, ya no era la joven lánguida de sus últimos encuentros sino una mujer cercana a la treintena en la plenitud de su belleza natural, segura de sí misma, que le miró retadora. No hubo palabras entre ellos, tampoco le permitió despedirse de su familia, la asió con fuerza de un brazo como acostumbraba y la arrastró literalmente hasta el vehículo. Tuvo tiempo sin embargo de dirigir una sonrisa a su madre, acompañada de un gesto que solo ellas entendían.

No fueron a Ejea de los Caballeros, se dirigieron a Aínsa, y de allí a Huesca capital, al que había sido el hogar de doña Pilar y que ahora era de él. Al entrar, la llevó a la habitación principal, la tiró sobre la cama y la desnudó sin un ápice de delicadeza. Esta vez no hubo preámbulos, caricias, besos; fue una violación en toda regla, que ella soportó sin rebelarse, sin sentir nada. Solo al alcanzar él el orgasmo lo oyó gritar, pero no de placer, el suyo fue un grito de auxilio, o eso al menos le pareció; su mente estaba en otra parte, en el hijo que había dejado en Buisán y cuyo paradero ni el mayor de los suplicios la obligaría a revelar.

Al escuchar el ruido del motor y las voces que lo siguieron, Hilario fue a ver lo que ocurría, no tardó en divisar a Matías dirigiendo a sus hombres y corrió a avisarla; cogieron al niño sin decir nada a los demás, y los tres se escondieron en el bosquecillo. Allí les llegó la voz que amenazaba con matar

a padres y tíos y quemar la casa. Fue un instante, suficiente; ella le entregó a su hijo llevándose el índice a los labios en muda súplica para que guardara silencio, y fue al encuentro del hombre que todavía amaba, y aborrecía a partes iguales.

Como en Ejea, se hallaba vigilada en todo momento. Tras aquella primera agresión, volvió a ser el hombre cariñoso que a ella le habría gustado fuera siempre. No le pidió perdón por su proceder, más propio de un matón violador que de un amante, pero se mostraba más atento que nunca; le regaló otra de las joyas de su abuela, un magnífico anillo de brillantes, regresaba con unas flores o con una caja de bombones siempre que se ausentaba y desbordaba pasión cuando yacían juntos, tanto, que a veces olvidaba que la retenía a la fuerza. Los tiempos habían cambiado; las gentes querían olvidar los años de miedo y penurias, a todos urgía recobrar la calma perdida. Cuando salían a dar una vuelta, a comer en un restaurante o al teatro, Manuela observaba la actividad que respiraba la antigua Bolskan de los íberos, la Osca de romanos y visigodos, la Wasqa musulmana, la Huesca de los cristianos, escenario de batallas, destruida y reconstruida una y otra vez, la Uesca de los oscenses, quienes una vez más se esforzaban en seguir adelante. Ella también recuperaría su vida junto a su añorado Chabier, pero debía ser cauta, paciente, mostrarse aparentemente dócil.

Entre susurros y caricias, él la declaraba su amor, decía que no podía vivir sin ella, que su pasión era más fuerte que cualquier droga, y le preguntó por qué había huido de su lado; la había buscado como un poseso en Ejea, en el pueblo, incluso en Zaragoza; en garitos, cafés, teatros... Respondió que había sentido la necesidad de volver a ver a sus padres, sin más, y averiguó sin preguntarlo que su presencia en Buisán se había debido a un comentario de la madre de Sito respecto a la procedencia de parte de su familia materna en un evento al que asistió el jefe militar de Jaca, lo cual le dio la idea de buscarla en dicho remoto lugar del cual ignoraba por completo la existencia. Ella no le dijo que sabía que estaba casado con la hermana de su amigo, y que su suegra se había apropiado de El Maizal tras expulsar de allí a su verdadera madre.

Debido, según él, a la empresa de grabaciones que finalmente había instalado allí mismo, en Huesca, en una lonja propiedad de su familia, las estancias de Matías eran cada vez más prolongadas. Fijo en su idea de grabar un disco juntos, ensayaban viejas y nuevas melodías durante horas. Manuela recuperó el arte abandonado durante los últimos años, sintió de nuevo el inmenso placer de poner voz a la melancolía, a la esperanza, al verdadero amor. De todas las canciones que preparaban su preferida era una en especial: *As time goes by*, de la película *Casablanca* cuyo estreno habían visto en el nuevo Cine Elíseos. Había aprendido un poco de inglés a fin de saber lo que cantaba y cuando no entendía una palabra, la buscaba en el diccionario.

Un beso es solo un beso, un suspiro es solo un suspiro.
Lo importante adquiere valor a medida que el tiempo pasa.
Y cuando dos amantes se enamoran, siguen diciendo «*te amo*».
En eso puedes confiar.
No importa lo que el futuro traiga a medida que el tiempo pasa...

No podía substraerse al embrujo de la melodías; amaba a Matías, pero no confiaba en él, y un amor sin confianza se marchita al igual que una planta sin agua.

Seis meses más tarde se presentaba la grabación de esa y de otras cinco canciones de jazz, que fue un éxito en las radios de todo el país. A partir de entonces, Manuela, Ela, realizó un gira por todas las capitales de provincia y otras ciudades importantes, siempre escoltada por Matías y sus guardaespaldas. Su voz, el aspecto sofisticado, su pasado desconocido, la sonrisa apenas esbozada en

contadas ocasiones, atraían por igual la curiosidad de potentados y trabajadores, a lo que había de añadirse que nunca hablaba en público y que solo concedía entrevistas por escrito, que en realidad era él quien respondía, pero su imagen aparecía en las revistas de actualidad, y todo el mundo quería saber más sobre ella. Por su parte, esperaba que alguna de aquellas publicaciones llegara a Buisán. De niña, a modo de juego, su madre y ella habían inventado un código secreto: el dedo medio sobre el índice indicaba que estaba bien; el pulgar oculto por los otros cuatro, todo lo contrario. Procuraba salir en las fotos haciendo el primer gesto a sabiendas de que nunca haría el segundo a fin de no preocuparla. No le agradaba la fama, no era eso lo que buscaba, solo quería cantar, ganarse la vida haciendo lo que más le gustaba, pero ni así; Matías administraba el dinero, y ella no veía un duro, no le hacía falta según él, solo tenía que pedir lo que necesitara.

Actuaron también en Zaragoza acompañados por una banda de jazz, el aforo del Teatro Principal al completo, donde los espectadores aplaudieron puestos en pie y pidieron varios bises. Después, se había previsto un coctel, solo para un centenar de personas con invitación, y no le quedó más remedio que asistir, aunque esperaba que no durara demasiado y pudiera retirarse a descansar; las últimas jornadas habían sido agotadoras, y tenía los pies destrozados por los tacones de aguja de última moda, una tortura pese a verse más alta y esbelta. Aguantó felicitaciones, comentarios de críticos musicales y de quienes no lo eran, pero se daban de entendidos, a algunos hombres que la invitaron a encontrarse de manera privada «para conocernos mejor...», de señoras que querían saber si el precioso modelo Christian Dior que vestía había sido confeccionado a medida y, de paso, enterarse del precio. Tenía ganas de quitarse los zapatos, de marcharse de allí cuanto antes, pero se limitó a acercarse a la mesa de bebidas a pedir agua. A poco se le cae el vaso al suelo cuando su mirada se cruzó con la de una niña sentada en una silla a un par de metros de la mesa con un platillo de buñuelos en las manos; sus ojos eran de un extraño azul brillante, iguales a los de su madre, iguales a los de Chabier. Permaneció anonadada durante unos instantes, suficientes para que la niña dejara el platillo y corriera a la llamada de una mujer elegantemente vestida, a quien reconoció de inmediato. Las vio encaminarse hacia la salida en compañía de Matías, pero, antes de desaparecer, María Cristina se giró y le lanzó una sonrisa de triunfo; se le nubló la vista y cayó redonda al suelo. Trasladada de inmediato al hotel donde se alojaba, el medico dictaminó que el desmayo se debía al agotamiento, prescribiendo reposo durante al menos un mes.

Tuvo tiempo para pensar durante la semana que pasó en la cama. Matías acudía a verla todos los días, le llevaba flores, le hablaba de los nuevos contratos, de la posibilidad de cantar en Francia y en otros países de Europa, pero sus visitas eran cortas, y ella lo prefería así. No le cabía la menor duda de que la niña que había visto en el teatro era su hija, la criatura que creía muerta en el parto; tenía los ojos de un color poco habitual. De hecho, solo conocía a dos personas que los tuvieran iguales: su madre y su hijo. Aquella solía reírse al comentar dicha peculiaridad que ella no había heredado, aseguraba que sus nietos los tendrían porque aparecía cada dos generaciones. Sin embargo, Sito y su hermana los tenían castaños y también eran sus nietos, «lejanos», respondía con una sonrisa, aunque ella sabía lo mucho que le dolía el desafecto de su primogénita y por ende el de sus vástagos.

Lo primero que le vino a la cabeza, en cuanto empezó a recuperarse fue plantarle cara a Matías, decirle que jamás lo perdonaría. Le importaba un bledo que estuviera casado con su sobrina, pero la niña era suya, y él se la había robado nada más nacer. Luego se calmó. No era aconsejable mostrar sus cartas. La familia de él era rica y poderosa, al igual que lo era la de su mujer, y todavía se detenía a gente con cualquier excusa. Desde el final de la guerra, la población se hallaba muy controlada y la

censura era continua; una mala palabra en contra del gobierno o de la Iglesia, la sospecha de simpatizar con las ideas de los enemigos del nuevo régimen, o el simple hecho de soltar una blasfemia o bailar a lo agarrado eran motivo de multa o incluso de arresto. En su caso, además se añadían los antecedentes familiares y, de manera especial, que viviera amancebada. Cierto que a él podrían acusarlo por adulterio, pero sabido era que la Ley no trataba de la misma manera a ricos que a pobres, ni a hombres que a mujeres. Decidió callar, no dar pistas, y buscar el medio para recuperar a su familia, a toda, la niña incluida.

A la espera de nuevos conciertos, la llevaron a Huesca en cuanto se sintió mejor mientras él permanecía en Zaragoza, si bien la llamaba a menudo por teléfono. Todas las mañanas acudía al piso un profesor de canto para trabajar con ella, y los primeros días permaneció en la enorme habitación que le fue asignada, la que había sido de doña Pilar y en la que todavía quedaban objetos, cuadros, fotografías de la querida señora que la había alentado en sus inicios musicales. Luego, poco a poco, se animó a salir a dar paseos, siempre acompañada por un guardaespaldas silencioso como una piedra, que le recordaba al Póker de los primeros tiempos y a quien también puso mote: «el Mudo». Se detenía a ver los escaparates, respondía con una sonrisa a algunos viandantes que la reconocían e incluso firmaba autógrafos. En ocasiones, entraba en un café mientras su guardián, siempre vigilante, permanecía en la barra y abonaba la consumición. No tenía dinero propio, ni ganas de gastar en caso de haberlo tenido, pero Matías la animaba a comprarse cualquier capricho, ropa, maquillajes; su hombre se encargaría de pagar las facturas.

Y fue durante uno de aquellos paseos cuando se le ocurrió la idea que buscaba al detenerse en el Coso Bajo ante el escaparate de una tienda de modas recién inaugurada, justo al lado de un portal en el que se leía en una placa: «Despacho de Abogados – 1º izquierda». Reprimió su intención inicial, entró en la tienda y compró todo lo que se le ocurrió, faldas, blusas, un jersey, dos bolsos, unos zapatos... Salió con un montón de paquetes y echó un vistazo a su alrededor. A pocos días de la Navidad, la calle se hallaba atestada de gente adquiriendo regalos o simplemente mirando las vitrinas; simuló dar un traspiés, chocó contra una pareja, dejó caer las bolsas al suelo y se metió en el portal en cuanto su vigilante se agachó a recogerlas. Dos horas más tarde salía acompañada por uno de los abogados y un pasante joven con aspecto de jugador de rugby en dirección a una vivienda, propiedad del bufete; no había rastro del «mudo». Si no la encontraban en la ciudad, irían a Buisán, y el mismo joven viajó ese día en una camioneta hasta la aldea en busca de sus familiares. Regresó con Hilario y el niño. Los padres y los tíos decidieron permanecer allí hasta que el asunto quedara resuelto para no causarle más quebraderos de cabeza; Matías no encontraría nada por mucho que se presentara con sus matones amenazando con matarlos y quemar la casa. Por otra parte, las cosas habían cambiado bastante; ya no se iba de un lado para otro con armas, intimidando a la gente. De cumplir su amenaza, sería a su vez denunciado, algo que no los beneficiaría ni a él ni a su negocio, aunque saliera indemne; el nuevo gobierno no quería escándalos.

Los abogados apenas tardaron unos días en presentar una reclamación a la empresa de grabaciones y representación de artistas «Lazán S.L.» exigiendo los honorarios obligados a su cliente durante los últimos tres años; adjuntaban asimismo una lista debidamente contrastada con las fechas y lugares de las actuaciones. La demanda iría directa al Juzgado en caso de que el propietario y director de la empresa, no se aviniera a un acuerdo.

Los primeros en sufrir la cólera de Matías fueron los hombres encargados de la vigilancia, en especial el responsable de la custodia de Manuela; fueron despedidos de manera fulminante en cuanto supo

que ella había huido, una vez más. Temiendo su reacción, los hombres la buscaron por todos los rincones de la ciudad, hoteles, residencias, y esperaron para informarlo a que regresara de Zaragoza. Para entonces, ya tenía sobre la mesa de su oficina el documento de los letrados. Lo que más lo enfureció no fue la solicitud de los honorarios, sino la desaparición de la mujer que lo tenía cautivo desde hacía más de diez años. La amaba, la deseaba, la necesitaba; era su luz en la oscuridad, el rocío de sus amaneceres.

La boda con María Cristina le había sido impuesta, un acuerdo concertado desde la adolescencia. Los dos se llevaban bien, eran amigos de la infancia, y la empresa en la que los padres eran socios marchaba viento en popa; no solo la clínica en la capital aragonesa, también otra en Madrid, un laboratorio, una red de farmacias por todo el país y acciones en Bolsa. Habían invertido mucho esfuerzo y un gran capital, y no era cuestión de que su patrimonio fuera a parar a otras manos; querían, exigían, un heredero de ambas familias a fin de perpetuar la estirpe. Él se lo había tomado a broma, pero cedió ante la insistencia y, lo más grave, la amenaza de cerrarle el grifo del dinero justo cuando iniciaba su propio negocio. La relación con su mujer era sin embargo insípida, carente de interés, lo supo la misma noche de bodas cuando ella adujo un fuerte dolor de cabeza debido al ajetreo de la boda. Yacieron por fin durante el viaje de novios en San Sebastián, pero a oscuras, sin desnudarse; a ella no le parecía decente, y él tuvo la sensación de estar desflorando a una virgen mártir, abusada por un legionario romano, nada que ver con el inmenso placer que experimentaba con Manuela.

No logró embarazarla tras dos años de intentos, y dejó de insistir cuando el ginecólogo de la clínica aseveró que le sería imposible; su mujer presentaba una anomalía en el útero que la impedía ser fecundada. Fue entonces cuando la suegra, ya viuda y dueña de la mitad de la empresa, habló con él y literalmente le exigió engendrara con su hermana a fin de que la criatura llevara su sangre. La propuesta le pareció una locura, pero que sin embargo le permitiría mantener una relación deseada sin sentirse culpable, y aceptó. Lo del heredero le traía al pairo, él solo quería hacer el amor con la mujer que le quitaba el sueño; cogió el coche y salió disparado hacia Ejea de los Caballeros con la mente puesta en aquel cuerpo que le hacía perder el sentido, y en buena hora; la pilló intentado huir y redobló la vigilancia. Se sintió mal al arrebatarle la criatura nada más nacer, pero no podía hacer otra cosa. A fin de cuentas, la niña también era suya, se dijo, y habría más.

Aceptó reunirse con los abogados a fin de perder la mejor baza de su empresa, que le procuraba suculentas ganancias, y firmó un contrato por el que abonaría la suma correspondiente a las ganancias por conciertos, recitales y discos, más los intereses acumulados, a condición de que ella continuara trabajando para «Lazán S.A.». No logró sin embargo que volviera con él. Únicamente se veían en el estudio de grabación o en las actuaciones, apenas hablaban, y en una ocasión en que él intentó cogerle la mano, se apartó en un gesto de rechazo que dejó muy sorprendidos a sus colaboradores.

Hilario había ido en busca de los padres, los tíos permanecieron en la aldea, y se instalaron en el tercer piso de un edificio de nueva construcción en la Plaza de Navarra de la capital oscense, donde a Matías le estaba vetada la entrada. La única preocupación de Manuela era que viera a Chabier y descubriera que era su hijo, pero su «hermano mayor» la tranquilizó; él se encargaría de velar por la seguridad de su «sobrino» y le rompería la cara a cualquier malnacido que osara acercarse al niño, además, por si acaso, llevaba la *Ruby* en el bolsillo interior de la chaqueta, aunque esto no se lo dijo. Lo acompañaba a los Salesianos, esperaba para llevarlo a comer a casa y de nuevo al colegio por la tarde, también al parque de juegos cuando hacía buen tiempo. En el imaginario del niño, el hombre

ocupó el lugar del padre, y no era raro que lo presentara como a tal cuando algún compañero de clase le preguntaba por el hombre que no lo dejaba solo en ningún momento. Asimismo,
recuperó su antiguo oficio, el de guardaespaldas siempre que acudían al cine o a una sesión de circo con la abuela y la madre cuando esta no estaba de gira. Agostín llevaba un tiempo alicaído, sin ganas de nada, y se quedaba en el piso leyendo el periódico o escuchando la radio; al regresar, lo encontraban dormido en la butaca.

Y fue precisamente en una de aquellas salidas para asistir a una actuación de payasos en el Olimpia cuando, al finalizar la función, se encontraron cara a cara con Matías, su mujer y su hija. Mientras los pequeños se observaban curiosos, los mayores miraban atónitos al uno y a la otra; cualquiera habría asegurado que eran hermanos. Fueron solo unos instantes, Manuela agarró de la mano a Chabier y se marchó a toda prisa seguida por Hilario; Aurora tardó en seguirlos, fijos los ojos en el rostro de la niña, su viva imagen a la misma edad, al igual que lo era su nieto.

Dos semanas después del inesperado encuentro en el teatro, María se personó en el piso de la Plaza de Navarra, empujó a un lado a la doncella que la recibió y entró llamando a gritos a su madre y a su hermana. La familia se encontraba en el comedor acabando de desayunar y, al escuchar sus voces, Hilario tuvo una rápida reacción, cogió a Chabier y se encerró con él en su propio cuarto, advirtiéndolo que permaneciera callado para que no lo encontrara la bruja que acababa de llegar. El crío se escondió debajo de la cama, y él no pudo evitar una sonrisa, luego entreabrió la puerta a fin de escuchar lo que su antigua jefa tenía que decir. Durante mucho rato, solo habló ella, reclamó ver al niño, comprobar personalmente si era cierto que era una réplica de su querida nieta María Isabel, y juró que presentarían una demanda de paternidad a fin de que le fuera devuelto a su padre a no más tardar. La respuesta de Manuela fue pedirle que se fuera de allí o llamaría a la policía, pero entonces tomó la palabra Aurora.

Al regresar a casa tras el encuentro en el teatro, su hija le confesó lo que le había ocultado, la sospecha de que la criatura muerta el nacer estuviera en realidad viva, y que a ella la hubieran estado utilizando para proporcionarles un heredero varón. Y así, con un tono de voz sosegado pero firme le echó en cara todo lo que había guardado para sí durante años: el desprecio mostrado hacia los padres que la habían engendrado, la adopción por dinero de un apellido que no era el suyo, el robo de la hacienda familiar, el secuestro de su hermana para conseguir el sucesor que su hija no podía darles y el robo de la criatura, su ambición sin límites. El cariño no nacía, se cultivaba con esfuerzo y tiempo, añadió, y hacía mucho que había dejado de quererla, solo era una extraña y no tenía derecho a reclamar absolutamente nada. Lo siguiente que se escuchó fue un «¡Nos veremos en el Juzgado!» y un portazo.

Al día siguiente las dos mujeres e Hilario fueron a hablar con los abogados. El asunto se presentaba complicado. Cierto que las declaraciones de los tres ayudarían a solventarlo, cada uno tenía una versión coincidente con las de los otros, y estaba claro que el proceder de las familias Lazán y Cortillas había sido indigno, pero el gran parecido entre los dos niños y el consecuente análisis sanguíneo de ambos y del supuesto padre podría darles la razón. La madre era soltera, había mantenido relaciones carnales con un hombre casado, y el nuevo Código Penal solo reconocía el adulterio en el caso de las mujeres casadas; en el de ella se trataría de un delito de amancebamiento, penado con multa e incluso destierro. A él no le pasaría nada; era hombre y tenía todas las de ganar en la demanda de paternidad. Además, se preveía el derecho de la esposa agraviada a indultar al

marido, y era de suponer que esta estaba de acuerdo con el proceder de Matías, puesto que había aceptado a la niña y ahora reclamaba al niño. Por otra parte, el escándalo supondría una deshonra para la cantante, lo cual conllevaría la anulación de contratos, incluido el firmado con «Lazán S.L.», y el fin de su carrera e ingresos, sin contar los costes del juicio. Aun así, los abogados prometieron estudiar el tema a fondo a fin de encontrar una solución idónea para su cliente.

Salieron del despacho con los ánimos por los suelos, pensando en trasladarse a algún lugar perdido o en emigrar a América, de donde le habían llegado solicitudes para actuar en varios países. Antes de entrar en el portal, Hilario comentó que tenía algo que hacer y se marchó sin dar más explicaciones. Lo primero que le había venido a la mente fue cargarse a la doña y al hijo de puta de Matías, pero lo pensó mejor y fue a ver a un tipo que había conocido mientras esperaba a Chabier en la Plaza Santa Engracia. Se dice que las mentes afines se reconocen, y él se reconoció en el hombre que todos los días daba de comer a las palomas, doblaba la bolsa de papel y se la metía en el bolsillo. Tardaron en entablar conversación, pero pronto se hicieron amigos; el hombre había sido vigilante al igual que él, aunque ahora se ganaba la vida falsificando documentos «para quien los necesite», en especial cartillas de racionamiento en un país donde los ricos que habían apoyado a los vencedores eran más ricos, y los pobres, más pobres cualquiera que fueran sus afiliaciones. No solo falsificaba cartillas, también documentos de identidad, pasaportes, autorizaciones... Lo encontró como de costumbre, echando migas a las palomas, y le preguntó a bocajarro si podría falsear un acta de nacimiento. Días más tarde tenía en su poder un documento exactamente igual al original, con sellos y firmas, incluso con las marcas de los pliegues; en el mismo aparecía el nombre de Chabier Lanuza Ornat, nacido en Buisán, hijo de Hilario Lanuza Navarro y de Manuela Ornat Albar. De paso le pidió otro de matrimonio para el caso de que a los malnacidos se les ocurriera verificar la legalidad del nacimiento del niño. Temiendo su reacción, le costó mostrárselos y, cuando lo hizo, se vio sorprendido al recibir un par de besos de su protegida y un abrazo de Aurora.

El abogado levantó las cejas al leer ambos documentos, si bien no dijo nada, únicamente comentó que aquello facilitaba mucho las cosas. El caso no llegó al Juzgado.

1955

María Isabel Teresa de Jesús Lazán y Cortillas, Isa para las amigas, había cumplido los diecisiete cuando doña María decidió llegado el momento de encauzar su futuro. Su yerno había sido incapaz de darle un sucesor varón, ¡maldito inútil! En mala hora se le había ocurrido casar a su hija con un bueno para nada, que lo único que hacía bien era tocar el piano. Seguía siendo atractivo, eso sí, pero ¿de qué le servía? Sabía que ya no se acostaba con Manuela y que había tenido otras aventuras, pero ignoraba si había más hijos de por medio, aparte de aquel que no había visto. Tenía que reconocer el fiasco de su decisión. En un principio, y dado que María Cristina era estéril, la idea de que engendrara con su hermanastra le había parecido espléndida, entre otras razones para transmitir su sangre y, de paso, controlar el emporio familiar, administrado ahora por uno de los hermanos de Matías, un hombre arrogante con quien se llevaba mal. La mitad de las acciones de la empresa estaban en su poder y en el de sus dos hijos, la otra mitad en manos de la familia Lazán, pero el heredero, en este caso heredera, poseería más que el resto de los socios en cuanto recibiera las de su padre, a añadir a las de ellos.

Se detuvo a pensar en su hijo Alfonso, el joven cirujano cuyo brillante porvenir se había visto truncado por una bomba colocada bajo su coche cuando se dirigía a dar un mitin. Lloró lágrimas de dolor y odio al verlo hecho un guiñapo, sin piernas, rostro y cuerpo heridos, incapacitado para engendrar. Con el tiempo, cicatrizaron las lesiones y pudo moverse con ayuda de unas extremidades fabricadas ex-profeso para él en la mejor ortopedia de Madrid, y con dos muletas. Sin embargo, no había vuelto a sonreír, raramente decía algo, permanecía aislado, tampoco salía, ni acudía a la iglesia, ni siquiera fue al funeral de su padre; era como un muerto vivo, de aquellos que aparecían en las novelas o en el cine, alguien que respiraba, pero que no sentía emoción alguna. Puesto que tenía la carrera de medicina, lo animó a trabajar en otros campos, como la investigación en la empresa familiar, o de administrador en una de sus clínicas, pero no hubo manera de convencerlo. Quizás para no tener que escucharla o por no soportar el ajetreo a su alrededor, decidió vivir en la Casa Luesia de Alquézar, que ella había heredado de su padre adoptivo como todo lo demás, y solo lo veía en verano y en navidades, cuando iban a visitarlo unos días o él se acercaba a la capital.

Dejó de pensar en él, le dolía, y volvió al tema que la ocupaba en aquellos momentos: su nieta, aunque esta fuera en realidad su sobrina. Haría de ella un mujer codiciada por las mejores familias del país. De hecho, con miras a un posible enlace, había elaborado una lista de candidatos que no cesaba de aumentar. Pero un gran patrimonio no era suficiente, y menos en el caso de una heredera única, así que decidió que estudiaría farmacia al igual que ella; un título universitario daba prestancia, lo sabía bien. Cierto que no ejercería una vez casada, pero nunca se sabía. Ella misma se había hecho cargo de parte de la administración de la primera clínica y de la primera farmacia del grupo en vida de su marido, dedicándose por completo al negocio una vez viuda. En el caso de María Isabel, tenía claro que debía de ocuparse de que los tíos y primos Lazán no hicieran suya la empresa

aprovechándose de su supuesta ignorancia. Además, tenía pensado enviarla a Francia durante los meses de verano, a perfeccionar el francés aprendido en el colegio de monjas y luego, quizás, a Inglaterra. Pero antes de viajar y de iniciar sus estudios debía hacer el Servicio Social Femenino, un «deber nacional» equiparado al servicio militar masculino, impuesto a las mujeres entre los diecisiete y treinta y cinco años de edad, a fin de obtener el pasaporte, la titulación académica y el carné de conducir, y cuanto antes lo hiciera, mejor. De las modalidades posibles, eligió la de tres meses en un internado de pago, allí mismo en Zaragoza, donde le enseñarían religión, patriotismo, puericultura, cocina y labores del hogar. No estaba mal que una mujer supiera cómo llevar una casa, si bien en su caso no le haría falta, para eso estaba el servicio. De todos modos, se alegraba de no haber tenido que pasar por algo similar, aunque le parecía exagerado que la niña tuviera que estar interna a dos calles de donde vivían.

Si a doña María le parecía una exageración, más se lo pareció a la joven. No le importaba quedarse interna tres meses, aseguró, pues su vida había transcurrido entre institutrices y monjas, controlada a todas horas, sin poder hacer algo que verdaderamente le gustara. No estaba dispuesta a pasar el verano encerrada, no se lo merecía; había finalizado el bachiller superior con excelentes calificaciones, incluido el curso de preuniversitario, tenía derecho a un descanso y amenazó con escaparse, aunque luego la metieran en uno de aquellos centros religiosos, cárceles en realidad, donde los padres confinaban a las jóvenes rebeldes. Por una vez, Matías se enfrentó a su suegra. Isabel era su hija, recalcó, y él tenía la última palabra sobre su presente y su futuro. Cierto que estaba obligada a hacer el Servicio Social para obtener el pasaporte y la titulación, pero no lo era menos que siempre había sido disciplinada y buena estudiante, y se había ganado un premio. De la misma, se ofreció a llevarla a Huesca, a la tierra de sus antepasados paternos y maternos, donde tendrían tiempo para hablar, recuperar ausencias y conocerse mejor. Ni que decir tiene que la señora puso el grito en el cielo. No sirvió de nada, dos días más tarde, padre e hija salían en dirección a El Maizal. María Cristina declinó acompañarlos; el campo no le gustaba, ella era una mujer de ciudad, y, además, no quería enojar más a su madre, aunque propuso a esta visitar a Sito a fin de calmar su enfado.

Tras la obligada marcha de los anteriores propietarios, dieciséis años antes, El Maizal continuaba igual que siempre, si bien bastante abandonado. No había sido transformado en granja de pollos ni en coto de caza, tampoco se trabajaba la tierra a excepción de una pequeña huerta, y solo había un burro viejo y algunas gallinas en el establo. Los guardianes, dos y la mujer de uno de ellos, se limitaban a mantener el lugar en condiciones aceptables por si a la dueña se le ocurría aparecer por allí. Sin embargo, con el tiempo, habían llegado a sentirse dueños ellos mismos; las pagas, más bien raquíticas, les eran puntualmente ingresadas en la oficina de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, en Huesca; no tenían gastos y llevaban una vida de rentistas venidos a menos, suficiente para ellos, cazando, pescando y tomando vinos en el pueblo. La llegada de Matías y de su hija los pilló desprevenidos y, mientras estos daban una vuelta por los alrededores, la mujer envió a su marido a la taberna, a por un guisado o lo que hubiera, y ella y el otro hombre limpiaron la zona y habitaciones principales, incluido el cuarto de baño, la única mejora llevada a cabo por la dueña pues, según afirmó, no estaba dispuesta a bañarse en un barreño o a hacer sus necesidades en la cuadra en caso de que se le ocurriera ir allí a pasar unos días.

Isabel estaba encantada por dos razones: era la primera vez que disfrutaba de unas vacaciones a solas con su padre, y también la primera que visitaba la finca de la cual nunca había oído hablar.

Conocía Alquézar, Ejea de los Caballeros, el balneario de Alhama donde estaba enterrada su otra abuela; también había estado en Madrid, Barcelona y Pau, pero ignoraba todo acerca de la vida en el campo. Además, su padre le había prometido enseñarle la Plana de Uesca y llevarla a la Sierra de Guara, donde ambos subirían al monte y descenderían por barrancos y cañones. A pocos días de su llegada, Matías hubo de ir a la ciudad por un asunto de la empresa y la invitó a acompañarlo, pero prefirió quedarse, ya había estado allí en varias ocasiones. Tenía todavía mucho por investigar tras saber que aquella era la casa de algunos de los antepasados de la abuela María, si bien esta nunca le había hablado de ellos. Seguro que encontraría una pista, algo, para sorprenderla cuando regresaran a Zaragoza. No descubrió nada especialmente interesante y ya estaba lamentando no haber ido a la ciudad cuando, a media tarde, se le ocurrió subir al sobrado. El lugar se hallaba abandonado, unos sacos roídos por los ratones por aquí, paja seca por allá, viejos útiles de labranza... Iba a bajar, decepcionada, cuando se fijó en la puerta situada en uno de los extremos y la abrió, solo por ver. Los rayos del sol iluminaban el interior de un cuarto más bien pequeño, que olía a moho y a polvo, pintado de azul claro, con una cama estrecha cubierta por una colcha floreada y unos cojines, una mesita con libros, unas fotografías y varios instrumentos musicales. Entró, cerró la puerta y no salió hasta que oyó la voz de su padre llamándola; el sol se había ocultado, y la habitación se hallaba casi en penumbra. Aquella noche tardó en apagar la luz.

Ignoraba exactamente por qué, pero tenía la intuición de que el suyo era un hallazgo muy especial. Cogió las fotografías y un cuaderno, de los de antes, en bastante buen estado, de tapas negras con una etiqueta blanca rebordeada de rojo en la que estaba escrito un nombre: *Manuela*. No conocía a ninguna Manuela, ni había oído mencionar dicho nombre; puede que fuera la abuela de su abuela, o una tía, pero desde luego era alguien que había vivido allí. Le echó un vistazo y descubrió que se trataba de un diario, ella misma tenía uno en el que escribía sus pensamientos, desencantos, ilusiones. De entrada, pensó en dejarlo en su sitio; leer el contenido equivaldría a inmiscuirse en la vida íntima de otra persona, pero... ¿qué más daba si la autora ya no estaba? No le dijo nada a su padre, se metió bajo la blusa el cuaderno con las fotografías dentro y, con la disculpa de lavarse las manos antes de cenar, lo escondió debajo de la almohada y comenzó a leerlo en cuanto se metió en la cama.

Párrafos, frases, algunas poesías sencillas que le hicieron sonreír, se trataba en efecto del diario de una adolescente como tantas, como ella. Mencionaba a una abuela Elisa, un abuelo Bizén, tíos, primos, a unos padres a quienes citaba solo como *mai* y *pai*, que ella intentaba descubrir en las fotografías en blanco y negro, algunas muy ajadas, incluso borrosas, y confesaba su sueño de llegar a ser cantante. Su sorpresa fue grande al leer la última página encabezada por un «Hoy cumplo diecisiete años». Hizo cálculos, treinta y ocho años atrás, y debajo una frase: «El presente lo conozco, el futuro es un misterio». No había más; el resto de las hojas estaban en blanco. No se trataba pues de alguien que hubiera fallecido hacía tiempo como había creído; era incluso más joven que su madre. ¿Por qué no sabía nada de ella si era de la familia? Al día siguiente lo primero que hizo fue preguntar a su padre si conocía a una tal Manuela. Él no respondió, hizo un gesto como que no, bebió el café que le quedaba en la taza y a continuación le propuso dar un paseo hasta el pueblo. Hacía calor, y al llegar se sentaron en una de las dos mesas instaladas a la puerta de la taberna y pidieron una cerveza para él y una gaseosa para ella. Un anciano, sentado a la otra mesa, el vaso vacío, un cigarrillo apagado en los dedos, los observó con curiosidad durante un rato hasta que finalmente se decidió a hablarles, en realidad solo les preguntó si Aurora seguía viva. Ante el gesto de inquietud del hombre y la cara de sorpresa de la muchacha, el anciano llamó al tabernero y señaló a esta con el dedo; la mujer de este último, una vecina que había ido a llenar una garrafa de vino y otra que pasaba por allí se

unieron al grupo. Matías dejó unas monedas encima de la mesa, agarró a su hija de la mano y se la llevó a toda prisa de allí.

Isabel estaba atónita ante su proceder, de habitual comedido; no logró que dijera una palabra, e hicieron el trayecto a paso rápido, en silencio. Asimismo, permaneció callado durante la comida, encerrándose después en su habitación con el pretexto de estudiar unos nuevos contratos, y continuó de igual manera a la hora de cenar. Antes de volver a encerrarse, solo le dijo que tuviera la maleta preparada para salir hacia Alquézar al día siguiente. Para entonces, había llegado a la conclusión de que la extraña conducta de su padre se debía a su pasado, el de ella, y decidió averiguar de qué se trataba. No tenía mucho tiempo, solo unas horas, pero era tozuda y no estaba por la labor de quedarse con las ganas; salió de la casa sin hacer ruido, pegada a las paredes, aprovechando que los guardianes escuchaban la radio en la cocina, y corrió como una liebre que huye del cazador hasta llegar a la taberna del pueblo. Pese a no ser todavía de noche, el local se hallaba vacío, los labradores acostumbraban a retirarse temprano, y los dueños habían empezado a recoger; ambos se quedaron muy sorprendidos al verla aparecer. Un par de horas más tarde la acompañaron de vuelta a El Maizal, no se veía una luz en su interior. De nuevo se deslizó como una ladrona hasta llegar a su habitación y permaneció despierta hasta la madrugada, incapaz de conciliar el sueño, incapaz de dejar de pensar.

Según los taberneros, su parecido físico con la tal Aurora era extraordinario, en especial aquel extraño color de ojos. No sabían nada de ella desde que la familia había sido expulsada del pueblo al acabar la guerra en aquella zona, por eso su sorpresa al verla. Tampoco conocían al hombre que la acompañaba, su padre, o no lo recordaban; habían sido años difíciles en los que cada cual intentó salir adelante como mejor pudo. Que ellos supieran, El Maizal, antaño propiedad de los Escagüés, pasó a los Azaba y luego a los Albar. Durante un tiempo perteneció a un mal tipo apodado el Paquetero, quien lo legó a Aurora, al parecer su única hija, fruto de una violación. Una vez expropiada, la propiedad pasó a manos de una señora de Zaragoza a quien nadie había visto por el pueblo. No podían decirle nada más.

Demasiada información, demasiados interrogantes sin respuesta. Antes de quedarse por fin dormida, le vino a la mente la imagen de un niño, y la de una mujer mayor que le miraba fijamente a la salida de un espectáculo de payasos. Ambos tenían sus mismos ojos.

Los dos coches se cruzaron en la carretera sin que ninguno de los ocupantes se percatara de los del otro. El primer domingo de cada mes, como un ritual, Manuela, su madre, Chabier e Hilario iban al pueblo, pasaban de largo y se dirigían directamente a la finca. Al principio permanecían fuera de las lindes, contemplando desde allí la casa, los campos desiertos, pero el antiguo vigilante conservaba su habilidad para averiguar lo que deseaba y no tardó en adentrarse en la propiedad y entablar conversación con uno de los hombres mientras las dos mujeres y el niño esperaban fuera junto al coche. Aquel primer acercamiento dio lugar a otros durante los meses siguientes. Los guardianes apenas mantenían relación con los habitantes del pueblo y esperaban sus visitas como las de unos amigos de toda la vida, tanto fue así, que la comida acabó siendo parte de la costumbre. Por supuesto, los visitantes no llegaban con las manos vacías; las dos mujeres se metían a ayudar a la otra en la cocina y recogían después mientras los hombres hablaban, y el chaval curioseaba por su cuenta.

De alguna manera, aquellas horas transcurridas en su añorado hogar eran para Aurora una ensoñación del pasado, un bálsamo que calmaba su pena, y regresaba a Huesca contando los días que faltaban para regresar. A Manuela le traían recuerdos aislados, se había ausentado de allí siendo joven

y había vuelto en contadas ocasiones, pero sí revivía momentos felices con sus padres, la abuela Elisa y el resto de la familia. Subía al cuartito bajo el sobrado y se veía a sí misma contemplando el paisaje al atardecer, estudiando partituras, cantando y tocando los instrumentos que seguían en el mismo sitio donde los dejó, soñando, aunque poco de lo soñado se hubiera hecho realidad. Cierto que había llegado a ser una cantante reconocida, pero a un precio demasiado alto. Mientras las tres mujeres se afanaban en preparar la comida, su madre y ella quedaron desconcertadas al escuchar el comentario de la esposa del guardián sobre la presencia allí durante tres días del yerno de la dueña y de su hija; se habían marchado aquella misma mañana, casi al mismo tiempo en que ellos llegaban, añadió. A la mayor se le humedecieron los ojos pensando que por muy poco no había podido ver a su nieta; Manuela se quedó en blanco. Tras la escena de María reclamando a su «nieto» y la certeza de que no podría hacer nada para recuperarla, no había intentado volver a ver a la niña apercibida durante unos instantes, once años atrás. Incluso procuraba pensar en otra cosa cuando le venía su nombre a la cabeza, Isabel, sin duda elegido por su medio hermana, tan devota y tan aficionada a nombres de reyes y reinas. Tendría ya diecisiete, los mismos que ella cuando fue a vivir con doña Pilar y conoció a Matías, y se culpó por haberse dejado engañar; sin él, su vida habría sido muy diferente, pero se dijo que tampoco habría tenido a su hijo, ni a su hija.

Ya no trabajaba para «Lazán S.A.» y tenía que reconocer que su actividad había disminuido de forma importante. Las modas cambiaban, aparecían nuevas voces; de los Estados Unidos llegaban el rock and roll y las baladas románticas, pero sobre todo triunfaban las coplas, rancheras, boleros y cantares flamencos muy del gusto de los nuevos gobernantes, que se escuchaban en la radio a todas horas, nada que ver con su estilo. Rompió su relación con Matías en cuanto su contrato se lo permitió; no aceptó disculpas, promesas y, mucho menos, la declaración de que ella era su verdadero amor, la única mujer que había amado y amaba. Cada vez que le suplicaba recapacitara sobre su decisión, ella respondía de manera invariable: «Devuélveme a mi hija». Luego dejaron de verse, y decayó su actividad profesional. Lamentaba no cantar en público tanto como antes, pero tenían medios suficientes para vivir holgadamente con lo que ganaba y con el dinero ahorrado. Por otra parte, su padre, fallecido tiempo atrás a causa de una neumonía, había dejado en herencia unas acciones adquiridas antes de la guerra en una pequeña empresa de construcción que, debido a la necesidad de reconstruir un país devastado, había hecho ricos a sus accionistas. No era su caso, su participación era pequeña, pero cada año recibían cierta cantidad, que iba derecha a una cuenta de ahorros abierta a fin de asegurar el futuro de Chabier. Además, el piso estaba pagado, el coche también, e Hilario solía sorprenderlas de vez en cuando entregándoles dinero cuya procedencia no desvelaba, y que sospechaban era producto de apuestas en algún garito clandestino debido a la prohibición de los juegos de azar vigente desde hacía tres décadas, si bien cabía también la posibilidad de que lo hubiera ganado en la lotería a la que era muy aficionado.

Hasta finales de agosto, tenía la agenda vacía, así que propuso hacer una excursión a la Sierra de Guara a fin de ahuyentar sus fantasmas y porque a su hijo le apasionaba la escalada. No había logrado se interesase por la música, todo lo más llegaba a interpretar al piano alguna melodía de moda sin mayor dificultad. Tampoco parecían atraerlo otras modalidades artísticas, aunque dibujaba muy bien; su único interés era el deporte, todo tipo de deportes, fútbol, atletismo, ciclismo, lucha... en especial la montaña. Él e Hilario iban a la sierra siempre que podían, subían a los montes, escalaban las rocas, dormían a la intemperie, pero sobre todo descendían por barrancos y cañones, y regresaban excitados planeando la siguiente escapada, al igual que dos chiquillos a la búsqueda de un tesoro. Y como dos niños traviesos, ambos recibieron una bronca de Manuela y Aurora, a partes iguales, el día en que regresaron magullados y con heridas al perder el equilibrio y caer rodando por

uno de los sifones del barranco de Formiga. La prohibición de volver a intentarlo fue fulminante no solo para el adolescente, también para su supuesto cuidador, quien, las mujeres estuvieron de acuerdo, no tenía ya edad para andar haciendo el tonto. El percance había tenido lugar en Semana Santa, cuatro meses atrás, y los dos se morían de ganas, por lo que recibieron la propuesta con una euforia mal disimulada, aunque prometieron no hacer locuras.

Durante una de las escapadas, Hilario había hecho amistad con un solterón como él, que en Panzano alquilaba habitaciones a montañeros, peregrinos o simples turistas de paso; tuvieron suerte, dos acababan de librarse. Se encontraban descargando las bolsas cuando los distrajo un pequeño revuelo y vieron pasar por delante de ellos a unos hombres, escaladores por sus atuendos, que sostenían a una joven herida. Fue un instante, suficiente para que Manuela tuviera un sobresalto. No había visto a su hija en años, de hecho, no la conocía, pero supo que era ella; dejó la bolsa en el suelo y corrió tras los salvadores y vecinos que se dirigían al edificio del ayuntamiento, escuela y dispensario a la vez. La accidentada parecía desconcertada mientras la enfermera se ocupaba de desinfectar el corte que tenía en el antebrazo izquierdo. No dejaba de preguntar por su padre, y de la misma se organizó una expedición, al tiempo que se escuchaban críticas acerca de los aficionados que osaban aventurarse por riscos y cañones sin conocer los lugares. Al cabo de un rato decreció el interés; aparte de la herida en el brazo y algunas magulladuras, no parecía que la joven estuviera en peligro, y cada cual tenía ocupaciones que atender. Poco después Isabel se hallaba tumbada en una cama; a su alrededor, cuatro pares de ojos le miraban entre asombrados y emocionados.

El grupo de búsqueda regresó a media tarde con el otro accidentado; había recibido un fuerte golpe en la cabeza y perdido el sentido, pero solo tenía unos rasguños, y la enfermera consideró que era mejor esperar a la visita del médico de la zona antes de tomar la decisión de enviarlo al hospital de Huesca como algunos proponían. Esta vez fue Hilario quien se encargó. Acompañado de su amigo, aseguró que la familia se hallaba allí mismo, en el pueblo, y que ellos se ocuparían del herido a la espera del doctor. Entre los dos, uno asiéndolo por los sobacos y el otro por las piernas lo trasladaron a la casa de huéspedes y lo metieron en la cama del otro cuarto disponible. Matías recuperó el conocimiento a la mañana siguiente; le dolía la cabeza y lo primero que hizo fue preguntar por su hija. No se tranquilizó hasta que la vio a su lado, un aparatoso vendaje en el antebrazo y un parche en la frente. El médico lo examinó de arriba abajo y dictaminó que, en principio, su estado no presentaba mayor gravedad, aunque, advirtió, nunca se sabía; el golpe en la cabeza podría tener consecuencias, y recomendó que lo trasladasen para ser examinado al hospital de la capital tan pronto como fuera posible. Tres días más tarde continuaban todos allí; el inesperado encuentro había cambiado sus vidas, en especial la de la joven.

A fin de compensar su brusca marcha, Matías la llevó a Panzano con la idea de que olvidara la finca y su reacción en la taberna; le explicó que su tío Sito y él habían estado allí en un par de ocasiones y le aseguró que lo pasarían muy bien subiendo a los riscos y bajando por los cañones, y así fue hasta que el accidente cambió sus planes la víspera de su prevista salida hacia Alquézar. No le costó averiguar que las dos mujeres y el muchacho eran su madre, abuela y hermano. En un principio, ellas no le dijeron nada, no sabían cómo, pero le miraban embelesadas, y sus miradas expresaban más que las palabras; además, no dejaba de sorprenderla su extraordinario parecido con la mayor. Tampoco se atrevió a preguntarles, ansiaba y a la vez temía su respuesta. Fue Chabier quien la sacó de dudas durante un paseo que ambos dieron por los alrededores al preguntarle él a bocajarro si conocía un lugar llamado El Maizal, cerca de Alerre, más allá de la capital. Al responder afirmativamente, el muchacho empezó a largar y no calló hasta volver a la casa de huéspedes donde los demás los esperaban para comer. Le contó que aquella era la hacienda donde habían nacido su

bisabuela Elisa, la madre de su abuela, y su madre, que era cantante; le habló de tíos y primos, de cómo él había nacido en una aldea del Pirineo porque a la familia la habían echado de su hogar, y de cómo, los domingos por la mañana, iban a visitar su antigua casa porque la abuela la añoraba mucho. Supo así que la Manuela del diario era la misma que había visto siendo pequeña, la misma que la había recogido en el dispensario, y se le hizo un nudo en la garganta. Habló con ella, con Aurora, incluso con Hilario; les preguntó sobre los anteriores dueños de la finca, quiénes eran, cómo se llamaban, los motivos del abandono del que había sido su hogar de siempre, pero tuvo la impresión de que no le decían todo lo que quería saber, por ejemplo, el porqué de su gran parecido con la abuela de Chabier y también con este. Finalmente se encaró a su padre.

Matías se hallaba prácticamente repuesto del percance, si bien todavía tenía un chichón en la sien que le dolía cuando lo tocaba. Creyó estar soñando al recuperar el conocimiento y ver a Manuela a su lado, le había sido imposible olvidarla y, de hecho, acudía a sus recitales siempre que tenía oportunidad; se situaba en una de las butacas del fondo en caso de tener lugar en un teatro, o en un apartado si se trataba de un casino o de una sala de fiestas. Deseaba besarla, yacer con ella, recuperar el tiempo perdido, pero, si en alguna ocasión se cruzaban, no se molestaba en responder a su saludo, ni siquiera le miraba. ¿Cómo explicarle que su comportamiento le fue impuesto, que claudicó sin rebelarse ante la exigencia de padres y suegros? ¿Que el apoyo económico necesario para crear y mantener su empresa había sido el principal motivo de su proceder? No obstante, y aunque lograra hablar con ella, sabía que nunca le perdonaría su maltrato, los años de encierro y, muy especialmente, el robo de su primera hija. Hacía años que ya no se acostaba con María Cristina; a veces tenía una aventura que no lo satisfacía y cogía una borrachera cuando le dolía su ausencia. Verla allí, en un pueblo perdido de la sierra, dándole friegas de alcohol y de comer a la boca, lo hizo imaginar que quizás todavía había un resquicio de esperanza. No fue así. En cuanto pudo levantarse, ella volvió a mostrarle una total indiferencia, y decidió abandonar Panzano en cuanto estuviera en condiciones de conducir, pero no lo hizo. Por primera vez desde el fallecimiento de su abuela Pilar tuvo la sensación de sentirse en familia en compañía de la mujer que nunca había dejado de amar y de sus dos hijos, porque estaba claro que aquel muchacho, alto para su edad, rubicundo, con sus mismos cabellos lacios, era su hijo por mucho que llevara el apellido del antiguo guardián de Casa Luesia.

Obligado, arrepentido, esperando la absolución de sus pecados, respondió a las preguntas de su hija. En efecto, aquellos eran su madre, su abuela y su hermano; había nacido en Ejea de los Caballeros, y se la habían llevado a Zaragoza nada más nacer por orden de doña María. Su verdadera madre nunca la había visto, la creía muerta. Los ojos de Isabel se humedecían a medida que hablaba y, al finalizar, salió corriendo en busca de Manuela, la abrazó, lloró con ella, y durmieron juntas en la misma cama. No volvió a dirigir la palabra a su padre, ni siquiera durante el trayecto a Alquézar, decisión a la que no pudo oponerse debido a su minoría de edad y también a la recomendación de la madre recién descubierta; no era prudente. Los Cortillas eran poderosos, le dijo, y pondrían en marcha maquinaria y contactos en los tribunales a fin de impedir su emancipación. Debía por tanto ser cautelosa, tener paciencia. Lo esencial era que ahora sabían quién era quién, todo era cuestión de tiempo, de esperar unos años hasta su mayoría de edad para tomar decisiones sin pedir permiso; ellos la estarían esperando.

Al llegar a Alquézar, no se molestó en saludar a nadie, se metió en la habitación prevista para ella y no se presentó a comer. Matías la disculpó aseverando que todavía se hallaba traumatizada por el accidente y necesitaba reposo, pero no abrió cuando María Cristina llamó a la puerta. Cedió el segundo día de su estancia porque tenía hambre, pero guardó silencio en todo momento hasta que doña María se dirigió a ella en su habitual tono de mando. A la recriminación sobre sus modales y

falta de respeto hacia los mayores, respondió con un: «Usted no es mi abuela», que dejó a la señora estupefacta. Como un tiovivo sin frenos, les echó a todos en cara el engaño en que la habían mantenido desde su nacimiento; era un bebé robado, y jamás los perdonaría; aseguró que se marcharía y que no volvería a verlos en cuanto tuviera ocasión de decidir sobre su vida, y le daba igual si la internaban en un convento de monjas, o en la cárcel. Antes de salir por la puerta del comedor pudo escuchar la risa burlona de su tío.

Frustrado, tullido, enfadado con el mundo, Sito Cortillas en nada se parecía al hombre que era dieciséis años atrás. Lograba moverse con ayuda de las muletas, y las piernas ortopédicas disimulaban bajo los pantalones la ausencia de ambas extremidades, pero todavía ahora le resultaba una tortura verse levantado, vestido, aseado. Incluso para orinar tenían que ayudarlo sus dos ayudantes, ambos antiguos camaradas cuya patriótica entrega no les había procurado beneficio alguno una vez finalizada la guerra. Al contrario que tantos otros mutilados, él no necesitaba una pensión para vivir, la herencia recibida a la muerte de su padre y las acciones en la empresa familiar, más varias inversiones realizadas con acierto, lo habían convertido en un hombre rico, muy rico. Sin embargo, daría su fortuna por volver a ser el joven alegre de las francachelas hasta altas horas de la madrugada, el amante deseado por mujeres y hombres, el orador que enaltecía a las masas, el médico con un espléndido porvenir. No quedaba nada del pasado, únicamente la amargura que lo consumía al despertar.

De vez en cuando, muy de vez en cuando, salía de su madriguera y emprendía un viaje a ninguna parte, siempre acompañado por los dos ayudantes. Sentado en el asiento trasero, los ojos cerrados, el viento en el rostro, se imaginaba que no era el chófer sino él quien conducía su flamante *Alfa-Romeo* descapotable. Eran salidas cortas de dos o tres días como máximo; se cansaba pronto, no aguantaba las miradas de compasión de unos, de recelo de otros, y ordenaba el regreso. Tampoco había vuelto a Zaragoza. No soportaba a su madre, empeñada en recordarle que debía dar gracias a Dios por no haber muerto; no tenía piernas, pero sí cabeza, insistía, y era su obligación poner su inteligencia y preparación al servicio de la familia, ocupándose de las clínicas o entrando en la política, dado que era su único hijo varón. Por suerte solo tenía que sufrir su presencia un par de veces al año, si bien lo llamaba por teléfono todas las semanas, aunque él la oía, pero no la escuchaba. También estaba su hermana, una insustancial cuya única preocupación era ir a la moda y que mantenía insípidas conversaciones acerca de amistades y líos de faldas o pantalones, cualquiera fuera el caso, cuando ella era incapaz de atraer a su marido y había aceptado sin rechistar el plan de su madre: que Matías preñara a Manuela, su tía, a fin de cuentas, para quedarse después con la criatura.

Su ahijada era la única a quien echaba algo en falta, la única con la que conversaba más allá de unas frases obligadas y le arrancaba una que otra sonrisa. La había visto crecer año tras año, cuando aparecían por Alquézar en verano o en lo que él llamaba «rito navideño», y juntos compartían una afición que, por supuesto, a su madre le parecía un pérdida de tiempo: la filatelia. Uno de sus agentes de bolsa era asimismo un filatélico experto que se encargaba de hacerle llegar sellos de todo el mundo y que, en más de una ocasión, había adquirido en su nombre ejemplares raros en subastas privadas. A la espera de sus visitas, se acostumbró a guardar algunos sobres sin abrir solo para disfrutar de la ilusión que observaba en sus preciosos ojos. Verla hecha casi una mujer, enfrentándose a todos, echándoles en cara su conducta, amenazando con desaparecer para siempre, los puños cerrados, la furia en su mirada, le causó una gran sorpresa pues nunca la había visto enfadada; la risa, la provocó

la cara de perplejidad de su madre, quien a poco estuvo de atragantarse con la croqueta de jamón que acababa de llevarse a la boca. Fue la primera vez en mucho tiempo que se sintió a gusto.

Tras pensárselo, María decidió que Isabel pospusiera el Servicio Social, pues no era cuestión de perder la matrícula de ingreso en la Universidad, tramitada y abonada por su secretario. Su relación se hallaba en punto muerto; la joven continuaba sin hablarles a ella y a María Cristina, si bien se presentaba en las comidas y las acompañaba a misa, luego se iba a su cuarto y no salía hasta la cena. Se sentía dolida pues, a su manera, quería a la niña que había educado, pero sobre todo porque había invertido tiempo y dinero en hacer de ella una digna sucesora y no estaba por la labor de echar a perder sus esfuerzos. Ya se le pasaría el enfado. Además, hasta los veinticinco necesitaba el permiso paterno para vivir por su cuenta, y había tiempo para que se tranquilizara. Claro que antes podría ingresar en un convento o casarse, pero lo primero quedaba descartado; no la veía especialmente piadosa y, por ende, no entraba en sus planes que unas monjas se hicieran con parte del patrimonio familiar con la disculpa de la preceptiva dote a la que estaban obligadas las nuevas religiosas, las pudientes claro. Lo segundo... Quizás iba siendo hora de repasar la lista de posibles candidatos y de elegir al más adecuado, alguien de su nivel, atractivo, aunque tampoco importaba que no lo fuera, con estudios, en especial acaudalado y de su entera confianza.

¿A qué coño se le había ocurrido al indeseable de Matías llevarla a la sierra? Aparte de lo del accidente que podría haber acabado en catástrofe, logró que confesara su encuentro allí con Manuela y su madre, y no le quedó otra que responder a las preguntas de su hija, aunque tampoco dio detalles. No obstante, ahora que Isabel conocía la verdad, cabía la posibilidad de que se carteara con aquella medio hermana, «la cabaretera», la llamaba, a la que en mala hora se le había ocurrido meter en la cama de su yerno a fin de lograr un heredero de su misma sangre, y dio orden a las doncellas de no dejar la correspondencia encima de la mesita del hall; debían entregársela directamente a ella en cuanto llegara. Lo importante en esos momentos era que la joven obtuviera el título de farmacóloga. No se enteró hasta mucho después, el curso ya avanzado, de que había logrado cambiar la matrícula y se había inscrito en la Facultad de Derecho. Se puso hecha una furia, pero no le quedó más remedio que aceptar cuando Matías afirmó estar de acuerdo, añadiendo que los abogados eran imprescindibles en la marcha de una empresa.

A Isabel la entusiasmó el ambiente que se respiraba en la Universidad, nada que ver con el colegio de señoritas con uniforme al que había acudido desde su infancia. No eran muchas las alumnas del primer curso, solo media docena, y los estudiantes cuadriplicaban su número, pero todas ellas estaban dispuestas a seguir los pasos de las pioneras, que desde más de un siglo atrás se había atrevido a enfrentarse a reglas y prejuicios. En las primeras jornadas soportaron bromas y comentarios machistas, pero los ignoraron, y no pasó mucho antes de que la convivencia fuera casi normal, si bien ellas permanecían apiñadas en un extremo de los dos primeros bancos del aula, tres delante y tres detrás. Conocía a una de ellas del colegio, pero enseguida hizo amistad con las otras; quedaban a la entrada, entraban juntas, salían, estudiaban en la biblioteca y compartían el bocadillo. Sus compañeros no tardaron en referirse a ellas como «las torres de Malory», en referencia a la saga de seis libros de la autora Enid Blyton, que describían las vivencias de las alumnas de un internado femenino inglés con bastante éxito entre las lectoras juveniles, una manera de burlarse, pues los tachaban de cursis, propios para niñas, aunque ninguno los hubiera leído, una razón más para demostrar que ellas podían ser tan buenas abogadas como ellos, o mejores.

Además de que le gustaba estudiar y de que se sentía un poco más libre, existían otros motivos por los que era feliz en su nuevo entorno. La Facultad disponía de un teléfono público de pago al servicio de los alumnos, y hablaba con Manuela todas las semanas. Por otra parte, al conocer su situación, una de las compañeras, se ofreció a ejercer de «cartera», de forma que madre e hija intercambiaban largas cartas mediante las cuales iban poco a poco conociéndose mejor, y que ella guardaba en su taquilla para no correr el riesgo de que fueran descubiertas por doña María. No solo eso. También se encontraban cuando la cantante tenía una actuación en la capital o, simplemente, cuando esta quería verla y se trasladaba a Zaragoza acompañada por Chabier, la abuela Aurora y, por supuesto, Hilario, quien también hacía las veces de chófer. En dichas ocasiones se saltaba las clases y pasaba el día con ellos, recuperando la parte de su vida que le había sido robada e imaginando ser como muchos otros estudiantes llegados de todas partes, quienes tampoco vivían con sus familias durante el curso.

Para orgullo de Matías, su mujer y su suegra, la joven aprobó la carrera con calificaciones excelentes y las felicitaciones de sus profesores. Su relación había mejorado sin llegar a ser la de antes, pero al menos ya no se encerraba en sí misma; había vuelto a ser la muchacha alegre, de palabra fácil, imaginativa, que conocían. No llegó ninguna carta sospechosa en aquellos años, ni la pillaron hablando por teléfono, por lo que María y su hija estaban convencidas de que todo había vuelto a la normalidad, aunque no llamara «abuela» a la primera, ni «madre» a la segunda; siempre las trataba de usted y se dirigía a ellas como «señoras». No queriendo darse por aludidas, ambas estaban de acuerdo en que hora era ya de buscarle un novio formal, pero antes tenía que cumplir el servicio social obligatorio a fin de aprender los deberes de una buena esposa, además seguían con la idea de enviarla una temporada a Francia, y le haría falta el pasaporte.

Durante los tres meses de internado, Isabel escuchó decenas de veces que la mujer debía ser ejemplo de entrega, renuncia, sacrificio, abnegación y alegría, en una palabra, debía de sonreír en todo momento, estar conforme, no quejarse. Como contraste, las instructoras hablaban de las «otras», las intelectuales sin dotes maternales, amancebadas, independientes y, además, feas. Al escuchar semejantes definiciones, pensaba en su madre, forzada a darle un hijo a un hombre casado, que había logrado vivir de su trabajo; en la abuela Aurora, maestra, cuya hija renegó de ella; en la bisabuela Elisa, violada, que trabajó de confitera y escribió un libro. Las tres habían luchado para sobrevivir en un mundo de hombres, y lo habían conseguido. Escuchaba a las instructoras, asentía con docilidad sin perder la sonrisa, pero en su fuero interno las mandaba al cuerno. Aprendió a cocinar, a coser y bordar, a bañar y poner pañales a unos muñecos; leyó de cabo a rabo el libro *Guía de la buena esposa. 11 reglas para mantener a tu marido feliz. Sé la esposa que él siempre soñó*; ejercitó un andar modoso, nada provocativo; cantó canciones patrióticas y desfiló con sus compañeras el Día de la Hispanidad en honor a su patrona, la Virgen del Pilar. Al finalizar la instrucción recibió el certificado con la calificación de sobresaliente junto a un diploma como ganadora de un concurso de pintura y otro de Socorros de Urgencia.

Cumplidos los veintidós, doña María y su hija se centraron en el asunto del casamiento. La joven era la novia ideal: guapa, educada, con un título universitario y de buena familia, no se podía pedir más, y no faltaban pretendientes. Siempre que la ocasión se presentaba, la obligaban a acudir a eventos y fiestas, a los que asistía con la mejor de sus sonrisas, por lo que estaban convencidas de que seguiría sus indicaciones y aceptaría su propuesta, alguien unos años mayor que ella, con dotes de mando, competente para tomar las riendas de los negocios familiares y capaz de engendrar hijos,

premisa esta importante, pues la señora tenía fijación en el asunto que siempre la había preocupado: la continuidad de su descendencia. Ignoraba que su…, en realidad sobrina, no tenía intención alguna de casarse por el momento, y mucho menos con un candidato impuesto por ella; se dejaba cortejar, flirteaba con los jóvenes y no tan jóvenes que le presentaban y daba largas.

Durante aquellos años se convirtió en una maestra del disimulo y lo hizo tan bien, que la señora relajó el férreo control a la que la tenía sometida, convencida de que todo volvía a su cauce e iba según lo previsto. No ponía pegas cada vez que en los puentes festivos o en vacaciones de Semana Santa acompañaba a su amiga Amparito, la «cartera» clandestina, a Jaca, en cuyo acuartelamiento el padre de esta ocupaba un alto cargo militar. Ella y su hija las escoltaban hasta el mismo andén de la estación a fin de asegurarse y esperaban a verlas partir. Tras el desfile de la Hispanidad, y con la disculpa de necesitar unos días de relajación antes de empezar a trabajar en la empresa, las convenció para que la permitieran pasar un par de semanas con su amiga prometiendo estar de regreso para finales de mes. María aceptó, entre otras cosas, porque se había informado de que la otra joven tenía un hermano mayor, soltero y sin compromiso aparente. Quizás aquel interés de la joven por ir a Jaca, siempre que podía, tenía que ver con dicho hermano, ingeniero de profesión y con un gran futuro, a decir de su informante. De la misma, podía matar dos pájaros de un tiro: casar a su heredera con alguien del gusto de esta, lo que evitaría problemas, y conseguir un buen profesional para dirigir la empresa familiar y, de paso, quitar de en medio a los Lazán de una vez por todas.

Aquella fue la última despedida. Ni por un momento se imaginó que la «niña» la hubiera estado engañando y que, en todos los viajes, se bajara del tren al llegar a Huesca donde la esperaba Hilario para llevarla junto a su verdadera familia. Con el título en el bolsillo, el certificado del Servicio Social cumplido y unos buenos dineros, que a modo de compensación Matías había ido ingresando a su nombre en una cuenta de ahorros, Isabel consideró llegado el momento de independizarse. Cierto que todavía le faltaban tres años para ser verdaderamente autónoma y que necesitaría el permiso de su padre para ciertas cosas, pero dudaba que él se opusiera a sus deseos; tenía mucho que hacerse perdonar. Cierto también que de seguro doña María la desheredaría, pero le importaba un bledo; era joven, estaba preparada y tenía la vida por delante, una vida que por ahora tenía intención de rehacer junto a su madre, abuela y hermano.

Transcurridas dos semanas desde su marcha, y visto que no había señales de ella, María llamó al acuartelamiento de Jaca y pidió hablar con el coronel Caucé. Quedó anonadada cuando el militar respondió que sabía de la señorita Lazán por su hija, ambas buenas amigas de la Universidad, pero que no la conocía personalmente; nunca había estado en su casa. Prometió sin embargo hablar con Amparo y llamarla más tarde. Lo hizo para informarla de que su nieta se había bajado en Huesca y que, al parecer, no era la primera vez que obraba de dicha manera. Le extrañaba, añadió, que no estuviera al tanto de un comportamiento inapropiado, por decirlo de manera suave, en una joven cristiana y de buena familia. La mujer permaneció con el teléfono en la mano durante un buen rato antes de colgar y ordenar a una de las doncellas que fuera en busca de su hija y de su yerno. A la primera le echó en cara su enorme dejadez en la educación de Isabel, de quien nunca se había ocupado; al segundo, lo acusó de ser el causante de la situación y le ordenó traerla de vuelta de inmediato puesto que, de seguro, había ido reunirse con la perdida de su madre o..., durante un instante reinó el silencio, o pediría la anulación eclesiástica de su matrimonio aduciendo ausencia de relaciones conyugales y, peor aún, adulterio.

Matías se sentía un hombre fracasado; su boda había sido una farsa, su imagen de pareja ideal, otra; tenía dos hijos, y ninguno de los dos lo quería como padre; su empresa de grabaciones había quebrado debido a competidores más fuertes y mejor relacionados. Vivía de unas rentas holgadas,

aunque cada vez más limitadas pues su participación en el negocio familia era pequeña; la inversión realizada en «Lazán S.A.» se había literalmente comido la herencia paterna y, gracias a la suegra, llevaba un tren de vida propio de un adinerado, que desaparecería si la maldita vieja hacía efectiva su amenaza. Estos y otros pensamientos ocupaban su mente mientras conducía. Todo habría sido diferente de haber llevado a cabo sus sueños juveniles de convertirse en un pianista afamado, si hubiera sido fiel a la mujer que amaba desde los veinte años... Pero había sido cobarde, o demasiado ambicioso, creyó que podría conseguirlo todo, fama, dinero, amor. Ahora no tenía nada, y era demasiado tarde. El piso que su abuela le había legado se hallaba cerrado, y el polvo cubría muebles y objetos. No se molestó en comprobar si las sábanas estaban limpias; se dejó caer encima de la cama y revivió sus noches de pasión en aquel mismo lecho, el corazón dolorido, la pena en el alma. Al día siguiente se armó de valor y se presentó en la vivienda de Manuela; tuvo la impresión de que lo estaban esperando.

Isabel no regresó a Zaragoza. Sentado en una butaca del salón desde el cual se divisaba el edificio del Casino, las tres mujeres, el antiguo guardián y el joven frente a él, Matías parecía un reo ante el jurado y aceptó no presentar una demanda para hacer valer su derecho de padre y tutor. A cambio, exigió, más bien rogó, visitar a sus dos hijos, incluso insinuó la posibilidad de que todos vivieran juntos en el piso de la Plaza del Mercado, tres veces más grande que aquel, pero no insistió al observar el gesto burlón que hizo Manuela y el no menos irónico de Aurora.

Año y medio más tarde, el alto Tribunal de la Rota, en el que «mandaba la palabra de Dios», declaraba nulo el matrimonio de Matías Lazán y María Cristina Cortillas. El proceso de nulidad fue rápido, no solo porque la parte demandante abonó puntual el alto precio estipulado para los trámites, únicamente al alcance de las élites adineradas, sino porque el demandado no puso dificultad alguna. Es más, durante la vista, se mantuvo impertérrito al declarar ella que el matrimonio le había sido impuesto sin su consentimiento, siendo todavía menor de edad, una de las pocas razones por las que podía obtenerse la anulación. Y tampoco movió una pestaña cuando añadió que en ningún momento había mantenido relaciones íntimas con su esposo. Doña María, en su calidad de testigo, manifestó que, en efecto, aquella había sido una boda por intereses familiares, sin amor entre los contrayentes, añadiendo sin que viniera a cuento que la hija que constaba en el expediente era en realidad fruto del adulterio, de él. A la salida del Tribunal, se acercó a las dos mujeres y susurró a la más joven, suficientemente alto para ser escuchado por su hasta entonces suegra: «hacerte el amor ha sido una travesía sin agua por el desierto, y un verdadero aburrimiento». Después se despidió con una inclinación de cabeza y se fue silbando calle abajo dejando a ambas atónitas.

1962

Isabel deseaba cambiar su segundo apellido y adoptar el Ornat de madre y hermano, y de paso eliminar también su segundo nombre, Teresa de Jesús, que nunca le había gustado, pero no resultaba fácil y además, de conseguirlo, tendría que cambiar todos sus documentos, acta de nacimiento, carné de identidad y títulos. Decidió pensar en ello sin prisas y comenzó a trabajar en el despacho de abogados del Coso Bajo, quienes continuaban ocupándose de los asuntos de su madre. Los jefes estaban contentos con ella y, pasado un tiempo, solicitó atender los casos de mujeres. «¿Casos de mujeres?», preguntó sorprendido su superior directo. Ella le pasó la lista que había elaborado: asesinadas, maltratadas, violadas, abandonadas, robadas, explotadas, detenidas... El catálogo era largo; quería especializarse en la materia, afirmó, y razones no le faltaban, las mujeres de su familia habían sufrido diferentes situaciones, ella incluida, sin contar con apoyo legal. El hombre movió la cabeza dubitativo, pero, en fin, era cierto lo que su meritoria aseguraba, bien lo sabía él, aunque también sabía que no había mucho que hacer en este tema; sonrió, hizo un gesto afirmativo y le tendió un archivador con varias carpetas, pocas.

Una tras otra, la joven leyó el contenido de las carpetas, casos a la espera de resolución, otros sin tan siquiera haberse iniciado las diligencias, sobreseídos, rechazados, ninguno resuelto. Se centró en el de una mujer de la edad de su madre, quien había presentado una denuncia por maltrato cuatro años atrás. Le pareció estar leyendo una novela a medida que pasaba las hojas. La mujer en cuestión, Plácida Ruiz, declaraba recibir palizas habituales por parte de su marido; de hecho, en el dossier aparecía una foto de ella con un ojo morado. También manifestaba haber acudido a la policía después de una de aquellas zurras y recibido como respuesta un: «algo habrá hecho usted para que su esposo la castigue». El bufete se había ocupado del asunto, pero lo archivó; los dos posibles testigos, los hijos, se habían negado a declarar en contra del padre. Y ahí había quedado la gestión. En el expediente aparecía su dirección, y al día siguiente se presentó en la vivienda.

La mujer que le abrió se mostró remisa a hablar, pero ella insistió y, finalmente, quedaron para verse en una cafetería de la Plaza de los Fueros. Se había casado joven, apenas cumplidos los veinte, la Ley prohibía a las mujeres trabajar una vez casadas sin el permiso del marido, pero este se negó alegando su obligación de atender el hogar por lo que se vio obligada a dejar su trabajo de telefonista en el Ayuntamiento. Al principio todo fue bien; él era un hombre cariñoso con un buen puesto en una empresa, la mimaba, le hacía regalos. La situación empezó a cambiar al nacer el primer hijo; le reprochaba la mayor atención al niño que a él, su dejadez en el vestir, su falta de entusiasmo en la cama. La cosa empeoró tras el nacimiento del segundo; poco después empezaron los golpes. Un guisado pizca requemado, una camisa sin planchar, un pelo en el lavabo, unas cazuelas sin fregar, cualquier motivo por trivial que fuera era motivo de una bofetada, que pasó a ser un puñetazo cuando no una somanta con el cinturón. Luego la forzaba y tenía que esperar a que él estuviera dormido para lavarse e intentar disimular los moretones. Y así durante años. Después de aquel

primer intento y la subsecuente paliza, no volvió a denunciarlo dado que, a la vista estaba, no conseguiría sino empeorar las cosas. Con los hijos, sin embargo, era un buen padre, de ahí que ellos no hubieran querido declarar aun a sabiendas de lo que ocurría. No respondió a la pregunta de Isabel sobre si estaría dispuesta a intentarlo de nuevo, pero se le llenaron los ojos de lágrimas, y ella lo tomó como un sí. Quedaron para verse allí la semana siguiente, el mismo día y a la misma hora.

La joven pronto entendió por qué su jefe había hecho un gesto dubitativo al entregarle el archivo. El Código Civil asignaba la jefatura familiar al marido para ejercer una potestad absoluta sobre la esposa, la cual quedaba inhabilitada de igual modo que los menores o los discapacitados psíquicos. No acababa ahí el asunto, en caso de abandono del hogar, además de perder derechos y gananciales, seguiría necesitando el permiso del esposo para trabajar, eso, si encontraba un trabajo. Revisó a fondo una reciente reforma legal en lo que atañía a la mujer y solo encontró cambios imperceptibles como que podía ser testigo en los testamentos o, si era viuda, conservar la patria potestad sobre los hijos menores en caso de volver a casarse. Nada relacionado con el maltrato. Al comentar el tema con unos de los abogados con quien había entablado amistad, este comentó que era normal, pues los conyugales eran asuntos íntimos de la pareja.

Al acudir a la cita, tenía claras dos cosas: que resultaría difícil, por no decir imposible, aducir malos tratos ya que los únicos testigos eran los hijos, y que tenía que convencerla para que abandonara a su torturador. Plácida la esperaba en la cafetería, cubierta con un sombrero algo anticuado, de ala ancha tipo pamela, ladeado de forma que no se apreciaba la parte derecha de su rostro. Al cabo de unos minutos, tras sentarse y pedir un café, se dio cuenta de que la miraba de soslayo, sin mover la cabeza, y en un ademán inesperado para la otra, la tomó por la barbilla y la obligó a mirarle directamente. El maquillaje no disimulaba su mejilla violácea, y tenía el ojo medio cerrado. Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar un juramento. Solo habló ella, a media voz para no ser escuchada por los clientes de la mesa contigua; la informó acerca de los obstáculos que se les presentaban y de la imposibilidad de asegurarle un veredicto favorable. A continuación, demostró la capacidad oratoria que tanto le había servido en los exámenes, y sus dotes de convicción. La acompañó a su vivienda, la esperó en la calle durante media hora mientras recogía documentos, joyas y unas fotografías de sus hijos, lo que le cabía en el bolso a fin de no dar pistas por si se topaba con vecinos o conocidos, y ambas se dirigieron del brazo al piso de la Plaza de Navarra, donde Manuela y Aurora la recibieron como a una vieja amiga.

No pasó mucho antes de que su jefe la llamara. El marido había encontrado encima de la mesa una nota: «Me voy, no me busques», y dado que ellos habían sido los abogados en el caso de la denuncia, se presentó en el despacho amenazando con acusarlos por encubrimiento del delito de abandono del hogar, penado con cárcel inmediata en el caso de las mujeres. Lograron calmarlo y prometieron averiguar si alguien del bufete había ayudado a la «prófuga». Isabel no había dicho nada sobre su iniciativa y se mantuvo impávida durante el interrogatorio; ignoraba a quién se refería, no había leído todavía el dossier correspondiente y aseguró hallarse ocupada en un caso de «uxoricidio por causa de honor», es decir por adulterio, en el que el asesino solo había sido desterrado por unos meses, pero la familia de la víctima reclamaba una compensación. Lo comentó al llegar a casa y vio el temor reflejado en la mirada de Plácida. De la misma, Aurora propuso ir a Buisán; llevaba años sin saber nada de su hermano y su cuñada, y era el momento de hacerles una visita.

Partieron el siguiente sábado por la tarde, todos menos Manuela, que debía de preparar un recital. Habían mejorado las carreteras e hicieron el trayecto en dos horas, lejos del interminable viaje en

carro de viajeros con su madre, que Aurora todavía recordaba. Únicamente encontraron a Antoi; Nieus y el primo Zilio habían fallecido, uno tras otro dos inviernos atrás, y no había vuelto a saber de sus hijos, pero era un hombre práctico que siempre tenía en mente aquello de que era inútil lamentarse por lo que ya no tenía remedio, el lema familiar. Antes de regresar el domingo, Chabier e Hilario se acercaron a las faldas de Monte Perdido y se prometieron volver para ascender hasta la cumbre. El joven había cumplido los veinte, su madre se empeñaba en que estudiara una carrera universitaria, aunque para ello debía trasladarse a Zaragoza y él no tenía intención alguna de abandonar Huesca: le interesaba mucho más el deporte de montaña que los libros, y también la pintura. Pasaba horas muertas en el museo instalado en el Colegio Mayor de Santiago, absorto en la contemplación de los cuadros allí expuestos, estudiando cada obra, examinando cada detalle, la perspectiva, las tonalidades, luces y sombras, las formas. Luego intentaba trasladar lo aprendido a sus propios lienzos. Al principio, apenas adolescente, el resultado hacía sonreír a su madre, abuela y padrino, pero no pasó mucho antes de que los dejara verdaderamente sorprendidos, aunque ninguno de los tres logró que les hiciera un retrato, no era lo suyo. Con la paga que recibía cada mes, lo que conseguía trabajando como recadero eventual para un comercio cercano a su domicilio, los dinerillos que le daba su padrino y algún que otro cuadro que lograba vender los sábados en el mercadillo de la Plaza del Justicia consiguió ahorrar las dos mil pesetas, un dineral, que costaba una Kodak Clak con la que sacaba fotografías de calles, fuentes, ríos, jardines, pero en especial de los montes a los que seguía ascendiendo con Hilario siempre que se les presentaba la oportunidad, para luego pintar sus cuadros. Ambos regresaron a la ciudad tras tomar unas cuantas instantáneas en Buisán y alrededores; la abuela y la mujer permanecieron en la aldea.

Aurora sintió añoranza al encontrarse en el lugar de su infancia y recordar a la madre, al padre adoptivo, las correrías con sus hermanos pequeños, las ovejas, las veladas junto al fuego, si bien sus recuerdos se mezclaban con otros momentos mucho menos gratos de angustia y miedo, en particular la aparición allí de Matías y sus hombres en busca de Manuela. La casa en la que había nacido se caía de puro vieja y abandonada; a su muerte, los parientes de la buena de Feliciana se apropiaron de ella, si bien nunca la utilizaron, tampoco la alquilaron o vendieron. Constató asimismo que, si antes los habitantes eran pocos, ahora eran menos. Por otra parte, el reencuentro con su hermano Antoi y el apoyo que ambos podían prestarle a la pobre maltratada suponían un aliciente en su vida, algo mustia durante los últimos años. Cierto que no tenía motivos para quejarse; era un regalo vivir en paz en compañía de su hija y de los nietos, pero... ¿dónde quedaban sus sueños de llegar a ser una buena maestra? ¿Dónde su gran amor de juventud? Conservaba la única fotografía que tenía con Mario y con la entonces pequeña María; los dos habían desaparecido, el uno joven, obcecado en transformar una sociedad que nunca cambiaría, pues los poderosos mantienen su poder sea cual sea el gobierno que rige los destinos del pueblo. La otra... La había perdido hacía mucho, tanto que debía esforzarse en recordar el momento en que aceptó fuera prohijada por el rico ganadero cuyo apellido adoptó renegando de ella. No obstante, también había heredado la fuerza de su madre y estaba decidida a no dejar de luchar por lo que consideraba justo. Con la ayuda de Plácida, puso en orden la casa de su hermano y organizó unas clases para la media docena de mujeres de la aldea con intención de enseñarles a leer y a escribir, a las que por cierto también asistían un par de vecinos, algo que la sorprendió gratamente.

El lunes, al llegar a la oficina, Isabel se encontró con que la estaban esperando su jefe y otros dos

hombres. Uno de ellos la asió por los hombros con brusquedad y le preguntó dónde estaba su mujer. Como no respondió, el hombre levantó la mano con la intención de soltarle un bofetón, y lo habría conseguido si ella no reacciona a tiempo y le da una patada en la espinilla. Momentos después se enteraba de que el agresor era el marido maltratador y el otro, un conocido quien, al parecer, había visto a Plácida por la calle en compañía de una joven, que supuso sería su hija pues iba agarrada a su brazo y la hablaba animadamente. Al comentarle que tenía una hija muy bonita, su amigo sospechó algo; le pidió que la describiera, y ambos se presentaron en el despacho de los abogados por si había allí alguna empleada que se ajustara a la descripción: menuda, melena corta, vestido entallado, tacones, un maletín en lugar de bolso y, en especial, unos ojos de un extraño color azul.

La escena finalizó como no podía ser de otra manera. El segundo hombre la reconoció, ella negó en todo momento tener algo que ver con la desaparecida, el marido juró que denunciaría al bufete, y el jefe la despidió ipso facto, indicándole además que se encargaría de que no la admitieran en ningún otro despacho de la ciudad. Al introducir en una caja sus objetos personales, y aprovechando que su mesa se hallaba en un rincón poco visible, cogió también el «archivo de las mujeres» como lo llamaba a riesgo de verse acusada de ladrona. Salió de allí sin despedirse, la cabeza alta, el paso firme, con la intención de dirigirse a su casa, pero los dos hombres la esperaban en la calle. Ambos comenzaron a increparla y a punto estaban de arremeter contra ella cuando otro se interpuso y los amenazó con liarse a puñetazos si no la dejaban en paz, llamándolos matones y preguntando a ver si no les daba vergüenza meterse con una joven indefensa. A su alrededor se formó un corrillo de personas que aprobaban sus palabras y los señalaban con el dedo, de manera que decidieron retirarse no sin antes prometer que volverían a verse las caras. Conmocionada por lo ocurrido, Isabel aceptó la oferta de su salvador de acompañarla a casa; solo entonces se fijó en él, era el padre a quien no había visto en meses.

Matías no había vuelto por el piso de la Plaza de Navarra pese a que Manuela aceptó visitara a sus hijos de vez en cuando, no se sentía con ánimo suficiente. Las miradas burlonas de esta y de su madre, el enfado en los ojos de la hija, la atónita curiosidad en los del joven y la actitud a la defensiva del antiguo guardián no eran acicates precisamente. No obstante, desarrolló una habilidad nunca antes sospechada: la de detective. Sabía dónde trabajaba Isabel, observaba a su hijo ensimismado en las pinturas del museo, conocía los tugurios frecuentados por Hilario, la cafetería en la que todos los martes a media tarde Manuela y su madre tomaban chocolate con churros, incluso los observaba en la distancia, los domingos, cuando acudían a El Maizal, y esperaba paciente a que regresaran a la ciudad. Le gustaba su nueva actividad, lo entretenía a falta de otra cosa que hacer, de alguna manera se sentía un protector invisible y, de paso, descubrió la ciudad que hasta entonces solo era una especie de apeadero para él, de ahí que en buena hora anduviera por el Coso Bajo cuando vio a los dos hombres agredir a su hija. A poco se le saltan las lágrimas cuando ella lo abrazó agradecida. Aquel día comió por primera vez a la misma mesa con la familia que debería haber sido la suya.

Durante un tiempo, la joven salió siempre acompañada por Hilario o por su hermano, si bien lo hacía para dar una vuelta y tomar un poco el aire. El resto del tiempo lo pasaba inmersa en el estudio de los dossiers del archivo cuya desaparición al parecer no había sido descubierta. Por si acaso, los copió en la máquina de escribir que le regaló su padre, algo de lo poco que este había conservado al vaciar la lonja que durante unos años había albergado su malogrado sueño de llegar a ser un productor musical importante. Lo uno trajo lo otro. El piso de la familia era amplio; sus cinco ocupantes disponían de una habitación cada uno, pero no le resultaba fácil centrarse con ellos entrando en su cuarto cada dos por tres a preguntar si se encontraba bien; las comidas y las cenas se

alargaban, había ruidos, puertas que se abrían y cerraban y, para colmo, Matías se presentó un día con un aparato de televisión, lo que causó un gran revuelo pues, afirmó, ellos serían de los primeros en tener uno en la ciudad.

No se recordaba desde el anuncio del final de la guerra, otra noticia con mayor impacto que el de la inauguración en Madrid de los estudios de la Televisión Española, un domingo de octubre de 1956, día de Cristo Rey, «a quien ha sido dado todo el poder en los Cielos y en la Tierra». En Huesca hubieron de esperar cuatro años para disponer de la conexión, y todo el mundo aguardaba anhelante la retransmisión de la boda del rey Balduino de los belgas con la española Fabiola, incluidos los republicanos.

Isabel comentó a su padre la dificultad de instalarse por su cuenta una tarde en que ambos salieron a dar un paseo; quería montar su propio despacho, pero iba a resultar misión imposible hacerlo en su propia casa, y la respuesta la dejó anonadada: «Móntalo en mi piso». En un principio, Manuela puso pegas temiendo que él fuera una mala influencia, además no sabía si le gustaba la idea de que se enfrentara sola a un mundo regido exclusivamente por hombres, el de la abogacía, que se la comerían visto y no visto. Sin contar los peligros a los que se vería expuesta, pues vete tú a saber quién acudiría a su despacho. Luego se recordó a sí misma, luchando, intentando abrirse camino, obligada a vivir en Ejea en contra de su deseo, huyendo de allí. También se acordó de su madre y de su abuela, las tres lo habían tenido difícil, pero habían logrado sobrevivir, y su hija tenía el carácter peleón de las mujeres de la familia. La convenció la promesa de Matías de ayudarla en lo que pudiera, de ser una especie de secretario, o bedel, añadió entre risas, y de no dejarla sola. Por otra parte, aquel piso que había sido de su abuela y ahora era de él, sería algún día de sus hijos.

Una semana más tarde, la joven ocupaba el que había sido el *sancta sanctórum* del músico que pensaba llegar a ser un Duke Ellington y era un total desconocido, aunque continuara tocando el piano con maestría. El instrumento fue lo único que quedó allí, más que nada porque no tenía otro lugar donde dejarlo, teniendo en cuenta que había otro en el salón de la planta de abajo. Pensó en venderlo, pero no lo hizo, sería como vender su alma. Todo lo demás desapareció: libros, una guitarra, un balón firmado por el gran Telmo Zarra, ropa, zapatos, fotografías y algún trofeo fueron a parar a la habitación del servicio, cerrada desde la muerte de su antigua dueña. Es más, cambió la cama por un sofá y contrató a un pintor de brocha gorda para pintar las paredes en un tono crema, muy de moda, y a una mujer para limpiar el lugar y sacar brillo a los muebles, y a la vez al resto del piso. El día de la inauguración oficial del despacho «Letrada Isabel Lazán» estuvo presente la familia al completo, y por primera vez en años Manuela cantó acompañada al piano por él.

Sin publicidad, sin anuncios, se corrió la voz de que una abogada se ocupaba de cuestiones que sus homólogos masculinos rechazaban. Al principio fueron asuntos del tipo herencia legada a la querida y no a la esposa legal, apropiación de unas tierras por parte de unos cuñados, un casero que quería echar a una mujer de la vivienda a fin de alquilarla más cara. Los casos graves tardaron en llegar, violaciones, maltrato, intentos de asesinato... Tuvo la impresión generalizada de que las víctimas se contenían a la hora de denunciar, como si les diera vergüenza, y en más de una ocasión volvían para retractarse y cancelar la denuncia. De todos modos, pronto se dio cuenta de que tenía las manos atadas.

La policía no aceptaba investigar los temas de violación y maltrato, y cada vez que presentaba una demanda en el Juzgado, o bien se la rechazaban o le daban largas sin solución. No solo eso, también empezó a recibir llamadas por teléfono y cartas amenazadoras si insistía en continuar. El primer caso de importancia que logró ganar fue el de una muchacha encerrada en un centro religioso bajo la

custodia del «Patronato de Protección a la Mujer», un reformatorio para «descarriadas» de entre dieciséis y veinticinco años al que iban a parar las jóvenes rebeldes en el que la metió su tío y tutor sin que constase un juicio previo. El hermano de la retenida, ahora mayor de edad, pero menor cuando ocurrió el hecho, reclamaba la custodia; juró que el tío quiso violarla, y que él lo impidió dándole un botellazo en la cabeza, si bien huyó luego creyendo que lo había matado dejando allí a su hermana. La venganza del hombre fue encerrarla y apropiarse de la casa de campo, propiedad de los difuntos padres de ambos. El individuo no era apreciado en el pueblo en el que vivían, y no costó encontrar testigos que declararan que aquella no había sido la primera ni la última vez en la que había abusado de una mujer. Isabel apenas recibió el pago por las costas, pero se sintió feliz cuando los dos jóvenes se abrazaron y los vio partir asidos del brazo. Aquella había sido una victoria pírrica, pero, aun así, estaba convencida de que no se consigue nada si no se intenta, y ella pensaba seguir intentándolo.

Un día recibió una carta de una antigua compañera de la Universidad, una de las seis que habían cursado la carrera juntas, en la que la invitaba a una reunión en Zaragoza para tratar «asuntos relacionados con el ejercicio de la profesión». Le llamó la atención que le hubiera sido remitida a la dirección de su padre, por lo que supuso que su colega estaba al corriente de su actividad, y le entró el gusanillo. Llevaba ya dos años intentado abrirse camino con escasas perspectivas, el acceso a la Judicatura les estaba vedado a las mujeres y, después de lo ocurrido, tampoco conseguiría trabajo en un bufete. De todos modos, no entraba en sus planes ser una pasante el resto de su vida, eso si no se casaba, pues seguía en vigor la prohibición de trabajar sin la autorización del marido. Claro, que ni en sueños se imaginaba casada con un troglodita de aquellos que opinaban que la obligación del hombre era trabajar, y la de la mujer ocuparse de él, de la familia y la casa. El encuentro tendría lugar el sábado de la siguiente semana, tiempo suficiente para preparar el viaje y convencer a los suyos de que no necesitaba ser acompañada; cogería el tren el viernes, dormiría en algún hotel y estaría de vuelta el domingo. No hubo manera. Precisamente ese día, Manuela tenía un recital en el Teatro Principal de la capital, y Matías se empeñó en acompañarla. Por su parte, Chabier llevaba tiempo queriendo visitar la sede de «Montañeros de Aragón», a varios de cuyos miembros había conocido en una de sus salidas al monte; su acompañante de siempre se hacía mayor, y aquellos hablaban de escaladas a tres-miles, cinco-miles y más, y él se moría de las ganas. Hilario se apuntó, por supuesto; quizás ya no fuera capaz de subir hasta las cumbres de las Treserols, pero no iba a dejar a su «niño» solo con unos locos, porque locos tenían que estar para ascender al Aneto en invierno. Además, él también sentía curiosidad por conocerlos.

Apretados en el *Seat 600* recién adquirido, salieron para Zaragoza la tarde del viernes y se alojaron en una pensión pese a que Matías insistió lo hicieran en el Gran Hotel. Eran cinco, y no era cuestión de gastar dineros solo por dormir, señaló Manuela, quien añadió en tono jocoso que él podría pernoctar en casa de su ex- suegra, si esta le permitía la entrada. Por otra parte, siempre que iban a la capital, se alojaban en dicha pensión, donde el trato era excelente y las habitaciones estaban muy limpias. Al día siguiente, cada cual se fue a lo suyo; los unos al teatro, los otros a la sede de los montañeros, e Isabel a la vivienda de la organizadora de la reunión.

Le sorprendió encontrar allí a tres de sus condiscípulas y a una más joven a quien no conocía. Se trataba, como enseguida supo, de estudiar la situación en la que se hallaban las licenciadas en Derecho, sin posibilidad de acceder a la Judicatura y obligadas a trabajar en segunda o tercera línea, más como auxiliares o secretarias que como letradas, un calco de ella misma. La idea era redactar un

manifiesto denunciando la falta de igualdad con sus colegas masculinos y hacerlo llegar al Ministerio de Justicia. Tras unos cuantos borradores y algunas discusiones, el texto quedó escrito a máquina y firmado por cada una de ellas con su nombres, número del DNI y dirección. Se disponían a salir para comer algo en una cafetería cercana y continuar después, cuando la puerta se abrió de una patada y entraron unos hombres armados que las conminaron a ponerse de rodillas, las manos sobre la cabeza. Los vieron registrar el piso, un apartamento en realidad, tirar muebles, coger todo tipo de papeles y libros; también las cachearon, una por una, introduciendo la mano en los lugares más íntimos con la disculpa de buscar armas. Luego las ordenaron salir, siempre con las manos en la cabeza, y las metieron en un furgón que esperaba delante del portal. Lo que siguió fue un interrogatorio heredado de los inquisidores de maldita memoria: las obligaron a desnudarse, volvieron a manosearlas, las llamaron «putas», las amenazaron con violarlas y las golpearon con la porra en muslos y nalgas.

Isabel creía estar viviendo una pesadilla. Algo había leído sobre la persecución y tortura a las llamadas «brujas» en el Alto Aragón, pero no se imaginaba que ella y sus compañeras pudieran encontrarse en igual situación cuatro siglos más tarde. Horas después, ya vestidas, se vieron encerradas en un calabozo sin tan siquiera un banco donde sentarse, y se dejaron caer en el suelo, doloridas, agotadas, llorosas. No entendían lo que pasaba, no habían hecho nada para recibir castigo semejante; las acusaban de llevar a cabo una reunión ilegal con ánimo de subvertir el orden establecido y querían saber quiénes eran sus cómplices. El gobierno estaba decidido a acabar con todas las células subversivas que aparecían en el país como hongos venenosos: obreros, estudiantes, miembros del bajo clero, intelectuales... y mujeres familiares de presos políticos, vecinas, militantes en partidos prohibidos, o profesionales que luchaban por acabar con la discriminación laboral femenina como era el caso. A la mañana siguiente, les llevaron agua y pan, pero no las sacaron para un nuevo interrogatorio. Seguían sin comprender su situación hasta que la organizadora de la reunión, la más apaleada, les confesó haber sido detenida con anterioridad, durante una huelga en la Universidad; la soltaron, pero por lo visto la tenían vigilada, no se entendía si no, que hubieran entrado en su piso como lobos a la caza de ovejas. Cuatro días después, y de manera extrañamente correcta, un funcionario fue en busca de Isabel y la acompañó a un despacho. Estaba aterrorizada pensando que tendría que pasar de nuevo por lo mismo, pero abrió la boca asombrada al ver a Alfonso y a su padre sentados en un sillón y conversando con un hombre bien trajeado que, a todas luces, era quien mandaba en el lugar; el tipo que la había golpeado se mantenía respetuoso de pie a unos pasos.

El concierto había resultado un éxito, y Manuela recibió un par de ofertas para actuar en Barcelona y en Bilbao, que Matías, reconvertido en su representante al menos en aquella ocasión, se apresuró a gestionar. Chabier e Hilario estaban entusiasmados tras su visita a la sede y ser aceptados como miembros de «Montañeros de Aragón», por lo que se les comunicarían las actividades de la asociación y podrían tomar parte en ellas, al menos en algunas. Solo faltaba Isabel. Los cuatro cenaron en un pequeño restaurante desde donde veían la puerta de la pensión a la espera de su llegada, pero empezaron a preocuparse al no verla aparecer cercana la medianoche, cuando el dueño les insinuó que era hora de abandonar el local pues tenía que cerrar. Quizás se había entretenido con sus compañeras, quizás había llegado sin que ellos se percataran, quizás... No durmieron en toda la noche y salieron en tromba hacía la comisaría en cuanto dieron las nueve de la mañana. La policía no tenía constancia de la desaparición de ninguna joven, tampoco había habido nada importante que

reseñar la víspera, tal vez se había quedado a dormir en casa de una amiga, o de un amigo, añadió en tono irónico el agente que los atendió. Aun así, rellenó un formulario que Manuela firmó y les indicó volvieran para retirar la denuncia en cuanto apareciera la ausente; en caso de no aparecer se llevarían a cabo las diligencias pertinentes.

Al salir, con el alma en los pies, se vieron abordados por un hombrecillo. Aunque ellos ni se habían percatado de su presencia, los había escuchado hablar con el agente, afirmó, y los informó de que había sido testigo de una redada la tarde anterior. Habían subido en un furgón de la policía a cinco mujeres jóvenes, ignoraba adónde las habían llevado, pero tampoco había muchas opciones, una de ellas era la propia comisaría. Tuvieron que detener a Hilario, dispuesto a entrar de nuevo y darse de hostias con quien hiciera falta a fin de conocer el paradero de la joven. El hombre los aconsejó no obrar a lo loco si no querían verse ellos mismos encerrados por desacato y les recomendó buscaran ayuda, a poder ser en alguien con influencia, «con aldabas» dijo. No conocían a nadie influyente, excepto a... doña María, si bien era del todo improbable que esta quisiera intervenir tras la deserción de la «nieta» y la posterior separación de su hija y yerno. ¡Y a ver quién se atrevía a enfrentarse a ella! Sin embargo, a Matías se le ocurrió otra idea y salió corriendo tras pedirles que esperaran en la pensión a que él regresara. De la misma, cogió el coche y viajó hasta Alquézar sin detenerse.

No había vuelto a ver a Sito desde que este decidiera confinarse en la propiedad de la Sierra de Guara. Su amistad de años comenzó a resquebrajarse en el momento en que él declinó afiliarse a su partido; no le interesaba la política, no lo atraían las proclamas incendiarias de ningún signo y menos la ferocidad que mostraba su amigo, el médico cuyo cometido debería de haber sido salvar vidas humanas. Todavía hoy le resultaba incomprensible que un hombre de su cultura y preparación hubiera sido capaz de empuñar un arma y disparar a personas indefensas. Cierto que él no podía presumir; su comportamiento hacia Manuela había sido a todas luces aberrante, aunque entonces lo justificara por ser aquella la única forma de tenerla, de yacer con ella y sosegar su deseo. Lo había pagado con creces y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por compensarlas, a ella y a su hija.

El saludo de su excuñado al verlo después de tanto fue más bien gélido y, por un momento, creyó que los hombres encargados de la vigilancia lo echarían de allí a patadas. Sin embargo, hizo un gesto a uno de ellos, y al instante tenía un vaso de whisky en la mano. Lo escuchó sin decir palabra, aunque tampoco era mucho lo que él sabía; su hija había ido a reunirse con unas amigas y había acabado en un calabozo. Le pedía ayuda en caso de que todavía tuviera algún contacto en la capital. Sito le indicó fuera a descansar hasta la hora de cenar y salió tras uno de los hombres; antes de desaparecer escuchó que hablaba por teléfono, si bien no llegó a captar lo que decía.

A media mañana del día siguiente se hallaban ambos en la comisaría de la Brigada Político-Social. Para sorpresa de Matías, su amigo mantenía su ascendiente y estaba al corriente de asuntos que a él se le escapaban, pero que el otro parecía conocer muy bien. No habían hablado mucho durante la cena, solo de temas triviales, de lo mal que le había ido el negocio de las grabaciones, de la salud del otro y apenas más; estaba claro que quedaba poco, por no decir nada, de su antigua camaradería. El viaje lo hicieron cada cual en su coche. Se había tratado de una mera operación de control, justificó el comisario, de las que venían llevándose a cabo en los últimos tiempos debido a la proliferación de grupos comunistas, en especial obreros y estudiantes, que era preciso eliminar de cuajo antes de que fueran a más. En el caso de las abogadas, una de ellas ya había sido detenida por apoyar una huelga; solo habían querido darles un susto y recordarles que las mujeres estaban para lo que estaban, no para meterse en los asuntos de los hombres. Ambos sintieron un enojo similar al ver a la joven hecha unos

zorros, sucia, despeinada, un moratón en la mejilla, y asustada, tanto, que las lágrimas resbalaron por su cara mientras abrazaba al uno y al otro.

Sito pensaba visitar a su madre y hermana y pidió, más bien exigió, que Isabel lo acompañara. Padre e hija se miraron alarmados, pero él los tranquilizó asegurando que solo irían a comer, Matías la recogería después. Le constaba que su madre la echaban en falta, y qué menos que pasar a verla después de casi cinco años de ausencia. Por mucho que el comisario asegurara que su detención había sido un hecho circunstancial, la joven le debía su libertad y asintió con la cabeza. No había habido cambios en el elegante piso de los Cortillas-Luesia, los mismos sirvientes, algo más viejos, los mismos muebles sin mota de polvo, las mismas alfombras cubiertas con plásticos para no estropearlas. Tampoco había cambiado la mujer a la que había llamado «madre»; seguía siendo igual de superficial. Su único comentario al verla fue decir que parecía la hubiera atropellado un camión; la cogió de la mano, la llevó a su antiguo cuarto donde todo continuaba como lo había dejado y le dijo que se duchara y se cambiara de ropa antes de presentarse ante la «abuela». Lo hizo, solo porque se sentía sucia, sobada; se duchó y se puso un vestido de lunares, entallado en la cintura y vuelo amplio, de los varios que seguían colgados en el armario. Se miró en el espejo y sonrió divertida a pesar de la situación y el moratón en la cara; sin maquillaje y el cabello todavía húmedo sujeto en una cola, volvía a ser la adolescente ilusionada por llegar a ser una gran abogada.

Doña María sí había cambiado, y mucho. La mujer enérgica cuyas órdenes nadie se atrevía a replicar, parecía haber perdido su vitalidad. Isabel calculó que andaría cercana a los setenta, pero parecía incluso mayor que la abuela Aurora, quien acababa de cumplir los noventa en excelente salud. Su recuerdo la distrajo durante unos instantes; llevaba sin verla desde el verano anterior, desde que la dejaron en Buisán con la pobre Plácida. Le constaba que su madre había ido con Hilario y Chabier en varias ocasiones, pero no ella, por una u otra razón, y se prometió visitarla sin falta en cuanto regresara a Huesca. Fijó su atención en la señora que la sonreía como si fuera una visión del pasado y no supo qué responder cuando le preguntó qué tal iban sus estudios en la Universidad. Miró a Sito, y este le hizo un gesto para que respondiera. Solo entonces se fijó en el temblor de sus manos y la baba que le salía por la comisura, que la sirvienta de mediana edad que se mantenía a su lado limpió rápidamente con un pañuelo bordado. Así pues, la mujer que había repudiado a su familia, la que la había raptado nada más nacer, la manipuladora, la que había acumulado una fortuna sin apenas esfuerzo, sufría una degeneración precoz. Sintió pena por ella, a fin de cuentas, también la había educado, se había preocupado por su salud y le había ofrecido la posibilidad de estudiar; echó mano de su innata capacidad teatral y de su buena memoria y volvió a ser la joven de dieciocho años que la otra todavía recordaba.

Tras la comida, que la sirvienta le dio a la boca, la señora se retiró a su habitación, María Cristina también se ausentó, tenía una cita en la peluquería; solo quedaron ella y su tío, aunque en realidad fuera su primo, pero no se acostumbraba a tratarlo como a tal. Por él supo que los primeros síntomas de la enfermedad de su madre se habían presentado inesperadamente tres años atrás; empezó a olvidar nombres, palabras, no sabía dónde había dejado algo, tenía lagunas al hablar del pasado, de noche dormía mal y a veces se orinaba encima. Los médicos de su propia clínica afirmaron que la cosa iría a peor y les aconsejaron internarla en una residencia. A su hermana le pareció bien, a él no. Removió Roma con Santiago cuando el atentado lo dejó inválido y se encargó de procurarle las mejores piernas ortopédicas del mercado; ahora era su turno de atenderla. Cierto que nunca habían mantenido una relación especialmente cariñosa, ninguno de los dos era dado a expresar sentimientos, pero estaba dispuesto a hacer lo que estuviera en su mano a fin de proporcionarle la mejor calidad de vida posible en su propia casa, al menos mientras todavía mantuviera algo de lucidez. Cuando Matías

acudió a Alquezar, se encontraba allí para recoger algunos documentos, pues su intención era volver definitivamente a Zaragoza a ocuparse de los asuntos familiares y, de hecho, dada la inutilidad de su hermana, el juez lo había nombrado único albacea de su madre. Se despidieron cuando su padre fue a buscarla; le recomendó no se metiera en asuntos peliagudos que nunca lograría solucionar, y de los cuales quizás él no podría sacarla ya que todo estaba atado y bien atado; le dijo que esperaba volver a verla pronto y le entregó una carpeta con un lacónico «dásela a Manuela».

De vuelta en la pensión, tras abrazos, preguntas y respuestas, salieron a toda prisa camino a Huesca y no respiraron tranquilos hasta hallarse en el refugio de su hogar. Isabel había olvidado la carpeta, en una bolsa junto con algunas ropas que cogió del armario de su antigua habitación, y se la entregó a su madre. La sorpresa de esta fue tal, que se quedó sin palabra. Don Alfonso Cortillas y Luesia, en su calidad de albacea de los bienes de la familia de igual nombre y apellidos, transfería la propiedad de El Maizal, vivienda y tierras a doña Manuela Ornat Albar *luris sanguinis*, por derecho de sangre.

La casa estaba en un estado lamentable; su mantenimiento suponía un gasto, y los guardianes habían sido despedidos hacía tiempo. Contrataron albañiles y carpinteros que retejaron la cubierta y arreglaron techos y jambas, el herrero del pueblo se ocupó de los elementos de hierro, dos labradores limpiaron la huerta en la que plantaron las hortalizas de temporada, y unas mujeres se consagraron a dejar suelos, ventanas y muebles como una patena. Los cinco participaron en la rehabilitación. Al principio fueron y vinieron, pero se trasladaron a la casona en cuanto dispusieron de tres habitaciones, una para madre e hija, otra para Chabier e Hilario, y la tercera para Matías quien se apuntó y, para su sorpresa, no encontró el rechazo que esperaba. Aquellas en la limpieza, los otros cortando leña y limpiando rastrojos, y este en el arreglo del establo y del gallinero, acababan la jornada agotados pero satisfechos. Ninguno había vivido en el campo a excepción de Manuela, y tampoco guardaba demasiados recuerdos de aquella época. De pronto la vida de todos adquiría un nuevo sentido; allí no había televisión, ni la necesitaban; la vieja radio de galena a veces funcionaba, otras no; la cocina seguía siendo de leña, de las llamadas «económicas», que había que encender para calentar el agua del calderín a fin de poder tomar un baño caliente. Nada que ver con las comodidades del piso de Huesca, que, sin embargo, no echaban en falta. Dos meses más tarde, dispuestas dos habitaciones más, Chabier e Hilario fueron en busca de Aurora; el joven se había sacado el carné de conducir a la primera, y el mayor se pasó todo el viaje dándole consejos y agarrando el asiento con ambas manos. Regresaron ese mismo día con ella y también con Antoi y Plácida. No les dijeron que iban a la hacienda, solo que había un asunto de suma importancia que precisaba de su presencia.

Aurora notó que el corazón se le aceleraba al constatar que no entraban en la ciudad y que tomaban la carretera al pueblo, y lo mismo le ocurrió a su hermano. Ninguno de los dos pudo retener la emoción al llegar y ver a los demás esperándolos con unas sonrisas de oreja a oreja. Aquella noche el tiempo se detuvo en El Maizal, y nadie se fue a la cama hasta pasada la medianoche, felices de encontrarse nuevamente reunidos, en el hogar de sus antepasados los unos, en su particular lugar de acogida los otros.

Transcurrido el verano ninguno parecía tener prisa, ni siquiera Matías, tan poco dado con anterioridad a experiencias campestres; compró un caballo joven a un tratante y el hombre le regaló otro viejo. Hacía mucho que no montaba, desde que acompañaba a su padre y a sus hermanos a la Sociedad Hípica Zaragozana, pero volvió a cogerle el tranquillo y, a su vez, enseñó a su hijo; ambos desaparecían durante horas y regresaban con la sonrisa en los labios. Para asombro de la familia, Chabier descubrió que lo suyo era el campo y se afanó en aprender todo lo relacionado con la

siembra, la cosecha, la poda; su tío abuelo fue quien lo instruyó. Antoi ya no poseía la fuerza de antaño, pero sí la cabeza; la vuelta al hogar había renovado sus energías, agostadas al igual que la tierra que halló, y una de las primeras tareas que encomendó a su aprendiz fue sembrar maíz en el lugar de siempre «en memoria de mi madre», dijo simplemente. Aurora acudía todas las tardes a contemplar la puesta de sol en el maizal, y allí recordaba a las personas que tanto había querido, sus padres, Mario, Agostín... Los veía junto a ella, cogiéndole la mano, susurrándole palabras de amor, besándola. Manuela había comentado que quizás fuera mejor pasar el inverno en el piso de la ciudad, pero ella lo tenía muy claro: nadie volvería a sacarla de su casa en lo que le quedaba de vida, que no sería mucho pues a veces notaba un agudo pinchazo en un costado, que le cortaba la respiración y tenía que sentarse hasta que se le pasaba.

Plácida, la amiga íntima que nunca antes había tenido, era la única que estaba al tanto de su dolencia; le había insistido para que fuera al médico, pero se negó y le hizo prometer que no diría nada a su hija. La mujer se debatió entre guardar el secreto e incumplir la promesa; se decidió por lo primero. Pese a la diferencia de edad, ambas se entendían de maravilla e incluso compartían habitación desde su estancia en Buisán. Para doña Aurora, como la llamaba en contra del deseo de esta, era su confidente y solo ella sabía lo mucho que le dolía no haber vuelto a ver a sus hijos desde su marcha. No obstante, se alegró de su decisión de no dejar el pueblo; tampoco ella quería volver a Huesca y correr el riesgo de encontrarse con el hombre que la había hecho la vida imposible. Hilario por su parte no decía nada; seguía sintiéndose responsable de Manuela, pero también de Chabier, y este aseguró que no se le había perdido nada en la ciudad y que no pensaba moverse de allí. Al final, decidieron continuar todos en El Maizal; venderían el piso y con el dinero obtenido por la venta colocarían una caldera de carbón y radiadores de hierro por toda la casa, además cambiarían la cocina, instalarían un retrete en la planta baja y otro cuarto de baño arriba; el único que había no era suficiente para los siete, y los siete más que aparecieron de imprevisto.

Tuvieron que sostener a Antoi para que no cayera redondo al suelo al ver ante él a su hijo pequeño, el carpintero. Lo reconoció porque era su viva imagen a pesar de que la última vez que se vieron era un chaval y ahora peinaba canas; ambos tenían la misma mirada y parpadeaban cuando no sabían qué decir. No venía solo; lo acompañaban dos hombres jóvenes, una mujer, otra más joven, y dos niños. Tras la primera emoción, sentados a la mesa en torno a una fuente de bacalao al ajoarriero y con el vino guardado para las ocasiones especiales, les contó que, casado y con el segundo hijo en camino, lo habían llevado a la guerra; al finalizar lo condenaron a cadena perpetua. En el penal de Burgos creyó llegado su fin en más de una ocasión debido al hacinamiento, los chinches, el hambre y en especial los malos tratos. Por suerte para él, las furias de los primeros tiempos dieron paso a otros de mayor calma, y él era muy bueno en su oficio. Lo soltaron al cabo de veinte años, y pudo por fin reunirse con su familia, conocer a su hijo pequeño, abrazar al mayor, besar a su esposa. Pero no encontró trabajo, sus hijos tampoco; en todas partes pedían los antecedentes, y ningún ex preso ni sus familiares tenían otra opción que trabajar a destajo sin garantía alguna. Tras malvivir en un pueblo de Teruel, decidieron emprender la vuelta al pueblo sin apenas esperanza, puesto que ignoraba qué había sido de los suyos, si bien siempre les quedaba la posibilidad de subir más hacia el norte e intentar encontrar algo en una empresa maderera.

La llegada de los nuevos miembros de la familia causó una pequeña revolución, pues era preciso instalarlos, y no había cuartos disponibles. Manuela e Isabel no se lo pensaron, dejaron el suyo libre y

subieron al del sobrado; aunque un poco justas de espacio, consideraron que allí estarían solas y más tranquilas. Se equivocaron. Visto y no visto, los hombres construyeron dos cuartos para los más jóvenes, eso sí, sin ventanas. Y la alegría, las voces, las risas llenaron de nuevo El Maizal. Cada uno aportaba lo que podía, y subsistían con holgura entre lo que una ganaba con sus recitales, cada vez más espaciados, la venta de hortalizas y frutas, los trabajos del carpintero y sus hijos y la mensualidad puntual de Matías, quien vivía en la casa como uno más y se había asociado con el tratante de caballos. Isabel era la única que no conseguía contribuir a la economía familiar. Acudía todos los días a su despacho, leía el periódico en busca de algún suceso en el que poder intervenir, se reunía allí mismo con varias mujeres, que al igual que ella intentaban hacerse oír sin resultado, pero no conseguía ningún caso remunerado, y dicha situación empezaba a hacer mella en su ánimo.

A mediados de diciembre convenció a su hermano para que la acompañara a hacer unas compras. Aquellas navidades tenían que ser especiales, había que celebrar la recuperación de la familia y de la finca, y deseaba encontrar algo para la madre y la abuela, muy particularmente para esta; la veía apagada y no le había pasado desapercibido el gesto de dolor que intentaba disimular de tanto en cuanto. Plácida los escuchó hablar y se apuntó; no tenía dinero, pero podría aconsejarlos acerca de lo que podría ser del gusto de su amiga. Si bien su propósito era no volver nunca más por la ciudad, no podía evitar el deseo de ver a sus hijos, aunque fuera de lejos. Habían transcurrido ya cerca de cinco años desde su huida, su aspecto era ahora muy diferente; sin maquillaje, con un pañuelo en la cabeza, alpargatas, nadie se fijaría en una simple mujer de pueblo, de las que acudían a vender verduras. Además, no estaría sola; Hilario también se agregó, tenía una deuda pendiente con uno de los chanchulleros con quienes solía tratar y pensaba cobrarla sí o sí.

Todo transcurrió sin contratiempos; compraron unos zapatos para Manuela, un chal de cachemira para Aurora, un rompecabezas para los niños y algunos dulces, e Hilario cobró su deuda y, de la misma, compró una caja de cartuchos para su *Ruby* y una escopeta de segunda mano, carga incluida, a uno de sus conocidos, antiguo estraperlista especializado en traer nailon y *duralex* desde Francia durante la década anterior. «Para cazar conejos», respondió al preguntarle para qué quería un arma. Finalmente, se acercaron a la vivienda de Plácida por ver si había suerte y ella conseguía divisar a uno de sus hijos, o a los dos. No los vio, pero se dio de bruces con el hombre que salía del portal en ese momento, y echó a correr. Antes de que los otros pudieran reaccionar la había alcanzado, acogotado y arrastrado literalmente hasta un automóvil aparcado junto a la acera; le soltó un puñetazo en plena cara que le hizo perder el sentido y la metió dentro, después arrancó, y coche y ocupantes desaparecieron de la vista. Días más tarde, un excursionista encontró el cadáver de la mujer bajo un puente a orillas del Isuela; había sido degollada, y también violada, de acuerdo con la autopsia. La noticia apareció en el *Heraldo* y ocupó las conversaciones durante unas horas, otras nuevas la desbancaron, y la hoja acabó envolviendo pescado en el mercado. En El Maizal sin embargo produjo una gran conmoción.

No solo habían perdido a un miembro adoptado y querido por todos, también se sentían en parte culpables del hecho por no haber sabido protegerla. Acudieron a la policía en cuanto vieron desaparecer el coche, pero allí les dijeron que tenían que esperar cuarenta y ocho horas antes de iniciar las investigaciones; no habían retenido la matrícula del vehículo y no conocían al agresor. Aunque Isabel insistió en que se trataba del marido, no pudo verle la cara. El hombre mostró sorpresa y aseguró que él se encontraba en la oficina en el momento de los hechos, afirmación corroborada por sus compañeros, y el asuntó pasó a la carpeta de «casos pendientes». No obstante, la joven se empeñó en descubrir al asesino y persuadió a Hilario para que no fuera a pegarle un par de

tiros al sospechoso, como este juró haría. A partir de entonces, ellos dos y Matías dedicaron su tiempo a investigar el asunto. Cada uno por su lado, preguntaron, le siguieron la pista, recabaron toda la información posible y, finalmente, la abogada presentó una denuncia en el Juzgado en la que demostraba que el marido era el único interesado en acabar con la víctima. Sus antecedentes de maltrato, su carácter violento, el hecho de que en realidad no se hallara en la oficina, pues aquel día se había ausentado durante unas horas, según el conserje de la empresa, y la declaración de dos vecinos, testigos de lo ocurrido delante del portal, lograron que el juez admitiera la denuncia y lo mandara arrestar.

Durante el juicio, el abogado defensor esgrimió el artículo del Código Civil, derogado un par de años antes sin demasiado éxito, por el cual el marido tenía derecho a matar a su mujer adúltera en nombre del «privilegio de la venganza de la sangre». La difunta había abandonado el hogar, supuestamente para ir a vivir con un amante pues no se le conocía oficio ni beneficio, y el alegato fue aceptado. De nada sirvió que Manuela y Matías declararan que Plácida jamás había sido adúltera, que trabajaba para la familia al cuidado de una anciana, el juez impuso al acusado una multa y la obligación de presentarse en la comisaría una vez al mes durante los siguientes dos años. Un buen día, el hombre apareció muerto en su domicilio con una bala en la sien y una *Ruby* en la mano derecha, se dio por hecho que se había suicidado quizás acosado por el remordimiento. En El Maizal nadie preguntó a Hilario por su pistola.

Pese a no haber ganado, la intervención de Isabel mereció una mención en el periódico, y días más tarde recibió la llamada de su antiguo jefe ofreciéndole un puesto en el bufete. Los tiempos estaban cambiando, dijo, y sería una lástima perder a una letrada tan hábil e insistente como ella. Ni que decir que le fueron asignados los casos pendientes referentes a asesinatos de mujeres, maltratos, separaciones, herencias y robo de hijos.

Aurora falleció a comienzos de la primavera, en su cama, sin avisar; la encontraron muerta una mañana en que no bajó a desayunar y su hija fue a buscarla a su habitación. El médico dictaminó que la causa había sido un ataque de corazón, pero la familia sabía que no había vuelto a ser la misma desde la desaparición de Plácida, simplemente se había dejado morir; la enterraron en la tumba que guardaba los restos de su madre y los de su marido. Por primera vez los habitantes del pueblo se vieron sorprendidos por la presencia en la iglesia de los moradores de la hacienda en pleno; no los habían visto a todos juntos desde su vuelta, y no faltaron voces que recordaran que aquella familia siempre había sido rara, poco sociable, «de rojos». Los chismorreos cesaron cuando al finalizar el funeral el cura anunció que, tras el entierro en la intimidad, habría un ágape dispuesto en el local de la escuela ofrecido por los deudos para quien quisiera asistir. Aquella misma noche, Manuela entregó a su hija el guardapelo que contenía el retrato pintado de la tatarabuela cuyo nombre ignoraba, así como una fotografía en tonos ocres de Elisa, otra en blanco y negro de Aurora, y otra de ella misma en color deslavazado, las cuatro en su primera época de la adolescencia, risueñas, ilusionadas con un porvenir feliz. De paso le insinuó que quizás era ya hora de pensar en su futuro; el nieto soltero del tío Antoi se casaría en cuatro meses, y Chabier se había echado novia, una joven de Chimillas a quien había conocido en dicha localidad un año antes, durante los festejos en honor a San Jorge. Isabel se hizo la despistada y cambió de tema; ahora que la abuela ya no estaba, podía ocupar su cuarto y dejarle a ella el del sobrado, demasiado reducido para las dos.

Nunca había sentido atracción por un hombre en concreto, tal vez por haber sido testigo del

desamor entre su padre y la mujer a la que llamaba «madre», o porque se negaba a aceptar los planes casamenteros de doña María, o porque quería ser una mujer independiente que no tuviera que pedir a su marido autorización para trabajar, abrir una cuenta corriente u obtener el pasaporte, que por cierto había caducado sin siquiera haber sido estrenado; el famoso viaje a Francia para mejorar sus conocimientos de francés se había quedado en el cajón de los recuerdos. Era mayor de edad desde hacía un año, ¡qué absurdo!, y no necesitaba permiso de nadie para hacer lo que le viniera en gana y así pensaba seguir. Cierto que había tenido pequeños devaneos con un compañero de la Universidad, también con el abogado del bufete, aquel que dijo que el maltrato en un hogar era asunto privado de los cónyuges, pero la cosa no había pasado de un toqueteo y algún que otro beso. Le gustaría experimentar una relación como las que leía en las novelas o veía en las películas, pero no a consta de su independencia; por el momento, le bastaba con frotarse la entrepierna cuando sentía la necesidad. Pero también quería ser madre, ahí le daba la razón a la suya, quien le había soltado un «se te va a pasar el arroz». Sin embargo, ella, su madre, no se había casado y tenía dos hijos. Lo uno no tenía por qué conllevar lo otro, y empezó a darle vueltas al asunto. En casa no tendría problemas, lo sabía bien, pero el trabajo era otra cosa, y dudaba de que sus jefes la mantuvieran en su puesto si se presentaba embarazada y sin marido. Le iba bien, ganaba un buen sueldo, cada vez eran más los casos que le encargaban, incluso le pusieron de ayudante a una joven recién recibida que le recordó a ella en sus primeros tiempos tras finalizar la carrera, pero no acababa de sentirse satisfecha. No le costó mucho constatar que, tras investigar, recabar testimonios y preparar la documentación pertinente, su jefe directo se hacía cargo de los casos más interesantes y con más probabilidades de éxito; como mucho la llevaba con él al juzgado en calidad de subalterna silenciosa. Una carta vino a sacarla de sus cavilaciones; en un tarjetón escrito en una perfecta caligrafía, su tío Alfonso le pedía fuera a verlo con urgencia.

Era una buena disculpa para ausentarse unos días, tomar distancias, y con la excusa de examinar unos documentos en el Archivo Municipal de Zaragoza, cogió el tren y se presentó en la vivienda que tan bien conocía. Todo continuaba igual que la última vez, aunque se habían retirado los plásticos de las alfombras, pero olía a anticuado, a rancio, como si allí el tiempo se hubiera detenido a principios de siglo. Una doncella la acompañó a la sala donde Sito, rodeado de papeles y libros, contemplaba el cielo a través de la ventana, un vaso en la mano, las piernas ortopédicas y las muletas tiradas en el suelo. «Me muero» declaró a modo de saludo, y ella no supo qué decir.

La bomba no solo lo dejó inválido, dañó asimismo su hombría y autoestima, por lo que se dio a la bebida para olvidar sus penosas circunstancias El alcohol le había destrozado el hígado, continuó mientras volvía a llenar el vaso de whisky; había vendido a los primos sus acciones en la empresa a fin de continuar con el tren de vida al que estaba acostumbrado y, aparte de unos buenos dineros en el banco, le quedaban aquel piso y la casa de Alquézar, ambos recibidos en herencia a la muerte de su madre, de la cual no avisó a nadie, pues no había nadie a quien avisar. De María Cristina no sabía nada desde hacía años; se había casado con un indiano ya mayor, rico terrateniente, y al parecer se había ido con él a Venezuela. Por lo tanto, acabó diciendo, la única persona que le quedaba en el mundo era ella, su sobrina, su prima, la niña a la que quería y había visto crecer y con la que tenía una gran deuda por haber sido cómplice de su rapto. A continuación, cogió una carpeta que había encima de la mesita, justo al lado de la botella de whisky medio vacía, y se la tendió. En el documento, entre otros apartados, don Alfonso Cortillas y Luesia transfería en vida las dos propiedades a doña María Isabel Lazán y Cortillas. Asimismo, le dejaba unos cuantos miles de pesetas que tenía en el banco. Todas las hojas se hallaban selladas y firmadas por el donante y el notario; ella solo debía de firmarlas y llevarlas a la notaría a fin de legalizar el cesión. «Espero que al

menos permitas que muera aquí», dijo con ironía antes de beber de un trago el contenido de su vaso, y ella asintió sin decir palabra.

Al día siguiente de su llegada, Sito ya no se levantó de la cama. Había previsto hasta el último detalle de su tránsito, extremaunción, funeral, entierro, esquelas; el médico lo visitaba todos los días, un amigo sacerdote también, sus dos hombres hacían guardia y se encargaban de moverlo cuando las doncellas cambiaban las sábanas, y tres enfermeras se ocupaban de él día y noche. Ella pasaba horas a su lado, hablando, recordando los buenos momentos, contándole experiencias y desazones, hasta que él entró en coma. Al funeral en cuerpo presente asistieron apenas una treintena de personas, al entierro aún fueron menos; de la familia, ella, dos primos a quienes no conocía y su padre. La noche del fallecimiento, llamó por teléfono a casa, una innovación en El Maizal, a fin de cuentas, él era primo hermano de su madre, pero únicamente acudió Matías; los otros no quisieron saber nada. La visión de una iglesia prácticamente vacía la hizo recordar el funeral de la abuela Aurora, una mujer anónima de un pequeño pueblo, a quien parientes, amigos y no amigos fueron a despedir, y sintió lástima por el hombre que en su juventud había gozado de favores, amistades, amantes, poder, que perdió medio cuerpo por una idea, justa o errónea según quien opinara, y que se había ido solo, olvidado.

Tras pasar por la notaría a fin de comprobar que todo estaba en orden, abonar remuneraciones, despedir al personal y liquidar todo tipo de pagos pendientes con dinero de la cuenta corriente, que el difunto había puesto asimismo a su nombre, hija y padre se dedicaron durante las siguientes semanas a inventariar lo que había en el piso. Platas, porcelanas, cerámicas, relojes, vajillas, cristalería, algunos muebles y un par de alfombras fueron a parar a manos de un anticuario. El resto, ropas, calzados, utensilios, otras alfombras, cortinas y objetos sin valor acabaron en la beneficencia; cedieron los libros a la Biblioteca Municipal y destruyeron carnés, proclamas, carteles y todos los papeles que encontraron de la época sombría en la cual él había sido protagonista importante. No había joyas, María Cristina se las había llevado con ella, tampoco nada que los interesara en particular aparte de una edición de *El Quijote,* del siglo XVIII, un manuscrito original de un discípulo del aragonés premio Nobel Ramón y Cajal y un cuadro de Juan José Gárate. Ella se quedó con una pluma Montblanc, Matías cogió unos gemelos y el reloj de pulsera de oro que él mismo había regalado a su amigo. A continuación, pusieron el piso en venta y regresaron al pueblo.

Tardó días en presentarse en el despacho, lo hizo por fin, pero no se molestó en escuchar las recriminaciones de su jefe por su larga ausencia; le entregó una carta de renuncia, recogió sus cosas y se marchó con la cabeza alta, al igual que había hecho tiempo atrás, si bien esta vez no pensaba volver. Había pasado toda su vida recibiendo órdenes, obedeciendo, primero a doña María, después a los profesores de la Universidad, luego a los jefes del bufete, y sus intentos de emancipación habían acabado sin apenas iniciarse. Por otra parte, aunque se sentía feliz por haber reencontrado a sus familiares reales, la verdad es que existía una gran laguna entre ellos, no en vano resultaba difícil borrar de un plumazo una ausencia de más de veinte años, toda su infancia y adolescencia. Lo había meditado bien, disponía de dinero y necesitaba unas vacaciones, así que decidió que ahora o nunca. Lo primero que le vino a la cabeza fue un viaje a París, a la «ciudad de la luz» con el que siempre había soñado, pero lo pensó mejor; quería descansar, no agotarse viendo monumentos y museos.

En una revista que ojeó en una cafetería después de haberse despedido leyó un artículo sobre una pareja famosa, que había elegido Ibiza para su luna de miel. En él aparecían fotografías de ambos ante un mar de aguas del color de sus ojos. Nunca había visto el mar y no le dio más vueltas; acudió a la única agencia de viajes de Huesca, al menos la única cuya existencia conocía, y compró un billete

de ida a la isla balear. De vuelta a casa no dio mayores explicaciones, y nadie se atrevió a decirle nada, pese a que a sus padres no acababa de gustarles la idea de que fuera sola a un lugar que empezaba a tener mala fama, donde, decían, las juergas duraban toda la noche, y las mujeres se bañaban medio desnudas con unas bragas y un sujetador llamado «bikini», nombre del atolón del Pacífico donde se llevó a cabo la primera prueba de una bomba atómica. No obstante, ambos reconocían que, cercana a los treinta, su hija ya no era una niña, y además no les haría caso dijeran lo que dijesen. Días más tarde, Isabel cogía el tren a Barcelona y allí, el barco las islas.

Lo que preveía iban a ser un par de semanas de ocio se convirtió en una estancia sin fecha fija de retorno. Durante la larga travesía marítima hizo amistad con varias personas, en particular con una mujer de parecida edad que vivía en Sant Carles de Peralta, un paraíso, aseguró entusiasmada. Josefina, Fina, resultó ser una persona vital, entusiasta y librepensadora, contraria a cualquier tipo de imposición dogmática, ya fuera religiosa, política, social o ideológica. Licenciada en Filosofía, su único futuro era ser profesora de instituto o, con suerte, de universidad, aunque lo tenía crudo para llegar a catedrática, ámbito reservado casi exclusivamente a los colegas masculinos; que ella supiera solo había siete mujeres propietarias de una cátedra en todo el país. Aquello de «mujer que sabe latín, no tiene marido ni tiene buen fin» lo escuchó hasta la náusea durante sus estudios, así que decidió cambiar de rumbo tras intentar de manera infructuosa ser admitida como docente en la Universidad de Barcelona y ver rechazado para su publicación un ensayo de trescientas páginas sobre la mujer a lo largo de la Historia. Quizás no tendría marido, rio, pero desde luego tendría un buen fin; hizo la maleta y se instaló en Ibiza. Isabel aceptó la oferta de alojarse en su casa, una pequeña vivienda encalada, a la sombra de una higuera, con dos habitaciones, una cocina minúscula y una terraza con vistas a una cala; creyó que sería para un par de días, hasta encontrar otra, pero su estancia se alargó mucho más de lo que pensaba.

El mundo que descubrió en la pequeña localidad no se parecía en nada a lo conocido hasta entonces. Aparte de los autóctonos, vivían allí de manera permanente unos cuantos artistas e intelectuales de las más diversas procedencias, Norteamérica, Francia, Inglaterra, Italia, países nórdicos. Algunos tenían dinero, otros se ganaban la vida cantando por los pueblos, pintando cuadros que vendían al cada vez mayor número de turistas que arribaban a la isla, también artesanía que llevaban a los mercadillos, cremas y perfumes laborados con productos naturales, o trabajaban de temporeros en la recogida de la almendra. Casi todos se conocían y a menudo se encontraban en el Ca n'Anneta, bar y estafeta de correos, donde se oían lenguas diversas, se hablaba de paz, amor y libertad; se recitaba poesía, se escuchaban y cantaban las nuevas músicas y se bebía hasta el amanecer la especialidad de la casa, un licor anisado con un añadido de romero, lavanda, hinojo, camomila, naranja y otras hierbas. También se fumaba, de todo. Ella no era artista, ni tenía la habilidad de su amiga para pintar camisetas que luego vendía, pero tampoco quería dar la impresión de disponer de dinero más que suficiente. De vez en cuando la acompañaba a Santa Eulalia del Río y mientras Fina instalaba su puesto, ella se acercaba a la caja de ahorros y sacaba algo a fin de contribuir a los gastos; dos túnicas, un par de pantalones, algunas camisas, unas sandalias, no necesitaba más. Todos los meses llamaba a casa, pero su madre no consiguió le dijera dónde se hallaba exactamente, «en las Pitiüses» respondía de forma invariable; lo último que deseaba era ver aparecer por allí a los de El Maizal en pleno y, para tranquilizarlos, les enviaba de vez en cuando una foto en la que aparecía morena, el cabello largo al viento, la sonrisa en los labios, el mar en la mirada.

Tenía que suceder y sucedió. Durante una fiesta en una de las calas, mientras algo apartada contemplaba el anochecer teñido de rojo y veía a algunos bañarse desnudos, se acercó un hombre y se sentó a su lado; ni siquiera se presentaron. Más allá, alguien tocaba la guitarra y cantaba *Blowin' in the wind*, de Bob Dyland, a la que siguió *The sound of silence*, de Simon & Garfunkel, y ya no escucharon más. Se unieron encima de la toalla, sobre la arena, bajo un cielo estrellado, oyendo el rumor del agua y voces cada vez más lejanas. Luego cada uno se fue por su lado. La escena se repitió en cada ocasión en que la playa se llenó de sonidos, cantos y risas a la puesta del sol, hasta que una noche él ya no apareció; el mes de agosto finalizaba, y supuso que sería un turista extranjero, lo ignoraba, no habían hablado, pero probablemente tampoco se habrían entendido; no logró descifrar algunas palabras que decía al adentrarse en ella. Lo echaría en falta, cierto; era la primera vez que mantenía relaciones sexuales y había disfrutado, pero no había habido amor entre ellos, solo la natural necesidad de todo ser humano.

Dos meses después, al saberse embarazada, lo primero que pensó fue en Tanit, protectora de la isla, diosa de la fertilidad, la vida, las cosechas, la muerte y la luna, de la cual le había hablado uno de los amigos de Fina, un historiador valenciano que vivía cerca de ellas, y cuyos libros sobre fenicios, griegos, cartagineses y romanos le daban para vivir, además de poseer un coqueto hotel del cual se encargaban su mujer y dos hijas. No le dijo nada a su madre, no quería preocuparla, pero tampoco deseaba escucharla decir que debía regresar cuanto antes, que en casa la cuidarían y se ocuparían del bebé, y mucho menos verla a ella y a su padre en Sant Carles. A partir de entonces, las fotos que enviaba eran todas de medio cuerpo.

Tuvo un embarazo sin problemas, la partera la visitaba todas las semanas y la atendió en el parto a falta de médico, «en Eivissa, se nace y se muere en casa», dijo no sin cierta sorna; Fina y dos vecinas, una de ellas madre de cinco hijos, también ayudaron. La niña nació a finales de mayo; había que bautizarla para que constara en el registro y le puso el nombre de Izarbe, «bajo las estrellas». El cura frunció el ceño; no existía ninguna santa llamada así en el Santoral y, en un principio, se negó a cristianar a la niña con un nombre pagano, además de ser ilegítima pues no había padre a la vista. Finalmente aceptó cuando ella le aseguró que en la tierra de sus abuelos existía una ermita dedicada a la Virgen de Izarbe, que había visitado en numerosas ocasiones. En realidad, nunca había estado en dicha ermita, pero se lo había oído contar a Chabier a la vuelta de una de sus expediciones con Hilario; le gustó el nombre y decidió se lo pondría a su hija, si alguna vez tenía una, y ¿cuál mejor para una criatura engendrada en una noche estrellada? El cura le añadió «María» por delante.

1975

En El Maizal la vida continuaba su rumbo. El mayor de los hijos de Antoi encontró trabajo en una fábrica en Monzón y se trasladó a dicha localidad, hijos y nietos incluidos. El otro se fue a vivir a Esquedas; su mujer era hija única y los suegros eran ya mayores. Una vez más sobraban habitaciones. Chabier y su esposa, los recién casados, eran los únicos jóvenes, y Manuela esperaba que pronto tuvieran descendencia y se oyeran voces y carreras infantiles en el caserón. Enfilando los cien años de edad, el tío Antoi, al igual que había visto hacer a su padre, pasaba las horas muertas en silencio, sentado bajo el porche con la mirada perdida en los campos que tanto amaba; estaba bien de salud, no necesitaba ayuda para asearse o vestirse, pero ella estaba convencida de que simplemente se preguntaba por qué tardaba tanto en reunirse con su querida Nieus. Hilario por su parte seguía siendo el mismo, más torpe, más encorvado, pero no había día en que no saliera con su escopeta de caza, si bien era raro que volviera con una presa; la vista le jugaba malas pasadas, pero se negaba a ponerse gafas. En cuanto a Matías... mantenía su atractivo; sus cabellos eran ahora más blancos que rubios, se había dejado crecer la barba y tenía el aire del señorito que siempre había sido, además se había convertido en un criador de caballos de cierto prestigio y a menudo se ausentaba para asistir a ferias y exhibiciones. Manuela reconocía sus esfuerzos y lo consideraba uno más en la familia, incluso tocaba a veces el piano que se había hecho traer de su piso en la ciudad, y juntos interpretaban algunas piezas de jazz, aunque su voz hubiera perdido color y ya no actuara en público. Sin embargo, no lo había perdonado y probablemente nunca lo haría.

A menudo subía al cuartito del sobrado y pensaba en la hija de la que había disfrutado tan solo unos años, insuficientes para recuperar el tiempo perdido. Hablaban por teléfono, se carteaban, pero no era igual que tenerla cerca. En su última carta, breve como siempre, le decía que estaba bien y adjuntaba una foto similar a otras, en la que se la veía muy sonriente, más madura, pero algo la llamó la atención: no miraba a la cámara, su sonrisa se dirigía a alguien que estaba a su lado pero que no aparecía en la instantánea. Podría tratarse de una amiga o de un amigo, pero su intuición le decía que había algo más. Esa misma noche comunicó a Matías que pensaba ir a ver a su hija, y él se apuntó al viaje.

El trayecto hasta Barcelona lo hicieron en coche y allí, tomaron un avión que los llevó directamente al aeropuerto de Ibiza; pernoctaron en un hotel y al día siguiente se dispusieron a averiguar su paradero. No tenían su número de teléfono, solo una dirección de correos, «Ca n'Anneta, Sant Carles de Pastrana»; cogieron un taxi y se presentaron en el pueblo. Anita, la dueña del bar, reconoció de inmediato a la mujer de la fotografía y les indicó la dirección. Ambos se quedaron pasmados cuando Isabel les abrió la puerta, y tras ella asomó una niña cuyos ojos eran iguales a los de ella, a los de la abuela Aurora. A la emoción, la alegría, del reencuentro siguieron los reproches. ¿Por qué no les había dicho nada? ¿Por qué les había ocultado el nacimiento de aquella preciosa criatura que no cesaba de reír? No preguntaron por el padre, y ella tampoco lo mencionó.

Por un momento, Manuela pensó en quedarse a vivir en la isla, pero de sobra sabía que aquel no era su lugar, su lugar era El Maizal, el sueño de su madre, de su abuela, de su bisabuela; la tierra de clima frío en invierno, caluroso en verano, de gentes poco expresivas pero sinceras, duras, leales; de montañas, valles, bosques; de leyendas y viejas tradiciones. Se despidieron con pena, pero también contentos de saberlas felices; prometieron regresar e insistieron varias veces en que la distancia era igual para todos. Isabel afirmó sonriente con un gesto de cabeza, si bien tuvieron la impresión de que no entraba en sus planes volver al pueblo alguna vez.

La noticia de que también su nuera se hallaba embarazada llenó de alegría a Manuela, aunque no pudo evitar pensar en la pequeña que crecía tan lejos de ella. Al menos ahora, en las fotos también aparecía la niña que, pensaba divertida, se había saltado la «tradición» pues su color de ojos lo heredaban las nietas, no las hijas. Las cosas estaban cambiando; el régimen que durante cuatro décadas había gobernado con mano férrea los destinos del país y de sus habitantes llegaba a su fin; nuevos gobernantes, nuevas leyes reemplazaron a las anteriores, y se vislumbraba un futuro esperanzador. Antoi falleció el mismo día que el hombre a quien todos temían, adeptos y oponentes. Mientras en Madrid se celebran unas exequias dignas de un rey, en el pueblo se llevó a cabo un funeral sencillo en el que, al finalizar, y para escándalo del cura y de algunos feligreses que lo consideraron improcedente, Manuela cantó unos versos del poeta José Antonio Labordeta acompañada por los componentes del grupo que seguía la estela de Lorién el dulero, su primer maestro.

Por el camino del polvo van en dirección a la era,
lleva los granos de trigo que ha salvado de la tronera. Unas veces la tronera,
otras la falta de agua y cuando todo va bien
los precios no valen nada.
Estate toda la vida amorrao a los secanos
pa que luego desde arriba te lo quiten de las manos.
Por las secas barranqueras bajan la piedra y el barro hasta ese cauce pequeño por el que camina un carro. Cauce donde veinte ovejas abrevan en el estío
y, cuando la nieve crece, cauce que se hace hasta el río. El aire abrasa la siembra,
el sol seca la cosecha,
y en el invierno los hielos dejan la oliva deshecha.
De un lado al otro del pueblo a pesar de todo andas
para ver donde te tumbas y nunca más te levantas.

El mundo se removía inquieto; guerras, atentados, crisis económica, nuevas tecnologías, manifestaciones con muertos y cargas policiales estaban al orden del día, pero Isabel no se enteraba, o se enteraba tarde. No tenía televisión, la radio no funcionaba y entre el embarazo, el parto, la crianza de su hija y la puesta en marcha de una asesoría legal de ayuda a mujeres con problemas que, al igual que en todas partes, también las había en la isla, el tiempo transcurría sin casi darse cuenta. Ya no bajaba a la cala; Fina se había ido a vivir con un sueco, y la niña reclamaba toda su atención. Bajó por fin un anochecer en que la dejó al cuidado de su vecina, una francesa que vivía sola en Sant Carles desde hacía dos décadas, con la que practicaba sus conocimientos de francés pues era incapaz de decir dos frases seguidas en castellano y que las había literalmente adoptado a las dos. Se sentó donde solía, apartada del barullo, y contempló en el mar el reflejo de la luna recordando otras noches de agosto,

allí mismo, en las que gozó como nunca antes, ni después, sobre la arena, bajo las estrellas. No lo oyó acercarse, se percató de su presencia cuando él se sentó a su lado y le cogió la mano; solo le permitió unos besos, no estaba por la labor de quedarse nuevamente embarazada. A la mañana siguiente, se lo encontró dormido delante de la puerta por lo que supuso que la había seguido tras despedirse, y su vida dio un nuevo giro.

Rafel no era extranjero sino hijo de una pareja que atravesó el puerto de Benasque al igual que miles de personas más, huyendo de las represalias de los vencedores por algo de lo que no tenían culpa alguna. Él nació en Argelès-sur-Mer, un campo de concentración donde los refugiados sobrevivieron, quienes lo lograron, en condiciones miserables, sin apenas comida ni agua potable, ropas de abrigo, medicinas. Su madre murió en el parto; dos años más tarde fue adoptado por un matrimonio suizo. Del padre nunca supo nada. Permaneció en Suiza hasta los dieciocho, cuando decidió buscar sus raíces; conocía su procedencia por el documento de adopción encontrado en un cajón de la mesa de trabajo del padre adoptivo, joyero de profesión, en el que constaba el nombre de su madre: Lucía Eriste. El mismo sobre guardaba una medallita de una Virgen, no sabía cuál, en cuyo reverso estaba grabada la palabra «Benás». Quería y estaba agradecido a la pareja que lo había acogido, pero no se parecía en nada a ellos ni a sus tres hijos y tampoco pensaba ser joyero, así que los informó de su decisión. No solo la aceptaron, los cinco lo ayudaron a buscar en documentos, mapas, diccionarios; hablaron con gentes que pudieran saber algo, filólogos, traductores, historiadores. Ya empezaba a desanimarse cuando conoció a un tipo singular, un alemán que hablaba doce idiomas, entre ellos el castellano por supuesto, pero también el catalán. Al hombre se le ocurrió que quizás Benás fuera Benasc, Benasque, en la comarca de La Ribagorza del pirineo aragonés, y habló con un amigo, a su vez experto en la contienda española, quien aseguró que por aquel puerto habían partido hacia el exilio incontable número de personas. A pie, en autostop, con una mochila por todo equipaje, tardó un mes en llegar, para entonces ya había trocado su nombre y apellido, Raffael Keller, por Rafel Eriste, y descubrió que aquel paraje era muy similar al cantón montañoso donde hasta entonces había transcurrido su vida. No encontró a nadie que pudiera darle información acerca de su familia, pero tuvo la sensación de estar por fin en casa.

Quizás porque su trayectoria era similar, ambos habían crecido en hogares prestados y habían decidido buscar los verdaderos, Isabel sintió un súbito afecto y le abrió la puerta. Luego supo que trabajaba como intérprete y guía de turistas por los Pirineos y que había creado una empresa de recorridos en la Naturaleza, de ahí que cinco años atrás se hubiera dado una vuelta por las Baleares, aunque en esta ocasión su presencia en Sant Carles no tuviera que ver con su negocio. No la había olvidado, confesó, y había vuelto solo pensando en ella, aunque imaginaba se habría marchado o, quizás, tendría pareja. No preguntó de quién era la niña, y ella tampoco se lo dijo, pero lo primero que hizo fue dejarlo con Izarbe y acudir a la farmacia a por una caja de píldoras anticonceptivas. Su venta estaba considerada un delito pues era pecado impedir la procreación según la Iglesia, menoscababan los pilares de la familia según los gobernantes, alentaban la promiscuidad según los moralistas, pero Ibiza no era la Península; allí y en la costa malagueña, el gobierno hacía la vista gorda en aras del incipiente y lucrativo negocio turístico. Se amaban a cualquier hora, y ella reía cuando en su excitación lo escuchaba decir palabras en una mezcla de alemán y patués que no entendía. No quería que se fuera, pero no pensaba retenerlo y se despidió de él con una sonrisa al finalizar el mes. Volvió no obstante unas semanas más tarde para quedarse, y ella entonces le confesó que la niña era su hija, lo cual no pareció sorprenderlo en absoluto; la habría querido igual, aunque no lo fuera, afirmó.

Todo iba bien; había alquilado una pequeña oficina en Santa Eulalia a la que se desplazaba en bicicleta, solo la abría unas horas por la mañana, pero comenzaba a ser conocida gracias al boca-oreja y siempre andaba con algún caso entre manos, en especial de mujeres extranjeras afincadas en la isla, que pedían asesoramiento en asuntos de separaciones, herencias y, por supuesto, del maldito maltrato, una lacra que, a la vista estaba, no tenía nacionalidad. Las tardes las dedicaba a estudiar las legislaciones de otros países mientras Rafel llevaba a grupos de turistas a visitar calas perdidas, cuevas, o a Sa Talaia, su lugar favorito, la cumbre más alta de la isla. El monte se quedaba corto comparado con los de su tierra, pero el paisaje era hermoso y sorprendente, diferente al habitual de playas y chiringuitos que brotaban por todas partes. Para los traslados utilizaba un autobús de veinte plazas que él mismo conducía, alquilado a medias con un socio. Cuando no trabajaban, se acercaban al Ca n'Anneta o daban largos paseos, siempre con la niña, y la estampa de los tres era ya familiar en Sant Carles.

Su plácida existencia finalizó de la manera más brusca. El marido de una de las clientes de Isabel entró una mañana en la oficina, arrampló con todo lo que encontró a su paso, archivos, documentos, la máquina de escribir, la impresora; rompió el ventanal lanzando un pisapapeles de piedra y le arreó un manotazo que la tiró al suelo, al caer, se pegó con la esquina de la mesa y perdió el sentido. El comerciante que tenía la tienda en la puerta de al lado acudió al oír gritos y ruidos, ambos hombres se liaron a golpes y acabaron en la calle ante la mirada estupefacta de la concurrencia; a ellos los llevaron a la comisaría y a ella al hospital. Por suerte, únicamente sufrió una contusión sin gravedad, pero los dueños le comunicaron que ya no le arrendaban el local por ser el suyo un negocio de riesgo y que cualquier día alguien podría prenderle fuego. De paso le dijeron que mejor haría olvidándose de «mujeres histéricas que no daban más que problemas». Por si eso fuera poco, días después, la propietaria de la casa les anunció que la había vendido y que tenían un mes para desalojarla. La guinda la puso la vecina francesa, quien perdió a la niña durante un paseo por la playa; se había encontrado con unas amigas y se olvidó de ella por completo. La encontraron en las rocas, contemplando ensimismada una cría de cangrejo, el bolsillo de su bata repleto de conchas. Antes de que finalizara el mes, con dos maletas por equipaje, cogían el avión a Barcelona; allí compraron una camioneta de segunda mano y fueron a la Ball de Benás, donde él tenía una buhardilla, y su «empresa», una mesa repleta de mapas y recorridos.

Permanecieron un año en el hermoso «valle escondido» rodeado de altas montañas, de glaciares e ibones, donde la lluvia, el viento, la nieve y el frío eran parte de un paisaje único, y el Ésera solía desbordarse furioso a finales de la primavera destruyendo los puentes. Durante tres o cuatro meses, los más cálidos que no lo eran mucho, el pueblo recibía la llegada de visitantes, en su mayoría montañeros, pero en invierno, cuando la capa de nieve en ocasiones alcanzaba hasta las rodillas, los habitantes se mantenían al abrigo de los muros de piedra, alrededor de chimeneas y braseros, y aquel fue especialmente duro.

Acostumbradas al calor, madre e hija se sentían de alguna manera presas; echaban en falta los paseos por la orilla del mar, la ropa ligera, los amigos y conocidos, las ensaladas, el pescado guisado o asado, la música. Rafel pedía a Isabel que tuviera un poco de paciencia, los fríos pasarían, y él las llevaría a ver rincones que jamás imaginarían, lagos helados, cascadas, también algún oso quizás. Pero no podía llamar a su madre, no había teléfono en el pueblo, tampoco podía escribirle, el correo no funcionaba durante las nieves; se sentía inútil, y las jornadas se le hacían eternas. En más de una ocasión pensó que estarían mejor en Alquézar, a fin de cuentas, tenía en aquel pueblo la casa

heredada del tío, a la que no había vuelto desde la visita obligada por su padre tras el reencuentro con su madre, hermano y abuela en Panzano. Además, quería recuperar la colección de sellos que llenaba varios álbumes y mostrársela a Izarbe; Sito debía haberla dejado allí pues no la encontró al hacer la auditoría del piso de Zaragoza. A él no le atraía la idea de abandonar el valle a pesar de que ella le aseguró que también había montes en la Sierra de Guara, y cañones, y pozas de agua del color de las turquesas, y su negativa empezaba a hacer mella en su relación de pareja. Por otra parte, no había mucho que ella pudiera hacer en un pueblo de medio centenar de habitantes donde, imaginó, también se darían casos de abuso a mujeres, si bien apenas conocía a algunas de vista, a quienes por cierto no llegaba a entender pues hablaban en patués, lengua para ella absolutamente incomprensible, y aunque la entendiera; ninguna maltratada hablaría y, de todos modos, tampoco tendría donde presentar una demanda. Llegado el deshielo le dijo que se marchaban, y él no la detuvo; pidió a un matrimonio de Aínsa, montañeros aficionados, si podían llevarlas, a ella y a su hija, besó al hombre que la había hecho feliz durante un tiempo, cogió a la niña y se fue sin volver la vista atrás. En Aínsa cogieron un autobús hasta Huesca y luego un taxi a El Maizal.

Manuela se hallaba en el porche regando unos geranios cuando las vio llegar y a poco sufre un infarto; soltó la regadera, corrió hacia ellas, las abrazó, besó, acarició entre lágrimas y exclamaciones de emoción. Al rato, la niña corría feliz por el maizal donde acababan de brotar dos nuevos tallos.